
Amalia Blum
Anna May
ÁMAME EN VEGAS, MR WESTON
UN BEBÉ SORPRESA DEL MILLONARIO

Ámame en Vegas, Sr. Weston

Un bebé Sorpresa del multimillonario

Amalia Blum, Anna May

Amalia Blum

1ª edición 2025

Diseño deportada: Black Swan Publishing e.U.

Edición: Black Swan Publishing e.U.

Sígueme en mi página de autora de Amazon y no te pierdasninguna de mis novedades y promociones.

https://www.amazon.es/stores/Amalia-Blum/author/B0CX5G1PJN

Todos losderechos reservados. Prohibida lareimpresión, incluso parcial. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida,duplicada o distribuida en forma alguna sin permiso escrito de la autora. Estelibro es pura ficción. Todas las acciones y personas descritas en este libroson ficticias. Cualquier parecido con personas vivas o fallecidas es casual yno intencionado.

Este librocontiene escenas explícitas y no es apto para lectores menores de 18 años.

Black Swan Publishing e.U.
Berg-Sam 23/5
5023 Salzburgo

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23

Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Leer más…
Gracias...

Capítulo 1



Amelia

Una noche normal de miércoles de finales de mayo. Todo sigue su curso normal. Correcto.

Error.

Esto es lo que me faltaba. Precisamente ahora se me ha estropeado el horno. Hoy tengo un gran pedido. Se necesita un gran número de magdalenas para un cumpleaños y no puedo hornearlas.

Mi panadería en este pequeño pueblo desértico de Callis, en el estado de Texas, tiene una reputación de calidad y fiabilidad que he trabajado duro para ganarme. Al fin y al cabo, no hay otra panadería en muchos kilómetros a la redonda, lo que me da una posición de monopolio. No obstante, tengo grandes expectativas. Entrego lo que se pide.

¿Qué le pasa al horno? Se pone en marcha, pero no da el calor que necesito para hornear. Giro los mandos y compruebo el interior. Hay una conexión eléctrica, de lo contrario las luces no estarían encendidas, y parece que entra algo de calor, pero no es suficiente. Incluso mi calefactor está más caliente.

El último lote de magdalenas no se puede utilizar, ya que han salido demasiado secas, como si hubieran recibido demasiado calor. El siguiente lote, en cambio, es todo lo contrario. Todas las magdalenas siguen blandas y crudas en el centro. En cada ocasión intento ajustar el calor en consecuencia, pero es casi como si el horno intentara molestarme. Nunca sé cuánto va a calentar

así que nunca consigo hacer todas las magdalenas a tiempo.

Me siento y pienso. Sólo ahora oigo la pequeña televisión que ha estado sonando todo el tiempo. Cuando oigo el nombre ‘Weston’, agudizo el oído y lo miro.

El ‘Canal 9’ está encendido, e informan de que Connor Weston, uno de los llamados ‘Príncipes de Dallas’, abrirá el próximo sábado un nuevo club en la ciudad, al que quiere llamar “City Lights”. El reportaje aparece en el segmento: ‘Vida Nocturna en el Centro de Dallas’.

Estoy pegada al televisor porque he oído hablar una y otra vez de los hermanos Weston. Probablemente no haya nadie en Texas que no conozca a estos cuatro apuestos hombres. El extravagante estilo de vida de los Weston es siempre entretenido de ver, casi como una especie de cuento de hadas. En cambio, mi vida cotidiana consiste en hornear a horas inhumanamente tempranas, atender a los clientes, pagar deudas y dormir muy poco.

Si mi difunto marido Rory supiera cuántos años más voy a pasar pagando sus deudas de juego a ese repugnante Dexter McCallister, o que actualmente vivo en una caravana por sus malas decisiones, probablemente se estaría revolviendo en su tumba. Tal vez no. Un gran tema en sí mismo.

Contemplo con ensueño las imágenes de la discoteca en construcción mientras el lector de noticias dice: “la discoteca ofrecerá todo lo que necesita la vida nocturna de Dallas. DJs de renombre de todos los EE.UU. pincharán regularmente y se han programado emocionantes eventos durante todo el año. Este club, que ahora abre sus puertas los fines de semana, será un activo para Dallas y es sólo una de las muchas nuevas aperturas que se avecinan en el distrito de ocio de la ciudad”.

Estoy esperando a que aparezcan fotos de Connor Weston. Para mi decepción, sólo se le muestra brevemente. Encuentro a los Weston algo fascinantes, y cualquier mujer que llame a estos hombres poco atractivos es una mentirosa o está mal de la cabeza.

Me imagino yendo a ese club una noche y bailando con amigos, bebiendo cócteles, tal vez captando una mirada coqueta aquí y allá. Esto normalmente nunca ocurre porque estoy demasiado ocupada recuperando mi sagrado sueño los fines de semana. Se resiente durante la semana porque empiezo a trabajar temprano en la panadería. Por la noche no consigo pegar ojo antes de medianoche, y entonces no duermo lo suficiente.

Quizá algún día tenga el placer de pasar una noche festiva en la gran ciudad de Dallas, en lugar de estar atrapada en este pueblecito en medio del desierto. La mayoría de los visitantes aquí en Callis son plantas rodadoras, por lo demás, casi nadie se pierde por aquí a no ser que estén de paso.

Corren los anuncios y vuelvo a salir de mi ensoñación. Recuerdo mi grave problema y no sé cómo resolverlo. La única solución que se me ocurre en un santiamén es anular el pedido del cliente, pero eso no les haría ninguna gracia, porque tendrían que conducir cerca de una hora hasta Dallas para encontrar allí otra pastelería. Con tantas magdalenas, tendrán que hacer pedidos por adelantado en todas partes. No puedo permitirme perder este pedido, ni quiero. Cada pedido ayuda a mantener la tienda en funcionamiento y cumplir con mis obligaciones.

¿Qué estoy haciendo?



Oigo sonar el timbre de la puerta de la zona de clientes. Me limpio las manos llenas de harina con una toalla y me pongo el delantal antes de entrar en la zona de clientes y colocarme detrás del mostrador con una sonrisa en la cara, lista para pasar de panadera a dependienta.

Entonces me doy cuenta de que es mi amiga Tiffany Evans, a la que he contratado a tiempo parcial. Ahora no tiene que trabajar. ¿Qué hace aquí? No es que me moleste su compañía, todo lo contrario.

“¿Has estado anhelando trabajar de nuevo? Quizás me vendría muy bien tu ayuda”, le digo a modo de saludo.

“Oh Dios, qué ha pasado, ¡no me digas que has salado las magdalenas!”.

“Ojalá. El horno es una locura y tengo que adivinar a qué temperatura ponerlo cada vez porque se está calentando de forma diferente en cada horneada. ¿Sabes algo de hornos?”.

“Sólo sé usar los hornos, no tengo ni idea de tecnología y esas cosas. A la mierda, ¿qué haces ahora?”.

“Esa es la cuestión. Quizás llamaré a un electricista. Es posible que el horno se apague entre medias porque tenga un cortocircuito o algo así”.

“Eso será. Oye, realmente necesito decirte algo”.

“¿Ahora? ¿Es tan importante que me lo digas ahora mismo?”.

“Es super importante”.

“Entonces dime”.

“Vale, espera... gané el mega premio en la emisora de radio local. ¿Cómo se llama la emisora? En fin, gané. ¿No es genial?”.

¿Es en serio? Oh tío, por eso me encanta Tiffany, está tan loca que no puedo parar de reírme de ella. ¿Y por qué era importante esa información ahora?

No importa. Para ser justos, no hay mucho que hacer aquí en el pueblo. Cualquier información nueva es bienvenida.

“¿Qué ganaste exactamente?”.

“Un viaje en un autobús de fiesta al centro de Dallas por una noche. Y aquí está la parte realmente genial: puedo llevar a veinte amigas conmigo. ¡Veinte amigas!”.

Ahora estoy repentinamente interesada. Es como si el universo me hubiera escuchado y me hubiera hecho un pequeño regalo, suponiendo que Tiffany me quiera allí. Pero, ¿por qué si no me iba a contar lo del premio, que ciertamente suena emocionante?

Eso alteraría completamente mi patrón de sueño. ¿Vale la pena?

También hay un pequeño televisor en la esquina superior, por si los clientes se quedan a tomar un café y no les apetece leer el periódico. Termina el anuncio y continúa el reportaje sobre el nuevo club nocturno de Dallas. Ahora se muestra a Connor Weston entrando en el club y haciendo algunos comentarios sobre el espacio como qué pretende hacer con él, qué estilo quiere, etc. Junto a él camina uno de sus hermanos, que también saluda a la cámara.

“Santa María, los dos son tan calientes”, dice Tiffany, sirviéndose un café. “Definitivamente vale la pena pecar con cualquiera de estos Westons”.

“Tiff, eres imposible”, digo indignada y me río a carcajadas.

“¿Y qué? ¡Algunas de nosotras todavía tenemos sangre en las venas!”.

“¿Qué se supone que significa eso?”.

“Bueno, no estoy tratando de ser descarada, quiero decir, técnicamente eres mi jefa y todo eso, pero hay más en la vida que sólo el trabajo. ¿Sabes a qué me refiero?”.

“¿Qué intentas decirme?”.

“Necesitas una vida, Amelia. Y no lo digo en el mal sentido. Realmente eres una de las personas más dulces que conozco. De buen corazón, cariñosa, inteligente, no una idiota como yo. Pero si sigues así, siempre estarás en la zona de amigos con cada chico que conozcas. Y al final morirás sola y mal follada”.

“Pero la vida es algo más que follar”, replico mientras reordeno los bagels y croissants en la vitrina, no porque sea necesario, sino para tener las manos ocupadas mientras mi amiga me diagnostica una vez más. Si ella supiera con qué frecuencia me toco a mí misma… no soy de piedra. Es sólo que nada me ha parecido bien en los últimos tres años que he pasado como viuda.

El hecho de que mi vida consista en la misma monotonía todos los días tampoco ayuda, pero, ¿qué se puede hacer?

“Tienes que salir más de esta pocilga”, dice Tiffany, como si hubiera escuchado mis pensamientos en voz alta y me hubiera dado la respuesta a mi pregunta.

“Tal vez”, suspiro, y mi mirada soñadora se desvía entonces hacia el televisor, que sigue mostrando a Connor y Casey Weston.

“Parece que Connor Weston convenció a su hermano para asistir a la inauguración de su club”, comenta Tiffany.

“¿Y los otros dos hermanos?”.

“El hermano mayor, Carter, se ha establecido recientemente, es poco probable que aparezca por allí. De todas formas está casado, ¿qué se supone que tengo que hacer con él?”.

Me río a carcajadas. “¿De verdad crees que están haciendo cola para recogerte?”.

“Nunca subestimes las armas de una mujer”.

“¿No era un matrimonio falso el de Carter? Creo que leí algo parecido en algún momento”.

“Sí, sí, pero se enamoraron de verdad y ahora viven felices para siempre en un rancho. Puedes olvidarte de él”.

“¿Y cómo se llama el hermano menor?”.

“Colton. También le dicen *Colt.* He oído que tiene algunos tornillos sueltos. ¿Sabías que los padres murieron en un accidente de avión después de que el padre fuera fotografiado con una stripper y el matrimonio se diera de bruces contra la pared?”.

“¿Cómo sabes tanto sobre la familia Weston?”, le pregunto.

“Hola, Instagram, Blog, artículos. Estas son *las* estrellas de Texas. Por algo se les llama los Príncipes de Dallas, así que deberías saber un poco sobre estos chicos”.

“Puedes, pero no tienes que conocerlos. Ven a la parte de atrás si quieres charlar un poco más, yo tengo que seguir con estas estúpidas magdalenas”.

“No hay problema, te ayudaré”, dice y me sigue al interior de la panadería mientras se toma su café. Empiezo a preparar la siguiente horneada y a verter la masa en los moldes. Tiffany inspecciona el horno y el sistema eléctrico.

“Como todos sabemos, Casey Weston está lidiando con una ruptura y estoy segura de que será una buena distracción para él estar en la fabulosa inauguración de *City Lights*”, informa la locutora, a lo que yo miro hacia el televisor.

“Oh, así que el Casey está fresco en el mercado”, se alegra Tiffany. “Sin duda necesita un poco de consuelo. Vamos, Casey, ven con mamá, apoya la cabeza en mi pecho y desahógate, puedes contarme lo que quieras”.

“Tiff, eres realmente imposible”.

“Entonces, estoy llegando a la pregunta del día. Se podría decir que es la razón por la que vine aquí después de todo”.

“Ya veo. Pensé que sólo te gustaba mi compañía”.

“Eso seguro. Y de ahí la pregunta del día”.

“¿Cuál es?”.

“Voy a canjear el premio el sábado y quiero que vengas conmigo”.

“Eso no era una pregunta”.

“Ya me he dado cuenta. Pero aún así quiero que vengas. Un autobús de fiesta. Un montón de chicas con ganas de fiesta, champán, música... echamos un vistazo a los clubes, especialmente del que están hablando. No es casualidad que esté en la tele ahora mismo. El cosmos te habla. Hay que abrirse paso entre medias y darlo todo antes de morir”.

“¿Tan aburrida es mi vida?”.

“Oh, sí”.

“Escucha, es muy dulce por tu parte que pienses en mí, pero creo que preferiría no hacerlo”.

“¿Estás bien? ¿Me estás diciendo que no?”.

“Estoy muy agobiada y necesito dormir”.

“Cariño, deberías escucharte hablar. ¿Cuánto tiempo más va a durar esto? ¿Cuánto tiempo vas a vivir en esa caravana oxidada y hacer el ridículo por los errores de tu marido muerto? Me caes demasiado bien como para quedarme con la boca cerrada. Necesitas experimentar algo nuevo, y lo digo en serio. Estoy preocupada por ti”.

“Yo también estoy preocupada, por si estas magdalenas no salen bien”, suspiro y meto la siguiente tanda en el horno después de espolvorear coloridas grajeas en una magdalena, virutas de chocolate en la otra y ese colorido glaseado con sabor a limón en el resto, que casi se ha convertido en mi marca de fábrica.

“Acabo de volver a enchufar todas las conexiones, quizá había alguna suelta en alguna parte”.

“Ya veremos”.

“Me estás intentando distraer, Amelia. Por favor, no me digas que no. Realmente quiero que estés allí. Apenas has salido desde que Rory murió”.

Vacilo. Escuchar el nombre me afecta más de lo que pensaba. Tal vez porque lo extraño y aún estoy en mi fase de duelo. ¿O porque sigo pagando mis deudas de juego con ese usurero y estoy enfadada por ello? ¿Por qué nunca me escuchó? ¿Por qué era tan descuidado en el campo petrolífero cuando tenía maquinaria tan peligrosa que manejar en el trabajo?

“Gracias, Tiff, por hacerme pensar en Rory de nuevo ahora. Es todo lo que necesito”.

“Sabes que lo digo en serio. Has sido viuda durante tres años y no haces nada más que trabajar. Tu vida es una aburrida rutina que realmente necesitas romper con alguna experiencia guay de por medio, Amelia”.

“¿De verdad lo crees?”.

“¡Sí! Salir y divertirse un poco no es un pecado. Y no, no estás engañando a Rory si piensas más en ti. Tu vida tiene que seguir adelante. Necesitas *empezar a* vivir de nuevo. Arriésgate un poco. Tal vez conozcas a un chico o algo así”.

“No sé si estoy lista para eso”.

“Después de tres años. ¿Lo dices en serio?”.

“Todavía se siente un poco mal”.

“Es sólo un bloqueo en tu cabeza”, responde Tiffany. “Lo solucionaremos, pero tienes que reconocerlo y quererlo, si no, nadie podrá ayudarte. Honestamente, juraste serle fiel a Rory hasta que la muerte los separe, así que están divorciados. Después de tres años. Ese imbécil te dejó con deudas de juego, no pertenece a un pedestal. De verdad, Amelia”.

Tal vez tenga razón.

“¿Qué estás sugiriendo exactamente?”, pregunto.

“Sólo necesitas volver al mercado. Encontrarás a un tipo que sea al menos tan decente como era Rory, sólo que sin el problema del juego”. Cada vez que llores a Rory, mira tu cuenta bancaria. Imagina todas las cosas que podrías hacer con el dinero que va a ese usurero Dex. Quizás

entonces reconsideres tu opinión sobre Rory".

"No puedo discutir eso", comento pensando.

"Amelia, te digo todo esto porque me preocupo por ti. Tienes que aprender a arriesgarte a veces. Tienes que estar preparada para enamorarte de nuevo. El espectáculo debe continuar".

"No vas a aflojar hasta que diga que sí, ¿verdad?", le pregunto y luego miro hacia el horno. Las magdalenas parecen estar saliendo esta vez, lo que me alivia mucho.

Tiffany me sonríe descaradamente y luego me lanza esa mirada de cachorrito que nunca puedo resistir con ella. Sobre todo porque las pecas la hacen parecer tan joven que casi me dan ganas de sentirme como una madre para mi leal amiga en momentos como este.

"Eso es malo", le digo. "Pero bueno, me apunto entonces".

Tiffany está encantada: "Sí, esa es mi Amelia ¡Eso es lo que quiero oír!".

"Pero no tengo ni idea de qué ponerme. Hace años que no salgo. Ya no sé si tengo algo parecido a ropa de fiesta".

"¿Por qué no te pones este vestido blanco de verano? Te sienta bien y realza tu cuerpo. Todos los tipos jadearán detrás de ti como perros".

"¿Y ahora sí, qué es lo que va a pasar en la noche?", pregunto. Ahora que he dicho que sí, por supuesto que quiero todos los detalles. Quiero saber exactamente en qué me estoy metiendo.

"Bueno", explica Tiffany eufórica, "nos recogerán aquí en Callis en un autobús de fiesta y nos llevarán a Dallas. Habrá un DJ por el camino ya que el autobús tiene su propia discoteca, incluso con pista de baile y barra de baile. Y el autobús tiene su propio bar".

"Por lo que parece, ni siquiera tienes que salir del autobús".

"No tienes que hacerlo si no quieres. También podemos recoger a gente por el camino y llevarla en el autobús con nosotras, eso depende de nosotras. Pero no hay que subestimar la vida nocturna de Dallas. El conductor parará donde queramos y nos esperará si vamos a un bar o discoteca, por ejemplo. Organizamos la velada como queramos. Podemos ir a bailar, Dallas tiene grandes clubes, tienes que verlos". Tiffany señala la televisión. "Y eso es algo que hay que ver. *City*

Lights va a ser una explosión. Quién sabe, quizá nos topemos con alguno de los hermanos Weston.

“Probablemente estarán secuestrados en su zona VIP, creo que te estás dando demasiadas falsas esperanzas”.

“Hay que permitirse soñar a lo grande. Vendería un riñón por pasar una noche con Connor Weston, ese hombre es, con diferencia, el hombre más sexy del planeta”.

“De ninguna manera, encuentro a su hermano Casey mucho más atractivo”.

“Sobre gustos no hay nada escrito. Pero al menos así estamos en la misma página y no nos estorbamos mutuamente. Así que, tú te quedas con Casey y yo con Connor. Todo el mundo está contento, nadie se va con las manos vacías”.

“Estás realmente loca, Tiff”.

“Y orgullosa de ello”, contesta, golpeando accidentalmente un cuenco metálico de la encimera al darse la vuelta, haciéndolo caer al suelo con un fuerte ruido sordo. “Oh, lo siento. Gracias a Dios estaba vacío. Soy demasiado estúpida para este mundo también”.

Mientras Tiffany recoge el cuenco, me río de ella. Me encanta su naturaleza torpe, siempre y cuando no haga daño a nadie.

“Oye, podría hacer magdalenas para la ronda del sábado, podríamos comerlas en el autobús de la fiesta. Haré un bonito glaseado de colores como hago siempre, ¿qué te parece?”.

“Si tu horno vuelve a funcionar, me encantaría”.

“Eso fue mezquino”.

“Bueno, parece que están mejorando”, dice, señalando la ventana del horno, a través de la cual me asomo entonces. Sí, las magdalenas tienen muy buena pinta. ¿Qué haría yo sin Tiffany? ¿Sería una buena idea?

“Puedes hacerlo, pero el objetivo de la velada es que te diviertas. No te vuelvas loca. También ofrecerán catering. Aún así te aconsejo que acudas a un profesional para que revise el horno a fondo. ¿Quién sabe si volverá a fallar?”.

“Tienes razón. El horno no puede estropearse, de lo contrario tendremos otros problemas”.

“Vamos, te ayudaré a terminar esta carga, luego podrás irte a casa en algún momento del día”.

“Tiff, ya no trabajas. Nunca podré pedirte que hagas eso”.

“No me lo estás pidiendo. Te lo he ofrecido. Terminaremos estas magdalenas ahora y las entregaremos, estoy tan interesada como tú en que no perdamos clientes”.

“Vale pero te pagaré las horas, ¿está bien?”.

"Basura. Regalo de una amiga. Ahora pásame el glaseado”.

"Eres un encanto”.

Quizás Tiffany tenga razón, quizá sólo necesite salir y experimentar algo nuevo otra vez. Voy a por ello, y ya puedo decir que siento cierta expectación ante lo desconocido.

Va a ser un sábado emocionante.

Capítulo 2



Casey

“Creo que hemos terminado”, digo y quiero cerrar el portátil pero, como era de esperar, veo que el equipo al otro lado de la videoconferencia se inquieta.

“Señor Weston, espere”, grita el señor Banner, que no quiere que cuelgue. “Vamos. Nunca podré realizar un proyecto de construcción por ese precio. Sólo los costes de mano de obra se lo comerán todo, no obtendré beneficios. No puede bajar el precio así”.

“Pero sí necesita conseguir este contrato. Si no, no estaríamos hablando. Tendrá suficientes beneficios si elimina todos los costes ocultos, en los que sé que es muy creativo. Y sé algo más sobre usted”.

“Tengo curiosidad”.

“Es posible que desee decirle a su séquito que salga de la habitación para decirle esto”.

El Sr. Banner duda antes de enviar a su equipo fuera de la habitación. Ahora estamos en privado.

“Entonces dígame”.

“Tal vez *me* diga algo sobre lo que significa competencia desleal”.

“No lo entiendo”.

“Se hace el tonto. De acuerdo. Métodos de venta agresivos, ofertas engañosas, publicidad comparativa, la lista es larga. Aunque no todo se sostenga en un tribunal, su reputación puede quedar irrevocablemente destruida en cuestión de minutos. ¿No hubo incluso una demanda alguna vez?”.

“La retiraron”, tartamudea el Sr. Banner, visiblemente pálido.

“Pero aún no me he sentido presionado. Mis abogados se comerían su licencia para desayunar”.

“Un momento, ¿me está chantajeando?”.

“Una cuestión de interpretación”.

“Tiene pelotas. Así que, si he entendido bien, ¿quiere que realice la construcción de ochenta casas a casi la mitad de precio porque si no me acusará de competencia desleal?”.

“Yo no he dicho eso. Pero usted no es tonto. Necesita el contrato. Y quiere invertir en una relación comercial a largo plazo. Así que deje de hacerme perder el tiempo y firme el contrato. Espero tener noticias suyas mañana a mediodía”.

Cuelgo.

Sábado por la noche. Connor me ha acogido hasta que mi ex novia Gizelle se haya mudado. Una solución temporal que al menos me da un poco más de tiempo con mi hermano.

En realidad, esta vida nocturna en la gran ciudad no es para mí, estoy en otras cosas. Pero estar allí para la inauguración del club de Connor, ‘*City Lights*’, es algo obligatorio. Estoy a su lado, hago sentir mi presencia y me aseguro así el previsible revuelo mediático. Después, vuelvo aquí y me doy un capricho de paz y tranquilidad. Seguro que Gizelle hace acto de presencia hoy y celebra su treinta cumpleaños por todo lo alto. Bienvenida sea.

Termino mis últimas tareas administrativas en el portátil antes de dirigirme al club de Connor.

Mi teléfono móvil zumba sin cesar. Todo el mundo quiere algo de mí. Entre los muchos mensajes sin leer, veo también algunos de Connor, que ya está allí y quiere asegurarse de que llegaré a tiempo. Le digo que puede contar conmigo, pero que no se moleste. Apareceré una o dos horas y luego volveré a retirarme del asunto. Un hombre de mi categoría no tiene por qué quedarse toda la noche. La brevedad es la sal de la vida.

El último correo electrónico ha sido enviado, el último mensaje relevante ha sido respondido. Así termina la semana y puedo desconectar todo.

Recibo un mensaje de Connor en el móvil:

CONNOR: “Trae el vestido”.

CASEY: “Pinta de rosa las paredes de tu club”.

CONNOR: “¿De qué estás hablando?”.

CASEY: “Sería una gran idea”.

CONNOR: “Mala idea. Mejor déjame el club a mí”.

CASEY: “Peor idea has tenido con el vestido. Déjame mi vida amorosa a mí”.

CONNOR: “Sólo tengo buenas intenciones. Escúchame. Seguro que vendrá, tiene una entrada VIP. Y el vestido era un regalo para ella. Entrégaselo y ya está”.

CASEY: “Veamos entonces. Dame un traje”.

CONNOR: “Nuestro sastre te ha hecho tres. Elige uno, eres bienvenido”.

Me guardo el móvil en el bolsillo y entro en su vestidor, donde elijo uno de los tres trajes. Todo sucede en cuestión de segundos. Me ducho, me peino, me pongo la ropa y listo. Por último, me pongo el Rolex, saco el móvil y llamo al chófer.

“Sr. Weston, ¿le llevo al club?”.

“De acuerdo. Estoy listo”.

“Ya estoy abajo esperando”.

Cojo todo lo que necesito llevarme: llaves, fajo de billetes, móvil. Es todo lo que necesito hoy.

¿Se me ha olvidado algo?

Que te jodan, Connor. Tú ganas. Nunca se sabe, puede que tengas razón después de todo.

Vuelvo a la habitación de invitados y a mis maletas, donde encuentro una bolsa de la compra doblada de Dior. En ella está este vestido negro maldito que estaba destinado a Gizelle. Me dan ganas de tirar esta tela tan cara a la basura, pero voy a hacer caso a mi hermano pequeño y comportarme como un ex decente. Quién sabe, tal vez ayude. Pero tal vez no. Una cosa que no voy a hacer es ponerme en ridículo.

Gizelle y yo habíamos planeado venir juntos a esta inauguración, así que ella tiene una entrada VIP. Hoy es su trigésimo cumpleaños. No va a perderse la oportunidad de celebrar su existencia en exceso durante toda la noche y de jugar a llamar mi atención.

Cojo la resistente bolsa de papel, salgo del edificio y camino hasta la calle, donde, como era de esperar, veo una limusina con chófer esperándome pacientemente. Subo y se marcha sin hacer ningún comentario.

El sol se ha puesto y el cielo es de un rojo intenso. Miro el reloj y empiezo a hacer cuentas. Quiero salir de allí como muy tarde a medianoche. Al menos, ése es mi plan. Pero, como todos sabemos, el camino del infierno está empedrado de buenas intenciones.

Echemos un vistazo. Vamos al centro de Dallas.



Ya casi he llegado. El cielo ya es azul oscuro, ha sido un viaje corto. Las luces de colores de la vida nocturna de Dallas flotan junto a los cristales tintados de la limusina. Me tomo un whisky del minibar mientras el conductor busca el cruce adecuado.

“¿Y de verdad te parece bien que Gizelle aparezca hoy?”, me pregunta Connor a través del

móvil.

“Relájate, te estás preocupando demasiado por esto. Hace tiempo que olvidé quién es”.

“Vas a dormir en mi habitación de invitados hasta que se mude, hermano. ¿Has olvidado eso también?”.

“No quiero que se olvide de nada cuando esté haciendo las maletas. No quiero que siga apareciendo porque todavía tiene unas gafas de leer o un cepillo de dientes por ahí”, respondo secamente. “Le daré tiempo”.

“Acuérdate de traer el vestido. ¿Lo llevas contigo?”.

“¿Cuántas veces me vas a preguntar por ese estúpido vestido?”.

“¿Lo has traído o no?”.

“Sí, lo he traído. Pero el vestido estaría mejor gastado dándoselo a alguien que me quiero llevar a la cama. Qué desperdicio”.

“Todavía quieres acostarte con Gizelle, lo sé”.

“Oh, vete a la mierda, Connor”, me río secamente. “Te equivocas”.

“Y sin embargo trajiste el vestido. Hm”.

No entro en detalles. Pero tiene razón, yo traje el vestido.

Lo que tenía que demostrar era lo contrario. Me digo que Gizelle no me importa. La chica era muy lista. Una verdadera femme fatale. Lo sabe y es toda una profesional en envolver a cualquier hombre, por mucho que lo idolatre, alrededor de su dedo. Pero yo juego el juego mejor que ella, aunque sigo sintiendo cosas que atribuyo al síndrome de abstinencia. Se soportan y se aguantan, pero no se alimentan. Gizelle no merece mi atención.

Pero sí, por alguna razón me traje el vestido.

Veamos qué hago con el trapo.

Connor no puede evitar seguir indagando: “incluso te llevaste el vestido a mi casa, pensabas regalárselo”.

“Tonterías. Me estás poniendo de los nervios”.

“¿Ese de ahí eres tú?”.

“No lo sé. ¿Qué ves?”.

“Una berlina blanca con las luces de emergencia encendidas que viene hacia mí”.

Ahora oigo el tic-tac de las luces de emergencia que el conductor acaba de encender mientras aminora la marcha.

“Sí, parece que soy yo”.

“Fuera entonces”.

Connor cuelga bruscamente mientras la limusina se detiene.

“Hemos llegado”, dice el conductor. “Un momento, Sr. Weston, enseguida le abro la puerta”.

Aunque soy capaz de abrir la puerta y salir yo mismo, no queda bien delante de los fotógrafos y ya veo los primeros flashes de las cámaras. Así que espero a que salga el conductor para abrirme la puerta. Cojo la bolsa de papel de Dior, salgo y me coloco delante de una barrera detrás de la cual hay varios periodistas, fotógrafos y curiosos cuyos flashes me golpean como una tormenta furiosa. Las voces se hacen más fuertes, me hacen todo tipo de preguntas y me piden una mirada.

Sintonizo con la locura mientras Connor se acerca a mí y se mete el móvil en el bolsillo. Nos saludamos con un fuerte abrazo, mientras la intensidad de las luces intermitentes aumenta hasta que todo me recuerda a una fiesta estroboscópica.

“Nuestro sastre se ha superado, ese traje te queda fabuloso”, me elogia Connor. “No es que vayas a robarme el protagonismo hoy”.

“Oh, ¿acabas de darte cuenta hoy de que estás a mi sombra? No te preocupes, no voy a envejecer esta noche, el escenario es tuyo”.

Por supuesto Connor no me culpa por mi humor seco. Somos tan secos y cínicos el uno con el otro. Es nuestra forma de mostrar afecto.

“¿Quieres salir a cazar? Olvídalo. Tienes que conocer a las modelos que he invitado de Los Ángeles. Están en una liga completamente diferente a esas ‘it girls’ tejanas”.

Veo un autobús de fiesta a un lado de la carretera, con ritmos electrónicos a todo volumen. La puerta se abre y un grupo de jóvenes borrachas y risueñas se bajan y se acercan tambaleándose a la cola de gente. El espectáculo me divierte.

Connor me acompaña más allá de la barrera de la acera, donde ya hay innumerables personas esperando para entrar en la discoteca. Los jóvenes sacan sus móviles y nos hacen fotos. Cada vez que les saludo amablemente, desencadeno una oleada de histeria.

“Dios mío, me ha saludado, ¿habéis visto?”, oigo exclamar a alguna voz femenina.

“Ese vestido sí que le quedaría bien a Gizelle”, bromea Connor mientras mira la bolsa de papel que llevo.

“Así es. Le quedará como un guante. Puede ponérselo cuando vaya a su próxima cita. Un cordial saludo y el más sincero pésame de Casey Weston”.

Connor se ríe a carcajadas mientras dos porteros nos saludan y abren la puerta, tras lo cual nos envuelve un estruendo de música disco. Huelo máquinas de humo, catering fresco y una mezcla de diferentes perfumes.

“¿Puedo deciros algo? Llevo mucho tiempo pensando en vosotros”, dice Connor. “Pienso mucho en vosotros”.

“Oh Dios, la psicología continúa. Necesitas una vida propia, Connor”.

“Te lo diré de todos modos: a veces pienso que estás en peligro”.

“Eso va por ti también, si no empiezas a cambiar de tema”.

“En serio, Casey. Me he dado cuenta de que tienes una especie de fetiche. Es como si mágicamente te atrajeran cosas que no son buenas para ti”.

“No lo sé. Realmente no he pensado en eso. Estoy demasiado ocupado teniendo éxito y siendo guapo”.

Abro la bolsa de papel de Dior y miro dentro: no sólo encuentro el vestido negro, sino también una tarjeta de cumpleaños en la que ya había escrito una dedicatoria el día que compré el vestido. ¿Le doy también esta tarjeta?

Me respondo rápidamente a esta pregunta: saco la tarjeta y la tiro en la papelera más cercana que encuentro mientras atravieso el estrecho pasillo.

Todo aquí atrás está bañado por una luz negra de color púrpura. Este será el rincón perfecto para que las parejas VIP se retiren a juguetear sin ser observadas.

Pienso por un momento en las palabras de Connor, aunque él nunca se enterará por mí. ¿Llevo tiempo recorriendo un camino destructivo? Los psicólogos atribuirían esta tendencia a la autodestrucción a mis traumas infantiles. Al fin y al cabo, de niños todos fuimos víctimas, por así decirlo, de un matrimonio que acabó adquiriendo proporciones tóxicas. El accidente aéreo selló el acuerdo de que nunca habría una reconciliación. Tampoco pudimos despedirnos.

Doblo una esquina con Connor y llego a la zona VIP, donde ya han llegado unas tres docenas de invitados. A diferencia de la zona principal, aquí tienes mucho más espacio y te traen las bebidas a la mesa.

“Te daré una vuelta rápida por el club antes de que la gente empiece a llegar en masa. Ven conmigo”.

“No puedo esperar”, respondo secamente.



Connor sale conmigo de la zona VIP y entramos en la zona principal, donde la pista de baile sigue desierta y el DJ ya está preparando sus mesas de mezclas mientras la radio sigue sonando. Miro a mi alrededor y admiro el estilo moderno.

“Bonito local”, elogio a Connor, “un diseño muy acogedor”.

“Sí. Hemos destripado toda la zona de aquí y le hemos dado un aspecto completamente nuevo. Costó mucho, pero creo que mereció la pena. Por aquí”.

Entonces entramos en la zona de entrada, donde los porteros se preparan para su trabajo de hoy y están a punto de abrir las puertas de cristal. La multitud ya está esperando fuera.

“Venga, vamos a saludar a los invitados que están al principio de la cola”, me dice Connor y pasa junto a un portero que le abre una puerta de cristal. Fuera, la multitud hace ruido y los flashes parpadean salvajemente. Connor deja que se abra la barrera y se mezcla con la multitud. Se toma su tiempo. Como chico de barrio, sabe muy bien que ser una celebridad te compra paz y tranquilidad si mantienes cierta cercanía con la gente. Nosotros, los Weston, siempre somos accesibles cuando aparecemos en eventos, eso mejora las relaciones públicas.

Sigo a mi hermano a través de la barrera y pongo mi clásica sonrisa para hacerme una foto con las histéricas groupies.

“¡Dios mío, me muero!”, grita una joven morena muy sexy mientras le firmo el top con un rotulador que, obviamente, se ha traído sólo para esto. Entre tanto, Connor y yo nos hacemos fotos con los fans, y todos los autógrafos que nos piden se reparten en cuestión de minutos. Nos abrimos paso a través de la cola, poniendo sonrisas eufóricas en los rostros de las jóvenes ardientes. Cada una de ellas sin duda ha pensado en tener sexo con uno de nosotros, o con los dos al mismo tiempo, al menos una vez.

Connor avanza y yo le sigo, intentando encontrar a Gizelle por el camino. De algún modo, no puedo evitarlo.

Sigo moviéndome mientras mis ojos escrutan la calle, chocando de repente con una rubia de postal que se ríe histéricamente con su divertida amiga pelirroja, que parece burlarse de ella: “¡mejor ponte un gorro de panadero ahora mismo, que eres la bomba por arrastrar esas cosas!”.

Cuando las dos mujeres se dan cuenta de quién acaba de chocar con ellas, de repente se quedan muy calladas y reverentes. Saben quién soy. Por supuesto, no me sorprende.

“Error mío”, me disculpo escuetamente, pero con el encanto que siempre sé utilizar cuando interactúo con mujeres.

“Oh, joder...”, la pelirroja se horroriza y mira a su amiga a la altura del estómago. Mi mirada la sigue: la adorable rubia llevaba una bandeja llena de magdalenas y yo me he metido justo en medio de ellas, aplastando por completo las preciosas magdalenas. Y lo que es peor: el sencillo pero perfectamente ajustado vestido blanco de verano de la rubia está completamente cubierto de

colorido glaseado, principalmente de color morado, a la altura del estómago. Bueno, eso es genial.

“Tengo el corazón roto”, le digo.

“Oh. No es para tanto”.

“¿No es para tanto? El vestido está hecho un desastre”.

Es muy bonito que se lo tome con tanta calma, quizá sea porque me respeta. Gizelle habría enloquecido y se habría pasado el resto de la velada dándome un golpe de costado tras otro para atacar mi masculinidad. Me habría vuelto a sermonear sobre cómo debe comportarse un hombre de verdad. Sin embargo, esa zorra desagradecida me debe tanto. ¿Por qué sigo haciéndome esto? Me siento como un perro leal que sigue volviendo con su verdugo, aunque yo sea el perro alfa.

En fin, hoy no pensamos en Gizelle. De todos modos, tengo otro problema que resolver aquí.

La rubia con cara de muñeca perfectamente modelada y yo nos miramos a los ojos sin decir palabra. Y aunque las farolas y los coloridos anuncios del club no proporcionan la luz más brillante y clara, puedo ver qué azul tan fascinante tienen sus ojos. Me recuerdan a las profundidades del océano o al cielo tejano en un soleado día de verano. ¡Qué ojos!

Parece que yo también le gusto a la chica, pero, ¿a quién no?

“No puedes seguir llevando ese vestido esta noche, no te podrás quitar las manchas”.

“En realidad no es para tanto, volveré al autobús de la fiesta y me cambiaré. Tengo una muda conmigo”.

Por su acento y su actitud, me doy cuenta de que esta chica rara vez ha estado en la ciudad. Procede claramente del campo y, sin duda, no ha visto nada del gran mundo.

“¿Llevas otro vestido?”, le pregunto.

“No, más bien ropa normal. Una muda. Eso me servirá”.

Muevo la cabeza negativamente. No voy a permitirlo. “No puedes presentarte con ropa de diario

en una fiesta así".

"No pasaría nada, no te preocupes, de verdad. Ya estoy bastante incómoda. Quiero decir, incluso si entramos aquí, lo cual está en duda de todos modos".

"¿No estás en la lista de invitados?".

"No, probaremos suerte. Mi amiga ganó uno de esos premios, pero nunca se sabe. El club podría estar abarrotado".

"Pero no vas a hacer cola con ropa de diario".

"¿Qué otra cosa voy a hacer?", me pregunta con una sonrisa encantadora y amable.

"Toma", le digo y le tiendo la bolsa de papel.

"¿Qué es esto?", pregunta desconcertada.

"Ponte esto. La talla debería quedarte bien". Sí, después de echar un buen vistazo a su torneado cuerpo, me doy cuenta de que esta belleza rubia tiene probablemente la misma talla que Gizelle. Y apuesto a que este vestido le quedaría muy bien, de una forma completamente diferente a Gizelle. Esta es de un tipo completamente diferente.

"Vete a la mierda", dice su amiga pelirroja con pecas monas, "un príncipe de Dallas te regala un vestido de Dior".

"Eh... no sé si puedo aceptarlo", tartamudea nerviosa la guapa rubia.

"No era una petición. Ponte esto. Considéralo una compensación de mi parte por el percance".

Veo confusión en sus ojos. "Pero eso no era... para mí. ¿Verdad?".

"Como he dicho, es para ti".

"No sé qué decir".

“No necesitas decir nada. Si fue tu cumpleaños en los últimos doce meses, lo cual sospecho fuertemente que fue, entonces... feliz cumpleaños”.

“Quiero un bebé contigo”, me dice la pelirroja mientras se le cae la mandíbula.

“Tu amiga es graciosa”, le digo secamente a la rubia, que ya me ha salvado la noche. Darle el vestido es una satisfacción.

“Venga, volvamos dentro”, me dice Connor, dándome un codazo.

“Que paséis una buena velada”, les digo a las dos mujeres antes de seguir caminando con Connor. Las dos me miran extrañadas.

“Bueno, le has alegrado la noche”, comenta Connor y ve lo contentas que están las dos con el vestido. “Supongo que Gizelle nunca sabrá que tenías otro regalo para ella”.

“Oh, pero ella sí. Ella pidió el vestido”.

Connor se echa a reír a carcajadas. “Eso es la bomba. En realidad le diste el vestido que ella quería de ti a una completa desconocida, una panadera o lo que fuera. ¿Y todavía te gusta?”.

“Yo no la echaría de la cama. Averiguará cuánto cuesta el vestido y siempre pensará en este momento cuando se lo ponga”.

“En realidad, debería agradecértelo como es debido”.

“En eso estoy de acuerdo contigo. Y puedes quedarte con la pelirroja”.

“No, gracias. La pelirroja era demasiado tonta y rara para mí, pero probablemente nos estorbaríamos mutuamente con la rubia”.

“Oye, el territorio ya está marcado, búscate otra cosa”, le señalo. Yo compartiría muchas cosas con mi hermano, pero no a esta rubia. No sé por qué. En cierto modo me caía bien. Quién sabe, a lo mejor nos volvemos a ver esta noche.

“De acuerdo, no la tocaré”, me asegura Connor. “La verdad es que me alegra saber que vuelves a lanzarte al mercado. Venga, vamos a tomar algo y luego recibiremos a la prensa para el meet and

greet”.

“De acuerdo”.

Me gusta la idea de que Gizelle no reciba su regalo, sino una mujer que no conozco. Me giro una vez para mirar a la rubia de las magdalenas y me doy cuenta de que sigue mirándome, embelesada.

Le hago una pequeña mueca y ella mira hacia otro lado, avergonzada. Sonrío para mis adentros porque sé exactamente lo que está pensando.

Parece un poco perdida pero eso me gusta de ella. No se parece a todas las demás ‘it-girls’ ávidas de beneficios que no se cansan de celebrarse a sí mismas y de ser vistas por todos los hombres de aquí. Esta es diferente. Me doy cuenta de eso. Parece más a gusto en un campo idílico que en un club del distrito de ocio de Dallas.

Los porteros nos dejan pasar la barrera para que podamos volver a entrar en el edificio. Y de nuevo me sorprendo a mí mismo mirando a la rubia.

¿Qué hace esta joven rubia aquí? Eso me interesa.

Se me ocurre una idea y me dirijo a uno de los porteros. “¿Puede hacerme un favor?”.

“Lo que quiera, señor Weston”, responde el gigante calvo con perilla. “Bueno, *casi* cualquier cosa”, bromea.

“¿Ve a esa joven del fondo con el vestido blanco?”.

“¿Cuál exactamente?”.

“La de las magdalenas”.

“Ah, ahí. La que se derramó encima. ¿Qué pasa con ella?”.

Capítulo 3



Amelia

No puedo creer a quién acabo de conocer. Y también me regaló un vestido de Dior. Probablemente ni siquiera tendría acceso a una tienda como esa. El vestido debe ser caro. ¿Pero por qué el inmortalmente sexy Casey Weston tenía este vestido con él en primer lugar?

"¡Ése fue el encuentro del día! ¡Del año, del siglo!", dice entusiasmada Tiffany, que claramente ya está borracha. "En serio, ¿qué demonios ha sido eso?".

"Yo tampoco lo sé, ahora mismo estoy en blanco".

"Oye, ¿por qué no vendes el vestido y te compras un horno nuevo?", bromea Tiffany.

"No, prefiero ponérmelo ahora mismo. Hoy puedo olvidarme del vestido de verano. ¿Me esperas?".

Miro a Casey Weston mientras desaparece tras la barrera y tengo que hacerme a la idea de que no sólo le he conocido, sino que además me ha regalado un vestido. Nadie me creería.

Qué hombre más guapo. Bajo su traje blanco y su reluciente camisa negra, puedo ver claramente sus marcados músculos. Sus pómulos perfectamente perfilados se derriten. Siento un cosquilleo de calor en el estómago que hacía tiempo que no sentía en mi vida.

“Mierda”, murmura la bienhumorada Tiffany, “ojalá nos hubiéramos hecho una foto con él para las redes sociales. Mis amigos lo celebrarían tanto que no te lo creerías. Somos tan estúpidas”.

“Ese fue en serio Casey Weston, ¿no? ¿No me lo estoy inventando ahora mismo?”.

“Ese era él en persona, como vive y respira. Y la evidencia fotográfica habría sido tan buena”.

“Sí, todo sucedió demasiado rápido. Pero es estúpido pedirle una foto, ¿no?”.

“Tonterías, la gente les pide eso todo el tiempo”, responde la bien informada Tiffany. “Además, unas buenas relaciones públicas son importantes para gente así. Si son amables con sus fans, se corre la voz y les cubren las espaldas incluso en los momentos difíciles”.

“Debe haber mucha presión sobre los Weston”, susurro pensativa. “Todos los ojos están puestos en ellos todo el tiempo. Eso realmente debe afectarte al final del día”.

“Es una pena que el premio no incluyera que pudiéramos husmear un poco en la zona VIP. Habría estado bien, ¿no?”.

“No sé. En la línea de: mira la vida que nunca tendrás”.

Tiffany me mira con maldad y levanta una de sus rojas cejas. “Si vuelves a ver a Casey Weston hoy, tienes que hacer algo o te arrepentirás el resto de tu vida si no lo haces”.

“¿De qué estás hablando?”, le pregunto, frunciendo el ceño.

“Pídele una cita. O quizá incluso pídele su número”. Vale, siento un golpe nervioso en el pecho. Tiffany continúa: “ahora ha habido este momento entre vosotros y te garantizo que, aunque el chico siga viniendo y conociendo a mil personas, siempre recordará este momento con mucha claridad. Te dio el vestido porque ensució el tuyo. Eso no se olvida tan rápido. Creo que le gustaste. Así que, ¿por qué no lo aprovechas?”.

Vale, el golpeteo en mi pecho se convierte en un fuerte estruendo. “Bueno, Tiff, no puedo hacer eso, ¡no soy ese tipo de chica! Además, la probabilidad de que nos lo volvamos a encontrar hoy es muy baja. Estará merodeando por algún lugar de la zona VIP, nunca entraremos”.

“Tienes que aprender a soñar en grande, Amelia. Si no, serás una viuda viviendo en una caravana toda tu vida”.

“Gracias por las amables palabras”, bromeo y me río. Al menos tengo una buena dosis de autoironía. “Pero para mí, Casey Weston es sólo alguien a quien mirar y nada más. Le compraría una revista. Es el tipo de modelo que sólo conoces una vez en la vida”.

“¿Ajá? ¿Para qué es la revista? ¿Para las horas solitarias con tu vibrador Satisfyer?”.

“Tiff, a veces eres un poco cabrona. Creo que tengo que amonestarte”, digo indignada y me río a carcajadas. “Quítate eso de la cabeza. Y ahora me gustaría quitarme este vestido manchado, si me lo permites. Espérame aquí, me cambiaré en el autobús de la fiesta. Ahora vuelvo”.

Tiffany realmente no me escucha, pero hace sus suposiciones: “el vestido probablemente era para otra persona, tal vez su ex”.

“¿Su ex?”.

“Sí, ha salido en todos los medios. Ahora está soltero”. Sí, a Tiffany le encantan todos los cotilleos y siempre está al día de todo. ¿Quieres saber algo de la vida privada de un famoso? No hay problema, pregúntale a Tiffany.

A pesar de todo, sigo sintiendo un cosquilleo involuntario en las regiones inferiores, completamente fuera de mi control, algo de lo que prefiero no decirle ni una palabra a Tiffany. Es uno de esos momentos en los que me doy cuenta claramente de que hace mucho tiempo que no tengo sexo, por decirlo sin rodeos. Y aunque tengo valores muy conservadores en lo que se refiere al amor, al fin y al cabo soy una persona con necesidades.

“Tiff, no me interesa su vida privada. Voy a cambiarme. ¿Vas a esperarme aquí o te irás?”.

La risa de Tiffany empieza a parecer borracha. “¡Es increíble! ¡Acabas de conseguir un vestido así porque en realidad has venido aquí con esas magdalenas!”.

“Sí, lo sé”.

“Simplemente no puedes parar de hacer el bien a la gente y el universo te ha dado un regalo por ello. Lo celebro”.

Dejo la bandeja de magdalenas sobre una caja de electricidad cercana. La mayoría están estropeadas de todos modos, y quien quiera puede servirse de ellas al pasar. Pero tal vez la idea de que yo trajera magdalenas a un club era demasiado buena. Amelia Rochelle, como todo el

mundo me conoce y me quiere.



Me doy la vuelta y empiezo a caminar hacia el autobús de la fiesta, pero antes de dar un solo paso, oigo una profunda voz masculina detrás de mí: “Ey, la del vestido blanco”.

Me detengo y me doy la vuelta. Dos armarios de porteros vienen hacia mí. El corazón se me mete en los pantalones. ¿Qué he hecho ahora?

“¿Sí?”, pregunto insegura.

Los dos hombres se detienen delante de mí. Uno de ellos me mira amablemente y sonríe. “Usted es la mujer de las magdalenas que tuvo el pequeño percance. Los hermanos Weston han avisado de que usted y todo su grupo ya no deben esperar en la cola. Venga conmigo, puede cambiarse dentro”.

Tiffany y yo nos miramos estupefactas antes de que ella estalle de euforia y me coja de las manos para hacer un divertido pero también algo embarazoso baile de la felicidad.

“Vale, vale, no me asustes”, me río, antes de que Tiffany salga de la cola para reunir a sus otras amigas.

“Chicas, seguidnos todas, vamos a entrar directamente”.

Las diecinueve amigas de Tiffany, dispersas por la cola, vitorean y nos siguen a nosotras y a los porteros, que nos abren paso como si fuéramos escoltas personales.

Parece surrealista y empezamos a cruzarnos miradas. Sonriendo tímidamente, saludamos con la mano a los demás invitados que, a diferencia de nosotros, aún tienen que esperar para poder entrar, quizás durante horas.

En el vestíbulo, veo a través de las puertas de cristal a Casey y Connor Weston dando la bienvenida a la prensa y a Connor pronunciando un discurso de bienvenida. Pero las numerosas personas que hacen cola en primer plano me impiden ver.

El portero nos deja pasar a todas a través de una barrera y nos conduce más allá de la cola de

gente para dejarnos entrar en el edificio a través de estas mismas puertas de cristal. Ahora estamos en el vestíbulo del club con algunos de los primeros invitados, donde se están haciendo las últimas fotos de los Weston antes de que los porteros los escolten a la zona trasera. La prensa se mezcla con la gente y cada vez más gente entra en el club.



Llegamos al baño. Diseño moderno, paredes de mármol, huele fresco y limpio. No se ha escatimado en gastos.

Me encierro en un cubículo y saco el vestido negro de la bolsa de papel para echarle un vistazo. Mientras sostengo el vestido, no puedo evitar pensar en el hombre que me lo regaló: Casey Weston es un verdadero príncipe azul. Su rostro anguloso es como un cuadro, su cuerpo robusto es como un símbolo perfecto de masculinidad absoluta. Me puso suave como la mantequilla cuando me miró tan profundamente a los ojos. Aún no puedo creer que viviera ese momento. Fue tan surrealista. Y ahora tengo en mis manos un vestido que él me regaló personalmente.

Bueno, al menos después de que accidentalmente presionara las magdalenas contra mi estómago porque miraba a su alrededor mientras caminaba. Parecía mentalmente ausente. Si realmente está recién separado, tal vez estaba pensando en su ex novia y mirando a su alrededor en busca de ella o algo así. Tal vez el vestido era incluso para ella, algún intento de reconciliación. Pero ahora lo tengo en mis manos.

Pero bueno, ¿qué sé yo? Sólo hago conjeturas.

Me quito el vestido blanco escarchado y lo arrugo antes de meterlo en la bolsa de papel de Dior. Tal vez consiga lavar las manchas, sería una verdadera lástima para el vestido si no lo hiciera.

Entonces salgo del cubículo y me miro en el espejo. Me quedo sin aliento: el vestido negro parece sacado de un cuento de hadas. Elegante y de altísima calidad, pero con un toque, cómo decirlo, Disney. Nunca habría pensado que el negro me quedaría tan bien.

“Bueno, si fuera hombre, ahora mismo estaría encima de ti”, bromea Tiffany, que se queda totalmente alucinada al ver mi vestido. “Te queda increíble, hasta los zapatos hacen juego”.

Para mí, éste es el comienzo de una velada inolvidable que quizás me he ganado a pulso. Aunque no vuelva a ver a este príncipe azul, la velada ya ha merecido la pena para mí. Nunca he sido materialista, después de todo, vivo en una caravana debido a las difíciles circunstancias. No me importa mucho el precio del vestido, porque sospecho que no lo venderé, sino que lo llevaré en

ocasiones especiales y siempre recordaré esta noche loca con una sonrisa.

Nunca olvidaré este encuentro con Casey Weston. No creo que vuelva a conocer a un hombre más hermoso. Difícilmente alguien me dejará sin aliento como él. Aunque no fuera tan conocido, me dejaría sin aliento. De nuevo, quizás es tan conocido precisamente porque deja a mucha gente sin aliento como me deja a mí.

Bueno, eso es todo para mí cuando se trata de hombres. Puedo hacer las maletas. A partir de este encuentro, todo es cuesta abajo para mí.



Una hora más tarde, Tiffany, sus diecinueve amigas funky y yo hemos bailado como locas y ya estamos sudadas. El sonido de la música aquí es una experiencia en sí misma. Disfruté olvidando las preocupaciones de mi vida cotidiana durante un rato y dejándome mecer al ritmo de la música.

Los cócteles se pasaban por la barra una y otra vez. No los conté. A estas alturas yo también estoy un poco achispada. Hacía una eternidad que no bebía tanto y aún no me arrepiento. Me lo estoy pasando de maravilla y no dejo de recordar este encuentro caliente con Casey Weston mientras bailo.

Tiffany está aún más borracha que yo. Probablemente esté en el baño otra vez. Me he hecho amiga de algunas de sus amigas, aunque superficialmente, y sigo bailando con ellas.

Entonces Tiffany vuelve a la pista de baile y me agarra eufórica por ambos brazos. ¿Qué pretende ahora?

“¡He visto la zona VIP!”, dice entusiasmada en voz alta, intentando llegar a mis oídos a través de la música. “Sé dónde está. Y puedes entrar ahí si eres lista”.

“¿Qué pretendes ahora?”.

“Ven conmigo”, dice cogiéndome del brazo.

“Tiffany, ¿qué estás haciendo?”.

“Nunca me llamas Tiffany, ¿por qué estás tan seria de repente? Vamos a hacer algo juntas”.

Mi corazón empieza a latir más rápido, obviamente no estoy acostumbrada a tanta excitación en una sola noche.

Llegamos a una barrera, ahora custodiada por los dos porteros que nos hicieron entrar en la discoteca. Pero ninguno de los dos parece reconocerme con mi vestido negro. Probablemente hace tiempo que se olvidaron de mí.

“Vale, ¿qué vas a hacer?”, le pregunto a Tiffany con suspicacia.

“Cuando no estén mirando, nos escabulliremos por debajo de la barrera y nos mezclaremos entre la gente. Tú puedes pasar fácilmente por VIP con este vestido increíble y yo sólo seré tu excéntrica amiga”.

Por un momento, me imagino la zona VIP. Cómo sería. A qué famosos podría conocer allí. La idea es emocionante, pero el riesgo es demasiado alto para mí. Además, simplemente no pertenecemos a ese lugar.

“Creo que es un plan miserable. ¿Y si nos pillan y nos echan? ¿Qué tan vergonzoso sería?”.

“Amelia, realmente necesitas aprender a tomar riesgos en la vida de nuevo, si me permites decirlo. Quiero decir, ¿qué es lo peor que podría pasar? ¿Nos cortarán la cabeza por esto? No. Incluso si nos echan, ¿y qué? Entonces tendremos un recuerdo divertido para contar a nuestros hijos algún día. Quiero decir, mira tu vida ahora mismo. Estás luchando cada día para mantener viva tu pequeña panadería, en la que me encanta ayudarte, por cierto. Pero hablemos en serio: a tu vida le vendría bien un poco de emoción. Vives en una caravana y pagas las deudas de juego de tu difunto marido, lo que es bastante triste. ¿De verdad quieres pasar el resto de tu vida así? Algún día serás vieja y estarás amargada”.

Vale, vaya. “Eso fue muy profundo de tu parte, ¿de dónde salió todo eso?”.

“Eres mi amiga, bromista. Quiero que estés bien”.

Me quedo pensativa. “No sé, Tiff. Pienso para mis adentros... si de alguna manera pudiera aceptarlo todo, entonces podría... mirar hacia adelante mucho antes. Experimentar algo nuevo. Estoy un poco atascada en todo esto y me está comiendo. No eres estúpida, puedes verlo en mi cara. Quieres ayudarme. Te estoy agradecida por ello”.

Qué momento tan emotivo, por cierto, y en un momento en el que está intentando convencerme para que baile limbo con ella bajo una cuerda de barrera para entrar en una zona de una discoteca que está prohibida para nosotras. Sí, a veces la vida es una locura.

“Siempre estoy aquí para ti, cariño”.

Sonrío insegura. “Sabes, me mata que Rory y yo estuviéramos peleados cuando murió. Sentí que me ocultaba algo. Yo tenía razón. No sabía lo que era. Pero no nos separamos en buenos términos. Nunca tuvimos la oportunidad de reconciliarnos. Quiero decir, estábamos casados”.

“Pero con el debido respeto, si puedo decir eso, quiero decir, eres mi jefa también”.

“Puedes decir lo que quieras”, la absolví y me reí.

“Vale. Lo que quería decir es, estás siendo demasiado dura contigo misma. Tal vez no hubo reconciliación. Hubiera seguido y seguido. El hombre era un adicto al juego, como ahora sabes. Y te metió en un lío enorme por el que aún hoy estás sangrando. Él ha salido de allí limpio y tú estás lidiando con ese Dex que aún quiere cobrar”.

Sus palabras me llegan. Porque tiene razón y lo sé.

“Sé lo duro que suena esto, pero quizá deberías empezar a verlo desde otro ángulo: el tuyo. Tal vez el destino ha puesto fin a todo y habéis salido indemnes, por así decirlo. Habéis jurado estar juntos hasta que la muerte os separe. Eso ya ha pasado y tienes que aceptarlo. Te digo todo esto con amor. Déjalo ir, Amelia. Sinceramente. Puedes hacerlo. *Tienes que hacerlo*”.

“Vaya”, me maravillo. “Siempre eres una ratoncita tan divertida y a veces un poco tonta, y luego me sorprendes con tanta sabiduría”.

Las dos nos reímos. Le doy la razón con la mirada. Entonces me mira y me dice: “todo eso es pasado, Amelia. Tienes que mirar hacia el futuro. Si no, te quedarás anclada en el pasado para siempre. Ahora tienes que cambiar un poco las cosas. Quiero decir, mírate con ese vestido. Estás despampanante. Perteneces a esa zona VIP”.

Me río a carcajadas. “Otra vez con lo de la zona VIP. Realmente me has convencido terapéuticamente, granuja. No creo que me vaya a arreglar la vida ir a un reto contigo y colarme en una zona VIP”.

Los dos porteros charlan un rato y Tiffany ve la oportunidad de colarse bajo la cinta... y lo hace. Me mira burlona y se cruza de brazos: “¿y si te arregla la vida?”.

“¡Eres increíble!”, le digo indignada.

“Y tú eres una gilipollas”.

No voy a quedarme de brazos cruzados. Me escabullo rápidamente bajo la cuerda de la barrera y ambas estamos en la zona VIP. Nos dirigimos rápidamente hacia la zona del bar. Los ilustres invitados con los que nos cruzamos asienten y sonríen amablemente. De vez en cuando, los ojos de uno o dos hombres se posan en mi cuerpo.

“No me puedo creer que lo hayamos conseguido”, sonrío excitada.

“¿Qué se siente?”.

“Sí, prohibido de alguna manera, pero... excitante”.

“Y creo que un poco de emoción podría arreglar tu vida”.

Todo parece aún más bonito aquí que en la zona principal del club. Se ha invertido mucho más dinero en la decoración. Aquí hay mucha menos gente que allí, es más tranquilo.

Tiffany y yo nos detenemos y miramos a nuestro alrededor. Aquí y allá reconocemos algunas caras famosas. Es surrealista estar entre ellos, como en un sueño extraño.

Entonces mi mirada se posa en una mesa que veo en una esquina de la sala. Allí está sentado el impresionante Casey Weston. El corazón me da un vuelco. Connor está con él, ambos charlan y entonces su mirada se desvía... y se detiene en mí.

Me quedo helada. Este hombre podría convertirme en una estatua de sal con su mirada. Me deja sin aliento.

Luego vuelve a mirar a su homólogo. Sólo ahora me doy cuenta de que hay alguien más sentado a la mesa. Es una mujer, de mi edad, unos treinta años. Pero Casey y ella no coquetean. Al

contrario, incluso parecen discutir. La mujer lleva una diadema brillante en la cabeza y un pañuelo de plumas de colores de gran tamaño alrededor del cuello, así como una banda en la que se lee: 'Birthday Girl'.

Entonces caigo en cuenta de que fui una ingenua al pensar que vendría a hablar conmigo y posiblemente a conquistar mi corazón, como en una película cursi.

Mi mirada recorre la habitación y veo una enorme tarta de cumpleaños y una montaña de regalos en una pared. Parece que se está celebrando una fiesta de cumpleaños y esta mujer, que obviamente tiene algún tipo de historia con Casey Weston, es la estrella de la velada. Es la cumpleañera. Yo no tengo nada que hacer aquí.

"Ya he visto suficiente", le digo a Tiffany, que, a diferencia de mí, apenas se cansa de la zona VIP. "Y recuerda que aún queremos abrir mañana".

"Sí, pero más tarde, ¿no? Los domingos. Y el autobús no sale hasta las dos. ¿Ya no te apetece?".

"Este no es nuestro sitio", le digo y me doy la vuelta para volver a la cuerda de la barrera. Pero entonces siento una mano en el codo, intentando detenerme.

No parece la mano de Tiffany. Esta mano es más grande, más fuerte, masculina.

Me doy la vuelta y, para mi asombro, veo a Casey Weston frente a mí. Y no, que yo sepa, no estoy en una película cursi. Esto me está pasando de verdad. La panadera casi arruinada de Callis, Texas, que vive en una caravana, está a punto de salir de la zona VIP del *City Lights* de Dallas y la para el mismísimo Casey Weston.

Es increíble.

Capítulo 4



Casey

“Hola, Casey”, me saluda Gizelle, poniendo la misma cara de muñeca que tenía al principio de nuestra desastrosa relación. Está de fiesta con sus amigas en la zona VIP del club de Connor, con una diadema en la cabeza para que todos los presentes sepan que es su cumpleaños. Y ahora ha llegado a nuestro encuentro. Como si quisiera decirme en una frase cuánto siente que todo haya ido tan mal: “me alegro de verte”.

“Feliz cumpleaños, Gizelle”, respondo con seguridad y estoicismo y quiero continuar, pero ella me detiene.

“¿No queremos seguir hablando?”.

“¿De qué quieres hablar?”.

“Bueno, me interesa saber cómo estás y todo eso”.

“Siempre estoy bien”, respondo secamente. “¿Y tú?”.

“Sí, también”, suspira. “Me alegro de que te vaya bien, Casey”.

“Estoy deseando volver a mi casa”.

“Lo entiendo, me iré pronto de allí. ¿Tienes prisa? ¿Ya tienes una chica nueva?”.

“Ya que lo preguntas, sí”, me farreo y puedo ver la sorpresa que intenta ocultar.

“Eso ha sido... rápido por tu parte”.

“Que pases buena noche, vamos a celebrarlo”, me despido de ella y me dirijo hacia Connor, que se está haciendo una foto con un periodista junto a unas actrices. Pido otro whisky en el bar y echo un vistazo a la multitud...

Ahí está de nuevo, la hermosa rubia que ha estado rondando mi mente desde que me encontré con ella y sus magdalenas. Por lo visto, también es VIP.

¿Pero qué clase de VIP lleva una bandeja de magdalenas a este club? ¿Por qué las traía antes? No es de mi personal.

Algo me atrae de ella, y el vestido le queda tan bien como imaginaba. Tan bien que casi no la reconozco. ¿Se dará cuenta Gizelle del vestido? Había pedido explícitamente este vestido para su cumpleaños de hoy y ahora lo lleva una mujer cualquiera del campo que, por alguna razón, quería llevar magdalenas a un club.

La misteriosa rubia parece estar a punto de abandonar la zona VIP. Tengo que actuar, porque me vendría muy bien en este momento después de mentirle a Gizelle que estoy saliendo con otra persona mientras tanto. Y lleva el vestido que estaba destinado a Gizelle. Esto va a ser una fiesta. No puedo dejar que la rubia se me escape.

Me acerco a ella y la detengo, con lo que me mira completamente sorprendida.

“¿Cómo te llamas?”.

“Eh... me llamo Amelia”. Bonito nombre. Puedo ver el pulso acelerado de sus arterias principales. La niña está emocionada.

“Amelia, hola, soy Casey”.

“Yo... lo sé”.

“Sé que lo sabes. Necesito tu ayuda con algo”.

“Eh... ¿con qué?”, me pregunta insegura, a lo que rápidamente se me ocurre una historia que suena lo suficientemente trillada como para que se la crea.

“Mi ex me está haciendo la vida imposible y no me deja en paz. Quiero un poco de paz y tranquilidad y te necesito para eso”.

“¿Vale...?”.

Su mirada se dirige directamente a Gizelle. “No mires de forma tan evidente”, le advierto, “o sospechará algo. Mírame a mí”. Coloco una mano alrededor de su cadera perfectamente formada, lo que la hace crisparse excitada. “¿Te estoy poniendo nerviosa?”.

“Un poco, sí”.

“Bien, y sigue sonriendo”.

“Nos ha visto”, comenta Amelia. “Y no parece divertirle que estemos juntos así”.

“Entonces lo estás haciendo todo bien”.

“Así que esta es... tu ex, ¿verdad?”.

Me acerco a Amelia para susurrarle al oído, oliendo su aroma natural y sintiendo revuelos en mis pantalones. “Mi hermano dice que debo ser adicto a los problemas. Que parece que me atrae mucho el peligro. No sé”. Sólo le digo estas tonterías banales para ganarme su confianza. Cualquiera que me conozca sabe que no revelo nada de mi vida privada.

Aunque es evidente que Amelia se siente halagada por el hecho de que la haya buscado, pregunta con interés: “¿Es así?”.

Me encojo de hombros y, juguetonamente, le doy la vuelta a la pregunta. “¿Eres peligrosa?”.

Me mira como si fuera de otro planeta y no hablara su idioma. Está completamente abrumada. “Soy inofensiva, creo”, balbucea.

“Puedo vivir con eso”.

“Yo podría vivir con usted, señor”, interviene su amiga pelirroja, que se queda parada, completamente desconcertada. Suelto una carcajada fugaz, pero vuelvo a prestar toda mi atención a la rubia de bonito nombre.

Normalmente no soy tan locuaz, pero me meto en mi papel para humanizarme un poco y dejar de lado la jerarquía social que nos separa. “Salí con ella seis meses, pero nunca le di mucha importancia”.

“Pero salió en la prensa”.

“Sí, no puedo evitarlo. Sabía en algún lugar de mi interior que no envejecería con ella. Discutimos una y otra vez. Ella es como una avispa, y yo no podía evitar meter los dedos en el avispero”.

Amelia se ríe, mis palabras empiezan a relajarla. Muy bien. “Sé lo que se siente cuando no puedes soltar algo que te sienta mal”, responde. “También estuve con un chico que me metió en muchos problemas”.

“¿Qué tipo de problemas?”.

“Es complicado”, prosigue ella.

“Dime una cosa que no sea complicada”.

El titubeo de Amelia me da la razón, así que suelta: “Era adicto al juego”.

“¿Sigues saliendo con él?”.

“No. Eso... se acabó”.

“¿Sales ahora con *alguien*?”, le pregunto más directamente. Porque quiero saberlo.

“Tampoco. ¿Por qué lo preguntas?”. Sus bonitos ojos azules me miran interrogantes. Sé que me adora.

“Acabo de mentir a mi ex novia para que me deje en paz”.

“¿Le mentiste?”, se pregunta.

“Le dije que estaba viendo a otra persona. Pero eso no es verdad. Ese es mi problema ahora mismo, con el que puedes ayudarme”.

Entonces me mira comprensiva y empieza a ponerse visiblemente más nerviosa. “¿Así que quieres que finja ser... tu nueva chica?”, pregunta con emoción en la voz.

“Exacto”.

Amelia hace una pausa antes de mirar alrededor de la habitación hasta que sus ojos se desvían de nuevo hacia mí interrogativamente. “¿Por qué yo?”.

“¿Por qué lo preguntas?”.

“Probablemente podrías tener a la mujer que quisieras”.

“Fingiría ser tu novia”, vuelve a interponer la pelirroja. Es un poco graciosa. Pero yo sólo tengo ojos para esta rubia preciosa con la que está aquí.

Respondo a la pregunta de Amelia de por qué le pido a ella entre todas las personas que haga algo así. “Quizá te lo cuente más tarde. Entonces, ¿puedo contar contigo?”.

“Eh... ¿supongo que sí?”.

Mi mirada se desvía fugazmente hacia Gizelle, que mira en mi dirección. Parece estar observándonos. “Vale, entonces voy a besarte ahora”.

“Ehm”.

Amelia parece completamente abrumada y me doy cuenta de que me atrae. Asiente tímidamente, con lo que mis labios buscan inmediatamente los suyos para besarla apasionadamente. Al principio parece un poco sorprendida, pero luego empieza a disfrutar de la forma en que mi lengua explora la suya. Amelia sabe increíblemente deliciosa y sus labios son suaves y carnosos. Puede que sea el mejor beso de mi vida.

Saboreo el beso durante un buen rato y luego suelto mis labios de los suyos. Amelia me mira hipnotizada.

“Ha sido…”. No termina la frase.

“¿Te gusta la tarta de cumpleaños?”, le pregunto.

“Supongo que sí”.

“Bien, quiero que pases el resto de la noche a mi lado”.

Vuelve a hacer una pausa y luego asiente sin decir palabra. “Mi amiga también está aquí. ¿Te parece bien? ¿Puede quedarse aquí, en la zona VIP?”.

Miro a su amiga pelirroja. “Encantada de conocerte, Casey”.

“Tiffany”, balbucea, “soy Tiffany y me gustan los paseos largos”.

“Siéntete como en casa”, interrumpo. “Bebe lo que quieras. Voy a secuestrar a tu amiga un rato”.

“Vale... lo que... quieras”, balbucea Tiffany.

“La recuperarás de una pieza”.

Tiffany asiente, tan muda como Amelia. Le tiendo el codo a Amelia y ella me engancha. Veo que no puede creer lo que le está pasando y yo lo estoy disfrutando.

Conduzco a Amelia a través de la zona VIP y la rodeo con el brazo: “Estos son todos los peces gordos de la ciudad, todos en el mismo sitio”, le digo bromeando. “Quiero bailar contigo”.

“Vale...”.

Me detengo en la pista de baile con Amelia y le sujeto la cintura con ambas manos, a lo que ella reacciona tímida e insegura.

“Relájate. Rodéame con los brazos. Aflójate un poco más, estás rígida como una tabla”.

Empieza a sonreír y me pone los brazos sobre los hombros, con lo que nos movemos al ritmo de la música. Tarda un momento en soltarse. Nos dejamos llevar cada vez más y estoy seguro de que Gizelle nos ve y está hirviendo de celos.

“¿A qué te dedicas?”, le pregunto a Amelia con curiosidad.

“Horneo”.

“¿Horneas? Por eso las magdalenas, supongo”.

“Sí, eran para mis amigas”.

“Pero no se lleva una bandeja de magdalenas a un club. Aquí hay de todo”.

“Sí, ahora me doy cuenta”.

“¿Dónde trabajas?”.

“Dirijo la *Pastelería Rainbow* en Callis, una pequeña ciudad a las afueras de Dallas”.

“Conozco Callis”.

“¿De verdad? Nadie conoce Callis, bueno, normalmente”.

“Siempre paso por la entrada del pueblo cuando tengo que ir al rancho de la familia Weston. Pero nunca he conducido hasta Callis”.

“No te culpo por eso. Nadie suele ir allí”.

Me río secamente. No parece que ella piense mucho en su pequeño pueblo. Pero tiene razón. Callis es tan pequeño que la palabra “pequeña ciudad” o incluso “pueblo” podría ser una exageración.

“Cuénteme más sobre tu negocio”, le pido con interés.

“Es una pequeña panadería en la calle principal de Callis. Tengo una pequeña panadería y una zona para clientes con un mostrador donde vendo bollería variada. De alguna manera no puedo hacerlo más emocionante que eso”. Ambos nos reímos. “Pero me encanta mi trabajo. Sí”.

“Una historia emocionante”, respondo secamente. “Me encanta la buena repostería. ¿Tienes también magdalenas de arándanos en tu repertorio?”.

“Eh... sí. Por supuesto. Siempre con arándanos frescos”.

“Ese siempre ha sido mi acompañamiento favorito para un buen café. Tengo mucha curiosidad por ver cómo son tus magdalenas”.

“Bueno, digámoslo así, nadie se ha quejado nunca”. Se ríe, insegura y avergonzada.

“Seguro que haces felices a tus clientes”.

“Lo intento”.

“Estoy segura de que lo haces”.

Hay un matiz subyacente de flirteo y ambigüedad en todo lo que nos decimos. Esta mujer me fascina y no tengo una explicación racional de por qué. Supongo que simplemente encaja. Quiero saberlo todo sobre ella.

Capítulo 5



Amelia

Siento que muchos ojos nos miran a Casey Weston y a mí. Ocupamos el centro de la pista de baile y, aunque mi corazón ya late desbocado contra mis costillas desde el interior, me involucro cada vez más en este momento de belleza surrealista y empiezo a dejarme llevar. Mi realidad se desvanece y sólo existe mi pareja de baile. Mi universo sólo gira en torno a él durante este baile. Nuestros movimientos, sus caricias, todo parece sexo.

Después de bailar juntos durante un buen rato, Casey abandona la pista conmigo. Vemos que bastantes invitados cuchichean, sobre todo los que han venido a celebrar el cumpleaños de su ex novia.

“Hace siglos que no bailo así”, le digo a Casey y me río tímidamente.

“Eh, vosotros dos, mirad aquí”, oímos una voz, y nos giramos. Un hombre está de pie con una cámara y nos hace varias fotos, lo que me sobresalta por un momento.

“No te preocupes, es mi amigo Byron”, me tranquiliza Casey. “Venga, vamos a posar para él. Espalda recta, cabeza alta”.

Casey se pone demostrativamente a mi lado y me rodea con el brazo. Todo sucede tan deprisa que apenas tengo tiempo de procesarlo. ¿No era hace poco tiempo cuando admiraba a este hombre en la televisión y pensaba en cómo podría ser la vida a su lado? ¿Y ahora se supone que

voy a tener al menos una muestra de ello porque se supone que voy a interpretar a su novia? La vida es a veces una parodia de sí misma.

"¿Necesitas una copa?", me pregunta Casey. Veo que se están repartiendo chupitos como parte de esta fiesta de cumpleaños.

"Otro de esos no", Byron se ríe a carcajadas después de hacernos unas cuantas fotos más, "de verdad que te noquean. No te dejes engañar, saben tan dulces que creerás que no llevan alcohol. Pero mi querido amigo...".

"No le hagas caso, son deliciosos", me dice Casey. "¿O quieres otra cosa del bar?".

Estoy completamente perpleja. Me cuesta acostumbrarme al hecho de que todo en la zona VIP sea por cuenta de la casa.

"Eh, ¿tal vez vino espumoso?", pregunto, insegura.

"Seguramente querrás decir champán", me corrige y extiende la mano hacia un lado. Antes de darme cuenta, tengo una copa de champán en la mano. Y él también. Entonces veo que los camareros corren de un lado a otro repartiendo copas.

"Salud", me dice y levanta su copa. "Por los encuentros espontáneos".

"Por los encuentros espontáneos", digo después de él, un poco insegura. Chocamos las copas y bebemos, y Dios mío, está delicioso. Este champán, que hormiguea delicadamente en mi lengua, me hace sentir como si sólo hubiera bebido spritzers de vino. Esto es otro nivel.

Casey y yo nos miramos fijamente mientras terminamos nuestras copas. En cuanto mi copa está vacía, un camarero se acerca y me la quita, sólo para ponerme una copa llena en la mano.

Wow, eso es lo que está pasando aquí.

Estoy bastante borracha. La sala, elegantemente amueblada y llena de personalidades, da vueltas, pero ya no me importa. Estoy con Casey y su divertido amigo Byron y nos reímos de todo tipo de cosas.

“Vamos a hacernos una selfie”, dice Byron en voz baja, antes de sacar su móvil y estirar el brazo para que salgamos los tres en la foto. Nos hace varias fotos con el móvil y las fotos salen bastante graciosas. Parece como si nos conociéramos de toda la vida.

Entonces veo que la cumpleañera, la ex novia de Casey, la de la tiara en la cabeza, viene directa hacia nosotros. Y a juzgar por su cara, no está de muy buen humor.

“Bonito vestido”, me dice venenosamente.

“Eh, gracias”, le respondo, insegura. ¿En qué me he metido?

“¿Por qué llevas ese vestido?”.

“Porque me parece elegante”.

“¿Quién te lo ha regalado?”.

Casey interviene y me rodea con el brazo.

“¿Te está molestando?”.

“Eh, no, yo...”.

“No sabía que dejaran entrar a acompañantes”, me dice, mirándome de pies a cabeza con gesto despectivo. “¿De dónde eres?”.

“Eso no es asunto tuyo”, interviene Casey. Pero no quiero causar problemas, así que sigo siendo amable.

“No pasa nada, soy de Callis”.

“¿Callis? ¿Ese pueblecito del desierto? El lugar no es más que una parada para los camiones que pasan por allí, ¿no?”.

“Sí, se podría decir eso”, bromeo.

“Mis padres una vez quisieron comprar todo el pueblo como inversión. La tierra allí es baratísima. Pero decidieron no hacerlo. ¿Quién quiere comprar un terreno arenoso al que nadie va a ir de todos modos?”.

“Fue un placer hablar contigo, Gizelle”, dice Casey bruscamente y me aparta de ella antes de susurrarme al oído: “me di cuenta de que no te sentías bien”.

“No parecía especialmente... simpática”, le respondo. “Así que esa es tu ex, ¿no?”.

“Sí, es Gizelle en carne y hueso. Todos queremos a Gizelle”. Vale, eso ha sonado sarcástico. Aparentemente no le tiene mucho cariño a su ex. Pero siempre es un fenómeno extraño que después no puedas soportar a tu ex, aunque hayas estado con esa persona por alguna razón.

Por un momento, me pregunto si el vestido que llevo era originalmente para la ex novia de Casey. Después de todo, hoy es su cumpleaños, algo difícil de pasar por alto. Eso podría explicar por qué lo llevaba consigo y por qué me preguntó por él de forma tan extraña. Quizá quería regalarle el vestido pero cambió de idea. Eso tendría sentido.

Pero quién sabe.

Casey me lleva a un sofá de la esquina y toma asiento. Con la mano abierta, me pide que me siente con él. Miro a mi alrededor y empiezo a preguntarme dónde estará Tiffany. Hace tiempo que no la veo. Entonces saco el móvil del bolso y miro la pantalla.

Es la una y media de la madrugada. ¿Qué hora es? ¿Dónde está Tiffany?

Entonces veo que tengo un mensaje suyo y abro nuestro historial.

TIFFANY: “¿Cómo van las cosas con el príncipe?”.

AMELIA: “Bastante bien. Lo siento, he perdido la noción del tiempo. ¿Dónde estás?”.

TIFFANY: “Todo bien, he vuelto con las chicas y acabo de liarme con un tío muy bueno. Puede que tarde más”.

AMELIA: “No podrás cambiar en esta vida”.

TIFFANY: “Recuerda que el autobús de la fiesta sale a las dos”.

AMELIA: “Allí estaré, lo prometo”.

Guardo mi teléfono y le digo a Casey: “mi autobus sale en media hora, tengo que llegar pronto a casa. Así que creo que me iré”.

Me levanto y me cuelgo el bolso al hombro. Una parte de mí desea que me detenga ahora.

“Gracias por tu ayuda”, me dice con confianza. Lástima, probablemente sea eso.

“No hay problema”, tartamudeo. “Vale... ahora tengo que irme”.

“¿Sabes qué sería aún mejor para el efecto de nuestra pequeña farsa?”.

Me quedo inmóvil. Mi corazón empieza a latir desbocado.

“¿Qué?”.

“Si saliéramos juntos de la zona VIP”.

En ese momento, mi mirada se pasea por la sala, donde vislumbro a su ex novia Gizelle al otro lado, observándonos con los brazos cruzados.

“¿Ves lo que quiero decir?”, la profunda voz de Casey resuena con más claridad en mis oídos. Se coloca a mi lado y mira a Gizelle. “Nos está estudiando muy de cerca”.

En ese momento, huelo el perfume de Casey e inmediatamente noto cómo se calientan mis muslos. Huele tan bien que me dan ganas de saltarle encima. Y sus modales son tan seguros y masculinos que me ablando como la mantequilla en su mera presencia.

Sus ojos se clavan en los míos mientras me acaricia el brazo con el pulgar, lo que hace que me recorra un relámpago por todo el cuerpo.

“¿Qué me dices?”, me pregunta. “¿Puedo contar contigo?”.

Me pregunto si su pregunta va más allá de querer salir conmigo de la zona VIP. ¿Sólo quiere doblar la esquina conmigo para que Gizelle piense que nos hemos escapado juntos? ¿O realmente quiere ir a casa conmigo? ¿O invitarme a su casa? ¿Qué quiere exactamente? ¿Qué quiero yo ahora? Estoy muy emocionada.

"Venga, vámonos", me dice y me coge de la mano antes de que pueda preguntar nada. "Si vamos juntos ahora, pensará que hemos estado teniendo sexo caliente toda la noche".

Eso es exactamente lo que estoy imaginando ahora mismo. Mis ojos no dejan de vagar hacia él, explorando su rostro anguloso, su barba incipiente y sus pronunciados músculos, claramente visibles a través de su traje. Miro sus pantalones y me pregunto si estará bien dotado. En ese momento, siento que mis bragas se humedecen.

Sí, hace mucho que no tengo sexo. ¿Cuándo fue la última vez que tuve pensamientos sexuales? Eso también fue hace tiempo. Todo lo que Casey acaba de decirme con su voz sexy hace que me tiemblen las rodillas. ¿De verdad estoy a punto de irme a la cama con uno de los príncipes de Dallas? No es algo que suela hacer, pero en este caso mi excitación es tan grande que todo es posible. Después de todo, Casey Weston no es cualquiera.

"Se va a enfadar muchísimo", se regodea Casey con una suficiencia que brilla por su ausencia. "No sabe que nos separaremos en la acera".

En ese momento me doy cuenta de que no piensa llevarme a su casa ni nada parecido. En realidad no quiere pasar una noche caliente conmigo, sólo quiere montar este espectáculo.

Tal vez eso es algo bueno. Porque salir corriendo con él y posiblemente acostarme con él, aunque no le conozca de nada, iría completamente en contra de mis principios. Nunca he tenido una aventura de una noche y no he estado con un hombre desde que Rory murió. El hecho de que haya pensado en algo así empieza a chocarme.

Así que me quito rápidamente esos pensamientos de la cabeza y dejo que me guíe a través de la zona principal y fuera, hacia el aparcamiento. Allí veo el autobús de la fiesta, que afortunadamente aún no ha salido.

"Ahí está mi autobús", le digo a Casey. "Gracias a Dios, todavía me están esperando".

Casey sigue conmigo y allá donde vamos recibimos miradas. Las amigas de Tiffany también nos miran desconcertadas y se tapan la boca en señal de incredulidad. Sus susurros asombrados llegan a mis oídos y yo debería estar muy orgullosa en este momento. En lugar de eso quiero acabar cuanto antes, porque en realidad sólo he dejado que Casey me utilice para darle celos a su

ex novia. No es una historia que me enorgullezca contar.

“Ha sido un placer conocerte”, me dice Casey, a lo que yo asiento amablemente.

“El placer es mío”, tartamudeo tímidamente.

“Quizá volvamos a vernos en el futuro”.

“Sí, tal vez. Buena suerte con tu... ex”.

“Éxito es cuando me deja en paz. Gracias a ti, eso está hecho. Me voy a casa”.

Escuchar eso me tranquiliza en cierto modo, ya que por un momento pensé que iba a volver a meterse entre la multitud para ligarse a la siguiente mejor después de que yo me fuera. Pero no parece ser el caso.

“Bueno, entonces no te metas”, dice secamente, saludándome por última vez antes de darse la vuelta y marcharse.

Aún no he asimilado todo el encuentro. Me quedo congelada un momento, subo las escaleras y subo al autobús de la fiesta, donde ya están reunidas la mayoría de las amigas de Tiffany. Todas me miran. Tiffany también está allí.

“Vale. ¿Qué... fue... eso? Queremos todos los detalles sucios”, dice Tiffany, ardiendo de curiosidad.

“¿En serio te liaste con un príncipe de Dallas?”, pregunta Amber, una amiga de Tiffany. “¿Qué pasó allí?”.

“¡Por favor, dime que tuviste algo con él!”.

“¿Tuviste algo con él? ¿Os besasteis?”.

“Deben haber ido al baño juntos”.

Estoy inundada de preguntas, pero decido callarme por el momento.

El motor arranca y las últimas amigas suben antes de que nos vayamos de nuevo. No puedo dejar de pensar en Casey. ¿Qué fue todo aquello? Me hago exactamente la misma pregunta.

Capítulo 6



Casey

Nos despedimos y me doy la vuelta para volver a la calle, donde subo a una limusina para que me lleven a casa. He terminado por hoy. Una parte de mí está decepcionado y desearía haber llevado a Amelia a mi casa para hacerlo con ella varias veces durante la noche. Es mi tipo de chica, y su carácter realista la diferencia en cierto modo de las mujeres con las que suelo salir.

Hubiera querido y hubiera sido fácil seducirla, como he hecho innumerables veces antes. Pero, por alguna razón, no pude hacerlo con ella como antes. La he utilizado, pero no puedo aprovecharme de ella. Sé que haría todo lo que yo quisiera, que me seguiría el juego, que me dejaría hacerle de todo... pero no, por alguna razón no puedo hacerlo esta vez. Ella tiene que quererlo.

¿Por qué es así ahora?

Oigo que el autobús de la fiesta se detiene detrás de mí un momento con el motor en marcha antes de seguir su camino. Siento curiosidad y me doy la vuelta para ver cómo está el autobús. Sale del aparcamiento y se marcha.

Amelia no se fué, está sola en el aparcamiento. Me mira con cara de querer decirme algo.

Me quedo inmóvil. ¿Por qué se ha quedado? Quiero saberlo y camino hacia ella. No me quita los ojos de encima ni un segundo, se muerde el labio pensativamente y da unos pasos hacia mí.

“Tu autobús se ha ido”, le digo.

“Sí”.

“¿Por qué?”.

“Escucha, normalmente no hago esto. Pero esta noche es una noche de cambios en mi vida. Quiero hacer cosas nuevas que nunca he hecho antes. Algo que tenga que ver con mi desarrollo personal”.

“Ve al grano”.

“Sí, bueno... sólo quiero... hacer una locura esta noche”.

Al principio frunzo el ceño, pero luego me doy cuenta de lo que quiere decir. “Ah, ya veo. Y quieres que te ayude con eso”.

“Sí”.

“¿Cómo?”.

Vacila y no parece capaz de expresarse libremente. “Yo, bueno...”.

“Dijiste que querías hacer una locura. Entonces sé loca y di sin rodeos lo que quieres de mí”.

“De acuerdo. Quiero que hagas conmigo todo lo que has hablado ahí dentro. Sé quién eres y no quiero ponerte de los nervios, no busco nada formal, pero me apetecería una...”.

La estudio con fruición y termino su frase.

“¿Una noche salvaje?”.

Hace una pausa, pero asiente.

“Sí”. Sonrío. “Aún estoy asimilando una pérdida muy dolorosa, así que... no estoy preparada

para nada nuevo, pero nunca he tenido una aventura de una noche y pensé...".

"Sin compromiso".

"Exactamente. Sólo…".

"Sexo".

"Exactamente".

"Así que quieres preguntarme si quiero tener sexo contigo".

Ella traga saliva. Me doy cuenta de que le ha costado mucho esfuerzo bajarse del autobús y acercarse a mí para preguntarme tan directamente si quiero acostarme con ella a riesgo de ser rechazada.

"Normalmente es el hombre el que hace ese movimiento, no la mujer", digo, frunciendo el ceño.

"Lo sé, lo sé. Pero... quiero algo ahora mismo, así que pensé en pedírtelo".

"Tienes valor, lo reconozco", alabo secamente.

"Pensé en pedírtelo porque... ¿por qué no? Podría funcionar".

"Funcionó. Te vienes conmigo. Te daré lo que me pediste".

En ese momento, puedo ver la sorpresa en su cara. Parece que tiene muchas cosas con las que lidiar en su vida ahora mismo, así que me alegra ayudarla a aprender la lección de que merece la pena ir a por lo que quieres.

También me alegra ayudarla con lo otro. Pero debe desearme de verdad. Me doy cuenta del valor que acaba de demostrar. Ahora voy a recompensarla por su valentía.

"Ven conmigo", le digo, y me dirijo a la calle, frente a la entrada principal, donde aún esperan dos limusinas. Le hago señas a la de delante para que se acerque y se detiene delante de nosotros.

Abro la puerta trasera a Amelia y la invito a entrar con un gesto de la mano. Ella mira encantada la limusina y baja la cabeza para meterse atrás. La sigo y cierro la puerta con fuerza, tras lo cual el conductor arranca directamente.

"¿A dónde, señor?".

"A la residencia de Connor, por favor".

"Entendido".

La limusina no llega lejos y tiene que detenerse en un cruce donde el semáforo está en rojo en el sentido de la marcha.

Amelia y yo nos sentamos uno al lado del otro en la parte de atrás y nos miramos con avidez, nuestros rostros inmersos en un rojo atenuado. Sus ojos azules vagan entre los míos y luego bajan la mirada hacia mi boca. Intuyo exactamente lo que ella está imaginando.

De repente, el rojo intenso que cae sobre nosotros se convierte en un amarillo comparativamente brillante, luego en un verde frío, tras lo cual la limusina vuelve a ponerse en marcha. Miro su rostro agraciado, iluminado ahora sólo esporádicamente por los faroles que pasan. Pero incluso en la oscuridad, los ojos de cierva de esta belleza rubia brillan para que yo los vea.

Me acerco lentamente a su rostro hasta que las puntas de nuestras narices se tocan y oigo su respiración agitada. La rodeo tiernamente por la nuca y la atraigo hacia mí hasta que nuestros labios se tocan.

Empiezo a besarle los labios. Ella no se contiene mucho y me devuelve el beso con un hambre a la que no estoy acostumbrado. Me parece como alguien que ha encontrado agua helada en el desierto. Mientras nuestras lenguas juegan entre sí y mis manos palpan su cuerpo centímetro a centímetro, ya la oigo gemir lujuriosamente.

Mis manos se mueven ávidas y dominantes hacia sus pechos, donde noto claramente cómo sus pezones se han endurecido a través del vestido. Inmediatamente se me ponen duros. Con firmeza, exploro sus pechos, su cintura y luego sus partes íntimas. Sin preguntar. Simplemente cojo lo que quiero.

A Amelia parece gustarle. Se sube un poco el vestido y guía mi mano por debajo para que tenga acceso directo a sus bragas.

Vale, la chica realmente quiere jugar.



La limusina llega a la finca donde se encuentra el ático de Connor. Saco mis dedos fuertemente humedecidos de las bragas de Amelia, que ya suda por la frente y jadea como si hubiera tenido una clase de yoga.

"Ya hemos llegado", le digo y abro la puerta antes de bajarme y ofrecerle la mano para que me siga. Ella mira el bulto evidente de mis pantalones y me sonríe maliciosamente.

Cierro la puerta y golpeo el techo del coche para que el conductor se marche de nuevo.

Cojo a Amelia de la mano y nos dirigimos a la entrada principal, donde accedemos al vestíbulo por una de las muchas puertas giratorias chapadas en oro. Aquí me recibe el conserje con una cortés inclinación de cabeza antes de dirigirme a los ascensores y pulsar el botón.

Amelia y yo nos detenemos aquí un momento y nos miramos sin decir palabra. Su mirada es una mezcla de vergüenza y lujuria, que son dos emociones bastante contradictorias. Provoco su lujuria, la aumento, la alimento... y así su sentimiento de vergüenza se desvanece cada vez más.

Después de un timbrazo, la puerta se abre y entramos en el ascensor.

Me coloco frente a ella y la miro con placer mientras se cierra la puerta. En cuanto se cierra, Amelia y yo nos devoramos mutuamente, tocándonos cada vez más desenfrenadamente mientras nos transportamos a la parte superior. Sé exactamente qué hacer para excitar a una mujer, así que esto es pan comido. Voy bajando más y más con mis manos mientras la estimulo con mis besos.

Mis dedos bajan desde sus caderas hasta su monte de Venus y masajean su clítoris a través del vestido, a lo que ella responde con un gemido lujurioso. Su mano agarra mi miembro rígido, que puede sentir claramente a través de mis pantalones. Exploro su boca besuqueante con mi lengua ávida y le agarro el pelo con la mano libre.

Suena el timbre, se abre la puerta y nos soltamos bruscamente para salir del ascensor. Me dirijo hacia la puerta de caoba del ático de Connor, saco mi tarjeta-llave y la sostengo frente al picaporte. Una luz roja se pone verde y la puerta se abre con un clic.

Entro en el ático, seguido de una tímida Amelia, que mira a su alrededor con la mandíbula desencajada. Está claramente impresionada por las impresionantes vistas nocturnas del horizonte de Dallas. Probablemente sólo ha visto habitaciones como ésta en la televisión.

Me quito los zapatos y ella hace lo mismo. En nuestras mentes, los dos ya estamos teniendo sexo. Cada segundo que tenemos que contenernos es una tortura. Pero también forma parte del juego. Parte de la atracción.

“Voy a servirnos una copa”, le digo y me quito la chaqueta, que dejo sobre uno de los sillones. Luego me dirijo al minibar, donde coloco dos copas sobre la encimera y saco una botella de champán fría de una cubitera de plata llena de cubitos de hielo para abrirla.

Con un hábil movimiento, abro la botella y nos sirvo a los dos un poco de champán. Luego cojo las dos copas y me acerco a Amelia, que está de pie en medio del salón mirando la ciudad como perdida.

“¿Te gustan las vistas?”, le pregunto y le tiendo una copa antes de chocar los vasos y humedecernos los labios con el oro líquido.

“Es la vista más increíble que he visto nunca”, responde ella.

“Venga, vamos a sentarnos”.

La acompaño al sofá, donde tomamos asiento y bebemos otro sorbo, tras lo cual se hace un silencio incómodo en la habitación. Jugueteo con su pelo y estudio su rostro hipnotizador.

“Admiro tu valentía”, le digo, “el descaro va más allá”.

“Estaba pensando… puede que no vuelva a verte. ¿Cuándo tendría otra oportunidad como ésta? Así que me dije, si no preguntas en primer lugar, la respuesta es no de todos modos”.

“Y ahora estás sentada aquí. Llévate esto contigo para toda la vida”.

“Sí. Ahora estoy sentada aquí. Es estupendo”.

Suficiente. La agarro por la nuca y tiro de ella hacia mí para besarla de nuevo. Nuestras manos continúan inmediatamente sobre el cuerpo del otro exactamente donde lo dejamos en el ascensor. Nos apasionamos cada vez más hasta que siento la necesidad de tocarla más.

Me levanto y la cojo de la mano. No sé cuándo volverá Connor, pero no quiero correr el riesgo de que mi hermano la pille in fraganti. Sería muy embarazoso para ella.

Además, la quiero toda para mí. Así que la llevo a mi habitación. Cierro la puerta e inmediatamente empujo a Amelia contra ella. Luego subo el vestido negro que en realidad era para Gizelle. Pero este momento no podría ser más perfecto. Amelia me ayuda y se quita el vestido por completo, solo para desabrocharme la camisa con avidez.

Me desabrocha el cinturón y me abre los pantalones. Mientras lo hace, escudriño su cuerpo menudito y perfectamente moldeado, de pie, en bragas. Amelia es claramente una cabeza más baja que yo sin sus tacones altos y me encantan las mujeres pequeñas.

La deseo. Inmediatamente.

Capítulo 7



Amelia

Estoy de pie frente a él en nada más que mis braguitas y no me importa nada en este momento. Sólo quiero desenvolver a este hombre lo más rápido posible. Le desabrocho el cinturón y le bajo los pantalones, de los que sale primero con un pie y luego con el otro.

Me levanta y me lleva a la cama como si fuera ligera como una pluma. No le cuesta ninguna fuerza, no se esfuerza lo más mínimo. Miro sus bíceps pronunciados, que están tensos. Las venas de sus brazos y manos bastan para que me moje, cosa que ya ha ocurrido.

No me reconozco. Todo este momento parece un sueño vívido. Nunca había hecho algo así, ni de lejos.

Pero eso va a cambiar hoy. Tiffany tiene razón. Tengo que empezar a vivir de nuevo. Sólo espero estar haciendo todo bien de alguna manera. No he tenido sexo desde que Rory murió, así que estoy completamente fuera de práctica.

Cuando veo la cama, me pongo nerviosa por un momento fugaz. Ahora se vuelve real. Me pregunto a cuántas mujeres se les ha permitido entrar en esta cama hasta ahora. Espero no estar haciendo el ridículo.

Un pensamiento tras otro.

Todo vuelve a desvanecerse cuando me tumba en la cama y empieza a besar mi cuerpo casi desnudo. Sus manos perfectamente moldeadas recorren mis piernas, mis bragas, mi vientre. Sus dedos rozan mis pezones erectos mientras me colma el cuello de besos sensuales. Un escalofrío me recorre la espalda y siento un hormigueo por todo el cuerpo.

Casey toma el control absoluto y puedo ponerme completamente en sus manos. No tengo que pensar en lo que hago, simplemente me dejo llevar. Todo parece como si fuera la primera vez. La cama que tengo debajo es tan suave y acogedora que no quiero separarme de ella. La almohada y la manta parecen nubes.

Me besa los pechos, luego su boca baja por mi vientre y me acaricia el interior de los muslos, que abro automáticamente. Cada una de sus caricias es tan intensa que podría correrme.

Pero acabamos de empezar a jugar.

Me aparta las bragas mojadas con una mano y empieza a rodearme los labios vaginales con la lengua y a besarme el clítoris, volviéndome completamente loca. Todo dentro de mí grita por su virilidad. Me aparta los labios con la lengua y empieza a explorar lo que hay entre ellos. Me agarro con fuerza a la cama y apenas puedo contenerme. Si sigue así, alcanzaré el clímax en los próximos segundos.

Tomo la iniciativa, le empujo a la cama y me siento en su regazo. Noto claramente su dureza a través de sus elegantes calzoncillos y froto mi húmedo coño contra ella, lo que excita visiblemente a Casey. Me agarra las nalgas con ambas manos y empieza a mover mi pelvis como él necesita. Me dejo guiar y disfruto. Necesitaba tanto esto, y ahora puedo sentirlo cada vez más. Es casi como si liberara a un animal de su cautiverio.

Entonces me bajo de él, me arrodillo frente a la cama y le quito el bóxer para ver ahora todo su esplendor frente a mí, que cojo con la mano y empiezo a estimular. Cada vez más, cualquier sentimiento de inhibición da paso a una lujuria desenfrenada. Conozco nuevas facetas de mí misma.

Con la otra mano, recorro su línea en V y la trazo con el dedo mientras mis ojos se pasean por ese cuerpo perfecto que parece cincelado por Miguel Ángel.

Entonces atraigo su miembro hacia mí y empiezo a besar el costado, maravillándome del pronunciado tejido eréctil. Luego chupo la punta, y él me sujeta con avidez por la parte posterior de la cabeza mientras meto más profundamente en mi boca su magnífica polla.

Dejo que su miembro rígido choque rítmicamente contra mi garganta, lo chupo con fuerza y

saboreo su gusto salado. Mis manos masajean su rígido tejido eréctil y sus testículos, lo que nos excita aún más a él y a mí. Quiero devorarlo, tenerlo completamente dentro de mí.

Una avidez animal se apodera de él como el frenesí alimenticio de un tiburón. Me levanta bruscamente y me tira sobre la cama. Me agarra de los muslos para separarlos. Yo coopero, consumida por un deseo ardiente. Me mira con avidez y empieza a estimularme hábilmente el coño mojado con los dedos, lo que hace que un relámpago recorra mi cuerpo y me haga jadear cada vez más fuerte de placer.

No puede saciarse de mí, y me lo hace sentir con cada caricia. Con una mano me agarra fuertemente el pecho y con la otra me masajea tiernamente el clítoris y mis hambrientos labios vaginales después de quitarme el tanga. La lujuria me invade como una ducha de agua hirviendo de la que no puedo escapar. Me revuelco incontroladamente sobre mi espalda y apenas puedo aguantar más. Mi deseo por él aumenta incontrolablemente y, sin embargo, me hace esperar. Es una tortura.

Con delicadeza y resbalando, guía su dedo dentro de mí y me explora con una técnica impecable antes de añadir un segundo dedo. Mi cuerpo tiembla incontrolablemente ante las ondas expansivas que envía a través de mí. Presiono mi pelvis contra él, lo quiero muy dentro de mí y él me hace esperar. Cojo una almohada y me la pongo en la cara para amortiguar mis gemidos.

Cada roce, cada movimiento, me excita más y hace que mi cuerpo desee su virilidad cada vez con más desesperación.

“Casey...”, gimo hambrienta. “¿Qué estamos haciendo aquí?”. El último atisbo de contención aparece, pero no tiene ninguna oportunidad.

“¿Me deseas?”, me pregunta con voz juguetona y profunda.

“Esto es una locura”, gimo.

“¿Me deseas?”, repite con insistencia.

“Sí, te deseo...”.

Me pone boca abajo con una floritura y yo le saco el culo, que él agarra tan fuerte con las dos manos que seguro que me deja marcas. Sólo hay una forma de satisfacer mi hormigueo. Ahora lo deseo más que nunca. Me atrae hacia él y noto la punta de su miembro rígido presionándome la cara interna del muslo. Luego me agarra con fuerza por la cintura y empieza a penetrarme. El

simple roce de su glande me produce un escalofrío electrizante.

Al principio siento un ligero dolor, pues tengo que acostumbrarme a su tamaño. Cuanto más me penetra, más me caliento. Me estira tanto el coño que al principio ni siquiera consigo tensarlo. Sólo tengo que dejarle hacer y aflojar pasivamente todo lo que hay ahí abajo. Cada vez me siento mejor, hasta que tengo que morderme el puño. Ya casi no puedo contenerme.

Empieza a bombear lenta y cuidadosamente, a retraerme, por así decirlo. Noto la fricción, su forma, su dureza, y con una intensidad que me marea. Ahora empiezo a sentirme muy, muy bien.

Apenas puedo controlarme. Es como si me acabaran de desvirgar. Como si fuera la primera persona del planeta en descubrir el sexo. Gimo cada vez más desinhibida en el colchón y lo araño con ambas manos mientras él empuja cada vez más fuerte y más rápido.

“Me encanta cómo gimes”, le oigo gruñir de placer mientras tira de mi trasero hacia él una y otra vez y presiona toda su dureza contra mí.

“Qué bien me sienta”, gimo en voz alta, amortiguada por el colchón contra el que grito.

Antes de que pueda acostumbrarme a esta postura, me da la vuelta y se tumba a mi lado, me atrae hacia él y me mete el pene por el costado en un ángulo que hace que su glande abultado toque mi punto G con cada embestida. Me levanta la pierna, que yo estiro hacia arriba para facilitarle el acceso. Aprieto los puños y tenso todo el cuerpo mientras me folla con fruición.

Siento su polla con una intensidad insana. Y con cada embestida contra mi punto G, aumenta el cosquilleo en mi cuerpo hasta el punto de que ya no puedo contenerme. Con un grito fuerte y desinhibido, alcanzo mi primer orgasmo.

Gimo su nombre en voz alta, una y otra vez, pero no me detengo ahí. Me doy cuenta de que Casey no está lejos de su propio clímax.

Se sube encima de mí con avidez y dobla mis piernas para que pueda apoyar los pies en sus hombros. Antes pensaba que su polla era grande, pero en esta posición, me penetra tan intensamente que mi mente casi se sale de mi cuerpo. Estoy flotando en algún lugar de la estratosfera, viendo cómo este Adonis de cuerpo inmaculado se folla mi cuerpo.

El espectáculo es digno de los dioses.

Agarrándome por los hombros con ambas manos, Casey empieza a empujar tan fuerte que el rítmico golpeteo de nuestros cuerpos se oye en todo el ático.

“Me corro... me corro...”.

“Sí, quiero que te corras...”.

“Oh Dios...”.

Todo el cuerpo de Casey se tensa y su ya enorme miembro se hincha al máximo antes de que se libere un calor en mi interior que puedo sentir. Casey gime extasiado mientras da un último y firme empujón que llega más profundo que nunca. Gimo fuerte y saboreo la sensación de su eyaculación en mi cuerpo. Siento un segundo chorro claro estallar en mi interior y rodeo su polla con la pelvis como si la estuviera amasando. Es perfecto.

Luego se calma. Sólo se oye nuestra respiración agitada. Los dos estamos empapados en sudor y sin aliento.

Casey se separa de mí lenta y cuidadosamente para tumbarse a mi lado. Los dos nos quedamos tumbados, relajados y satisfechos, mirando al techo mientras nuestra respiración se normaliza.

“Ha sido... ha sido increíble”, jadeo. Me siento como si hubiera vuelto a nacer.

Él no contesta, permanece en silencio.

¿Qué demonios ha sido eso? Cada beso suyo, cada caricia, cada embestida me hacía sentir como si me estuviera incendiando. ¿Cuándo fue la última vez en mi vida que estuve tan caliente por un hombre? ¿Había estado tan caliente antes?

Me acosté con Casey Weston, uno de los príncipes de Dallas, y sólo porque tuve el valor de pedírselo. Fue, con diferencia, el mejor sexo que he tenido en mi vida. Me siento una persona completamente diferente.

Me pregunto qué pasará ahora. ¿Me echará directamente? No sé a qué atenerme.

“Puedes quedarte esta noche si quieres”, me dice. “Quizá necesites una segunda ración”.

“¿Una segunda ración?”, digo contenta.

“Sí. En el espíritu del autodescubrimiento”.

Empiezo a sonreír y me acurruco contra él. Aunque este hombre vuelva a ser intocable para mí en el futuro, esta noche es mío.

Y esta noche le pertenezco.

Habrá una secuela.

Capítulo 8



Casey

Domingo por la tarde. Qué noche más salvaje. He experimentado bastantes cosas, pero nunca antes una mujer de clase media baja se me había acercado y me había pedido torpemente sexo. Es algo único.

Ojalá fuera así. No he dejado de pensar en Amelia en todo el día. Qué nombre, por cierto. Su hermoso rostro está grabado a fuego en mi cráneo y no deja de robarme los pensamientos.

Esta mañana no estaba en la cama cuando me desperté. Probablemente se escabulló del ático sin hacer ruido porque las obligaciones de su vida volvían a llamarla.

Qué lástima. Me habría encantado desayunar con ella, tener sexo mañanero con ella, pero simplemente se había ido.

Sigo pensando en lo suave y delicada que era su piel, en lo perfectas que eran sus curvas. Lo estrecha que era su vagina. En cómo mi dura polla exploraba a Amelia desde dentro, haciéndola correrse. Aún puedo oír sus gemidos de éxtasis en mis oídos y solo de pensarlo se me endurece la polla. Aún siento su dulce sabor en la lengua y su olor en la nariz. Siento que cada fibra de mi cuerpo me indica que aún no he terminado con ella. Que quiero más de ella.

¿Por qué se ha ido así? ¿Estaba avergonzada esta mañana de haberse metido en la cama con un completo desconocido y famoso playboy? ¿O simplemente no quería despertarme?

Ni siquiera dejó una nota.

De nuevo sonrío, porque esta chica me sorprende y me sirve de espejo de una forma alocada. Porque así es como a menudo me he escabullido de muchos dormitorios el día después.

Afortunadamente, sé algunas cosas sobre ella que podrían ayudarme a localizarla. Quiero volver a verla y no sé muy bien por qué.

Aparte de eso, ahora mismo tengo antojo de unas buenas magdalenas de arándanos.

Así que me subo al Porsche y salgo disparado de la ciudad en dirección al pequeño pueblo desértico de Callis. Anoche, Amelia me dijo el nombre de la panadería que regenta: 'Rainbow Bakery'. Aparte de eso, sin duda sólo hay una panadería en Callis. Estoy seguro de que la encontraré rápidamente. Ya conozco Callis porque este pueblo está de camino a Weston Ranch. Aquí, en el paisaje llano, se puede ver cada asentamiento desde más lejos. Así que puedo conducir sin un navegador por satélite.



El paisaje desértico de Texas pasa a mi lado y el viento cálido me revuelve el pelo mientras conduzco a toda velocidad por la carretera rural con la capota bajada. Extensiones infinitas hasta donde alcanza la vista. A lo lejos se divisa una meseta en el horizonte, con algún águila volando en círculos sobre mí. Podría ser un anuncio de Porsche para la televisión tejana.

Llego al pueblo de Callis y levanto el pie del acelerador para incorporarme a la carretera principal, donde aminoro la marcha hasta casi caminar para mirar a izquierda y derecha los edificios que se acercan a una panadería.

Aquí sólo hay, aunque parezca mentira, dos semáforos, nada más. Hay unas cuantas tiendas y un aparcamiento de caravanas a las afueras, donde hay aparcadas varias caravanas y autocaravanas. Me imagino que allí se cocina metanfetamina. Por lo demás, Callis tiene muy pocas tiendas y las casas están en su mayoría destartaladas, sólo algunas de ellas insinúan ser de clase media. Se podría decir que Callis es una especie de final de la línea. ¿Quién quiere envejecer aquí? ¿Y qué hace una belleza como Amelia en una ciudad tan abandonada? Con su aspecto, pertenece a las alfombras rojas de la gran ciudad.

Increíblemente, este pequeño asentamiento todavía tiene una estación de transferencia.

No tardo mucho en ver un cartel en el lado izquierdo de la carretera, justo antes de llegar al final del pueblo, que dice ‘Rainbow Bakery’. El cartel es antiguo y el color descolorido parece haber sido pintado a mano con cariño en algún momento del último año para que el nombre de la panadería vuelva a ser fácil de leer.

Pongo el intermitente, aunque en esta ciudad desértica parece que me esté hablando a mí mismo, y aparco justo delante del gran escaparate. Al hacerlo, me doy cuenta de que una camioneta marrón algo destartalada está aparcada a mi lado. Amelia debe tener clientes. ¿A qué otro sitio iría si quisiera comprar pasteles o panecillos recién hechos?

Dos hombres con traje negro están sentados delante de la camioneta, charlando entre ellos antes de bajarse en llamativa sincronía y uno de ellos abre la puerta trasera de la camioneta.

Sale un tercer hombre. Lleva camisa blanca, corbata, sombrero de vaquero, botas de cuero y vaqueros. Su cara se parece a la de un bulldog y mide 1,80 metros. Los dos hombres musculosos vestidos de negro parecen ser sus secuaces.

Los tres caminan hacia la panadería y llegan a la entrada. El hombre del sombrero de vaquero echa un vistazo rápido a mi Porsche mientras entra antes de que los hombres desaparezcan en el edificio.

En ese momento siento náuseas, así que salgo y me dirijo hacia la entrada, pero luego, instintivamente, finjo que quiero ir a otro sitio y desaparezco un momento a la vuelta de la esquina. Espero un momento antes de volver a la entrada y asegurarme de que no me ven.

Veo a los tres hombres que están en la barra, de espaldas a mí. Detrás de ellos, veo a Amelia y, por la expresión de su cara, me doy cuenta de que algo va mal. Mi instinto nunca se equivoca.

Despacio y en silencio, abro un poco la puerta para poder oír las voces de los tres hombres sin entrar en el local.

“Has pasado la fecha límite para entregar el dinero”, dice el del sombrero. “No me gusta que me den largas”.

“Lo sé, Dex”, responde Amelia con un nerviosismo audible en la voz.

Dex. ¿Por qué me suena tanto ese nombre? ¿Para qué quieren dinero los tres hombres? Desde luego, su casero no va a cobrar así las deudas pendientes. ¿Eran chantajistas de protección monetaria?

“¿Tiff? ¿Podrías sustituirme un momento?”, oigo que Amelia llama desde la parte de atrás. Me mantengo fuera de la vista, con sólo mi pie entre la puerta y el marco.

Vuelvo a mirar con atención y veo que Tiffany, la amiga de Amelia, entra y la sustituye. Entonces conduce a los tres hombres a la parte trasera a través del marco de la puerta abierta detrás del mostrador.



Entro en la tienda y Tiffany me mira como si hubiera visto un fantasma. “¡Sr. Weston!”, dice. Comienzo una discreta conversación con ella, pero me aseguro de no hablar demasiado alto. Después de todo, mis oídos están en un lugar completamente distinto al de la mujer pelirroja que tengo enfrente.

“Qué casualidad. Tiffany, ¿verdad?”.

“¿Qué estás haciendo aquí en Callis?”.

“Estoy de paso por Weston Ranch y tenía muchas ganas de probar las magdalenas de arándanos de la panadería. He oído que hornean con arándanos frescos”.

“Sí, así es. Nuestra receta casera es muy popular, pero por supuesto no se lo diremos a nadie”.

“Eso suena muy prometedor. Entonces quiero dos”.

“A mí me encantaría una”.

Mientras coge dos magdalenas del mostrador y las envuelve, me inclino hacia ella y bajo la voz, casi susurrando le digo: “¿quiénes son estos hombres y qué quieren de Amelia?”.

“Vienen aquí a menudo”, me susurra Tiffany. “Le he dicho a Amelia que llame a la policía, pero no quiere”.

Vuelvo a levantar la voz. “Gracias, ¿cuánto es?”.

Antes de que diga el precio, le pongo dos billetes en la mano.

“Eh, son doscientos dólares”, dice. Para ser sincero, no estaba prestando atención en absoluto, pero camino hacia la puerta y mi cabeza está en otro lugar completamente distinto. Me detengo y dejo que la puerta se cierre, pero no salgo de la panadería. Tiffany y yo nos miramos sin decir palabra. Me pongo el dedo delante de la boca y ella asiente con la cabeza.

Luego me acerco sigilosamente al mostrador y me pongo detrás de él para pasar junto a Tiffany y entrar en la zona trasera, donde me detengo y echo un vistazo con cuidado al doblar la esquina, con las magdalenas envueltas aún en la mano. El lugar huele a levadura y huevos.

Por un momento, me pregunto qué haré si las cosas se complican aquí por algún motivo. No creo que pueda matar a golpes a nadie con magdalenas. Pero siempre se me ha dado bien defenderme. En mis años salvajes gané muchas peleas y siete años de artes marciales mixtas ciertamente me han puesto en forma. Estos son tres hombres y sin duda están armados.

Me limito a pasar desapercibido y sólo intervendré si lo considero absolutamente necesario.

Mi cabeza se asoma cautelosamente al doblar la esquina. Para mi ventaja, aquí atrás todo está un poco inclinado y no especialmente bien iluminado. Veo a través de una ventanita al fondo de la habitación que Amelia está abriendo un cajón del armario de su despacho y sacando un sobre, que entrega a Dex. Sus dos secuaces están en la puerta del despacho.

“Esto es lo que tengo”, le explica mientras él abre el sobre y desliza el pulgar en su interior, obviamente contando billetes. Entonces él la mira y su expresión se endurece.

“Eso no es ni la mitad”.

“Sé que las ventas no han ido muy bien este mes. Se me ha estropeado el horno y necesito uno nuevo. Por eso me gustaría preguntarte si puedo saltarme el mes que viene, entonces pagaría todo lo que falta ahora de una sola vez el mes siguiente”.

“¿Me estás tomando por tonto?”.

“No, claro que no”.

“¿Sabes cuánto tendrías que vender para que te saliera la cuenta?”.

“Sí, es mucho. Pero, ¿qué debo hacer?”.

“Deberías empezar a pensar en otras soluciones”, responde Dex con un cinismo endurecido que ya me da ganas de aplastarle su feo cráneo. “Estás pagando el sueldo de una empleada que no necesitas”.

“¡Claro que necesito a Tiffany!”.

“Danos el dinero, no a ella, y entonces nos acercaremos a saldar la cuenta”.

“¡No puedo despedir a Tiffany! Cuando lleguen los grandes pedidos, ¡no podré hacerlo sola!”.

“¡Entonces deberías ponerte creativa! ¡Estás en deuda conmigo!”.

“Dex, por favor... no soy yo quien está en deuda contigo, es Rory, ¿vale? ¡Sólo la estoy pagando por él y siempre lo he conseguido hasta ahora!”.

“Te casaste con ese perdedor, así que ahora es tu deuda”.

“Mira, Dex, te daré lo que pueda. Sabes que no tengo mucho. Por favor, dame el tiempo que necesito”.

Hay un breve silencio. Luego el gigante con sombrero de vaquero responde: “dos semanas”.

“¿Dos semanas? No es tiempo suficiente”.

“Te daré quince días. No estoy de humor para más de este dinero insignificante. Tienes la oportunidad de darme más y no lo haces. Así que, si no consigues pagarme tus deudas pendientes en ese tiempo, me veré obligado a quitarte la panadería y llegaremos a un acuerdo. Tal vez. Además... a mi esposa Daytona le vendría bien un nuevo pasatiempo. Ya no soporto verla vestir a ese feo perrito con toda esa ropa tonta. Incluso le pone un sombrero al bastardo, ¿puedes creerlo? Le daré tu negocio. Daytona odia las mejillas y puede que accidentalmente estrelle la tienda contra la pared, pero al menos me la quitaré de encima. Y aún puedo vender la tienda”.

“Dex... por favor. Amo esta panadería. Todo mi corazón, toda mi vida está en esta panadería”, oigo suplicar a Amelia. “Construí todo aquí desde cero, yo sola, es el trabajo de mi vida. Nunca vendería esta panadería”.

La desesperación en su voz no se me escapa. Involucrarme no es todavía una opción, sé demasiado poco para eso. Pero una cosa es cierta, este hombre me hace hervir la sangre.

Continúa y le escucho con atención. “También podemos hablar de que todas las ganancias que obtengas con tus estúpidas magdalenas vayan directamente a mí hasta que estemos a cero. Te dejaré que negocies conmigo. Eso ya lo veremos. Tienes un generoso medio mes. Deberías estar contenta. Dos semanas”.

“Dos semanas”, repitió uno de los musculosos esbirros de negro que sin duda Dex trajo para intimidarle.

“Si para entonces no me has pagado, no me importa qué cantos fúnebres me cantes. Tu panadería tiene un valor monetario y sólo así podrás pagarme. Tal vez nos estamos perdiendo algo más. Estoy abierto a ideas, pero deberías saber una cosa, siempre recibo lo que me deben al final del día. Recuérdalo bien”.

Se hace un breve silencio en el pequeño despacho. Desaparezco detrás de una estantería alta y permanezco oculto aquí mientras los tres hombres desaparecen de la habitación.

En la zona de ventas, oigo a Dex decirle a Tiffany: “que tengas un buen día y hasta pronto”.

Luego oigo que la puerta se abre y se cierra y la habitación se queda en silencio. Oigo un ligero resoplido procedente del despacho.

No hay nadie fuera. Salgo de detrás de la estantería y me dirijo al despacho, donde veo a Amelia sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y la mirada rota por la desesperación. Tardo un rato en darme cuenta de que voy hacia ella y me detengo ante la puerta abierta del despacho.

Me mira y su expresión cambia. Parece que tarda un momento en darse cuenta de que soy yo.

“Casey. ¿Qué haces aquí?”.

Capítulo 9



Amelia

“Al final del día siempre recibo lo que me deben. Recuérdalo”. Con estas palabras, Dex me deja en mi pequeño despacho y se marcha de nuevo con sus dos monos. Aún puedo oír cómo se despide hipócritamente de Tiffany y sale de la tienda.

Se han ido. Al menos se han ido.

Eso no me consuela. Nada me consuela ahora mismo. Tengo que reunir las cuotas de dos meses enteros en quince días. ¿Cómo voy a hacerlo? Tengo que atenerme a esos plazos, es la única manera de estar a paz y salvo con Dex. Los gastos de la panadería me están consumiendo, y sin suficientes clientes ni siquiera puedo cubrirlos.

Siento que se me saltan las lágrimas de desesperación y me vuelvo a apoyar contra la pared, donde me dejo deslizar hasta quedar sentada en el suelo, con la espalda aún apoyada en la pared.

Empiezo a sollozar y me doy cuenta de que tengo la vista nublada por las lágrimas que me brotan de los ojos. ¿Cómo me he metido en esta mierda?

Mis sentidos se embotan. La habitación parece dar vueltas. La cabeza me da vueltas con pensamientos. Tengo un gran problema que resolver y ni siquiera sé por dónde empezar. Ahora todo está en juego. Esta panadería es mi legado y no dejaré que nadie me lo arrebate.

Entonces levanto la vista y por un momento creo ver un fantasma. Delante de mí está nada menos que el fabuloso Casey Weston, con el que me acosté anoche. Ya casi lo había olvidado, porque la visita de Dex me ha devuelto a la realidad y me ha impedido recordar la noche anterior.

Tardo un momento en darme cuenta, pero Casey está de verdad delante de mí. Verlo me deja sin aliento. Irónicamente, sólo por estar allí, hace un excelente trabajo suprimiendo el terror que Dex ha desencadenado en mí.

“Casey. ¿Qué haces aquí?”, le pregunto con la voz notablemente quebrada antes de secarme rápidamente los ojos.

Casey me muestra lo que lleva en la mano: dos magdalenas de arándanos envueltas. “Mi curiosidad era demasiado fuerte. Tenía que averiguar si eran tan buenas como decías”.

Me alivia ver a Casey. Pero, ¿realmente ha venido a comprar magdalenas de arándanos? Sólo tengo que preguntarle: “¿es esa la única razón por la que estás aquí? Quiero decir, estás a una hora en coche del centro de Dallas”.

“Tienes razón”, responde secamente. “Quiero hablar contigo de algo”.

Oh, quiere hablarme de algo después de que tuviéramos una aventura de una noche. Me dan ganas de preguntarle cómo fue para él. Olvídalo. Veamos qué quiere.

“¿De qué quieres hablar?”, pregunto curiosa y me levanto despacio antes de arreglarme la ropa y el pelo mientras le miro interrogante.

“Bueno, anoche funcionó muy bien, es mi conclusión”.

“¿Funcionó? No entiendo muy bien, ¿qué quieres decir?”. ¿Es esa su conclusión sobre una aventura de una noche?

“No me refiero al rollo de una noche”, aclara por iniciativa propia, como si pudiera leerme la mente y siempre estuviera varios pasos por delante de mí. “Me refiero a nuestra farsa con mi ex novia”.

“Ah, eso...”.

“Se puso celosa y se lo creyó. Hoy me ha mandado mensajes y me ha llamado varias veces”.

“Y tuvisteis una charla”.

“Oh, ¿qué?”.

“¿Respondiste a sus llamadas o mensajes?”.

“No voy a coger el teléfono y contestarle. Pero quiero continuar con la farsa”.

“¿Quieres qué?”.

“Quiero que hagas de mi novia en otra ocasión”.

Me cuesta acostumbrarme a su forma dominante de decirme lo que quiere, pero de algún modo me hace flaquear. “¿Quieres volver a poner celosa a tu ex novia?”, tartamudeo.

“Correcto”.

“Y... ¿por qué?”. Me mira con una frialdad autoritaria que deja claro que esto no es asunto mío. “Lo siento”, añado, “sólo era curiosidad”.

“Quiero que se arrepienta de haberme dejado y que venga arrastrándose hasta mí de rodillas si tanto te interesa”, responde directamente y con una frialdad que casi me hace estremecer.

Todo se derrumba dentro de mí. Me siento como una idiota, porque por un momento pensé de verdad que había venido hasta aquí para volver a verme. Para pedirme otra cita.

Puede estar equivocado. No tengo derecho a estar enfadada o celosa porque, después de todo, yo más que nadie dejé las reglas del juego muy claras anoche. Fue una aventura de una noche, completamente sin emoción, compromiso o expectativas. Así que no puede haber sentimientos heridos, ¿verdad?

Entonces, ¿qué es lo que siento en mi pecho? ¿Son sentimientos heridos? ¿O es sólo orgullo

herido? En cualquier caso, ahora mismo tengo otras cosas de las que preocuparme que quemarme emocionalmente porque me acosté con un multimillonario y esperaba demasiado.

Oye, él no ha dicho que la quiere de vuelta. Tal vez lo único que quiere es ganar. Tal vez sólo quiere vengarse de ella.

Quiero saberlo. "¿Así que quieres recuperar a tu ex?", pregunto secamente, tratando de actuar con confianza. No puedo dejar que me moleste ni un poco.

"La conozco bien. Es la estrategia que necesito para mis intenciones".

"¿Qué tipo de intenciones?".

"Las mías".

Sólo puedo suponer que, después de todo, quiere recuperarla para él. ¿Por qué si no le importaría lo que ella piense o sienta? "Así que la quieres de vuelta, ¿no?", pregunto directamente.

"Es asunto mío".

Eso cuenta como un "sí" para mí. Si no, simplemente lo habría negado.

"¿De verdad crees que es buena idea que seamos amantes? ¿Es realmente la mejor manera de recuperarla?".

"No te preocupes por eso", responde con reserva. "Ese no es tu trabajo. Yo sé lo que hago".

¿Lo sabe? Bueno, eso no es asunto mío. "Vale, como quieras. ¿Qué quieres exactamente de mí ahora?".

"Como dije, quiero que hagas de mi novia. Nada más".

"¿No dijiste algo en el sentido de que esta Gizelle no es buena para ti?", me atrevo a preguntar.

"Sí, eso dije. Pero por lo visto aún no he aprendido la lección", responde con seco sarcasmo. "Y eso también es problema mío, no tuyo".

El hombre puede ser brusco. No parece importarle en absoluto cómo recibe su homólogo lo que dice.

“Bueno, si me preguntas, parece que eres... un poco autodestructivo. Pero sólo *si* me preguntas a mí. Conozco hombres así. Mi difunto marido también era así”.

“¿Qué le pasó?”, quiere saber. “Dijiste que era un adicto al juego.” Al menos se acuerda de eso.

Vuelvo a la zona de repostería y reanudo mi trabajo. Estaba preparando un pastel de mármol antes de que llegara Dex con sus matones. Casey me sigue y parece realmente interesado en mi historia.

“*Era un* adicto al juego”, le explico, echando dos huevos en la masa antes de empezar a remover. “Sólo me enteré de todo esto después de su muerte. Salía por la noche y me contaba un cuento tras otro. Durante un tiempo pensé que tenía una aventura. Pero no era así. Jugaba a las tragaperras, al póquer, al blackjack, a la ruleta, a casi todo”.

“Un imbécil. Pero siento tu pérdida”.

“Gracias. He empezado a preguntarme si fue una pérdida... o más bien una especie de redención. Bueno, todavía estoy sangrando por todo el asunto, todavía estoy pagando su deuda”.

“¿Cómo se llega a conocer a alguien así?”, pregunta Casey, apoyado en el mostrador con los brazos cruzados. Luego mira a su alrededor y frunce el ceño antes de preguntar secamente: “¿cómo una mujer tan guapa como tú acaba aquí, en una panadería de Callis?”.

Pregunta secamente, pero me halaga que me llame “guapa”.

“¿Por qué lo preguntas?”.

“Porque me interesas. Me interesas tú”.

Suspiro. “Hace diez años, tenía diecinueve y aún era una niña. Mi familia vivía en una casa adosada a las afueras de Callis. De niña me encantaba la repostería. Lo hacía siempre que podía. Mis padres siempre decían que me iría bien en la universidad, pero nunca tuve esa oportunidad. Después de graduarme, mis padres querían que me fuera de casa rápidamente. Tengo tres hermanos pequeños y mis padres necesitaban espacio en casa”.

“Eso suena duro”, comenta, enarcando las cejas.

“Sí, lo era. Así que a los 18 años me quedé sin dinero para la universidad. Tenía que ganar dinero para pagar el alquiler y mantenerme. No estaba lejos de mis padres y hermanos, el pueblo es pequeñito. Fui a la biblioteca de aquí y empecé a sacar libros sobre gestión empresarial, un libro cada vez”.

“Así que hiciste tus propios estudios”.

“Sí, exactamente. Por así decirlo. Luego abrí mi propia panadería. A los diecinueve años”.

“Lo pasaste mal y te valiste por ti misma. Como ayer, cuando no subiste al autobús. Tengo la sensación de que eres más dura de lo que pareces”.

“Eh, gracias. ¿De verdad te interesa todo esto?”.

Sin responder, asiente. El hombre me inquieta. Nunca sé cuándo le estoy contando demasiado, pero él parece querer oírlo todo.

Así que continúo. “En fin, conocí a mi marido Rory en el instituto, se graduó unos años antes que yo, pero también era de los que no conseguían afianzarse después. Consiguió un trabajo en la industria minera y se encargaba sobre todo de la perforación. Tenía que manejar equipos peligrosos todo el tiempo. Rory era un poco especial aquí y allá, siempre de mal genio, pero me trataba bien. A los veintidós años me casé con él. Me dije a mí misma: no hay nada mejor que esto. Él es bueno conmigo. Así que qué más da. Nuestra boda fue una pequeña ceremonia aquí en el desierto. Luego nos mudamos aquí al parque de caravanas porque era más barato que un piso. Además, a Rory le encantaba vivir en una caravana. Tal vez lo hizo sonar mejor de lo que era”.

“¿Y qué pasó después?”, pregunta Casey mientras mezclo mi masa y luego la vierto en un molde.

“El matrimonio duró cuatro años, tuvimos nuestros altibajos, sobre todo cuando él iba al casino por la noche. Siempre decía que iba a reunirse con amigos, que quería seguir adelante con algún proyecto. Siempre tenía una historia diferente, pero yo no le creía. Lo que no sabía era que se había endeudado mucho y que cada vez estaba más hundido. Sólo me enteré de todo esto después de que tuviera el accidente de servicio y muriera. Yo tenía entonces 26 años”.

Se me nublan los ojos. Los recuerdos me invaden y me devoran por dentro. Casey se da cuenta y

guarda silencio. Me aclaro la garganta y enciendo el horno, cuyo interior reacciona con una especie de ruido sordo que no suena especialmente saludable. Casey mira el horno y luego a mí.

“Así que esos hombres estaban allí antes para aprovecharse de ti otra vez”, dice, clasificando la situación. No me sorprende, porque ya había supuesto que Casey se había dado cuenta de la visita. Y me alegro de que esté aquí.

“Sí. Pago en cuotas mensuales”.

“Es un pozo sin fondo, ya lo sabes”.

“Si las pago, siempre tendré tranquilidad”.

“Y si no puedes pagarles, vendrán aquí y te intimidarán. No es un buen plan”.

“¿Tienes una sugerencia mejor?”, pregunto, dejando que mi frustración se filtre ligeramente.

“Quizá la tenga. Pero veo que el problema es más profundo. No es sólo el dinero que debes lo que te agobia”.

Empiezo a sentirme como un cristal. El hombre ve a través de mí.

Suspiro. “Cuando Rory murió, nos peleamos. Lo último que le dije fue que debería irse al infierno o algo así”.

“Y desde luego no te perdonas por eso”.

“Por supuesto que no, ¿cómo podría?”.

“Pero deberías”.

“Sí, eso es lo que Tiffany siempre me dice. De todos modos, seguí llevando la panadería y me quedé en la caravana, lo que no fue fácil para mí. Pero no veía ninguna opción. Entonces se me acercó este usurero, Dex, unos seis meses después de la muerte de Rory. Me dijo que Rory le debía dinero, y mucho. He estado tratando de pagarlo desde entonces”.

“¿Cuánto dinero es?”, quiere saber.

Dudo antes de contestar. “Ochenta mil dólares. Intento sacar entre dos mil y tres mil al mes, pero no siempre lo consigo. Y me va a llevar años”.

“¿Llevas tres años pagándolo?”.

“Sí. Yo también tengo algo ahorrado, pero nunca parece ser suficiente para Dex. No he podido pagar este mes y el que viene también será difícil. Ahora me ha dado dos semanas de preaviso”.

“Lo sé. Lo he oído todo. Dex, he oído ese nombre antes”.

“Oyes las historias más espeluznantes sobre Dex. Uno de sus deudores, por ejemplo, supuestamente no consiguió dos semanas, sólo una hora. ¿Sabes lo que hizo Dex?”.

“Tengo curiosidad. Por favor, dímelo”.

“Lo secuestró con sus dos matones y lo llevó lejos, al desierto. Luego uno de sus hombres empezó a cavar un agujero y el otro le puso una pistola en la cabeza y le dio su propio teléfono móvil. Le dijeron que encontrara el dinero en el teléfono antes de terminar el agujero, o de lo contrario le dispararían y lo enterrarían allí y nunca lo encontrarían. Y el tipo lo hizo de verdad”.

“Claro, si no nadie conocería esta historia”, asiente Casey. Luego piensa en algo y me mira. “Tengo una idea”.

Me emociono por dentro y trato de ocultarlo. “¿De qué se trata?”.

“Hay un gran evento dentro de una semana y quiero que estés a mi lado como mi novia. Tienes dos semanas para reunir el dinero. Así que qué te parece el siguiente acuerdo: haces de mi novia durante quince días y a cambio te daré los ochenta mil completos para que puedas sacar a ese Dex de tu vida para siempre. ¿Tenemos un trato?”.

Al principio me quedo completamente sin palabras. Por supuesto, sé que una suma así es calderilla para Casey. Mis preocupaciones deben parecerle realmente patéticas. Podría regalarme el dinero, pero ¿por qué iba a hacerlo? Mi orgullo sería demasiado alto para la caridad de todos modos. Lo que me ofrece parece un trato, aunque inusual, que beneficia a ambas partes.

El único problema que tengo es que odio mentir. Fingir ser algo que no soy va en contra de todos

mis principios. Además, estaría del lado de Casey Weston, uno de los príncipes de Dallas. ¿Qué significaría para mí y mi reputación a largo plazo ser su novia de mentira durante quince días? Me da la sensación de que todo esto podría traer problemas.

Lo que más me disgusta de todo esto es que quiere hacerlo todo para poner celosa a su ex novia Gizelle y reconquistarla. Así que sólo soy un medio para conseguir un fin, lo cual es muy humillante. Hubiera preferido que se interesara de verdad por mí. Pero bueno, entonces no me pagaría por salir con él.

“Veo que tienes inquietudes”, me dice mientras estudia mi cara con detenimiento. “¿Por qué no las dices?”.

“Sí, bueno, tengo algunas... preocupaciones”.

“Pues dilas”.

“Pienso en muchos factores. Quiero decir, tú tienes más reputación que perder que yo, pero me pregunto cómo se vería en público. Qué diría mi familia. Todas estas cosas. Y estoy siendo absorbida por tu asunto con Gizelle en cierto modo, no sé si quiero eso”.

“Me aseguraría de que no te metieras en problemas. Sucede más a menudo en la vida real que dos personas salgan y se den cuenta después de medio mes que no es la cosa real después de todo”. Ouch. Es bueno oírlo. “Lo presentaremos así y estarás a salvo”.

Vale, vaya, lo ha pensado todo. No parece importarle nada más. ¿Es realmente una buena idea? Si lo hago, mis preocupaciones financieras estarán resueltas. Joder, se me puede comprar.

“Tienes razón”, reflexiono. “Podría ser así”. Me empiezo a dar cuenta de que la oferta de Casey es la forma más tangible de acabar definitivamente con mis problemas con Dex. Casey no sólo quiere darme mi saldo pendiente actual, sino el importe total. Eso es demasiado bueno para ser verdad. Incluso me sobraría algo de dinero y podría comprarme una estufa nueva si restara lo que Dex ya ha recibido de mí.

Quizá mi ego y mi autoestima tengan que pasar a un segundo plano por esta vez. Tal vez tenga que tomarme esto como un trabajo serio. El cliente es el rey, siempre lo ha sido. Así que si quiere que haga de su novia y está dispuesto a pagar ochenta de los grandes por ello, por mí perfecto.

Al menos intento endurecerme en cuestión de segundos y convencerme a mí misma de estas cosas. También fui yo quien consiguió este rollo de una noche y lo dejé claro. Sin sentimientos,

sin expectativas, cosa de una sola vez. Así que en realidad no tenemos ningún problema.

¿O sí?

Sólo espero que mi corazón vea todas estas cosas que mi cabeza me dice de la misma manera. Espero tener mis emociones bajo control. Que no tendré expectativas a las que no tengo derecho.

Necesito el dinero, porque no quiero dejar mi querido negocio en manos de un usurero sin corazón.

“¿Por qué harías eso por mí?”, quiero saber, mirándole fijamente.

“Por una cosa. Yo también quiero algo de ti. Es un trato, pero lo más importante es que no me gusta que traten así a las mujeres. No puedes evitar los errores de tu difunto marido. Les haré un cheque y estarás tranquila a partir de ahora”.

“No puedes hacer eso...”.

“Claro que puedo hacerlo. O se lo daré en efectivo”.

Vale, parece que lo dice en serio. Seguramente una suma como esa es sólo calderilla para alguien como Casey Weston. Debería alegrarme, pero en lugar de eso siento pánico. Parece caridad si ya está pagando mi deuda. ¿Podré hacerlo como él espera que lo haga?

“Me gustaría hacer el... trabajo primero y luego recibir el dinero de ti. No me gusta estar en deuda con alguien”.

“Sí, ya me he dado cuenta”, comenta secamente. “Eres concienzuda y eso me gusta. Por eso te ofrezco este trato. Tú me ayudas, yo te ayudo y estamos en paz. Un trato limpio”.

Así es. Todo suena casi demasiado bueno para ser verdad. Excepto que estoy locamente atraída por Casey. Su sola presencia hace que todo mi cuerpo sienta un cosquilleo, y puedo sentir mi abdomen hambriento acercándose. Casey parece demasiado atractivo como para no pensar en sexo caliente con él, y ya he tenido un poco y tengo que recordármelo continuamente.

Tengo que controlar mis sentimientos, de lo contrario estoy jodida.

La pregunta es: ¿debo aceptar este trato o no?



“Vale”, le digo, con la misma espontaneidad con la que me colé en la zona VIP de City Lights, o le pedí una noche caliente. Tiffany tiene razón. Ahora hago lo que me parece bien.

“Genial”, dice Casey feliz, aunque muy estoico y sublime. “Te recogeré aquí el viernes entonces, hasta entonces no tienes que fingir que somos pareja. La farsa no empieza hasta el viernes. No tienes que hacer nada hasta entonces”.

“Vale, está bien. Yo también tengo que llevar la tienda aquí, Tiffany no puede hacerlo sola”, pienso en voz alta.

“Bien, Gizelle también estará en el evento”.

“¿Qué tipo de evento es de todos modos?” pregunto con curiosidad. “Supongo que iremos en coche a Dallas, ¿no?”.

“No, volaremos a Las Vegas”, responde y mis ojos se abren de par en par por la sorpresa. ¿Qué? ¿Voy a volar a Las Vegas? Sólo conozco esta legendaria ciudad por las películas, nunca he estado allí. Sólo pensarlo ya es suficiente aventura, ¿y de verdad se supone que tengo que hacerlo? ¿También por un precio?

Por muy emocionante que suene, tengo que admitir que tiene mal sabor, porque Las Vegas es la ciudad de los casinos. Pienso un momento en Rory y mis sentimientos son muy contradictorios. Antes de morir había perdido allí en secreto grandes sumas de dinero en las mesas de póquer. Ese fue el principio de todo.

“¿Qué pasa en Las Vegas?”, quiero saber.

“Lo que pasa en Las Vegas se queda en Las Vegas”, responde secamente.

“Ojalá fuera verdad. Allí empezaron las deudas de juego de mi difunto marido y las arrastró hasta aquí con él”.

“Eso lo resolveremos ahora. Para responder a tu pregunta, el banquete de boda de un amigo

común de Gizelle y mío se celebrará allí. Nos quedaremos una semana, así que te traeré aquí dentro de una semana, el viernes".

Me pongo a pensar, a lo que él me comenta.

"¿En qué estás pensando ahora?", quiere saber. "Háblame, no puedo leer la mente".

"Sí, es que... no me había dado cuenta de que tenía que irme una semana entera".

"¿Ochenta mil es poco para una semana?", pregunta con un matiz casi retórico.

"No, eso no, pero... me pregunto cómo va a funcionar la panadería".

En ese momento, oigo que Tiffany me grita desde la puerta de al lado, en la zona de clientes: "ya me las apaño yo, cariño, vete".

Sonrío. Tiffany lo ha oído todo y sabía que tenía que mantenerse al margen. Hasta el momento oportuno. Supongo que se me han acabado las razones para no participar.

"Si hay algo que pueda hacer para ayudar, sólo tienes que ser específica sobre lo que necesitas y considerarlo hecho", añade Casey. "¿Has volado antes en tu vida?".

"No", respondo. Qué vergüenza.

"Bueno, entonces el viaje encaja con tus propósitos".

"¿Mis propósitos?".

"Los que tú decías. Tomar nuevos riesgos, probar cosas nuevas".

"Ah". También se acuerda de todo eso.

"Lo ha sacado de mí", oímos decir a Tiffany desde la puerta de al lado.

"Gracias, Tiff, sigue vendiendo magdalenas por ahí", me río y sacudo la cabeza. Me encanta mi

Tiffany.

“Para ir al grano, vas a experimentar muchas cosas. Creo que puede ser bueno para ti”, me dice Casey con una certeza omnisciente, mirándome profundamente a los ojos.

Quizá tenga razón.

Sin embargo, pienso en pasar varias noches en Las Vegas. Ya le he dicho que sí a Casey, pero ¿qué implicará exactamente nuestro acuerdo y qué no? ¿Volverá a pedirme que me acueste con él? ¿Se comportará profesionalmente? ¿Seré yo la que de repente lo desee, mientras él quiere recuperar a su ex novia? Preguntas y más preguntas.

Me digo a mí misma que, en este caso, lo que realmente cuenta es el dinero. Después de todo, no quiero encontrarme en el desierto viendo cómo Dex y sus secuaces cavan un agujero para mí y me ponen una pistola en la cara.

Así que, como dice el refrán: cierra los ojos y ve a por ello.

Capítulo 10



Casey

Es viernes, a última hora de la mañana. Han pasado cinco días desde que le hice la oferta a Amelia. Ahora está sentada a mi lado en mi jet privado, contemplando la ciudad de Las Vegas, que sigue pareciendo un pequeño diorama. Otros aviones dan vueltas aquí y allá en el aire mientras se acercan al aeropuerto. Las Vegas es una ciudad codiciada en medio del desierto de Nevada, muy parecida a la pequeña ciudad de Callis, de donde procede Amelia.

La emoción en los ojos de Amelia me produce cierta alegría. Los vuelos en mi jet privado ahora me dejan frío, pero es agradable ver el placer que le proporciono con este privilegio.

Desde que recogí a Amelia de su pequeña caravana en Callis esta mañana temprano, ha estado muy callada e introvertida. Probablemente le da vergüenza llamar hogar a ese montón de chatarra oxidada. Lleva ropa modesta de diario y se me parece un poco a Cenicienta, pero como yo también llevo ropa informal de ocio y sandalias, de alguna manera encajamos. El lunes le compré la ropa adecuada para los próximos días después de preguntarle su talla. No tiene que preocuparse por nada.

A veces la vida es muy injusta. Una mujer guapa como Amelia no encaja en una situación vital como ésta. Deseas un milagro que la empuje en una nueva dirección.

Estoy confiado y seguro de la victoria: mi plan funcionará. Gizelle picará. La única pregunta es cuándo. ¿Cuántas provocaciones por mi parte serán necesarias antes de que venga arrastrándose hacia mí? Ya veremos. Pero una cosa es cierta: yo soy el maestro del juego.

Al mismo tiempo, me pregunto lo masoquista que puede llegar a ser una persona. ¿Me ha maldecido Gizelle? ¿Cómo puede ser que de repente sienta este impulso de recuperarla después de todo lo que he pasado con ella? ¿Cuándo habré tenido suficiente?

Sólo puedo suponer que lo que sigo sintiendo por Gizelle en estas rachas impredecibles puede compararse a una especie de drogadicción. Lo que estoy viviendo actualmente es una recaída durante el síndrome de abstinencia. Lo más loco es que sé todas estas cosas, y sin embargo actúo así.

Es mi problema.

Mi mirada se desvía hacia Amelia, que está sentada, encantada, mirando por la ventana la ciudad de Las Vegas. Está maravillada con el horizonte, el cielo azul, asimilando toda la experiencia de volar. Lo que para mí es un viaje normal a un evento obligatorio podría ser el día más emocionante de su vida. Me gusta esta inocencia. Esta alegría del descubrimiento.

Amelia es todo lo contrario a Gizelle. Es amable, llena de bondad, sin rastro de narcisismo o egoísmo. Y es indescriptiblemente hermosa. Siempre dicen que los ojos son la ventana del alma. Si lo sé, ¿por qué persigo a una mujer cuyos ojos parecen las puertas del infierno, mientras que sentada a mi lado hay alguien que podría pasar fácilmente por un ángel?

Supongo que aún no he aprendido la lección. Tal vez sea porque yo mismo soy más un demonio que un ángel. El daño que ya he hecho en mi vida. A cuántas mujeres he abandonado o dejado atrás. Cuántos rivales profesionales he destruido sin darles la vuelta ni pensármelo dos veces.

“¿Estás bien?”, le pregunto a Amelia, rompiendo el silencio entre nosotros. No recuerdo haber oído una sola palabra de ella durante todo el vuelo desde Dallas.

“Es que nunca había volado, todo está bien”.

“¿Te gusta entonces?”.

“Cuesta un poco acostumbrarse. Pensar que no pertenecemos a este lugar es una locura”.

“¿Qué quieres decir?”, pregunto secamente, pero con interés.

“Bueno, los humanos no estamos hechos para los cielos. Si no, tendríamos alas. Pero el hombre ha burlado a la física, ha engañado a la naturaleza. Y estamos aquí sentados en un tubo de

hojalata con dos alas, todo construido por humanos, y sólo nos transporta el aire. Es una locura".

"Nunca lo había pensado así", respondo. "Pero la forma en que lo has expresado, es bastante sobrecogedora".

Me gusta mucho esta chica. Su forma de pensar me fascina. Se maravilla de todo como si acabara de aterrizar en este planeta.

"Eso no es todo lo que tienes en mente", me doy cuenta. Ella me mira y parece pensativa.

"Estoy pensando que el vuelo será probablemente la parte más fácil del viaje. Quiero decir, estar a unos miles de metros de altura es una locura, pero... el resto me pone un poco nerviosa. ¿Dónde dormiré? ¿Qué tipo de encuentros tendré? Es todo como un salto a lo desconocido".

"No quiero que estés nerviosa. Quiero que estés de buen humor. Estarás durmiendo en la misma cama que yo".

"¿Estaremos durmiendo en la misma cama?", pregunta, mirándome alarmada.

"¿Eso es un problema?", le pregunto y espero una respuesta. Ella vacila.

"No, ningún problema, no pasa nada... después de todo, ya... lo hemos hecho antes".

"Exacto. Y esta vez te pagaré por ello".

La cabeza de Amelia está trabajando. Parece que le molesta mucho que debamos compartir la cama. Era de esperar que tuviera sentimientos encontrados en algún momento. Nos ocuparemos de eso más tarde.



Aterrizamos bajo el sol hirviente del mediodía. Aterrizamos en una pista privada, lejos del tráfico comercial, donde un Boeing 747 lleno de turistas y jugadores aterriza con un fuerte rugido y levantando arena. El aire es seco y el sol abrasador quema la piel.

Ayudo a Amelia a bajar del avión y la acompaño escaleras abajo, mientras hablo por teléfono

con Terrence, mi jefe de obra, que gestiona mi actual proyecto inmobiliario cerca de Weston Ranch.

“Acabo de hablar por teléfono con el alcalde, de momento todo va bien”, me dice Terrence, “excepto que no quiere que derribemos el viejo edificio del ayuntamiento”.

“¿Por qué?”.

“Dice que el edificio tiene valor cultural”.

“¿Para quién? ¿Para los coyotes?”.

Terrence se ríe. “Sí, pero ese parece ser nuestro único escollo por el momento”.

“Ya sabes lo que pienso de la renegociación”.

“Pero tiene que dar el visto bueno. ¿Qué quieres que haga?”.

“Le darás el edificio”, respondo, ”pero nos devolverá las ocho hectáreas anuladas. Entonces también renegociaremos”.

“¿Pero y si no nos lo da? Entonces no construiremos esta nueva urbanización, Casey”.

No dependo de mis proyectos. Tengo suficiente dinero. Son más para mi entretenimiento. Así que no tengo nada que perder. “Díselo como te lo dije a ti. Morderá el anzuelo. La ciudad no se perderá esta mejora. Tengo que ponerme en marcha”.

Cuelgo y atravieso con Amelia el ruidoso aeródromo en dirección al hangar donde hay aparcados unos cuantos vehículos.

“¿Sueles ser más habladora?”, le pregunto.

“Eh, sí, la verdad es que sí”, responde, intimidada.

“¿Qué te da más miedo, la idea de compartir cama conmigo o volar?”.

“Bueno, no he dormido en la cama con un hombre desde que Rory murió. Nuestra noche de la otra noche, fue una absoluta excepción”.

Por supuesto que yo soy la excepción.

“Tú tampoco has volado nunca. Hay una primera vez para todo”.

“Aún así, estoy nerviosa”, se preocupa. “Esto no es espontáneo, está arreglado, planeado. Es un poco raro”.

“Está bien. Lo solucionaremos”, le contesto secamente. Le ofrezco una buena suma de dinero para que haga el trabajo de una chica de compañía, que no podría hacer ni de lejos tanto como ella. Es una gran oportunidad para Amelia y no voy a escucharla quejarse eternamente. “Espero que te diviertas a mi lado”.

Responde con una modesta sonrisa. Le pongo la mano en la espalda para protegerla y la conduzco hasta un todoterreno negro aparcado junto al hangar. Brent está allí, esperándonos. Él también acabará de aterrizar y nos llevarán juntos del aeropuerto al Palace Casino.

Soy muy parco con el término “amigo”, pero a Brent lo llamaría amigo... supongo.

“Casey Weston”, me saluda. “Apenas soltero, ¿tomado otra vez?”.

Mi mirada se dirige preocupada a Amelia, a quien no parece importarle la frase. Probablemente tiene la piel más gruesa de lo que creo.

“¿Y bien, Brent? ¿Qué tal el vuelo?”.

“Aburrido y largo, acabo de aterrizar hace veinte minutos. A ver cómo resulta esta semana. Se vuelve a casar alguien que volverá a divorciarse dentro de cinco años como muy tarde. Deberías celebrar los divorcios. De verdad”.

Me río secamente. “O podrías dejarlo estar”.

“¿Cómo se llama la encantadora dama que está a tu lado?”.

“Soy Amelia, hola”, se responde mi acompañante y le estrecha la mano.

“Estoy encantado”, se entusiasma Brent, “realmente tienes gusto, Casey, lo reconozco”.

“Eso no lo sabrías tú. Tú también tienes que tener gusto”.

Brent se ríe a carcajadas y me da una palmada en el hombro. “Por eso todos te queremos tanto”.

Nos metemos en la parte trasera del espacioso todoterreno y tomamos asiento. El conductor espera pacientemente a que estemos todos sentados. “Al Casino Palace”, le indico.

“Lo sé”, responde. “Actualmente es el casino más solicitado de la ciudad y también es extremadamente popular como centro turístico. Han alquilado toda la planta superior para esta boda. Sólo eso debe haber costado una fortuna”.

Mientras Amelia está pegada a lo que dice el chófer, yo miro por la ventanilla con desinterés y veo pasar el paisaje desértico mientras salimos del aeropuerto y nos dirigimos hacia la milla del casino. Ordeno mis pensamientos, que son de lo más variados.

Entonces oigo por casualidad a Brent hablando con Amelia y haciéndole un montón de preguntas, así que me pongo a vigilarla.

“Casey y yo estaremos entre los padrinos de boda”, informa Brent con orgullo.

“¿Ah, sí?”, se pregunta Amelia, mirándome. “Creía que eras uno de tantos invitados”.

“No, en realidad soy el padrino principal”, respondo secamente. “Quizá no lo he mencionado todavía. Y después de mí viene este bicho raro de aquí. Estamos muy bien alineados”.

“Casey y yo somos amigos desde la infancia”, explica Brent. “Seguro que te ha contado todo tipo de cosas sobre mí”.

“Ni una palabra hasta ahora”, respondo con frialdad. “No eres tan relevante”.

“Sí, a mí tampoco me has caído bien nunca”.

“Bromas aparte”, le explica entonces Brent a Amelia, “Casey, el novio Byron y yo nos conocemos desde que tenemos uso de razón. Estos chicos han pasado por todo conmigo. Hemos andado juntos desde que aprendimos a montar a caballo. Y también hemos roto muchos

corazones”.

Amelia se mira las rodillas, avergonzada. No le hace ninguna gracia oír eso. Pero él tiene razón.

“¿Cómo os conocisteis?”, pregunta Brent con curiosidad, y Amelia y yo nos miramos. Ella tiene incertidumbre en los ojos porque aún no se nos ha ocurrido una historia coherente, así que yo tomo el relevo e invento algo que ella pueda contar a partir de ahora.

“Nos conocimos un día soleado en el campo”, le explico, y en aras de la credibilidad tengo que ir un poco más allá de lo que acostumbro a contar cosas tan triviales y sensibleras. “Estaba paseando junto al lago, la vi e inmediatamente me acerqué a ella porque me dejó boquiabierto. Quiero decir, mírala. No puedes dejar que una mujer así siga caminando, ¿verdad?”.

“En eso te entiendo perfectamente”. Mira a Amelia por encima del gel de fondo. “¿Qué lago era ese?”. Genial, he metido la pata.

“Eso no es asunto tuyo”, le respondo, seco como siempre.

“Eh... cómo se llamaba... Lavon Lake, al noreste de Dallas”, consigue responder con credibilidad Amelia.

“¿Vives allí?”, le pregunta Brent a Amelia con curiosidad, sin darse cuenta de que sus preguntas nos están estresando a los dos mientras nos sacamos las respuestas del culo.

“No, sólo estaba visitando a una amiga allí”, miente Amelia amablemente y vuelve a mirar por la ventana para evitar la conversación.

Continúo y adorno un poco más mi historia. “Congeniamos enseguida. Y lo mejor, ella no tenía ni idea de quién era yo”.

“Eso es una rareza. ¿Por qué fue ese el factor decisivo? ¿No te gusta que la gente te conozca?”.

“Quiero estar en igualdad de condiciones con mi pareja. Eso lo tengo con ella”.

“Pero seguro que ya le has buscado en internet”, se burla.

“Sí, desde que lo busqué en Google, lo único que quiero es su dinero”, bromea Amelia

secamente, haciendo que a Brent y a mí se nos caiga la mandíbula al suelo. Luego se ríe con picardía y sacude la cabeza antes de volver a mirar al exterior y admirar los numerosos y magníficos casinos que pasan ante nosotros.

"¿De verdad acaba de decir eso?", se pregunta Brent.

"Sí, lo ha dicho".

"Muy lista tu novia".

Amelia empieza a reírse. "Sólo era una broma", explica.

"Tenemos que trabajar en tu sentido del humor", es mi estoica respuesta.

Tras un momento de silencio, todos nos echamos a reír a carcajadas. Brent, en particular, no puede contenerse. "Ey, de verdad que tienes que mantenerla caliente, Casey, me gusta".

Sí, mierda. A mí también me gusta.



Llegamos al complejo y entramos en el vestíbulo de mármol, donde se oye el chapoteo de una fuente. El aire acondicionado nos envuelve en una refrescante brisa al entrar en el edificio, donde un conserje nos saluda y recoge nuestras maletas, que el conductor trae en un carrito.

"Ah, Sr. Weston. Su suite es la número 117, llevaremos sus maletas allí. Puede conseguir la tarjeta llave en recepción".

"Gracias".

El conserje se lleva nuestras maletas. Más atrás, oímos las risas de los huéspedes, y algunos siguen llegando. El vestíbulo está decorado con rosas blancas por todas partes.

Amelia mira a su alrededor encantada, como era de esperar, pero intenta ocultar su entusiasmo. Se nota que todo esto es completamente nuevo para ella.

“La verdad es que odio los sitios así”, le explico. “Me parecen tan artificiales y excesivamente glamurosos”.

“¿En serio?”, se pregunta. “¿No es ese tu mundo?”.

“Inevitablemente. Prefiero la naturaleza. El trabajo en bruto, ensuciarme las manos”.

“Lo entiendo”, responde ella, mirando a su alrededor, “pero sigue siendo impresionante. Nunca había estado en un complejo así”.

“Sí, si el novio no me hubiera obligado a venir porque nos conocemos desde hace mucho, nunca me verías aparecer en un evento como este. La gente me pone de los nervios en algún momento”.

“¿Es por eso que inventaste que nos conocimos en un lago?”.

“Tal vez. Habría sido un primer encuentro más agradable”, respondo. Nos quedamos en silencio un momento y algo mágico resuena.

Amelia recuerda, “a Rory siempre le encantó venir aquí, yo nunca quise venir con él. Le encantaba Las Vegas”.

“Nos escaparemos los próximos días y haremos senderismo”, pienso espontáneamente. “El paisaje de aquí es digno de ver”.

“Eso suena bien”, dice contenta. “Quiero decir, si tus planes te lo permiten. Después de todo, tienes... planes aquí, ¿no?”.

“¡Casey!”.

Antes de que pueda responder a Amelia, me llaman y me doy la vuelta. Un par de viejos amigos se me acercan y se alegran de verme. Entre ellos reconozco a Brent, que se ha adelantado corriendo, y a Gizelle con dos de sus amigas. El corazón me da un vuelco y siento una breve oleada de estrés que siempre he confundido con amor.

Saludo a todos cordialmente y empiezo a poner en marcha mi plan.

“Permítanme presentarles, mi amiga Amelia. Gizelle, ya la conoces”.

Algunas caras reaccionan favorablemente ante Amelia, mientras que Gizelle levanta una ceja y la escruta de cerca. Amelia tiene una gracia imponente que sólo puedo admirar, y no le importan las miradas de Gizelle, que, por otra parte, siempre han tenido su efecto sobre mí. Amelia parece inmune.

"¿Qué tal el viaje?", quieren saber, mientras Gizelle intenta destrozarme con su mirada.

"No me puedo quejar. Viajamos juntos en mi jet", respondo.

"Entonces, Amelia, ¿cómo es Casey?", quiere saber Gizelle directamente.

"¿A qué te refieres exactamente?", pregunta Amelia.

"Bueno, en general. ¿Cómo es contigo?".

Amelia me mira y sonríe al ver mi ligero nerviosismo. "Lo soporto perfectamente", responde sin mirar a Gizelle. No me quita los ojos de encima. "Cariño, ¿nos registramos en nuestra habitación entonces?".

"Un hombre de verdad se asegura de que una dama tenga una suite", interviene Gizelle con su regocijo.

"Por eso Amelia tiene una suite", le respondo. "Como corresponde a una dama".

La mirada cada vez más venenosa de Gizelle me indica que mi plan va por buen camino. Me despido de todos antes de besar a Amelia demostrativamente en los labios. Incluso le susurro algo al oído, lo que la hace sonreír: "estás muy buena, joder".

Puede que Gizelle haya oído mis palabras. No lo sé. Iba un poco a por todas.

"Seguro que luego nos vemos en algún bar".

"Hasta luego", responde Brent y salta de nuevo a la charla con los demás. Tomo a Amelia de la mano y me doy cuenta de que estoy dividido por dentro. Por un lado, ver a Gizelle aquí realmente me molesta, y con Amelia a mi lado realmente quiero mostrárselo. Por otro lado, Amelia es buena para mí de una manera que es completamente diferente. Es divertida, ingeniosa y, sobre todo, auténtica. No le importa el dinero ni el estatus. Sólo le interesan las personas.

Y está muy buena. Gizelle ya no está tan estupenda a su lado como antes. Tal vez el amor, o lo que sea que se supone que debo llamar a lo que siento por Gizelle, me ha cegado. Quizá no haya que subestimar dos tipos de belleza: la belleza natural y la belleza interior.

Cuando miro a Gizelle, siento todo tipo de emociones. Por un lado, un impulso casi infantil de impresionarla, por otro, un rechazo de todo su ser. Durante mucho tiempo me convencí de que todo era amor. Pero cuando miro a Amelia, sólo siento emociones positivas: ligereza, dicha y una lujuria duradera.

No sé si podré aguantar una semana en una cama de matrimonio junto a ella sin tocarla. No será fácil. O ya lo sé seguro. No lo será.

Ya veremos.

Capítulo 11



Amelia

Soy más de naturaleza, pero este vestíbulo por sí solo es como el país de las maravillas para mí. Todo brilla y centellea, y la gente va elegantemente vestida, parece sacado de una película. Ni punto de comparación con el pueblo desértico de Callis, donde todo se cae a pedazos y las pocas personas que te encuentras durante el día llevan ropa de trabajo desgastada y sombreros de vaquero. Este es un mundo completamente diferente.

“Estás muy buena, joder”, me susurra Casey descaradamente al oído. ¿Es parte del espectáculo? En cualquier caso, esas palabras hacen que me recorra un escalofrío por todo el cuerpo. La zona del estómago en particular y todo lo que hay debajo reacciona a ello.

En ese momento, recuerdo que vamos a compartir cama durante una semana. ¿Cómo se supone que va a funcionar eso sin tocarnos? La idea de meterme en la cama con Casey ya me está poniendo caliente e incluso un poco mareada.

“Probablemente os veré más tarde en algún bar”, dice Casey a sus amigos, me coge de la mano y camina conmigo hacia la recepción.

“Hasta luego”, responde Brent y sigue charlando con los demás.

“Entonces, amor, ¿te apetece compartir cama conmigo?”, me pregunta, claramente interpretando el papel de falso novio. Pero hay un atisbo de flirteo.

¿Tiene que hacerme esa pregunta precisamente ahora, cuando estoy preocupada por eso mismo que me provoca sentimientos encontrados?

Le sigo el juego y respondo con una pizca de maldad: “estoy impaciente”.

Volvemos a besarnos. Por un lado, estamos rodeados de suficiente gente como para justificar este momento como parte de la farsa. Pero, ¿hasta qué punto es una actuación y hasta qué punto podría ser real? ¿Está haciendo todo esto para poner celosa a Gizelle, que sin duda nos ha estado mirando? ¿O hay algo más?

¿Y cuándo desaparecerá este hormigueo? Cada beso provoca una explosión en mi interior. ¿Cómo voy a controlarme durante una semana si compartimos la cama? Es casi imposible.

A estas alturas tengo que recordarme a mí misma que sólo estoy aquí por dinero, aunque nunca me ha interesado el dinero. Nunca habría hecho nada de esto en mi vida anterior, lo habría comparado con vender mi alma al diablo. Desde que decidí probar cosas nuevas, todo ha cambiado. Ahora estoy aquí en Las Vegas con el Príncipe de Dallas y me está diciendo lo buena que cree que estoy.

La vida está llena de sorpresas.

De todos modos, voy a hacer mi papel lo mejor que pueda. Lo que Casey quiera conseguir con ello es cosa suya. Pero con los honorarios que quiere darme por esta semana, me está ayudando a librarme de mi deuda de una vez por todas. Así que esto es un trabajo. No tengo que hacer nada que no quiera, pero, ¿qué es lo que realmente quiero?

La confusión se extiende a través de mí. ¿Qué es exactamente lo que siento por Casey? ¿Por qué me molesta que quiera impresionar a su ex novia?

No puedo sacarme de la cabeza esa noche caliente que pasamos juntos. Ahora que Casey camina a mi lado y su aroma estimula mi nariz, vuelvo a tener su sabor en la lengua y anhelo más.

Se suponía que sólo iba a ser una noche. Se suponía que iba a ser así de simple. Sólo un poco de diversión y alivio. Pero, ¿por qué ahora todo parece tan complicado?



De camino a la recepción, mi mirada recorre el vestíbulo, rebosante de un lujo al que no estoy

acostumbrada. Todo brilla y parece casi antinatural.

Nos detenemos brevemente al llegar al mostrador e intercambiamos una mirada que alberga un anhelo subliminal. ¿Qué tipo de química hay entre nosotros en este momento? ¿Por qué mi corazón late ahora más rápido de lo normal?

No tenemos que hacer nada en recepción. Casey es reconocido de inmediato y su nombre es tachado de una lista que uno de los empleados lleva en un portapapeles.

“Sus tarjetas llave, señor Weston”, dice la amable señora que está detrás del mostrador. “La suite número 177 está en la planta diecisiete. Puede coger el ascensor que hay justo ahí a la izquierda, su equipaje ya estará allí”.

Casey examina su tarjeta llave y pregunta: “¿vista a la calle o al desierto?”.

“Por supuesto que tiene vistas al horizonte de Las Vegas. La suite 177 es especialmente conocida por su mágica vista, una de las favoritas de toda la ciudad”.

“Hm. Hubiera preferido el desierto. ¿Cama de matrimonio?”.

“Por supuesto”.

Oigo la palabra “cama de matrimonio” e inmediatamente mi cabeza empieza a dar vueltas. Se suponía que sólo iba a ser una noche con él, y ahora estoy pasando una semana con él en una cama doble en una de las suites más codiciadas de Las Vegas. ¿Podremos mantener esta abstinencia planeada?

“Toma, cariño”, me dice Casey y me entrega una segunda tarjeta llave, que cojo tímidamente. Tiene letras doradas. ¿Es realmente para mí? Por un momento, no quiero creerlo.

Oigo una nueva voz masculina, y ambos nos damos la vuelta. Un hombre vestido de blanco se nos acerca con cara de anuncio de dentífrico. “Me alegro mucho de que Amelia y tú hayáis venido”, dice feliz.

Me quedo desconcertada antes de darme cuenta de que debe ser el novio. Abraza cariñosamente a Casey y luego a mí.

“Amelia, este es...”.

“Me llamo Byron. Encantado de conocerte. Soy el culpable de todo este alboroto. Sasha ya está muy emocionada, ahora se está volviendo real”.

“No es que se vaya a acobardar”, bromea Casey, mirando el folleto del hotel.

“Han reformado el lugar recientemente y han ampliado la oferta”, explica Byron mientras Casey da la vuelta al folleto para leer el reverso. “Tengo que ponerme en marcha, tengo un buen programa, todo tiene que estar organizado para el jueves y estoy seguro de que sabes cómo son las mujeres, no toleran los errores. Hablaremos más tarde, ha sido un placer veros”.

La señora de la recepción interviene. “Tenemos una amplia oferta de ocio. Lo más destacado es el casino, que ampliamos unas dos hectáreas en invierno, la zona de spa y, por supuesto, la zona de piscinas en la azotea, donde ahora hay una zona cubierta y otra al aire libre, con varias piscinas y un restaurante, bar y casino”.

“¿Y todo eso está... en la azotea?”, vuelvo a preguntar para asegurarme de que no he oído mal.

“Sí, con una vista panorámica de todo Las Vegas y el desierto que lo rodea”.

“Eso suena... impresionante”, casi susurro. Pero entonces recuerdo algo. “No he traído bañador”.

“No hay problema, puedes comprar uno aquí en el complejo”, responde Casey y se gira hacia la recepcionista. “¿Podría decirle a mi amiga dónde puede hacerlo?”.

“Bueno, tenemos un centro comercial aquí en el edificio con varias tiendas de diseño, todas ellas venden trajes de baño”.

No me lo puedo creer. Eso significa que no tengo que salir del hotel en toda la semana. Aquí lo tienes todo. El único sitio que debo evitar es el casino.

Casey presiona una de sus tarjetas de crédito en mi mano. “A lo loco”, me dice. “Puedes quedártela toda la semana”.

“Entonces disfruta de tu semana aquí con nosotros en el paraíso”, dice la recepcionista con una sonrisa cortés. Ella puede ver claramente que estoy totalmente abrumada y que obviamente es mi primera vez aquí.

“¿Ves?”, me dice Casey. Todavía estoy muy nerviosa. “Viajar no es tan malo, ¿verdad? Has

sobrevivido al vuelo y ahora tienes una semana en el paraíso. Podría ser mucho peor para ti. Así que afloja un poco más, no me va el rigor mortis".

"En eso tienes razón. Lo siento".

Siento muchas miradas sobre nosotros y trato de no prestarles atención. Meto la llave y la tarjeta de crédito en el monedero y, por alguna razón, siento que estoy robando las dos cosas. Como si me hubieran confundido con otra persona. Como si no perteneciera a este lugar.

"La oferta de ocio suena bien, ¿verdad?", me pregunta Casey mientras caminamos hacia los ascensores.

"Sí, creo que haré tiempo", respondo, con la mente hecha un lío. Si supiera a qué atenerme con Casey, disfrutaría mucho más de la semana. Pero quizá tenga que aclararlo todo conmigo misma. De todos modos, sería una pena que no disfrutara de esta semana.

Quizá necesite distanciarme un poco de él y centrarme más en mí misma. Al fin y al cabo, no está aquí conmigo para ganarse mi corazón, sino el de otra mujer.

El bañador es una buena oportunidad para apartarme un poco de Casey. Entonces podré pensar en cómo quiero afrontar la situación con nuestra suite. ¿De verdad voy a compartir cama con él? ¿O puedo encontrar una alternativa?

"Subiremos primero", dice cuando llegamos a los ascensores. "¿Tienes algún deseo?".

"Creo que quiero dar un paseo y buscar un bañador. Tengo mucho calor, así que la próxima vez que pueda me gustaría refrescarme en la piscina. ¿Te parece bien?".

"¿Por qué no iba a estar bien? Los carteles de la pared te indicarán dónde ir".

"De acuerdo. Pero no voy a desfasarme", aclaro, lo que le confunde por un momento porque no entiende el contexto. Y añado: "Sólo quiero comprarme un bañador y me llevo el recibo. Así podría descontar de mis honorarios lo que me gaste aquí".

Casey aparta la mano y vuelve a asumir el papel de mi compañero. "¿De qué estás hablando, cariño? Tonterías totales, compra lo que quieras".

Vale. ¿Por qué me ha vuelto a llamar así? Si esto es realmente parte del espectáculo, entonces

este hombre es realmente minucioso y profesional. Pero cuando estamos rodeados de menos gente, una pequeña parte de mí espera que lo haga por mí. Que sienta algo por mí.



Es la última hora de la tarde. Muchos de los huéspedes que han llegado hoy aprovechan para refrescarse nadando unos largos en las refrescantes piscinas de la azotea del complejo. Hoy, el calor estival es especialmente despiadado y el aire es extremadamente seco. No hay que olvidarlo, estamos en medio de un desierto. Un oasis, por así decirlo.

He decidido ser una de esas personas. Así que cojo el ascensor con mi bolsa de la compra directamente hasta arriba, donde no voy a la Suite 177, sino a la zona de la piscina, que está señalizada. En su lugar, subo el último tramo de escaleras hasta la planta superior, donde encuentro un vestuario decorado con cristales esotéricos y mucho bambú.

Huele a refrescantes infusiones y sales de sauna. Un paraíso, y aún no lo he visto todo. Me desvisto en una cabina y me quedo desnuda mientras saco el bikini de la bolsa de la compra y lo miro. Es de un color rojo vino liso y cuesta la friolera de trescientos dólares.

Busqué en tres tiendas en total y no encontré ninguno más barato. Esta era la “ganga”. Sin embargo, casi me da un ataque de pánico ir a la caja con un bikini tan caro y pagar con tarjeta de crédito.

Miro la etiqueta del precio y la arranco antes de ponerme la braguita y luego la parte de arriba.

Después meto la ropa y la bolsa de la compra en una taquilla y cierro con llave. La llave cuelga de una correa que me ato a la muñeca antes de salir del vestuario, no sin antes llevarme las chanclas y la toalla. Por supuesto, no puede faltar mi pequeño bolso de mano, en el que llevo las tarjetas y el móvil.



Salgo a la terraza de la azotea y por un momento tengo que decirme a mí misma que esto no es un sueño. La gente más guapa disfrutando por todas partes, varias piscinas enormes. Algunas tienen fuentes, otras bañeras de hidromasaje, otras trampolines y toboganes. No huele a cloro como una piscina barata al aire libre, sino a sal y fruta fresca. Grandes palmeras en macetas adornan el paisaje cubierto de trópicos, y los rascacielos de Las Vegas se alzan detrás de todo, pareciendo ondular al calor de la tarde.

Admiro el paisaje antes de seguir el olor de la fruta fresca y llegar al bar, donde puedo escapar del sol implacable bajo un techo de paja. Estoy segura de que aquí podré calmar mis nervios y ordenar mis pensamientos.

"¿Qué le sirvo, señorita?", me pregunta un joven camarero mientras cojo una rodaja de sandía de una bandeja de fruta.

"Necesito algo refrescante, pero preferiblemente sin alcohol, ¿qué me puede recomendar?".

"¿Sin alcohol, definitivamente?".

"Sí, hace poco me emborraché tanto que no me reconocí, y una resaca así es suficiente para que me dure todo el mes", respondo largamente, a lo que él se ríe. Pienso en la noche en la discoteca City Lights, cuando me enrollé con Casey Weston. Creo que después del valor que demostré debido a mi grado de alcoholemia, es justo decir que me enrollé con Casey Weston.

Suena bastante sexy. Pero hoy necesito mi cerebro despejado, sobrio, alerta. Tengo que vigilar mis emociones y mis acciones. No ayuda estar borracha, y menos tan pronto después de mi llegada.

El camarero me mezcla algo que parece bastante afrutado con movimientos hábiles y ágiles. La forma en que coge las botellas me recuerda un poco a un vaquero desenfundando su pistola. Varios tonos de rojo y naranja se mezclan en un vaso alto antes de que el camarero añada cubitos de hielo picados. Por último, introduce una pajita en el vaso y pega una rodaja de piña en el borde, adornada con una cereza clavada en un palillo.

"Sexo en la playa sin alcohol", me dice el camarero y me coloca el vaso alto delante. Casi me dan ganas de preguntar cuánto cuesta la bebida, pero consigo detenerme justo a tiempo.

Mi móvil zumba en el bolso. Lo saco y veo que he recibido un mensaje de Tiffany, que probablemente se esté muriendo de curiosidad. Suspiro y me río mientras le doy un sorbo a la refrescante e indescriptiblemente afrutada bebida.

TIFFANY: "¿Ya has aterrizado? ¿Qué tal ha ido? ¿Y el vuelo? ¿Y qué tal el lugar? ¿Puedes enviar fotos? ¿Cómo te va con el príncipe? Ponte en contacto".

AMELIA: "Hola, loca. Aquí todo va bien. El complejo es increíble. Puedes buscar en Google el Palace Casino y ver si encuentras fotos de la terraza de la azotea. Ahí es donde estoy sentada ahora mismo".

Tiffany entonces me llama directamente. “Oh. Dios. Dios. ¡No estarás sentada en serio en la azotea del Palace Casino! ¡Parece una locura!”.

“Sí, lo sé”.

“¿Cuándo es la ceremonia de la boda?”.

“No lo sé exactamente. Hacia mediados o finales de semana, creo”.

“¿Y qué estáis haciendo ahora mismo?”.

“Todavía estamos llegando un poco. Después, probablemente habrá algún tipo de reunión y me tomaré un cóctel aquí para calmar los nervios”.

“Vas a volver directamente al límite, así me gusta”.

“No, nada de alcohol, no gracias. Necesito la cabeza despejada”.

“Entonces, ¿cómo es contigo?”.

“No puedo decirlo todavía. Es un poco extraño. Por un lado, es tan amable conmigo y me trata totalmente... como a su novia. Pero por otro lado, está esta ex-novia y todo. Sé que lo de nosotros es sólo un acto, de todos modos”.

“Una actuación por la que te están pagando, recuerda”.

“Sí, lo sé. Es un trabajo. Por eso me mantengo sobria”.

“¿Perdone?”, oigo una voz femenina detrás de mí. Me doy la vuelta y veo a una empleada del área de la piscina. Debe tener unos cuarenta años y parece haber tenido una vida dura.

“¿Sí?”.

“¿Es usted... Amelia, por casualidad?”, pregunta.

“Tengo que colgar, ya te llamaré, cariño”, le digo a Tiffany, cuelgo y guardo el móvil en el bolso antes de volver mi atención a la mujer. “Sí, soy yo”.

“¿Me estás buscando?”.

¿Qué quiere decir? No la conozco de nada. “No entiendo”.

“¿No estás aquí para encontrarme?”, quiere saber la mujer.

“Eh, no... estoy aquí por la boda”.

“¿Así que por casualidad?”, pregunta ella, frunciendo el ceño.

“Sí. Hoy es la primera vez que vengo”. ¿Quién es esta mujer? Bueno, que trabaja aquí, eso lo he podido averiguar por mí misma. Pero, “¿qué te hace pensar que podría haber estado buscándote?”.

“¿No eras la mujer de Rory?”.

En ese momento, mi corazón da un vuelco. Soy incapaz de responder, así que asiento con la boca abierta.

“¿De qué conoces a Rory?”, pregunto.

“Rory venía mucho por aquí, era muy llamativo, hablaba con todo el mundo, contaba historias. Siempre se notaba cuando estaba en la habitación. No llevaba anillo de casado cuando estaba aquí, pero la esquela decía que tenía una esposa llamada Amelia. Una vez estaba tan borracho que enseñó fotos tuyas y habló maravillas de ti. Quería darte una nueva vida limpia. Pero solo fue esa vez, por lo demás se comportó como un auténtico jugador”.

Se me nublan los ojos. Oír todo esto es extremadamente perturbador. Por un lado, puedo entender la presión a la que estaba sometido Rory en ese momento. Tal vez no vio otra salida que probar suerte en el juego para que por fin pudiéramos irnos de aquella caravana.

Por otro lado, me irrita profundamente saber que se dejó el anillo de boda en el dedo en sus muchos viajes a Las Vegas. ¿Por qué? ¿Qué más había estado haciendo aquí?

Una señora mayor que toma el sol en una tumbona chasquea los dedos dos veces y llama al personal. “Lo siento, tenía que decírselo”, dice y vuelve a su trabajo con impaciencia.

“¿Cómo se llama?”, le pregunto a la empleada.

“Heidi”, dice mientras se aleja. “¿Podría volver a hablar con usted más tarde? Tengo que decirle algo. Pero no quiero hablar de ello aquí”.

“De acuerdo. Claro”. ¿Hay algo más? ¿Qué puede ser? ¿Y quiero saberlo?

“Estoy libre cuando termine de trabajar. Mi último turno termina a las diez. Podríamos vernos en la cafetería de la segunda planta o en el casino”.

No estoy de humor para ir al casino. “El café suena bien”.

No sé si podré ir. Quién sabe lo que Casey ha planeado para hoy. Lo que me va a pedir que haga. ¿Seré capaz de irme sin más cuando me pagan por brillar al lado de Casey?

Entonces empiezo a preguntarme: ¿para qué voy a seguir molestándome con mi marido muerto? ¿De qué me serviría recuperar cadáveres de su sótano? No puedo enfrentarme a él en esta vida, aunque me traicionara en Las Vegas. Entonces, ¿qué sentido tiene?

Entonces hay una parte de mí que sólo quiere saber. Tal vez me dé un poco más de tranquilidad saber que mi marido no siempre fue fiel cuando estaba vivo. Tal vez entonces pueda encontrar un cierre, algo que hasta ahora no ha ido tan rápido ni sin problemas.

Paso un poco más de tiempo junto a la piscina y tomo el sol antes de nadar unas cuantas vueltas que siento como un renacimiento. Sólo ahora me quito el sudor pegajoso de la espalda que llevo arrastrando desde el vuelo. El viaje hasta aquí ha sido bastante pegajoso y el calor parece estar en su punto álgido a esta hora del día. Estoy haciendo exactamente lo correcto al refrescarme. Y me siento muy bien.

Mientras nado, no deja de darme vueltas en la cabeza la información que acabo de recibir de una completa desconocida. Nada de lo que hago ayuda a suprimirla. Estar aquí me da una pequeña idea de la doble vida que Rory parece haber llevado. Puedo imaginar cómo debe haber bebido y apostado aquí. Cómo habrá ligado con otras mujeres. ¿Siquiera lo conocía?

Lo peor de todas estas preguntas es que no habrá respuesta para ellas. Al menos no tendré

noticias directas de él. Quizá siempre me mintió. Tal vez todo esté bien como está. Y eso me hace pensar de nuevo en las palabras de Tiffany frente a la barrera de cuerda de la zona VIP del club. Tal vez finalmente tenga que dejarlo ir.



Salgo de la zona de la piscina y voy a cambiarme de nuevo antes de bajar las escaleras y adentrarme en el largo pasillo que conduce a la suite de Casey. Aquí hay una larga alfombra estampada y cuadros caros adornan las paredes.

Camino por el largo pasillo y mi mirada se desvía hacia los números de las habitaciones a mi paso.

174 ...

175 ...

176 ...

Parece una cuenta atrás hacia la incertidumbre. ¿Qué ocurrirá en esta suite en los próximos días? ¿Y qué *no* pasará?

No puedo sacarme de la cabeza la idea de que Rory podría haberme engañado. Habría dejado pasar muchas cosas, pero no eso. Eso destruiría mi imagen de él, que ya está bastante manchada, para siempre.

¿Por qué me importa? El hombre está muerto. ¿Es sólo mi orgullo herido saliendo a la luz?

¿O es más bien parte de mi proceso de desarrollo experimentar estas cosas de forma tan aleatoria, si es que hay alguna coincidencia, para que finalmente aprenda a tener más cuidado en el futuro sobre en quién deposito mi confianza ciega?

Llego a la Suite 177 y me detengo un momento. Me siento sin aliento y débil. Saco la tarjeta de acceso del bolso, pero me quedo paralizada.

Seguro que Casey está allí. ¿Cómo será la suite? ¿Qué pasará entre nosotros? ¿Quizás mi difunto marido Rory se registró alguna vez en esta habitación? Y si es así, ¿también estaba solo?

¿Qué es lo que Heidi no me cuenta y no me contará hasta que termine de trabajar?

Mi cabeza está literalmente explotando con pensamientos caóticos. Simplemente tengo demasiadas cosas que procesar a la vez.

Respiro hondo y vacilo antes de acercar la tarjeta-llave al pomo de la puerta.

Capítulo 12



Casey

Me pongo el polo y respondo a la pregunta de Brent por el móvil sobre cuándo llegaré con un "cinco minutos". Luego me arreglo el pelo y me pongo perfume. El Blackjack fue hace un rato. Puedo regalármelo mientras estoy aquí. De todos modos, voy a ganar.

Entonces oigo que la puerta hace clic y se abre. Amelia entra en la suite y mira a su alrededor. La vista de este lujoso entorno parece impresionarla.

"Aquí estás", la saludo y me calzo los zapatos. "Voy a las mesas de blackjack y tú vienes conmigo. ¿Quieres cambiarte?".

Cuando miro a Amelia por segunda vez, me fijo mejor. Parece molesta por algo, incluso un poco angustiada.

"¿Qué pasa?".

Tras una breve vacilación, ella se desentiende y responde: "todo está bien".

"Me estás engañando", veo a través de ella y espero a que diga la verdad.

Amelia se acerca al gran sofá blanco, se sienta y se queda mirando al vacío. Me siento con ella,

preocupado.

“Es todo... muchas cosas a la vez. Blackjack, me hace pensar en Rory otra vez. Y estoy un poco... confundida de todos modos”.

“Escúchame. No tienes que dormir en una cama conmigo si no estás cómoda. Sólo estaba coqueteando contigo tan provocativamente ahí abajo para vender la ilusión. Eres libre de moverte por aquí como quieras. Y si necesitas intimidad... como ves, esta suite es bastante grande”.

La mirada de Amelia se desvía hacia mí, desesperada y perpleja. Me doy cuenta de que tiene muchas cosas en la cabeza. Pero no dice nada.

Así que continúo e intento apoyarla. “Conozco tu historia y entiendo cómo te sientes. Relájate”.

“Sí, lo haré. Te lo prometo. Todo irá bien. Haré bien mi papel. No te decepcionaré. Quizá sólo necesite...”.

Busca una palabra y yo la ayudo. “¿Aclimatarme?”.

“Sí. Exacto. ¿Te parece bien?”.

“Eres una persona, no una máquina. Claro que está bien”.

Miro sus labios perfectamente perfilados y me imagino besándolos sensualmente durante un breve instante. Ahora me doy cuenta de lo largas que son sus pestañas. Lleva sombra de ojos, lo que acentúa sus ya de por sí encantadores ojos azul cristal. Estudio su delicada piel y quiero tocarla.

Y lo haré. No tengo ninguna duda. Pero aún hay tiempo.

“No te presiones, Amelia. No eres un servicio de acompañantes. Has interpretado bien el papel hasta ahora, ya me he dado cuenta, y no te voy a pedir más durante la próxima semana. Márcalo y deja de ponerte tensa”.

“No se trata de eso”, empieza a sincerarse. “Es... lo que sea”.

“¿Como qué?”.

“No, no quiero hablar de ello. No tiene sentido”.

“¿Pasó algo?”.

Amelia duda. Luego me mira y suspira: “Preferiría no hablar de ello. No tiene nada que ver contigo”.

Me doy cuenta de que sigue ocultándome algo. Pero no voy a presionarla para que me hable de ello. Si me dice que no tiene nada que ver conmigo, quiero creerle.

“Puedes hablarme de lo que quieras en cualquier momento”, le aclaro.

Sonríe entrecortadamente. “¿Eso forma parte de la farsa? ¿Que tengamos conversaciones como una pareja?”.

“No, te lo ofrezco porque me gustas”.

“¿Por qué?”.

“No hay ningún por qué. Simplemente me gustas. Y las parejas no suelen hablar entre ellas, se ocultan cosas”.

“También es verdad. Por desgracia”. Amelia guarda silencio y mira al suelo antes de soltar: “Tiene algo que ver con mi difunto marido. Rory vino aquí por muchos años. Como tu sabes. Descubrí por una... extraña coincidencia que él... podría haberme engañado cuando estuvo aquí”.

“Estoy seguro de que duele descubrir algo así”.

“Sí, duele. Y ni siquiera puedo enfrentarme a él, lo sé. Tengo que dejarlo ir. Aún no he conseguido hacerlo. No he experimentado ningún amor o afecto desde que murió. No de un hombre, claro. De alguna manera he estado... cerrada todo el tiempo. No dejé que pasara nada. Y el hombre adecuado tampoco ha aparecido en mi vida. Pero quizá no reconocería al hombre adecuado aunque lo tuviera delante”.

La escucho inexpresiva, luego hace una pausa y se muerde el labio.

“Pareces muy preocupada, Amelia, y no me gusta. Ojalá pudiera quitarte la pena”.

“No sé si alguien puede”.

Reconozco algo parecido al miedo en sus ojos. Le pongo una mano en el muslo para tranquilizarla. Se aparta un mechón de pelo de la cara y se lo pone detrás de la oreja mientras sus ojos se clavan en los míos.

“Es tan... aleccionador. ¿Has estado alguna vez con alguien a quien creías conocer pero que, en retrospectiva, resulta que quizá no conocías en absoluto?”, me pregunta, angustiada.

Respiro hondo y me reclino. El sofá blanco cede ante mi peso. “Rory sigue estando muy presente en tu mente”, me doy cuenta.

“Sí, lo está. Sé que es inútil, está muerto. Es sólo que... me pregunto qué más descubriré cuando se haya ido. ¿Cómo se supone que voy a asumirlo si siguen saliendo a la luz cosas nuevas?”.

Arrugo la nariz y respondo: “tal vez no tengas que preocuparte. Así no te afectará tanto cuando descubras algo nuevo que no puedes cambiar. Como bien sabes, no habrá diálogo entre vosotros. Por eso tienes que encontrar la manera de dejar esto atrás”.

“¿Puedo preguntarte algo?”.

“Pregunta”.

“¿Te ha mentido Gizelle alguna vez?”.

Me paso los dedos por el pelo y pienso. Por supuesto que Gizelle me ha mentido. Varias veces, de hecho. Pero ella tenía esa manera de darle siempre la vuelta a la tortilla para que fueras tú el que tuviera remordimientos de conciencia. Tienes que manejar eso primero. Ella era una experta en eso.

“Nunca fue perfecto con Gizelle, ya te lo he dicho”, respondo. “Mi hermano no paraba de decirme que ella no era buena para mí. Eso ya lo sabes. Nos mentíamos todo el tiempo, a veces sobre las cosas más triviales. Peleábamos todo el tiempo. Se convirtió en la norma y no creo que ninguno de los dos pudiéramos evitarlo”.

“Y aún así la quieres de vuelta. No lo entiendo. Es un poco contradictorio”.

Lo sé. Y sé que mi testarudez masoquista será mi perdición en algún momento. Intento responder, pero decido no decir nada. Al fin y al cabo, he traído a Amelia en avión para recuperar a Gizelle. Y me atengo a ese plan.

“El juego del amor no tiene lógica”, es mi seca respuesta.

“¿Todavía la amas?”.

“No me gustan ese tipo de preguntas. ¿Qué es el amor? ¿Puedes responder a eso?”.

“Bueno”, dice, “simplemente lo sientes, cuando quieres a alguien”.

Miro a Amelia y no puedo evitar pensar en lo guapa que es. ¿Por qué soy tan estúpido? La mujer con la que pasé aquella noche inolvidable en la habitación de invitados de Connor está sentada frente a mí, y voy a pasar una semana con ella en este idílico resort. ¿He perdido el juicio por pagarle para que haga de mi novia y no meterle mano porque no puedo escapar de mi adicción a las relaciones tóxicas?

Imagino su aspecto en la cama. Cómo su pelo estaba por toda la almohada mientras yo estaba por toda ella. Imagino la mirada hambrienta en sus ojos mientras la penetraba. Nunca he tenido una chispa como la que siento ahora, ni siquiera con Gizelle. Ni siquiera una vez.

¿Qué significa eso? ¿Realmente quiero recuperar a Gizelle? ¿O simplemente sigo demasiado atrapado en mis viejos patrones y no puedo reconocer que en realidad quiero algo completamente diferente? ¿A otra persona?

“¿Puedo hacer una suposición?”, me pregunta Amelia, estudiándome cada vez más descaradamente con la mirada.

“Deja de pedir permiso”.

“Vale, lo siento. Tengo la sospecha de que no es amor lo que hay entre vosotros, sino algo así como una... una especie de adicción tóxica”.

Ahora incluso ella ha hecho el diagnóstico que yo mismo me he dado hace tiempo.

“Es una opción aceptable”, le respondo. “Puedes hacer de terapeuta. ¿Qué me recetarías? Tengo curiosidad”.

Amelia vuelve a morderse el labio y piensa detenidamente antes de pronunciar sus siguientes palabras: “No sé qué te recetaría. Pero... probablemente necesites lo mismo que yo”.

“¿Y qué es eso?”.

“Necesitas curarte”.

“Y puedo suponer que no crees que Gizelle sea mi cura, sino... otra persona”.

“No. Otra persona sólo sería una distracción, si me preguntas. Creo que sólo puedes curarte por ti mismo. Si necesitas a otra persona para hacerlo, no sería más que una nueva dependencia, una nueva adicción, por así decirlo”. Hace una pausa. “Algo así. Lo leí una vez y me pareció plausible”.

Interesante. No utilizó la plantilla que le di para venderse. Eso me atrae. Amelia es extremadamente sexy cuando se sienta y habla. El hecho de que me atraiga es algo que no puedo ignorar.

“¿Cómo te enteraste de lo que hacía tu marido aquí en Las Vegas?”. Cambio de tema.

“Yo... había una...”. Amelia busca las palabras. Pero luego se da por vencida y me mira. “¿Podemos hablar de otra cosa?”.

“Si quieres. No te estoy obligando a confiar en mí”.

“Esa es la cuestión. No sé si puedo o quiero volver a confiar en alguien”.

“Tienes razón. Apenas nos conocemos. De acuerdo, entonces puede que quieras que te cuente cómo va a ir la semana, ¿no?”.

“Puede que no sea mala idea”, responde y se sienta.

Me aclaro la garganta y empiezo a explicarle.

“Esta noche va a haber un espectáculo y mañana nos vamos de viaje”.

“¿A dónde vamos?”.

“Vamos a la tirolina...”.

“Oh, eso no es para mí”, interrumpe. “Me da miedo”.

“Deberías subirte”, le respondo. “Es un subidón de adrenalina. Tu lema es probar cosas nuevas, ¿no?”.

“Otra vez es verdad”.

“Puedes venir y echar un vistazo, luego puedes decidir si quieres probarlo o no”.

“De acuerdo. ¿Y cuándo es la boda?”.

“Es el jueves, el día antes de irnos”.

“¿Y cuál es exactamente tu plan con Gizelle?”.

“Ponerla celosa hasta que se quiebre”.

“Pero, ¿cómo se supone que va a acercarse a ti si estoy a tu lado todo el tiempo? Ella tiene que tener la oportunidad de lanzarse hacia ti. Y yo tengo que estar fuera en algún momento”.

“Tienes razón, pero esa es la parte fácil. ¿O tienes una sugerencia específica?”.

“Sí, tengo una... bueno, si puedo hacer una”.

“Me encantaría”, respondo, mostrándome abierto a su idea.

“Deberíamos montar una ruptura”.

Frunzo el ceño. “¿Montar una ruptura?”.

“Sí, deberíamos fingir que discutimos y luego romper, preferiblemente antes del jueves. Así

tendrás la oportunidad de volver con Gizelle. Tal vez incluso el día de la boda, tal vez las vibraciones estarán bien entonces".

¿Por qué me inquieta tanto la idea de montar una pelea con Amelia? ¿Por qué tengo dudas sobre mi plan y me doy cuenta de que la propuesta de Amelia me inquieta más que darme confianza? ¿Por qué me molesta que haya hecho esa sugerencia?

No quiero insistir en el hecho de que estoy empezando a sentir algo por Amelia. Pero siento algo.

¿Es eso lo que quiero? ¿Adónde me llevará?

Capítulo 13



Amelia

Son casi las diez de la noche. Todos los invitados están reunidos en el teatro viendo un espectáculo de comedia en directo. Estoy sentada más atrás, junto a Casey, con un vestido azul oscuro brillante que me compró para esta semana. Él lleva un traje azul claro que combina muy bien con mi atuendo. Parecemos una pareja de libro.

Miro discretamente la pantalla. Faltan siete minutos para las diez. Vuelvo a guardar el móvil en el pequeño bolso que llevo.

"¿Puedo salir un rato?", susurro en voz baja al oído de Casey. "No me encuentro muy bien".

"Por supuesto", responde él y me presiona un inesperado beso en los labios, cuyo efecto puede compararse al de una pequeña descarga eléctrica. Ah, sí, aquí estamos entre gente. La ilusión tiene que ser buena.

Qué bien me sientan sus labios.

Rápidamente aparto otros pensamientos de mi mente mientras me levanto y salgo sigilosamente de la habitación. Intento no molestar a nadie en la medida de lo posible.

Sigo los carteles de las paredes hasta que encuentro la cafetería de la segunda planta, donde la empleada Heidi ya está sentada esperándome. Me siento a la mesa con ella.

“No tienes nada de beber”, le digo, “¿puedo invitarte a algo?”.

“No tengo sed, gracias”.

“Vale”. Me quedo perpleja un momento y la miro. Parece que tiene algo en la cabeza. Así que espero a que empiece a hablar por sí misma.

“Conocía a Rory porque... trabajaba con él”.

“¿Trabajaste con él?”.

“Bueno, más o menos. Teníamos una especie de acuerdo de negocios”.

“¿Qué tipo de acuerdo de negocios?”.

“Tenía un maletín cerrado que quería que yo le guardara aquí en el complejo. Llevaba años así. Cada mes me pagaba en efectivo para mantener la maleta segura. Pero en algún momento dejó de hacerlo. Y ahora él... bueno, falleció. Y no sé qué hacer con la maleta”.

“Probablemente no sabes lo que hay en la maleta, ¿verdad?”.

“Claro que no, yo no la he abierto. No me dio una llave ni nada por el estilo, y tampoco conseguí una combinación para ella”.

“¿Todavía tienes la maleta?”, quiero saber, a lo que Heidi asiente.

“Podría darte la maleta mañana. Todavía está en mi taquilla de la zona de personal, donde la he guardado durante años. No quería cargar con ella”.

En ese momento, me siento insegura y me pregunto si quiero aceptar la maleta. Quién sabe lo que puede haber dentro. ¿Y por qué pagó Rory durante años a esta empleada para que le guardara esa maleta?

“Sería muy feliz si pudiera deshacerme de la maleta. Voy a cogerla hoy. ¿Puedo darte la maleta mañana?”.

“Yo... no sé nada de una maleta. No sé si la quiero. Tendría que hablarlo con mi... amigo, estoy aquí con él”.

“Me alegra saber que la vida sigue para ti”, dice Heidi feliz. “La boda es de uno de los Weston, ¿no?”.

“No, pero están entre los invitados. Estoy aquí con Casey Weston”.

“¿Ah, sí? Eres una mujer afortunada. ¿Cómo es estar con uno de los Weston?”.

“Cuesta un poco acostumbrarse. Definitivamente”.

“Entonces, ¿es tan tacaño como lo pintan en los medios?”.

“No me puedo quejar”.

“No estás pagando nada por ti misma, ¿verdad?”.

Sus preguntas me irritan un poco. “No”.

“¿Te ha dado una tarjeta de crédito?”.

“Yo... no quiero hablar de esos temas contigo, no te ofendas”, la esquivo.

“Sí, tienes razón, lo siento. En cualquier caso, me alegro por ti. Seguro que tienes todo lo que puedas desear”.

Empiezo a tomarme a esta Heidi con humor. Aquí hay algo que huele mal. Además, no soy materialista y valoraría mucho más un gran abrazo de Casey que su estúpida tarjeta de crédito. Me siento segura cuando me abraza. Y me gustaría que no fuera una actuación. Así que no tengo todo lo que podría desear.

No le digo todo eso. “Sí. Supongo que soy una chica con suerte”, respondo con displicencia.

“Y en eso soy diferente, cariño. La vida siempre ha sido dura conmigo. No me lo dan todo en bandeja de plata. Tengo que trabajar duro por mi dinero”.

“Yo también”.

“Cuando estás con Casey Weston, sólo tienes un trabajo como mujer, hacerle feliz. De cualquier manera que puedas. No me digas nada”.

“Heidi, ¿por qué estás siendo tan grosera conmigo de repente? ¿Te he hecho algo?”.

“Hice un trabajo y guardé esa maleta. Durante años. Ahora quiero deshacerme de ella y puedes alegrarte de que no te pida lo que no pagó. Podría haber tirado la maleta”.

“Puedes tirarla o quedártela por lo que a mí respecta, Heidi. No sé nada de una maleta”. Empiezo a tener la sensación de que a esta mujer le huele el dinero porque estoy “juntita” con Casey y por eso monta tanto escándalo. Me parece toda una oportunista. De todos modos, ya no me siento cómoda sentándome a la mesa con ella.

“Pensaré si quiero la maleta, ¿de acuerdo? Tendrás noticias mías en unas horas. ¿Tienes un número de móvil?”.

“¿Tienes un móvil contigo?”.

Dudo antes de sacar el móvil del bolso y abrirlo para entregárselo. La observo atentamente y desconfío. Guarda su número y hace una llamada de prueba para que suene en el bolsillo del pantalón. Luego me devuelve el móvil.

“Avísame antes de medianoche”.

“Lo haré. Adiós”.

Sin decir nada más, salgo del café mientras un camarero se acerca a la mesa. “¿No quiere nada de beber?”.

“No tengo sed”, respondo al salir.



Contrariada y disgustada, vuelvo al teatro y oigo las risas de los numerosos invitados a través de

las puertas dobles cerradas. El espectáculo continúa. No me apetece volver a sentarme allí, pero estoy aquí con Casey y me pagan por ello, así que respiro hondo y me repongo antes de abrir la puerta silenciosa y discretamente para colarme de nuevo en el oscuro teatro.

Llego al pasillo central y busco mi fila de asientos antes de ver que Casey ya me ha visto y me hace señas para que me acerque. Así que me escabullo hasta mi asiento.

"¿Te encuentras mejor?", susurra atentamente.

"La verdad es que estoy bien", le susurro.

"Venga, vámonos de aquí".

"No, yo... nunca te pediría eso, estás disfrutando del espectáculo".

"No me importa el espectáculo. Me presenté aquí contigo. Trabajo del día hecho. También estoy a favor de un poco de paz y tranquilidad ahora. Y como a ti, me gusta el aire libre".

"De acuerdo, persuadida. Un poco de naturaleza estaría bien ahora mismo", respondo.

"Entonces está decidido".

Casey no espera mucho, pero se levanta bruscamente y me ofrece la mano, que yo cojo para seguirle hasta el pasillo central y salir con él de la sala, mientras el resto de los presentes aplauden para sus adentros.



Casey y yo tomamos el ascensor hasta la planta superior y entramos en la zona de la piscina, que ya está más tranquila. Todavía hace tanto calor fuera que se podría dormir fácilmente al aire libre sin edredón, pero la brisa ocasional es calmante y refrescante. El cielo estrellado centellea sobre nosotros y a nuestro alrededor los rascacielos de Las Vegas brillan en todos los colores. La zona está decorada con luces de hadas para crear el ambiente adecuado y hay antorchas de aceite encendidas. No puede ser más romántico. El sueño de cualquier pareja.

Sólo que Casey y yo no somos realmente una pareja.

Paseamos por este lugar de ensueño, donde los invitados se sientan aquí y allá. Todo el mundo habla en voz baja e íntimamente, el ambiente de piscina al aire libre de esta tarde ha desaparecido. El camarero ha sido sustituido por un compañero que ahora sirve bebidas.

“Aquí hay palmeras”, comenta. “¿Es suficiente naturaleza para ti esta noche?”.

“Todo está bien. Se está muy bien aquí. Y tranquilo también”.

“¿Quieres sentarte en algún sitio?”, pregunta Casey, a lo que yo asiento con la cabeza. “¿Quieres tomar algo?”.

“Ahora mismo no, gracias”.

“Vale. ¿Quieres hablar?”, me pregunta mientras cogemos dos sillas de playa y nos sentamos junto a la piscina, con el brillo azul del agua reflejándose en nuestras caras.

Casey no me quita los ojos de encima ni un segundo. Se da cuenta de que estoy disgustada. Guarda silencio un momento antes de volver a preguntarme: “¿qué pasa?”.

“A veces hay coincidencias en la vida”, resoplo pensativa mientras observo la ondulante superficie de la piscina. “Empiezo a sentir que todo era mentira. Todo lo que tenía que ver con Rory”.

“Ah. Ese tema otra vez”.

“Sí, es tan... decepcionante. Cuando todo está construido sobre mentiras”.

Casey me mira con curiosidad y empieza a reflexionar, ya que estoy segura de que debe estar pensando en este mismo momento que nuestro encuentro de esta semana también se construyó sobre una mentira.

“¿Qué pasó con Rory?”, pregunta.

“Tenía algo aquí en Las Vegas. Como que lo supe todo el tiempo, tuve una sensación muy rara y discutimos mucho en ese entonces. Incluso el día que tuvo el accidente. Nunca supe exactamente qué hacía aquí, pero intuía que algo iba mal. Ahora me he enterado de que tal vez no me era fiel...”.

“Sí, ya me lo has dicho. ¿Cómo te enteraste?”.

“Alguien que le conocía trabaja aquí”.

“Ah. El mundo es un pañuelo”.

“Sí, es verdad. De todos modos, esta persona me dijo que había estado guardando una maleta para Rory durante años. Incluso le pagaba por ella, mensualmente. Al final, no más”.

“¿Esta persona aún tiene la maleta?”.

“Sí. Quiere dármela mañana. Pero tampoco sé si quiero llevarme la maleta”.

“¿Por qué no querrías?”, pregunta Casey, frunciendo el ceño.

“Bueno, me da un poco de miedo lo que pueda encontrar en la maleta”.

“Bueno, no habrá guardado ningún trozo de cuerpo ahí dentro, eso habría empezado a apestar hace mucho tiempo”, dice Casey con una sequedad que de repente me hace reír. Y esa parece haber sido su intención. “Me alegro de verte reír”.

“Claro que me preguntaba si habría dinero ahí dentro o algo así. Pero, ¿me habría escondido dinero? Luego pensé que podría haber algo robado o drogas ahí dentro. Algo ilegal. La verdad es que no tengo ni idea”.

“Debe ser algo que le valiera a esa persona guardarlo por dinero todos los meses”, conjetura Casey.

“Y eso es lo que es. Si acepto la maleta, de alguna manera implica un riesgo. Además, tengo que hablarlo contigo”.

“¿Por qué conmigo?”.

“Bueno, sólo estoy en este casino porque tengo un acuerdo contigo. No estoy aquí por asuntos propios. Y no quiero tener una maleta en la suite o en el avión que pueda meterte en problemas. Ni siquiera estoy segura de querer saber qué contiene”.

Casey me deja terminar y me mira pacientemente. Que pare, porque si no me enamoraré perdidamente de él y entonces estaré jodida.

“No te preocupes por mí. Y quiero decirte lo que pienso”.

“Por supuesto”, tartamudeo. “Después de todo, lo hablé contigo. Me encantaría oír lo que piensas”.

“Vale”, suspira Casey y se endereza un poco antes de poner su mano sobre la mía. “Es obvio que te cuesta aceptar el pasado. Oigo el nombre de Rory salir de tu boca tan a menudo que cualquiera diría que sigue vivo”.

“Sí, lo sé”, suspiro. “Hablo demasiado de él, ¿no?”.

“Pero ya no está en tu vida y nunca volverá a estarlo. Está en el pasado. Sé lo frío que suena eso, pero es verdad. De todos modos, parece que no puedes encontrar la paz si no te enfrentas al pasado. Si no aceptas esta maleta, nunca sabrás realmente en qué andaba Rory. Había algo ahí. Pasarás toda tu vida preguntándote qué había en esa maleta. Psicología humana básica, término uno”.

“Sí, lo sé. Sé que tienes razón”.

“Entonces, mi conclusión es que necesitas un cierre. Y para conseguir un cierre, deberías echar un vistazo a esa maleta”.

Sus palabras son tan directas que casi me hacen llorar. Tiene razón. “Sí, supongo que es un poco como los padres de un niño desaparecido. Prefieren saber qué pasa, aunque no sean buenas noticias, antes que pasarse la vida preguntándose dónde está su hijo. Eso es más o menos lo que siento yo”.

“Realmente desearía que pudieras mirar hacia adelante y no hacia atrás”.

“Yo desearía lo mismo para ti a la inversa, si me permites decirlo”.

Sonríe. “Sí, la crítica constructiva no es una calle de sentido único. Sé lo que quieres decir con eso. Pero deberías darte cuenta de que sé de lo que hablo. No es fácil dejar atrás el pasado, pero...”.

¿Pero qué? Hace una pausa y me mira a los ojos. Hay algo diferente en su mirada. Es como si mirara dentro de mi alma. Reconozco un anhelo en sus ojos. Le miro interrogante.

Entonces termina su frase. “A veces el destino te tiende la mano y te da algo que esperar”.

En ese momento, ya no estoy segura de si se refiere a la maleta o a que mi presencia podría ayudarle a reconciliarse con su pasado y replantearse sus intenciones actuales. Lo deseo un poco y casi quiero sacar el tema. Pero lo dejo así y prefiero no leer entre líneas.

“Entonces, ¿dices que debería aceptar la maleta?”, pregunto a continuación, ciñéndome al tema principal.

“Por supuesto. Estaré encantado de ayudarte en todo lo que pueda. Si quieres, te acompaño a la reunión”.

“La maleta estará cerrada. La mujer no tiene llave para ella y no sabe la combinación”.

“También puedo ayudarte con eso. Es sólo una maleta, no una caja fuerte”.

Ahora es mi turno de mirar larga y fijamente a Casey. Tiene esa mirada interrogante.

“¿Por qué estás siendo tan bueno conmigo?”, le pregunto.

“Eso es exactamente lo que todavía estoy tratando de averiguar yo mismo. Y aún no tengo la respuesta. Ya te he dicho que me gustas”.

Asiento con la cabeza y dejo su críptica respuesta tal cual. Luego saco el móvil y busco el número guardado de Heidi.

“¿Qué le mando por mensaje?”, le pregunto a Casey.

“Dile que aceptarás la maleta, pero no te reúnas con ella en algún rincón oscuro, preferiblemente en un lugar público. Donde haya muchos testigos. Donde no pueda hacer ninguna estupidez”.

Miro a mi alrededor y luego escribo un mensaje a Heidi:

AMELIA: “Puedes darme la maleta mañana. A la hora de comer, justo arriba en la zona exterior, junto a la piscina grande. Me encontrarás”.

Envío el mensaje y vuelvo a guardar el móvil. Luego miro a Casey. “Significa mucho para mí que hayas escuchado todo esto. Por ayudarme”.

Casey me sonríe y yo le devuelvo la sonrisa. El hombre puede ser realmente encantador. Siento que cada vez conozco un lado mucho más cálido de él. ¿Por qué si no es tan mágico este momento en el que estoy preocupada por mi marido muerto y el creciente número de cadáveres en su sótano? Todo se debe a Casey. Es un apoyo sorprendentemente reconfortante ahora mismo, me da fuerzas. Es tan masculino e intrépido en todo lo que hace, tan seguro y decidido, y es tan cariñoso conmigo en particular.

Todo eso lo hace increíblemente atractivo en este momento y mi cuerpo empieza a reaccionar involuntariamente a cómo Casey me afecta.

“¿Volvemos a la suite?”, me pregunta. Parece que se está descongelando. Normalmente se limitaría a anunciarlo. Asiento con la cabeza y le sonrío agradecida.

Me coge de la mano y salimos de la zona de la piscina. Pasamos por delante del restaurante y de las máquinas tragaperras del bar de al lado, con música a todo volumen. Me siento como en un laberinto de colores, sonidos e impresiones que me golpean como en una especie de viaje de LSD. Mientras Casey me lleva de la mano, me siento segura y protegida. Así es exactamente como debe sentirse una mujer cuando un hombre la lleva de la mano.

Ahora mismo estoy agradecida, aunque sólo sea por este momento.

Como sólo tenemos que bajar una planta, tomamos las escaleras y nos dirigimos a la suite 177. Siento un ligero cosquilleo en el estómago y mi respiración es agitada. ¿A qué se debe? ¿De dónde viene esta excitación? ¿Mis hormonas se están volviendo locas porque me siento tan cómoda en presencia de Casey?

Capítulo 14



Casey

Pongo mi mano en la espalda desnuda de Amelia y la conduzco a mi suite. A nuestra suite. Por mi cabeza pasan todo tipo de pensamientos y no consigo calmarme por dentro.

“Creo que eres un buen hombre”, me dice. Suena tan sincera que sus palabras sobresalen de todos los cumplidos superficiales que me han hecho porque la gente suele querer algo de mí. Amelia no es como esas chicas superficiales que te sacan de quicio en las fiestas. Puedo asumir que todo lo que dice es completamente auténtico.

“Lo que sea que haya en la maleta, yo estaré ahí para ti”, le aseguro, ganándome una sonrisa de agradecimiento que sólo hace que su ya bonita cara sea aún más impresionante. “No te dejaré sola con esto”.

“¿No tienes miedo de nada?”, me pregunta, y me lo pienso un momento. Pero luego niego con la cabeza.

“No se me ocurre nada que pueda darme miedo”.

“¿De verdad que no? ¿Ni siquiera serpientes o arañas?”.

“No seas tonta”.

“¿No te ha pasado nada en la vida que te diera miedo?”, quiere saber.

“He aprendido a lidiar con el factor caos de la vida. Los peligros y los riesgos acechan por todas partes y el miedo no es muy buen consejero. Así que yo tampoco dejo que el miedo me frene. Tú tampoco deberías”.

Abro la puerta con la tarjeta-llave y entramos en la suite. La puerta se cierra tras nosotros con un suave clic. Una tenue luz nocturna ya está encendida, así que ni siquiera encendemos la brillante luz del techo.

¿Y ahora qué? Me doy cuenta de que los dos estamos un poco perdidos y nos hacemos la misma pregunta. Así que tomo la iniciativa y atraigo a Amelia hacia mí, pero no para meterle la lengua en la garganta ni nada parecido, sino para darle un fuerte abrazo.

Ella gime y lo saborea antes de poner las manos en mis brazos y apoyar la cabeza en mi pecho. Permanecemos así durante lo que parece un minuto sin decir palabra.

Noto que su corazón late más deprisa de lo normal. Mi mano acaricia su cabeza.

“¿Estás nerviosa?”, le pregunto en voz baja.

“No”.

Levanta la cabeza y me mira a los ojos. Luego baja la mirada hasta mis labios y vuelve a subir, delatándose. Quiere que la bese.

Así que aprovecho la oportunidad y empiezo a besarla. Al principio siento un poco de reticencia por su parte, aunque no resistencia. Pero luego empieza a entregarse a mí y lo noto en la forma en que me devuelve el beso. Cada vez le gusta más y mueve la cabeza, la boca y sobre todo la lengua con más deseo y pasión.

Empiezo a tocarla y acariciarla mientras la beso y, por su respiración, me doy cuenta de que la estoy haciendo desear más. Mis dedos empiezan a tocar sus brazos, sus caderas y su espalda mientras nuestras lenguas juegan entre sí con fruición. Este beso no forma parte de la farsa que estamos montando aquí. Este beso no es una actuación.

Rompemos el beso y nos miramos sin decir palabra. Quiero volver a besarla, pero ella aparta un poco la cabeza.

“¿Qué pasa?”, le pregunto.

“Oh, nada, es que...”. Levanto una ceja y espero. “En realidad no queríamos esto... ni tú ni yo”, susurra en un momento de incertidumbre.

“Lo sé...”.

“Ya habíamos tenido sexo antes, pero entonces todo era diferente. Fue espontáneo y único. Entonces sólo me estaba divirtiendo y había salido con amigas, borracha. Y aquí estoy contigo en esta suite y todo, pero son sólo negocios y nos hemos dicho que no queremos cruzar esa línea. Es sólo la primera noche. Estoy aquí como tu novia, pero... no soy tu novia de verdad”.

Me cuesta escucharla porque apenas me queda sangre en el cerebro y sólo puedo pensar en comérmela. Desde que la recogí esta mañana temprano, no paro de mirarla con avidez, sobre todo cuando me da la espalda y no se da cuenta. Su trasero en forma de manzana, su cintura curvilínea, sus pechos perfectos, ni demasiado grandes ni demasiado pequeños, me han excitado durante todo el día. Noto claramente en mis pantalones que necesito una descarga urgente.

Además, empiezo a sentir algo por ella como persona. Me empieza a gustar su alma, su carácter puro y desinteresado. Amelia es, por lo que veo hasta ahora, una persona intachable, y eso es mucho más atractivo que la mera apariencia.

“Te deseo, Amelia”, respondo a su larga súplica.

“Eso... es realmente halagador”.

“¿Halagador?”.

“Sí, es realmente agradable ser deseado así. Especialmente de ti”. Un momento, ¿me está rechazando ahora? “Me gusta que me desees. Es una sensación agradable. Llevé una vida tan aburrida en Callis, durante tres largos años y probablemente incluso antes. Dormía sola noche tras noche y no recibía el tipo de atención de nadie que estoy recibiendo de ti ahora”.

“¿Siempre hablas tanto?”, gruño en voz baja.

“Ahora estoy compartiendo esta gran cama contigo y eres... mega atractivo, y todo es muy, muy tentador”.

Espero el “pero”.

Pero ahora está callada.

Espero...

Y su lujuria gana.

Empieza a besarme, esta vez a la ofensiva. No se contiene, me devora literalmente y gime mientras lo hace.

“Yo también te deseo”, jadea sin aliento y me pasa los dedos por el pelo mientras levanto su pierna y la atraigo hacia mí para que pueda sentir el firme bulto de mis pantalones. Nuestro beso se vuelve cada vez más salvaje, cada vez más hambriento. Cada vez más desenfrenado. Los dos queremos más.

Sus ojos se abren una y otra vez y me mira brevemente con esa mirada aturdida que no hace sino ponerme aún más cachondo. Su mirada codiciosa me recuerda a aquella noche en Dallas. Vuelvo a sentir su dulce sabor en la lengua y mis pantalones se hinchan notablemente. Ella lo siente en el muslo.

“Te deseo... como la primera noche”, gime hambrienta mientras mis manos recorren sus curvas y agarran sus nalgas. “Te deseo, te deseo”.

Qué cambio de opinión. Pero siempre supe que me deseaba. Mientras sigo acariciándola, le hago una pregunta innecesaria: “¿estás segura?”.

“Ya hemos... dormido juntos antes”.

“¿Lo hemos hecho?”, pregunto juguetonamente.

“Sí, lo hemos hecho”.

“No me acuerdo, quizá necesites refrescarme un poco la memoria”.

Entonces me agarra la entrepierna con avidez y siente mi dureza a través de la tela, tras lo cual empieza a besarme la boca con hambre de nuevo.

“Te deseo, Casey...”, gime de nuevo mientras le baño el cuello y las orejas con besos lentos y tiernos. “Sé que podría arrepentirme, pero... te deseo”.

Le rodeo el cuello con una mano y le agarro el pecho con la otra mientras vuelvo a acercar la boca a su cara y busco sus labios suaves y carnosos. Le rodeo los muslos y la levanto para llevarla hacia la cama. Se quita los tacones de los pies, que caen al suelo.

La tumbo en la cama y me acuesto con ella en lugar de enloquecerla. Hoy quiero tomármelo con más calma porque sé que está mostrando su lado vulnerable. Y no tengo intención de hacerle daño, al contrario. Y la idea de que alguien le haga daño a Amelia, sólo tengo que pensar en ese bastardo zalamero de Dex, me hace querer salirme de mis casillas.

Quiero que Amelia esté bien.

Le acaricio la cara y le beso sensualmente la frente, cosa que a ella le gusta mucho. Se quita ella sola el vestido, dejando al descubierto su cuerpo perfecto, casi desnudo, mientras yo me desabrocho los pantalones. Antes de que pueda bajármelos, Amelia mete la mano en los pantalones y tantea hasta que encuentra mi polla tiesa y la desenvuelve con avidez.

Me quedo tumbado a su lado y continúo acariciándola en lugar de saltar directamente sobre ella. De algún modo, siento la necesidad de tratar a Amelia con ternura, no con lujuria bruta. Mientras tanto, es ella la que debe dejarse llevar por las riendas.

Mientras acaricia y empieza a frotar mi erección, beso su mejilla, su frente, su cuello y su pecho mientras le alboroto el pelo y masajeo su cabeza con una mano y me deslizo por su tierno cuerpo con la otra.

“Más”, la oigo jadear, pero aún no me impresiono y sigo controlando la situación, decidiendo cuándo follármela. Aún no he terminado de acariciarla a fondo, dándole el afecto que le ha faltado durante tres años, si no más. Eso la pondrá de buen humor.

Entonces me quito lentamente los pantalones mientras ella me desabrocha la camisa y la abre. Luego se acurruca contra mi cuerpo para que nuestra piel desnuda se toque. Siento sus pezones en el pecho y los rodeo con el brazo mientras nos besamos de nuevo.

Pone una pierna encima de mí y busca mi mano, que lleva hasta sus bragas, donde toco el interior de sus muslos con los dedos y ya noto la humedad que me pone la polla aún más dura.

Aparto sus bragas y acaricio su húmeda región antes de acercarla aún más a mí para poder

penetrarla sin mucho esfuerzo, sin posturas acrobáticas, mientras sujeto con fuerza sus nalgas.

“Sí”, gime de placer. Como si llevara todo el año esperando este momento. Mueve la pelvis con avidez mientras la penetro a velocidad constante y me muerde el lóbulo de la oreja. “Qué bien, lo necesitaba tanto...”.

Entonces empiezo a empujar con más fuerza, a lo que ella responde con gemidos aún más fuertes mientras me agarra del pelo y me rasca la espalda. Introduzco mi erección hasta el fondo y empujo la pelvis hacia delante para asegurar la máxima penetración. Ahora detengo todos mis movimientos y dejo que sienta intensamente este momento. Estoy completamente dentro de ella. Se queda tumbada y se revuelve, se agarra, pierde el control de sí misma, pide más.

Entonces me subo ágilmente encima de ella y la agarro por las dos piernas para sujetarla con fuerza mientras empiezo a embestirla como un conejo. Ya no puedo contenerme más, pero le concedo su deseo de ser follada a fondo por mí.

“Sí, fóllame, fóllame...”.

Mi yo interior sonríe. Ha dejado a un lado todas sus fachadas y ahora dice lo que quiere. Me doy cuenta de que le sorprende pronunciar palabras tan crudas de sus delicados labios. Lo saboreo en silencio. Cuanto más me suplica, más rápido, profundo y fuerte la penetro. Noto cómo su cuerpo empieza a temblar mientras grita y gime cada vez más fuerte, hasta que alcanza el clímax.

“Me corro... me corro, Casey... oh, Dios...”.

El hecho de que ella acabe de tener su orgasmo me excita tanto que me doy cuenta de que el mío no está lejos. Así que aumento el ritmo y me tomo la libertad de utilizar a Amelia como necesito.

Doblo una de sus piernas hacia atrás y la coloco sobre mi hombro. Luego la otra pierna. Mi cabeza está entre sus pantorrillas y ella disfruta de la intensidad de este ángulo, así que vuelve a balancearse.

“Más rápido, más rápido...”.

Acelero el ritmo y le agarro las piernas con fuerza. No puedo resistirme. Agarro uno de sus pies mientras empujo fuerte y profundo y me meto el dedo gordo en la boca, lo chupo, lo lamo. Hago gemir de nuevo a Amelia, que rápidamente se convierte en gritos de éxtasis.

“Voy a correrme otra vez... Dios, voy a correrme otra vez...”.

Ahora me la estoy follando tan fuerte y tan rápido que cualquiera diría que en la habitación de al lado hay una lavadora funcionando a toda velocidad. Puedo sentir mis pelotas hinchándose y liberando su carga. Puedo sentir esta carga disparándose a través de mis canales, toda la parte inferior de mi cuerpo comienza a hormiguear. Se me pone la piel de gallina. Exploto dentro de Amelia y ella se da cuenta.

Estiro aún más mis lomos hacia ella para penetrarla a fondo mientras saboreo al máximo mi eyaculación. Amelia, que sigue rodeándome con las piernas, gime de satisfacción.

Luego me tumbo a su lado y tiro suavemente de ella hacia mí antes de taparnos y ella recuesta la cabeza en mi pecho. Le acaricio el pelo y el brazo y ella suspira tranquila y contenta.

“Ha sido... diferente”, dice.

“Sí”.

“¿Qué hiciste diferente?”.

“En Dallas, te follé porque me lo pediste. Aquí, sentí la necesidad... de hacerte el amor”.

Siento que su corazón se desvía de su ritmo por un momento. Parece turbada por un momento. “Qué bien”, gime anhelante.

“Debes estar agotada”, le digo.

“Es muy tarde, sí”.

“¿Tienes sitio suficiente en tu lado de la cama?”, le pregunto con un deje de sarcasmo mientras sigo abrazándola.

“Ahora más bien tengo la sensación de que la cama es demasiado grande”, respira con los ojos cerrados y empieza a dormitar. Sigo acariciándola y saboreando su cercanía, el olor de su pelo, el tacto de su cálida piel.

Ha sido una noche perfecta.

Capítulo 15



Amelia

Se oye un pitido molesto. Al principio no reacciono, porque sigo atrapada en un sueño en el que hay un montón de cosas confusas que no tienen ningún sentido reconocible.

El pitido no cesa y, poco a poco, me doy cuenta de que la luz del día se filtra por mis párpados. Ha amanecido e intento abrir los ojos y orientarme. Al principio no sé dónde estoy. Todo está borroso. Estoy tumbada bajo las mantas de seda más suaves que he sentido nunca contra mi piel. Definitivamente, esta no es mi caravana.

Entonces siento el cuerpo desnudo de Casey a mi lado y recuerdo. Me abraza aunque esté profundamente dormido. El sonido de su despertador no parece molestarle en absoluto.

Con el muslo, noto una erección abultada bajo las sábanas, lo que me devuelve directamente a los pensamientos sucios. Envuelvo con mi mano la dura polla de Casey y aprieto con fuerza, estimulándola, jugando con ella.

Pero el despertador me pone de los nervios. El ruido procede de su móvil, así que le doy un codazo, a lo que él responde con un pequeño gemido.

“Casey, el despertador”, le susurro mientras sigo jugando con su polla dura como una roca.

Se pone a buscar a ciegas hasta que encuentra su móvil y apaga el despertador con los ojos

entrecerrados.

“Todavía tenemos que ir a desayunar”, murmura somnoliento, “reunión importante... no me apetece... quiero dormir hasta tarde...”.

“¿No quieres ir? No has venido aquí para esto, Casey. Eres el padrino, después de todo”.

Casey murmura algo incomprensible que no puedo entender.

Jugueteo brevemente con la idea de sentarme encima de Casey y aprovecharme de su tentadora erección matutina, pero, de nuevo, también estoy perfectamente satisfecha por lo de anoche, así que me levanto de la cama y me dirijo al baño, donde enciendo la ducha para que esté a la temperatura adecuada.

“Levántate, cariño”, llamo bromeando desde el baño, pero no obtengo respuesta.

Ya se levantará. Me meto en la ducha y me paso las manos por el pelo mientras el chorro de agua caliente me golpea con una agradable presión. Esta ducha es mejor que cualquier café.



Recién duchada, vuelvo a la zona de descanso, con una toalla grande enrollada alrededor de la parte superior del cuerpo y el pelo recogido en un turbante. Me detengo y me río al darme cuenta de que Casey sigue en la cama. Al menos ya está despierto.

“¿Qué me pongo para desayunar?”, le pregunto, caminando hacia el armario donde he organizado cuidadosamente la ropa que me traje ayer.

“Nada. Vuelve a la cama y deja las toallas fuera”, responde Casey.

“Pero vamos a llegar tarde al desayuno”.

“No me importa. Quiero que vengas aquí”.

“¿Era una orden, Casey Weston?”, pregunto juguetonamente.

“Será mejor que la obedezcas, Amelia Rochelle”, responde secamente. A veces no se sabe si está bromeando o hablando muy en serio.

Sonrío, me vuelvo hacia la cama y dejo caer la toalla para que Casey pueda ver mi cuerpo desnudo en todo su esplendor, con los últimos vapores de la ducha. Le gusta mucho, lo veo en su cara.

“Ven aquí”, insiste. Un hombre acostumbrado a conseguir siempre lo que quiere.

Doy pasos lentos y juguetones hacia la cama y me subo a ella primero con una rodilla y luego con la otra. Luego me arrastro bajo el revoltijo de mantas de seda hasta agarrarle la pierna. Me arrastro hasta él antes de que me coja y me estreche entre sus brazos.

“Anoche no fue suficiente para mí”, me dice. “Quiero más”.

“¿Quieres más?”, coqueteo.

“Sí. Hoy quiero empezar el día de la forma correcta”.

“¿Cuál sería la forma correcta?”, le pregunto, fingiendo ignorancia.

“Estaré encantado de enseñártelo”, responde mientras sus manos recorren mi cuerpo desnudo y aún húmedo hasta que una de ellas se posa entre mis muslos, que abro para él. Está aún más húmedo entre ellos.

Acaricio el cuerpo musculoso de Casey, recorriendo sus contornos y especialmente su tableta de chocolate. Luego llego hasta su erección, que toco con las yemas de los dedos.

Me tira encima de él, haciéndome gritar brevemente cuando me penetra tan profundamente con tal brusquedad que duele por un momento.

Luego empiezo a disfrutarlo a medida que mi cuerpo se acostumbra. Hago movimientos circulares con la pelvis que parecen hinchar aún más su polla.

Sí, la mañana empieza bien. Tengo que darle la razón a Casey.

El desayuno puede esperar unos minutos más.



Casey y yo entramos en el enorme y luminoso restaurante, que parece el restaurante de primera clase del Titanic. Todo está elegantemente decorado y hay plantas de gran tamaño en macetas por todas partes. Los invitados ya están sentados por todas partes, disfrutando del suntuoso desayuno. Sobre las mesas cuelgan candelabros dorados llenos de brillantes diamantes. Un pianista toca algunas piezas de Richard Clayderman en el piano de cola.

Ahora siento cómo me ruge el estómago. El deporte que hice antes, y el que hice anoche, sin duda ha hecho mella en mis calorías. Ahora mismo podría devorar medio ciervo.

Casey y yo caminamos hacia el bufé y por el camino él saluda amablemente a uno que otro invitado. De vez en cuando veo a gente cuchicheando sobre nosotros.

Entonces llegamos a las largas mesas del bufé, donde hay una selección tan grande expuesta que estoy completamente desconcertada. Todo tipo de fruta imaginable, cortada en rodajas, deshuesada, dispuesta de forma decorativa, muesli y todo tipo de cereales, pan, panecillos y embutidos que van desde el queso hasta las mejores carnes, pasando por el salmón y otros pescados. También hay wraps, sándwiches ya preparados, burritos, huevos, bagels, croissants, tortitas, y eso podría ser sólo el contenido resumido de una pequeña parte de las mesas del bufé.

En serio, no sé qué elegir. Hay demasiada variedad. Creo que nunca en mi vida he visto tanta comida amontonada.

Casey me pone un plato en la mano y luego coge uno del montón.

“¿De qué tienes hambre hoy, cariño?”, me pregunta.

“No lo sé. Creo que empezaré con unas rodajas de piña y sandía”.

“¿Eso es todo?”.

“Por ahora, sí. Aún no lo he decidido”.

Mientras levanto la vista y mi mirada recorre las numerosas mesas para inspirarme un poco en lo que han tomado los demás invitados, me doy cuenta de que no hay un patrón. Un invitado acaba de tomar un huevo cocido, otro se está deleitando con salmón con rábano picante, otro está comiendo una pila de tortitas.

Hmm. No sé de qué tengo hambre. Pero estoy hambrienta. Qué estupidez.

Mientras mi mirada vaga de mesa en mesa, veo a algunos de los amigos de Casey que he conocido mientras tanto. Por la expresión de sus caras, veo que a ninguno de ellos le impresiona ya todo este lujo. Mientras yo estoy aquí de pie, tan abrumada que ni siquiera puedo decidirme por nada en mi hambre voraz, este mundo de abundancia parece completamente normal para las otras personas que están aquí. Me siento fuera de lugar aquí ahora mismo.

"¿Ya tienes idea de lo que quieres comer?", me pregunta Casey.

Le susurro al oído: "es un poco raro tener tantas opciones. Cuando era niña, solía servirme en la despensa de mis padres cuando quería algo para desayunar. Mi padre era muy trabajador y solo nos traía esos donuts de la gasolinera a mis hermanos y a mí en ocasiones especiales, cuando estaban de oferta".

"Ya veo. Piensas demasiado. Coge lo que te apetezca".

"¿Cómo era cuando eras niño?", pregunto mientras Casey carga en su plato unas lonchas de rosbif y unos tomates cherry.

"Mi padre también era muy trabajador, pero... en el rancho de la familia Weston no había donuts de la gasolinera".

"Sí, yo tampoco lo creía. He leído mucho sobre tu padre. Ted Weston. ¿No fue incluso alcalde de Dallas durante un tiempo?".

"Sí, lo fue. Pero si has leído sobre él, entonces debes saber lo del accidente de avión, ¿no?".

"Sí, hubo muchos informes".

"Entonces habrás visto la foto de mi padre y la stripper, supongo".

Mientras tanto, cargo en mi plato un revoltijo de fruta, fiambres y guarniciones mientras voy de bandeja en bandeja con Casey y sigo charlando con él. "Sí, te encontrarás con eso si buscas a los Weston en Google. Pero no quería sacarte el tema, me incomodaba".

"Yo te pregunté por tu ex muerto, así que creo que estamos en paz".

Sonrío. Pero antes de que pueda responder, el novio, Byron, choca conmigo y rodea a Casey con el brazo. “Así que, tú y tu... media naranja, ¿cómo dormisteis anoche?”.

Sus ojos se posan en mí, a quien se refiere como la “media naranja” de Casey.

“Bastante bien”, responde Casey. “Más tiempo habría sido mejor”.

“Entonces tienes que cerrar los ojos por la noche y guardarte los dedos”, bromea Byron, antes de dar un paso hacia mí y tenderme la mano. “Buenos días, Amelia”.

Le cojo la mano, me atrae hacia él y me besa en cada mejilla. Le devuelvo los dos besos, aunque esta repentina cercanía me sobresalta un poco. Nadie me saluda así en Texas.

“Es tan agradable ver a Casey con una mujer agradable, para variar”, dice Byron entusiasmado mientras su mirada va y viene entre Casey y yo. “Normalmente siempre anda detrás de mujeres que lo tratan como una mierda”.

“No sé de qué estás hablando”, responde Casey secamente mientras carga unas aceitunas en su plato.

“Sí que lo sabes. Hablo de las mujeres malas”. La mirada de Byron se desvía de nuevo hacia mí. “Debes saber que este tipo es una especie de masoquista. Parece que lo necesita, le gusta mucho el sufrimiento y el dolor. Pero te miro y pienso que quizá algo haya cambiado. Todavía hay esperanza para nuestro Casey aquí. Porque eres una buena mujer, y verte a su lado me hace feliz”.

Tantos elogios, es casi demasiado. “Um... gracias por el cumplido, pero... no sé si soy tan buena”.

“¿De qué estás hablando?”, ríe Byron. “En tu cara está escrito que eres buena. Nunca subestimes el carisma de la gente. Toda esta gente no es tan rica por nada. Han aprendido a leer a la gente para distinguir a sus amigos de sus enemigos. Y ver una cara como la tuya aquí es refrescante. Casey ha aprendido mucho”.

“Sí, tengo mucha suerte con ella”, confirma Casey mientras siento su mano en mi cadera. Me acerca y me estrecha entre sus brazos.

“Mantenla caliente, Casey”, dice Byron con el dedo índice levantado mientras se aleja.

“Yo invito”, bromea Casey secamente, mirando a su alrededor. ”Venga, vamos a esa mesa de la esquina. Quiero comer en paz”.

Casey va delante y yo le sigo. La pregunta pesa demasiado en mi mente: “¿de verdad tienes un gusto tan... masoquista con las mujeres? ¿Siempre ha sido así?”.

“Al fin y al cabo, mi gusto por las mujeres debe ser comparable a tu anterior gusto por los hombres. Tal vez tengamos eso en común. Pero Byron lo sabe, me estoy recuperando, ¿no?”.

Sé exactamente cómo interpretar eso.

Casey se sienta y empieza a comer enseguida. Tomo asiento a su lado y entonces recuerdo que hoy a la hora de comer me tienen que entregar la maleta de Rory, de la que no tengo ni idea. Me pregunto qué habrá dentro.

¿Por qué me asusta pensar en esa maleta?

Capítulo 16



Casey

Es la una de la tarde. La zona de la piscina está bastante concurrida. Así es como quería que fuera. Mucha gente, muchos ojos y, sobre todo, muchas cámaras. De este modo, Heidi no puede hacer nada turbio y, como empleada del complejo, tendrá especial cuidado de que no puedan acusarla de nada.

Amelia y yo caminamos hacia la gran piscina, donde muchos huéspedes nadan, chapotean y ríen a carcajadas. También hay niños. Miramos a nuestro alrededor y no tenemos que ir muy lejos para que Heidi se nos acerque con su uniforme de trabajo y un maletín. Parece un poco sorprendida de que esté allí y la verdad es que no me importa. No me separo de Amelia y, a diferencia de ella, no tengo miedo, pase lo que pase.

“Creo que una pequeña asignación para gastos sería apropiada, después de todo yo también estoy corriendo un riesgo aquí y podría simplemente haberme deshecho de la maleta hace años”.

Qué avariciosa. Qué saludo. No soporto a la gente así. “¿Es así como siempre saludas a los huéspedes aquí? ¿Debería hacer que te despidieran de inmediato o quieres trabajar en tu tono?”, intervengo. “¿Por qué no te deshiciste de la maleta? Podrías haberlo hecho en cualquier momento. Aquí nadie está clamando por llevársela, sobre todo porque nadie sabe lo que contiene. Tenías un trato con Rory Rochelle, no con ella y tampoco conmigo. Así que te disculparás por tu grosero saludo, después de lo cual tendré la amabilidad de no dejarte sin trabajo en cuestión de segundos”.

Heidi se queda muda y no consigue emitir sonido alguno.

“Lo... siento”, dice Heidi y nos enseña la maleta.

“Dame eso”, exijo, y a partir de entonces me ahorro cualquier falsa amabilidad. Heidi suspira y me entrega la maleta, que tomo bruscamente de su mano. “Muchas gracias y que tengas un buen día”.

“¿No sabes lo que hay ahí?”, pregunta Heidi. Es evidente que siente curiosidad.

“Eso no es asunto tuyo, ni siquiera mío. Es asunto exclusivo de Amelia. Gracias por tu ayuda, podemos arreglárnoslas sin ti a partir de ahora”. Entonces meto la mano en el bolsillo y saco un billete de cien, que le enseño a Heidi. “Lo habrías conseguido si tu servicio hubiera sido más amable. Así que sigue sonriendo”.

Amelia se queda con la boca abierta. Veo que este encuentro le ha afectado mucho. Le pongo la mano en la espalda y le llevo la maleta con la mano libre. Salimos de la zona de la piscina mientras Heidi vuelve a su trabajo, dedicándonos alguna que otra mirada.



Recorremos la zona del restaurante, luego la del bar, antes de llegar al pasillo de la planta superior. La maleta contiene algo que rueda suelto en su interior y se oye un ligero tintineo.

“Casi suena como si hubiera cambio en la maleta”, comento. “La maleta es demasiado ligera para una gran cantidad de dinero”.

“¿Dónde deberíamos abrirla?”, pregunta Amelia.

“Hay cámaras de seguridad por todas partes en el casino. Yo no lo haría”.

“¿Y nuestra suite? Apenas hay cámaras instaladas allí, ¿verdad?”.

“No pondría la mano en el fuego a que no las hay”, respondo.

“¿Ni siquiera en el baño?”.

“Como he dicho, más vale prevenir que curar. Bajaremos en ascensor”.

Amelia ahora confía en mí casi ciegamente. Dejo que nos lleve al vestíbulo y me planteo brevemente si el aparcamiento subterráneo sería una opción. Seguro que allí también hay cámaras. Más vale prevenir que curar. Así que salimos del casino y nos recibe el sol abrasador del mediodía, bajo el cual hierve toda la calle principal, bulliciosa de taxis y limusinas. Todo a lo lejos brilla debido a los espejismos, y la ciudad, aparte del tráfico fluido, parece sumida en un letargo de mediodía.

Me alejo del casino con Amelia y encuentro un banco junto a una fuente. Hay muchos turistas a pie. A nadie le interesa lo que estamos haciendo. Así que nos sentamos y yo inspecciono la maleta antes de forzar la cerradura con un fuerte movimiento de mano. La maleta se abre y Amelia traga saliva ansiosa.

Encuentro algunos documentos sueltos en la maleta y los miro. También hay una llave en la maleta, que Amelia coge con escepticismo.

“Parecen papeles de venta”, le explico, “pero no veo qué se ha vendido”.

“¿Y para qué es la llave?”, pregunta Amelia, desconcertada. “¿Una caja fuerte o algo así, quizás?”.

“Podemos volver sin pensarlo dos veces. Esto no parece nada que pueda meternos en problemas en el casino”.

“De alguna manera no sé cómo sentirme”, dice Amelia pensativa. “Por un lado, me siento aliviada porque aquí no hay nada malo, pero por otro, me pregunto por qué debería sentirme aliviada. Está muerto, me dejó un montón de deudas y probablemente también me engañó. Tal vez habría sido más feliz con pruebas de que tenía una aventura o algo así”.

“¿Así podrías tener un mejor cierre?”.

“Exacto”.

“Pero eso es una decisión de tu parte de cualquier manera. Tienes razón en una cosa: Rory está muerto. Deberías cerrar de todos modos”.

Amelia parece pensativa.



Amelia y yo volvemos a entrar en el casino y subimos por el ascensor. Esta noche hay una gran cena y hemos decidido saltarnos el viaje a la tirolina y tomárnoslo con calma. En este momento, mi necesidad de cuidar de Amelia y de su bienestar emocional supera cualquier deseo de hacer algo y cualquier impulso de presentarme con ella delante de Gizelle.

Amelia guarda silencio mientras el ascensor nos lleva arriba. Veo que está muy preocupada por el contenido de la maleta y me doy cuenta de que no está tranquila.

“Me pregunto qué habrá vendido”, dice con impotencia. “Y por qué no me lo contó”.

“Si quieres, puedo ayudarte a encontrar respuestas a eso. Conozco a mucha gente que puede ayudarnos con eso. Por un lado, creo que el pasado es mejor guardarlo donde pertenece, es decir, en el pasado... pero también sé demasiado bien que a veces puede perseguirte. Y lo único que ayuda es la claridad. Aparte de eso, de todos modos no descansarás hasta que lo sepas todo”.

“Ya me conoces tan bien, ¿no?”.

“Es normal”.

“Quiero un cierre”, responde ella, “me he dado cuenta. Quiero darle la espalda al pasado”.

“Eso suena a progreso, Amelia. Pero a veces no puedes seguir adelante hasta que has mirado algo a la cara en lugar de darle la espalda y evitarlo”.

Amelia asiente. “Lo sé. Tienes razón”. Entonces su mirada cambia, inclina la cabeza hacia un lado con curiosidad y me mira interrogante. “¿Alguna vez has intentado reprimir algo de tu pasado y te ha resultado difícil aceptarlo?”.

En ese momento me doy cuenta de que ahora soy más abierto con ella. “Por supuesto que sí. La muerte temprana y repentina de mis padres sería un ejemplo. Su matrimonio desastroso. Quizá eso me formó. Parece que soy masoquista, como ya hemos descubierto. Persigo literalmente el sufrimiento y yo mismo sé lo absurdo que es”.

“¿Por qué lo haces?”, pregunta Amelia.

“No lo sé. El día que murieron mis padres aprendí lo dura y arbitraria que puede ser la vida. La vida es sufrimiento. No dejaba de sorprenderme pensando que yo también quería tener control sobre mi sufrimiento”.

“¿Y por eso te haces cosas que te hacen sufrir?”.

“Posiblemente. Entonces elijo mi sufrimiento y no hay sorpresas desagradables”.

“Eso es... burdo”, susurra Amelia, preocupada, sus ojos azules cristalinos me miran con empatía y preocupación. “Pero creo que tú mismo sabes que esto... no tiene ningún sentido”.

Me encojo de hombros. “Tal vez lo tenga. Pero los humanos siempre fallamos a la hora de encontrarle sentido. El hecho de que estés luchando con tu pasado y buscando literalmente secretos que puedas desvelar sobre tu difunto marido tampoco parece tener demasiado sentido, ¿verdad? En realidad, no debería importarte. Aún hoy te causa dolor, aunque no puedas hacer nada al respecto. No deberías preocuparte por lo que ha hecho. Ciertamente no debería afectar tu futuro. Tú mismo sabes todo eso. Y, sin embargo, sigues buscando respuestas y no descansarás hasta saberlo todo. ¿Verdad?”.

Amelia guarda silencio y asiente muy levemente. “Sí, supongo que los humanos no tenemos mucho sentido”.

La puerta del ascensor se abre con un ligero tintineo y entro en el pasillo de la decimoséptima planta, seguido de una pensativa Amelia.

Capítulo 17



Amelia

Es sábado por la noche. Casey y yo nos hemos arreglado y asistimos a la fastuosa cena. Nos sentamos justo al lado de los novios y Casey y Byron se ríen mucho juntos mientras yo charlo con la mujer que se sienta a mi lado.

Hoy podemos elegir entre filete o pescado a la carta con varias guarniciones. Opto por el filete a término medio. Mientras tanto, los numerosos camareros recogen los platos.

“Tengo ganas de postre”, le digo a Casey. En mi estómago todavía hay sitio de sobra para los dulces. De alguna manera, últimamente me ha entrado un hambre insaciable.

“Te garantizo que el postre de aquí no será ni de lejos tan bueno como tus magdalenas de arándanos”, responde dándome una palmadita en la mano.

“Estás de broma”.

“No, la verdad es que no. Mis expectativas sobre tus magdalenas eran muy altas, te aseguraste de ello. Y tengo que decir que no me decepcionaste. Estaban excelentes”.

“Oh. Gracias”. Un rubor se extiende por mis mejillas.

“Se nota que están horneadas con amor”.

“Gracias, pero creo que van a servir algo con lo que mis magdalenas no podrán competir”.

“¿Todavía tienes apetito?”.

“Siempre de algo dulce”, respondo, acariciándome la barriga.

“A mí también me vendría bien algo dulce de postre”, me dice con ese tono profundo y perverso que me hace darme cuenta de que Casey no está hablando de comida.

“¿Así, así? ¿Cómo de agudo es tu antojo?”, le pregunto juguetonamente, disfrutando del hecho de que me desee tanto ahora mismo.

“Bastante agudo. Incluso tengo una sugerencia”.

“¿Cómo qué?”.

“Que nos envíen el postre a la suite y nos larguemos de aquí”.

El encanto de esta idea me hace cosquillas en todo el cuerpo de tal manera que apenas puedo quedarme quieta. Me gusta mucho la idea.

Así que nos levantamos para salir del comedor. Me coge de la mano y me besa mientras nos dirigimos hacia la salida.

Entonces nos topamos con Gizelle, que nos corta el paso y se pregunta: “¿queréis iros ya? La diversión aún no ha empezado”.

“Tienes razón”, responde Casey y me mira con una sonrisa, “la diversión aún no ha empezado. Por eso tenemos que irnos”.

“¿Estáis aquí para mostrar sólo brevemente vuestras caras y pasar la mayor parte del tiempo en vuestra suite follándoos hasta el alma?”.

Al principio no puedo creer lo que estoy oyendo. La audacia de Gizelle parece no tener límites.

Casey, en cambio, parece saber cómo tratarla. “¿Tienes un programa mejor que ofrecer?”.

¿Ha estado flirteando con ella? No estoy segura. De todos modos, su tono era seco como un hueso, pero sabiendo por qué está aquí en un principio, me sacude con facilidad.

“Quiero jugar una larga partida de póquer con un grupo de amigos después del postre, ¿por qué no te unes a mí?”.

Casey me mira brevemente y luego vuelve a mirarla. “El póquer no es realmente lo de Amelia”.

“Pero es lo tuyo, ¿no? Recuerdo muy bien tu... cosa”.

Vale, estaba flirteando con él. Hasta un ciego lo reconocería.

“Tengas los recuerdos que tengas, Gizelle, no cambian el presente. No estamos en el póquer. Lo superarás”.

“Oh, vamos, Casey, te tengo a ti y a toda tu operación resuelta”.

“¿De qué estás hablando?”.

“Estás haciendo todo esto sólo para darme celos”.

“Ahora estás imaginando demasiado”, responde Casey, cogiéndome de la mano. “Venga, vámonos”.

“¿De verdad has terminado conmigo?”, pregunta Gizelle en un tono repentinamente triste que parece golpear a Casey con la misma fuerza que pretendía.

Él se detiene, toma aire y la mira. “Diviértete jugando al póquer”, es su respuesta antes de salir de la habitación conmigo, dejando a Gizelle fría como el hielo. Puedo sentir sus ojos en mi nuca como si la mira de un rifle me estuviera apuntando.



De camino al ascensor, me pregunto cuál fue exactamente la motivación de Casey para este

encuentro. ¿Fue su comportamiento parte de su espectáculo para despertar algún tipo de espíritu de lucha en Gizelle? Eso me convertiría en su carne de cañón.

¿O hablaba en serio? ¿Realmente está perdiendo interés en ella y me lo está confesando?

¿Por qué me siento como una maldita finalista en un episodio de “Bachelor”? Quizá me estoy volviendo demasiado loca.

Llegamos al ascensor y Casey pulsa el botón dorado. Cuando se abre una puerta y entramos para subir, mi mente está en otra parte. Con el ceño fruncido, empiezo a asentir. “Creo que tu plan está empezando a funcionar”.

“¿Qué quieres decir?”.

“Tu ex novia Gizelle parece estar cayendo en la trampa y peleándose por ti. En mi opinión, quiere que vuelvas”.

Espero su reacción. Pero me mira y, por la expresión de su cara, me doy cuenta de que apenas me ha escuchado. Si las miradas tuvieran manos, ya estaría desnuda. Casey me mira fijamente, ávido y excitado.

“No podría estar menos interesado en Gizelle ahora mismo”, gruñe.

“¿En serio?”, me regodeo con cautela.

Llegados a este punto, debería preguntarme si todavía tenemos un trato, porque, después de todo, estoy aquí en una misión y acepté por necesidad económica. Me guardo mis pensamientos y me alegro.

En lugar de responder a mi pregunta, me aprieta contra una de las paredes de espejo del ascensor y me empuja suave pero dominantemente hacia la esquina. Se acerca más a mí para que pueda sentir su aliento. Estoy rodeada de nuestros reflejos, como si hubiera aterrizado en otra dimensión donde sólo estamos Casey y yo.

“Para serte sincera... te quiero aquí y ahora”, me susurra al oído antes de mordisquearme el lóbulo de la oreja y ponerme la piel de gallina.

“¿Aquí en el ascensor?”, le pregunto sorprendida. “¿Y si entra alguien?”.

“Me da igual”, me gruñe en el cuello mientras aspira profundamente mi aroma y sus manos recorren mi cuerpo con avidez.

Llegamos arriba y la puerta se abre. Pero Casey vuelve a cerrarla y guía su lengua hasta mi boca, que yo saludo con la mía.

“Esto es muy caliente”, gime suavemente mientras una de sus manos se desliza entre mis piernas y la otra me acaricia el pecho para amasarlo y jugar con el pezón.

“Ojalá no llevaras ese vestido”, susurra.

En ese momento, mi mano baja hasta sus pantalones e inmediatamente noto su férrea erección escondida tras la tela. Me muerdo el labio con avidez y me invade la necesidad de desenvolverle la polla y chupársela con fuerza. Ansío su sabor ligeramente salado.

Sus dedos empiezan a estimularme el clítoris y a humedecer cada vez más toda la zona.

“Quiero lamerte”, me dice. “Luego quiero cogerte por detrás y correrme en tu espalda. ¿Te gustaría?”.

“Sí”, gimo mientras sus dedos se mueven alrededor de mis labios vaginales y luego se deslizan entre ellos.

“Luego quiero que te sientes sobre mí y me cabalgues muy fuerte”, susurra. Imaginármelo me excita cada vez más.

Sus dedos trabajan cada vez más rápido y mi cuerpo empieza a burbujear como un volcán. Gimo cada vez más desinhibida y me olvido por completo de mí misma. Casey se da cuenta de que ya estoy a punto de llegar al clímax y le gusta.

Pero entonces se abre la puerta y dos invitados mayores se plantan frente a ella. Inmediatamente nos separamos y me ajusto el vestido con timidez. Casey, sin embargo, empieza a reírse en su puño mientras salimos del ascensor. La pareja de ancianos nos mira como si acabáramos de atracar un banco antes de que desaparecer en el ascensor.

Ahora yo también tengo que empezar a reírme. “Ha sido... emocionante”.

“La noche no ha hecho más que empezar a ponerse emocionante”, me murmura Casey al oído

antes de cogerme de la mano y llevarme a la Suite 177. No puedo creer la facilidad con la que este hombre consigue excitarme tan intensamente en tan poco tiempo. Tenerlo cerca me hace sentir joven, viva y, sobre todo, sexy.

El hecho de que esta semana vaya a terminar pronto me entristece por dentro. ¿Qué pasará después? Probablemente nos separaremos, pero Casey seguirá relacionándose con Gizelle. Me doy cuenta de que estos pensamientos arruinan inmediatamente mi estado de ánimo, así que decido dejar de alimentarlos y centrarme en el aquí y el ahora. Decido simplemente saborear cada momento al máximo.



Entramos en la suite y caemos el uno sobre el otro sin freno. Me levanta para que pueda rodearle con las piernas y me lleva hacia el sofá. Me deja allí y se queda de pie frente a mí con avidez, escrutándome de pies a cabeza.

“Estás muy sexy con ese vestido. He querido arrancártelo toda la noche”.

Sus palabras me calientan aún más de lo que ya estoy. Empiezo a desabrocharle los pantalones y a aflojarle el cinturón. La forma de su polla erecta es claramente visible bajo la tela. Estoy impaciente por desenvolver la virilidad de Casey.

Casey se queda de pie e inclina la cabeza hacia atrás mientras yo estimulo su erección con las manos y me la meto en la boca. He echado tanto de menos ese sabor. Disfruto rodeando su glande regordete y morado con la lengua. Lo chupo, lo hincho y lo reafirmo. Luego me meto en la boca todo lo que puedo el magnífico trozo de Casey, hasta que siento su glande en la garganta. Sorprendentemente, no hay reflejos nauseosos y en su lugar siento hambre de más.

“Lo estás haciendo muy bien”, dice Casey feliz, pasándome las manos por el pelo con un gemido, “sigue así”.

Empiezo a aumentar el ritmo mientras una de mis manos juega con sus huevos y la otra masajea su abultado miembro.

“Me siento tan bien cuando tus labios rodean mi polla”, gruñe de placer y mueve ligeramente mi cabeza. “Quiero metértela dentro ahora”.

Dejo que salga de mi boca su polla dura, brillante y húmeda, que ahora sobresale hacia mí. Qué

espectáculo tan divino. Este hombre no sólo tiene el cuerpo perfecto y una cara como sacada de un cuadro, sino también la polla perfecta. ¿Qué bendición puede tener un hombre?

"¿Dónde me quieres? ¿En la cama?", le pregunto, respirando agitadamente mientras me relamo los labios con fruición.

"No, aquí", me dice y me coge de la mano para ayudarme a ponerme en pie. Luego me empuja contra una de las paredes paneladas y me sube el vestido mientras le abro los pantalones lo suficiente para que le caigan hasta los tobillos.

Levanto una pierna y la envuelvo alrededor de Casey mientras él, impaciente, aparta mis calzoncillos y me deja sentir su dureza entre mis labios húmedos.

"Nunca he tenido sexo de pie", le susurro al oído mientras mis manos se mueven hacia su pelo.

"Entonces ya es hora", murmura con lujuria, "quieres probar cosas nuevas... correr nuevos riesgos...".

Casey empuja su erección cada vez más adentro de mi húmeda cueva y estira mis labios al máximo mientras se abren a él y se acostumbran a la "visita".

"Tu polla es tan grande", gimo fuerte en su oído.

"Tú eres muy estrecha", responde mientras me sujeta las nalgas con ambas manos y me da placer con embestidas cada vez más firmes.

"Follas tan bien", respiro en mi éxtasis. "No pares...".

Cada vez me atrevo más, me desinhibo más y pruebo cosas nuevas. Casey me ayuda a salir de mi zona de confort y a ampliar mis horizontes de todas las formas imaginables. Gracias a su influencia, cada vez soy más audaz, más atrevida, más valiente y más segura de mí misma.

"Quiero cogerte por detrás", me exige. En respuesta, me saca y me da la vuelta para que pueda agarrarme al respaldo del sofá, luego me tira del vestido por encima de la cabeza. Casey va disipando poco a poco cualquier timidez, cualquier inhibición, y me convierte en una auténtica cerda salvaje.

"Tócame los pechos", le ruego, y sus manos se mueven desde mi cintura hasta mis pechos y los

agarran firmemente por ambos lados. Empieza a empujar más y más fuerte mientras su enorme polla me llena en un ángulo refrescante.

“Tírame del pelo”, le pido, y lo hace inmediatamente. Tira tan fuerte que duele, y me gusta.

Casey me agarra del pelo y tira de mi cabeza hacia él para meterme la lengua en la boca mientras nuestras partes inferiores se golpean rítmicamente como si fueran aplausos. Cada vez estoy más salvaje, más perversa, y mi cuerpo responde aumentando constantemente mi placer.

“Estoy a punto de correrme”.

“No sólo tú”.

“No pares, Casey, no pares, por favor”.

Casey sube el ritmo y golpea su abultada polla con tanta fuerza que toda mi región inferior se entumece lentamente. Me siento como bajo un martillo neumático.

“¡Sí, sí, sí! ¡Lo estás haciendo muy bien! Estoy a punto de correrme, oh Dios, estoy a punto de correrme”.

“Estoy a punto de correrme en tu espalda”.

“¡Sí, eyacula sobre mí, Casey! ¡Correte en mi espalda, por favor!”.

Casey me martillea a un ritmo vertiginoso hasta que finalmente alcanzo el clímax con una sensación explosiva que recorre todo mi cuerpo.

“¡Oh Dios! ¡Me estoy corriendo! Me estoy corriendo tan fuerte”.

Ambos nos corremos en sincronía, como si fuéramos un solo cuerpo. Casey se asegura de no sacarme la polla antes de que haya disfrutado plenamente de mi orgasmo. Entonces toma cartas en el asunto y termina, haciéndome sentir varios chorros calientes y pesados en la espalda, a los que respondo con un gemido de satisfacción.

“Oh, Dios”, grita Casey mientras sacude su polla con fuerza bruta y desenfrenada y la vacía por completo sobre mi espalda.

Luego se queda de pie, completamente sin aliento, y me da la vuelta. Me tira sobre el sofá y no nos importa que esparza una pesada carga de semen sobre el sofá con mi espalda.

Se tumba a mi lado y ambos permanecemos en silencio mientras nuestra respiración se normaliza poco a poco. Me tiembla todo el cuerpo.

“Ha sido... el mejor orgasmo... que he tenido en mi vida”, jadeo.

Capítulo 18



Casey

Es martes por la mañana. Amelia duerme como un bebé en nuestra cama de matrimonio bajo las sedosas mantas. Hemos tenido otra noche loca. Nuestras noches distan mucho de ser aburridas.

Estoy sentado en el sofá de nuestra suite tomando un café que me ha traído el servicio de habitaciones. La maleta abierta descansa sobre la mesa de cristal frente a mí y me tomo mi tiempo para leer los documentos que hay dentro.

Los últimos días han sido muy agitados y llenos de programa. Apenas he tenido tiempo para comer o dormir. El sexo con Amelia, que por supuesto no quiero perderme nunca, no escasea, y eso a su vez cuesta calorías y sueño. También hemos hecho muchas cosas fuera de nuestra suite, hemos ido a eventos y nos hemos mezclado con la gente. Tengo que decir que me estoy acostumbrando mucho a estar cerca de Amelia. También me doy cuenta de que se me revuelve el pecho cuando pienso en ella.

No importa. Estos documentos informan de una venta, pero no parecen estar completos. No puedo averiguar exactamente cuál era la propiedad en venta. Hay un número de transacción en el membrete que podría ser rastreable.

Cojo la llave y la miro más de cerca. Es relativamente pequeña, del tamaño de la llave de un candado de bicicleta. Entonces hago un pequeño descubrimiento: ‘U.S. Post Office’ está grabado en relieve en un lado y el número 529 en el otro, lo que me da una fuerte corazonada sobre qué tipo de llave es: es la llave de un apartado de correos.

Aquí se ha abierto una pista. Ahora hay todo tipo de nuevas preguntas. ¿Dónde está este apartado de correos? ¿Podría estar aquí en Las Vegas o en Dallas, Texas? ¿Tal vez incluso en el pueblo natal de Amelia, Callis? ¿Y qué hay en el casillero? ¿Es el misterioso objeto en venta?

Oigo movimientos en la cama. Amelia empieza a despertarse y se estira tumbada. Vuelvo a meter todo en la maleta, la cierro y la guardo. He roto el candado, pero la maleta aún puede cerrarse hasta cierto punto.

“Buenos días”, saludo a Amelia.

“Buenos días”, gime somnolienta mientras se tumba en la cama. “¿Huelo a café?”.

“Sí, me lo han traído a la suite. ¿Te apetece uno a ti también?”.

“Me encantaría”, bosteza.

Le lleno una taza y le pregunto: “¿negro?”.

“Rubia y mona”, responde, “como yo”.

Cada vez tiene más confianza en sí misma, y eso me gusta. Empiezo a pensar que podría estar muy bien a mi lado, pero como mi verdadera compañera.

Me levanto y le llevo el café, que ella acepta agradecida antes de sentarse en la cama y dar el primer sorbo.

“¿Qué hora es?”, pregunta desorientada.

“Sobre las nueve”.

“¿Tan temprano?”.

“He averiguado algunas cosas y tengo un plan”.

“¿Qué tipo de cosas?”.

“La llave de esta maleta de Rory es de una taquilla de una oficina de correos. La única pregunta es qué oficina de correos es. Es bien sabido que hay más de una en EEUU”.

“Sí, debe haber unas cuantas más”, se ríe y hace una mueca de diversión.

“Por eso mi plan es contratar a un detective privado que encuentre el compartimento adecuado para esta llave”.

Amelia toma un sorbo de café y se masajea las sienes mientras se lo piensa. Su mirada es escéptica. “¿Crees que es buena idea involucrar a alguien en esto?”.

“Sí, de hecho. Un investigador privado sólo trabaja para nosotros si le contratamos y le pagamos, y sólo nos da información. Nada de esto es ilegal, así que no tienes por qué preocuparte. Incluso conozco a algunos detectives privados. Ni siquiera abriría el buzón, sólo lo rastrearía. Entonces podrías hacer el resto por tu cuenta una vez encontrado el buzón. Y si quieres, iré contigo y te daré todo el apoyo que necesites”.

“¿Harías todo eso por mí?”.

“Te dije que te ayudaría, y no faltaré a mi palabra”.

“Pero esto podría ir más allá de esta semana en Las Vegas”.

“Soy consciente de ello. Y no me importa. Todo lo contrario”.

Aún no he sacado el tema directamente, pero no quiero que se acabe con Amelia después de este viaje. No quiero llevarla a su panadería o a su caravana sólo para pensar en Amelia y en lo bien que lo pasé con ella cada vez que paso por este pueblecito de Callis de camino de Dallas al rancho de la familia Weston.

Aún tenemos tiempo para hablar de ello con más detalle.

“No sé cómo darte las gracias, Casey”.

“Todavía no he hecho nada”.

“Ya has hecho mucho más de lo que quizás te das cuenta. Y estoy infinitamente agradecida por

ello”.

“Puedes devolverme el favor con la misma moneda”, bromeo con picardía.

“¿Ya está? ¿Sólo en especie?”.

“Eso sería un comienzo. Si no es suficiente, discutiremos qué podemos hacer para equilibrar las cosas”.

Amelia sonríe y se levanta de la cama antes de terminar su café de un último trago. “Quiero darme una ducha”.

“Diviértete”.

“De a dos sería más divertido”.

“Otra vez es verdad. Adelante, a ver si te acompaño”.

Sí, le acompaño. Luego vendrá ella. Luego yo. Es casi como si fuera una ley de la naturaleza ahora.



Amelia y yo hemos tenido sexo caliente en la ducha y empiezo a acostumbrarme a tener a esta belleza rubia de carácter único y cuerpo tentador a mi libre disposición. Me estoy acostumbrando a su cercanía. Me acostumbro a oír su voz, a despertarme a su lado, a dormirme a su lado.

Por un lado disfruto de todo ello, pero por otro me preocupa.

Salimos desnudos de la ducha mientras mi erección vuelve a hincharse poco a poco, y sigo contemplando su cuerpo desnudo perfectamente formado, sus piernas esbeltas, su culo apretado en forma de manzana. No me canso de mirarla.

“Quiero salir a dar un paseo”, me dice Amelia mientras se seca con la toalla.

“¿No aquí en el resort?”.

“No, quiero comprar un delantal y algunos ingredientes para hornear, así que tendré que ver dónde encuentro una tienda de comestibles que tenga todo eso”.

La miro y sonrío confundido. “Sabes que aún estás de vacaciones y no tienes que trabajar”.

“Me encanta mi trabajo, me encanta hornear. Una vez oí en algún sitio que sabes que has encontrado el trabajo de tus sueños cuando sientes que no es trabajo”.

“Sí, más o menos así decía el dicho. ¿Así que quieres hornear igual?”.

“Siempre me ayuda cuando estoy un poco estresada. Me tranquiliza, me calma. Puedo concentrarme plenamente en hornear”.

“¿Qué te estresa ahora?”, pregunto con curiosidad.

Después de un momento, señala la maleta abierta sobre la mesa de cristal. “Eso sí que me estresa”.

“Sí, lo entiendo. ¿Y quieres ir ahora a por algo de repostería para aliviar tu estrés?”. Amelia asiente en señal de confirmación. “Eres una persona rara, Amelia Rochelle. Pero tengo que hacerte una pregunta”.

Gira la cabeza hacia mí y me mira interrogante. Mi mirada recorre su cuerpo desnudo, que parece recién pintado. “¿Qué pasa?”, pregunta.

Me acerco a ella y le rodeo el vientre con las manos por detrás para apoyar la barbilla en su hombro mientras nos miramos juntos en el espejo. ¡Qué bonita pareja hacemos!

“Quiero saber si la maleta es lo único que te estresa ahora mismo. ¿O hay algo más?”.

Tras un momento de silencio, me pone la mano en el antebrazo y me asegura: “No me estás estresando, Casey”.

Me creo su respuesta. Soy feliz si no soy un factor de estrés en su vida. “Si lo soy, quiero saberlo. Pero quiero que sepas que no tienes que preocuparte por nada. Todo te saldrá como tiene que salir”.

Me sonríe. Beso su mejilla suave como la mantequilla y salgo del baño desnudo, como Dios me hizo, para dejar que el aire me seque. La escucho vestirse y pienso mucho en ella, lo que me hace reflexionar. Cada vez siento más cosas por Amelia y eso empieza a preocuparme. ¿Realmente sigo controlando lo que pasa dentro de mí? Llevo tanto tiempo esforzándome por tener el control. Toda esta farsa no ha sido más que otro movimiento en mi manía de control para conseguir lo que creía que quería. Poco a poco las cosas se me escapan de las manos y actúo a distancia por momentos. Siento una turbulencia desenfrenada y furiosa en el pecho.

Nunca he estado con alguien tan cariñoso y amable. Siempre han sido mujeres las que han puesto mi vida patas arriba y de las que mis hermanos y amigos han hablado hasta por los codos. Ninguna era tan inocente como Amelia, que además es tan mortalmente atractiva.

Odio no poder controlar las cosas. Mientras me visto, intento organizar mis pensamientos y decido centrarme en las cosas que puedo controlar. Esto me lleva de nuevo a la misteriosa maleta de Rory Rochelle.

Saco el móvil y empiezo a buscar entre mis contactos. Hay bastantes nombres por los que tengo que pasar antes de encontrar los que busco: los nombres de algunos detectives privados.

Amelia no tarda en salir del baño vestida con una blusa y una falda por la rodilla. Lleva el pelo rubio recogido y algunos mechones le cuelgan despreocupadamente sobre las orejas. Va sutilmente maquillada y descalza, y no puedo dejar de admirar el espectáculo que supone.

“Tenemos horno en esta suite, ¿no?”, me pregunta al pasar, mientras hace la lista de la compra en el móvil.

“Sí, allí hay una cocina americana equipada con un horno debajo de la placa. Pero no sé si funciona. Nadie que venga aquí utiliza el horno. Si quieren tarta, piden tarta”.

“Bueno, no puede estar más roto que mi horno en Callis. Estará bien”.

“Entonces mantente accesible y no te pierdas”, le ruego.

“No te preocupes por mí. Volveré en media hora, hora como mucho”.

“Diviértete”.

“Gracias”.

Amelia se calza las sandalias Louis Vuitton que le compré antes del viaje. “Tío, son cómodas. Hasta luego, entonces”.

“Hasta luego”.

Amelia desaparece por la puerta de madera maciza y sigue su camino. Yo me quedo atrás, solo con mi móvil. Miro la pantalla y vuelvo a concentrarme en encontrar un investigador privado adecuado.

No tardo mucho en encontrar uno. Busco el número de Maxwell Reilly y lo marco. No tengo que esperar mucho para que responda al otro lado de la línea. “Señor Weston, qué agradable sorpresa”.

“Sr. Reilly, me alegro de encontrarle”.

“¿Qué puedo hacer por usted?”.

“Hay un asunto delicado, pero yo mismo no estoy implicado en él, soy más bien un financiero silencioso. Se trata de un minero fallecido de Texas que dejó una maleta aquí en Las Vegas. Mi novia es su viuda”.

“Oh. Ya veo. ¿Qué puedo hacer exactamente por usted?”.

Capítulo 19



Amelia

Dicho y hecho. Fui de compras a Las Vegas y conseguí tanto un delantal como todos los ingredientes de repostería que necesito para probar una nueva creación que tengo en mente. Estoy deseando probar los resultados.

Me encuentro en la lujosa cocina de la Suite 177, y lo dejo todo un poco desordenado. Cáscaras de huevo, harina y paquetes rotos adornan la encimera de mármol de la cocina y meto una tanda de magdalenas en el horno precalentado. Toda la suite huele de maravilla a esta deliciosa masa.

Llevo un delantal rosa, que incluso está decorado con una gola. Es un poco cómico, pero quizá también un poco erótico, dependiendo de mi estado de ánimo.

Hay una receta francesa para una masa de tarta de vainilla que he estado retocando durante un año y nunca he conseguido que me saliera como yo quería. Me comí el pastel una vez y desde entonces he intentado llegar al fondo de la receta y reconstruirla lo mejor posible. Encontrar el equilibrio perfecto entre el dulzor y el cremoso sabor a vainilla es una línea muy fina y requiere precisión y sensibilidad. Sólo cuando la receta esté finalmente perfeccionada la ofreceré en mi pastelería. Mis intentos anteriores siempre han estado ligeramente fuera de lugar y sólo cuando la pruebo puedo juzgar si he tenido éxito.

En cualquier caso, hoy se me ha ocurrido utilizar la masa no como pastel, sino en forma de magdalenas. Puede que esa idea se deba al entusiasmo que Casey mostró por mis magdalenas. Puede que la idea sea brillante. Esta podría ser la solución.

Mientras tengo las magdalenas en el horno, no puedo evitar pensar en mi Rainbow Bakery y preguntarme cómo irá. Aunque Tiffany me ha absuelto de tener que informar sólo de cómo me las apaño esta semana, sigo sintiéndome mal.

Así que saco el móvil y llamo a Tiffany. Contesta enseguida y se alegra mucho de tener noticias mías: "¿Cuánto tiempo puedes hablar? Quiero todos los detalles".

"¿Te acuerdas de la receta de tarta francesa de la que te hablé?".

"¿La receta que llevas un año intentando descifrar? Sí, sé de qué estás hablando".

"Hoy he tenido la idea de hacer magdalenas con ella. Casey me inspiró a hacerlo".

"Tengo curiosidad. ¿Cómo van las cosas con él hasta ahora?".

"Muy bien. Hacemos muchas cosas, siempre pasa algo, así que casi nunca estoy en contacto. ¿Tienes todo bajo control?".

"No te vas a creer lo que ha pasado aquí".

Mi corazón da un vuelco. "Oh no, por favor, no digas nada malo".

"No, todo lo contrario. Ayer por la mañana, una empresa de transportes trajo una entrega para ti. Una caja grande con un enorme lazo. Me tomé la libertad de abrirla".

"Eres imposible, Tiff. ¿Qué había dentro?".

"¡Un horno nuevo!".

Estoy sorprendida y no puedo creerlo. "¿Dijeron de quién era el horno?".

"No, no me lo dijeron".

"Estoy... sin palabras. Esto es, esto es increíble. ¿Conoces a alguien que pueda ayudarnos a instalarlo para que podamos usarlo lo antes posible?".

“Ya se ha hecho. Los hombres de la empresa de transportes nos ayudaron y también se llevaron el horno viejo. No fue tan difícil conectarlo. Llevo mucho tiempo usando el horno”.

“No sé qué decir. ¿Y cómo van las ventas?”.

“La verdad es que va bastante bien porque lo produzco todo en serie, la cosa es mega rompedora para nuestros estándares. Nada se quema, nada se recalienta, el horno es un quemador, funciona perfectamente. Un cambio de juego total”.

Apenas puedo contener mi alegría. Esta noticia ya me ha alegrado tanto el día que no se me ocurre nada que pueda estropearlo. No quiero gritar nada.

“¿Tienes idea de quién te regalaría un horno nuevo?”, pregunta Tiffany.

“Bueno, no sé nada... pero tengo una fuerte sospecha”.

“Desde luego no serán los cobradores, si me preguntas”.

“No. Ellos no”.

Eso debería ser obvio, sólo podría haber sido Casey.



Casey vuelve a la suite, lleva unas dos horas reunido con el novio y los demás padrinos. El olor a pastel de vainilla llega inmediatamente a su nariz al entrar.

“Tía, qué bien huele”, dice entusiasmado mientras se quita los zapatos y se acerca a la cocina abierta. “Podría acostumbrarme a ese olor”.

Reprimo lo que pienso en ese momento. Yo también podría acostumbrarme a momentos así. Casi parece un momento mágico pero banal de una vida cotidiana que he imaginado una y otra vez en los últimos días. Esto podría ser nuestra casa y Casey, mi marido, llegando a casa del trabajo y siendo mimado por mí con delicias culinarias.

Pero eso son sólo ilusiones mías.

“Estás guapísima”, me dice y viene a besarme, lo que no hace más que añadir sal a la herida. Cada vez deseo más esta vida con él. “¿Qué haces de bueno?”.

“Magdalenas, pero aún no están listas”, le digo y preparo el glaseado en la placa.

Suena la alarma y apago el horno. Enciendo la rejilla de ventilación que hay sobre la placa, que emite un fuerte zumbido. Con dos manoplas, saco la rejilla y levanto el molde en el que han subido veinte magdalenas. El molde, que parece una especie de placa de Lego de gran tamaño, está hirviendo y lo pongo sobre la placa antes de coger el cazo pequeño para extender el glaseado sobre las magdalenas.

“Lo estás haciendo muy bien”, me elogia Casey y me rodea el estómago con los brazos por detrás. Luego me besa el cuello, justo debajo de la oreja, lo que inmediatamente me pone la piel de gallina, cosa que me gusta mucho.

“Cuidado, está caliente”, señalo a mi pequeña olla, con la que estoy haciendo un trabajo de precisión.

“Lo único que está caliente aquí eres tú”, responde Casey y me besa el lóbulo de la oreja. Eso me gusta especialmente y él parece haberse dado cuenta. “La mayoría de la gente no viene a Las Vegas a hornear”, bromea.

“Sí, te tomo la palabra. Yo no soy la mayoría de la gente”.

“Desde luego que no lo eres. En realidad sólo existes una vez”.

“Tú también”.

Nos miramos sin decir palabra y saboreamos el momento antes de besarnos como un auténtico matrimonio cursi. Luego continúo.

“Pero está bien que el horno haya funcionado. Si sólo hubiera sido un muñeco, no me habría sorprendido. Pero verte aquí así, con ese delantal rosa tan sexy, es un momento que no olvidaré en un santiamén”.

Su voz suave, profunda y ligeramente áspera me produce un agradable escalofrío. Casey suena tan masculino, tan dominante y, por otro lado, tan cariñoso. Tan erótico. Saboreo la sensación de sus brazos rodeándome mientras rocío el glaseado sobre lo que queda de magdalena.

“¿Qué tipo de glaseado es?”, pregunta Casey con curiosidad.

“Crema de mantequilla”.

“¿Crema de mantequilla? Suena delicioso y con muchas calorías”. Los dos nos reímos brevemente.

“Sí, son buenos tentempiés para entre horas”.

“Por ejemplo, si nos perdemos la cena abajo y hemos quemado demasiadas calorías aquí arriba”, bromea Casey tomándome el trasero. No puedo evitar pensar que nos vamos dentro de tres días, lo que me entristece. No debería acostumbrarme a esta vida de indulgencia.

“La receta es algo en lo que he estado trabajando durante un tiempo”, le explico a Casey. “Hasta ahora, la masa nunca ha salido exactamente bien, pero como magdalenas y con este glaseado, podrían ser un gran éxito de ventas... si salen como creo que saldrán”.

“¿Cuándo podremos probarlos y averiguarlo?”, pregunta con curiosidad.

“En cuanto las magdalenas se hayan enfriado lo suficiente”, le explico y las espolvoreo por encima antes de que Casey me dé la vuelta para que nos abracemos con fuerza.

“¿Qué hacemos mientras esperamos?”.

Sé exactamente a dónde quiere llegar, y suena tentador, pero siento cierta autoprotección debido a las circunstancias que me rondan por la cabeza, así que descarto el flirteo con la mayor simpatía posible. “Tengo que limpiar este desastre, ya estarán lo bastante frías para entonces”.

“Tonterías. El servicio de habitaciones lo hará”.

“Oh. ¿Tienes alguna sugerencia sobre cómo podemos pasar el tiempo hasta entonces?”.

“Realmente necesitas un descanso de tu trabajo. Pareces totalmente estresada”, me dice juguetonamente al oído.

“Sinceramente, la repostería me ha bajado el estrés, me ha calmado los nervios. Puede ser una distracción maravillosa en este mundo caótico”.

Luego me mira burlonamente y me agarra el cuerpo con las manos de esa forma que me indica claramente lo que está a punto de hacerme. “Se me ocurre una distracción mucho mejor en este caso”.

Me río. “¿Otra vez?”.

“No me canso de ti”.

Siento que las bragas empiezan a hormiguearme, pero no quiero ponérselo tan fácil. Quiero que se retuerza un poco.

“Necesito preguntarte algo”, le digo.

“Pregúntame”.

“Estaba hablando antes con mi amiga Tiffany”.

“Sí, conozco a Tiff”.

“Sí, claro. En fin, me ha dicho que ayer entregaron un horno nuevo en mi panadería de Callis, y que incluso lo instalaron los proveedores. ¿Sabes algo al respecto?”. Mientras le pregunto esto, inclino la cabeza hacia un lado y frunzo los labios con una sonrisa.

“Sí, fui yo. Tu horno estaba estropeado”.

“¿Por qué hiciste eso por mí?”.

“¿Por qué sigues preguntándomelo?”.

“Porque sólo estoy aquí para hacer de tu novia, pero empiezo a tener la impresión de que entre nosotros no está del todo claro qué es falso y qué es real”.

“Cuando te compro un horno nuevo, ¿se siente falso o real?”.

“Se siente muy real”.

“Entonces lo sabes. Te preocupas demasiado por todo”.

Le sonrío y me besa. Saboreo su beso y el sabor de sus labios y cierro los ojos. Entonces nuestros labios se separan.

“Creo que las magdalenas se han enfriado lo suficiente. ¿Quieres probar una?”.

Casey asiente. “Tengo mucha curiosidad por tu creación”.

Me giro hacia el molde de magdalenas y toco una con la punta del dedo. Todavía está caliente, pero lo suficientemente fría como para probarlo. La saco del molde y se la doy a Casey.

“Aún está caliente, ten cuidado al morderla. Y el glaseado aún está pegajoso, todavía no se ha secado del todo”.

“No importa”, responde y muerde la magdalena con avidez, mientras yo saco una para probarla también. Le doy un mordisco y cierro los ojos de placer.

“¡Mmmmh!”.

“Yo también iba a decir lo mismo”, responde. “Esta magdalena está muy cremosa. La compraría por docenas”.

“Ha sido una idea perfecta. La masa no es exactamente lo que he estado intentando hacer durante tanto tiempo, pero es realmente algo especial que sabe muy bien. ¿Sabes quién tiene la culpa de esta idea?”.

Casey se encoge de hombros con impotencia. “Ni idea”.

“La culpa es tuya”.

“¿Yo? ¿Por qué?”.

“Me inspiraste para usar esta masa de pastel para magdalenas, y valió la pena. Tengo que enviarle la receta a Tiffany”.

Casey moja su dedo en el glaseado aún húmedo y pegajoso y me lo toca en la punta de la nariz. Me río y me siento artificialmente indignada antes de que me bese la nariz y me chupe el glaseado. Cojo su dedo y lo chupo.

“Sabes muy dulce”, ronronea suavemente.

“Tú también”, le respondo.

“Y también tienes glaseado en la nariz”, bromea, haciéndome reír mientras me rodea y me desata el lazo del delantal. “Sabes diez veces mejor que las magdalenas”.

“¿Tú crees?”.

“Podría saborearte todo el día”.

Casey me quita el delantal y me agarra con avidez mientras mis manos exploran su pecho tonificado, los músculos claramente visibles a través de la tela de su polo.

Luego me levanta y me sienta en la encimera. “Hay harina”, le advierto, pero no me escucha. Demasiado tarde. Estoy sentada en medio de ella.

Casey se abre los pantalones mientras yo le quito el polo y pongo las manos sobre la superficie espolvoreada de harina en la que estoy sentada. Entonces empiezo a pintarle juguetonamente la cara y el musculoso torso con harina.

Él me observa y me lanza una mirada de reproche. “¿Me la estás chupando?”.

“Venganza”.

“¿Por qué?”.

“Por ensuciarme la espalda el otro día”.

“Niña traviesa, traviesa”, susurra y me quita la blusa, pero sólo para espolvorearse las manos con harina y luego amasarme los pechos. Empezamos a besarnos sensualmente mientras nos acariciamos los brazos y la parte superior del cuerpo. Menudo lío.

Le bajo los pantalones a Casey mientras él me sube la falda y me agarra el culo con las dos manos para quitarme los calzoncillos. En el proceso, me empapa completamente las piernas de harina. Vernos aquí podría recordar a dos niños pequeños exploradores que se han metido en una panadería y lo están poniendo todo patas arriba.

La polla tiesa de Casey es claramente visible a través de sus calzoncillos, que ahora está agarrando mientras se acerca a mí. Por una vez, sus dedos manchados de harina no tocan mi coño ahora chorreante, sino que guía su rolliza dureza directamente hasta donde yo quiero y me la mete hasta el fondo.

Echo la cabeza hacia atrás y gimo ruidosamente mientras Casey me sujeta firmemente por las caderas para follarme a fondo sobre el mostrador. Le rodeo con las piernas y me tumbo boca arriba mientras me acerca aún más a él y me penetra sin mucho preámbulo.

De repente me doy cuenta de lo cachonda que me ha puesto desde que entró en la suite, porque no hay necesidad de largos preliminares. Quiero que me penetre tan fuerte como pueda.

“Fóllame fuerte, Casey”, le ruego, y él se pone inmediatamente en acción aumentando aún más el ritmo. El ángulo pronunciado con el que su gruesa polla perfectamente curvada golpea mi punto G es suficiente para llevarme al clímax con relativa rapidez. En pocos minutos me agarro con fuerza a los músculos de su culo, que se sacuden rítmicamente con fuerza.

“Yo también me corro”, le oigo gritar mientras aumenta aún más la velocidad y provoca una erupción volcánica en mi vagina que siento intensamente.

Ambos permanecemos en esta posición durante unos minutos y empezamos a mirar a nuestro alrededor, lo que nos hace reír al ver el desastre que hemos montado. Hasta el suelo está cubierto de harina.

“¿Qué pensará el servicio de habitaciones cuando vean esto?”, pregunto.

“Creo que sabrán exactamente lo que ha pasado aquí por todas las huellas de manos y pies. Apuesto a que tu culo perfecto también dejó una marca en el mostrador”.

Me río a carcajadas. “Al menos limpiaré eso”.

Los dos reímos, despreocupados y bulliciosos. Por mí, este momento puede durar para siempre.



Casey tiene que reunirse de nuevo con los padrinos para discutir algún trámite y preparar su discurso. Me quedo con el desastre y decido limpiarlo yo misma en lugar de encargar al servicio de habitaciones que elimine los rastros de nuestro juego sexual. No tengo que depender del lujo que ofrece este casino en todo lo que hago. Me encanta mantener la práctica de ordenar la cocina después de hornear, cosa que hago en mi panadería de todos modos.

Recojo la basura y me deshago de ella, y uso un paño húmedo para limpiar a fondo cualquier superficie que se haya manchado de harina. Me pongo a pensar de nuevo y recuerdo que hace poco le sugerí que escenificáramos una ruptura justo antes de la boda para que su ex novia Gizelle viera su oportunidad y diera el golpe.

Pasado mañana es jueves, y es cuando se suponía que iba a tener lugar esta pequeña obra de teatro.

Me pregunto si este plan sigue en pie. Si aún sigue con el plan de recuperar a Gizelle. Porque no se siente así en este momento. Me parece que Casey, aunque no lo diga, está cambiando de opinión. Quiero decir, ¿está dándome un horno porque quiere ayudarme? ¿Por qué se comporta así y se acuesta conmigo todo el tiempo cuando en realidad quiere a otra mujer que incluso está en su vecindario? Ya no parece que la atracción entre nosotros sea puramente física.

No quiero llamarle la atención. Entonces vuelvo a ser la mujer molesta que quiere aclarar y discutir todo.

¿Qué se supone que debo hacer para averiguar qué pasa entre nosotros?

Cuando la cocina vuelve a estar impecable, cojo una magdalena y la devoro con avidez. La magdalena se acaba en unos pocos bocados. Después me chupo los dedos y pienso un momento antes de coger otra magdalena y devorarla con la misma rapidez. ¿De dónde han surgido de repente estos antojos? ¿Será por nuestro constante sexo y el gasto energético que conlleva?

Me tumbo en el sofá y mi mirada se desvía hacia la maleta que se ha dejado Rory. Me pregunto qué serán los documentos y la llave.

¿Encontraré el buzón?

¿Y qué habrá dentro?

Capítulo 20



Casey

Miércoles, una de la tarde. El sol brilla con fuerza sobre Las Vegas y la excursión a la tirolina del segundo día tuvo tanto éxito entre los invitados a la boda que volvieron a ir. Esta vez Amelia y yo les acompañamos en el paseo. Ya llevamos puesto el arnés que necesitaremos para la tirolina.

La instalación está en medio del desierto, a las afueras de la ciudad. Amelia y yo subimos a la alta torre con otros huéspedes, donde hay una plataforma de madera que ofrece una impresionante vista panorámica del paisaje del desierto de Nevada. Desde aquí podemos ver todo el horizonte de Las Vegas a lo lejos, así como los aviones comerciales que despegan y aterrizan. Desde aquí parecen pequeñas libélulas, y todo ondula a causa de los espejismos.

“Esta vista es increíble”, se maravilla Amelia, mirando eufórica a su alrededor, “pero me siento un poco mareada, nunca he estado en una estructura tan alta en mi vida”.

“¿Tienes miedo a las alturas?”, le pregunto.

“No lo sé porque, como he dicho, es mi primera vez”.

“¿Y volar?”.

“Es algo diferente, algo surrealista. Te sientas en un autobús con una vista completamente loca. Pero aquí estamos sobre algo que ha sido construido por personas”.

“Los aviones también los construyen personas”, le digo en broma. “Y estamos en la planta diecisiete del hotel casino”.

“Es cierto. Pero aquí es diferente”. Se acerca un poco más al borde y mira hacia abajo, tras lo cual retrocede unos pasos. “Dios mío, es alto aquí”.

“No es alto”.

“¿Cuál es la torre más alta en la que has estado?”, pregunta, con el pánico aún palpable.

“Estuve en el Burj Khalifa en Dubai en diciembre. La torre tiene unos tres mil pies de altura, más de media milla”.

“Vaya. Eso es muy alto”.

“Sí. Es como tener las dos Torres Gemelas apiladas una encima de la otra”.

“¿Y qué altura tiene esto?”.

“30 metros”.

“No es tan alto”, se da cuenta, sintiéndose de repente menos ansiosa. *Bien hecho, Casey.*

“Así que podemos usar la cuerda para bajar ahora y no estar tan asustados, ¿no?”.

“Dame un momento”.

En ese momento, algunas personas más se unen, incluyendo a Gizelle. Nos lanza unas cuantas miradas venenosas, especialmente a Amelia, que no se da cuenta, sino que mira al horizonte, fascinada.

“¿Y bien, Gizelle? ¿No te gusta la vista?”, la confronto de forma ligeramente provocativa, aunque en realidad le estoy preguntando algo completamente distinto en el subtexto. Ella no contesta, sino que se da la vuelta y habla con sus amigos.

Entonces Byron, el novio, se une a nosotros. “Ah, ¿ya estáis arriba?”, se pregunta y se une a

nosotros. “Bueno, Amelia, ¿qué te parecen las vistas?”.

“Es sencillamente indescriptible”, responde ella, todavía mirando a lo lejos.

“Entonces, ¿cómo te sientes?”, le pregunto a Byron. “A un día de ser un hombre casado, ¿qué te parece?”. En realidad se lo pregunto por interés, ya que nunca he estado casado.

“Oh, no lo sé”, responde impotente. “Va por un lado y luego por otro”.

“Oh. ¿Alguien se está arrepintiendo? Habría pensado que lo haría la novia, ya que no eres el más guapo”. Sí, nuestro humor entre nosotros siempre ha estado al límite.

Byron da unos pasos hacia un lado conmigo para que nadie pueda oírnos. Luego suspira y mira a lo lejos. “No sé. Tengo algunas dudas sobre si todo esto no está ocurriendo demasiado deprisa. Si es lo correcto”.

“¿Por qué? ¿Te está estresando?”.

“Eso de todas formas, pero creo que es normal. Creo que todo esto es mucho más importante para ella que para mí. Yo no lo necesito. Ya sabes, los niños juegan con coches, las niñas juegan con vestidos de novia. Es ese día en que la mujer es una estrella. Bien podría irme con ella y casarme con un Elvis en alguna parte, hay muchos por aquí”.

“Ya veo. Entiendo todo lo que dices. No soy un experto, porque nunca me verás de novio en el altar, pero lo que dices suena bastante normal. Casarse es una gran cosa. Lo estás haciendo oficial. Lo estás celebrando en exceso, lo que sin duda aumenta la presión a la que estás sometido”.

“Tal vez”, suspira. “Pero así son las cosas ahora”.

“Exacto. Así que, o cierras los ojos y vas a por ello, o desconectas. Pero si me preguntas a mí, contrólate, no seas tan duro contigo mismo, sólo te estás volviendo un poco loco. Acaba con esto y vuelve a ser un hombre”.

“Hm. Gracias, hermano”.

“Cuando quieras”.

Le doy una palmada en la espalda y me giro hacia Amelia, que mira hacia nosotros. Por la expresión de su cara, sé que ha oído la conversación entre nosotros.



El hombre que trabaja aquí es el último en subir después de que todos los participantes hayan llegado a la plataforma y da un discurso en el que nos familiariza con las precauciones de seguridad. “Estoy a punto de hacerles descender uno a uno por la tirolina. Viajaréis sobre un cañón, la vista es realmente impresionante, así que si os atrevéis, no perdáis la oportunidad de mirar hacia abajo. Al principio hay mucho rebote, como si estuvieras en caída libre, pero esto se estabiliza rápidamente. Los caballeros de abajo deben asegurarse de que sus partes blandas no queden estiradas entre las correas, ya que eso podría hacerles daño”. Algunos de los chicos se ríen y se agarran la entrepierna para ajustar todo allí. “Bien, vamos a mandaros a todos entonces. Algunos de vosotros ya habéis estado aquí el fin de semana y lo sabéis. Así que, ¿quién quiere ir primero?”.

Unos cuantos participantes se acercan y poco a poco se forma una cola. El hombre asegura a los participantes con varios mosquetones y los envía uno tras otro. Con gritos de entusiasmo, desaparecen en la distancia y se ciernen sobre una profundidad vertiginosa.

Veo que Amelia se pone cada vez más nerviosa a medida que la cola frente a ella se acorta. Yo, en cambio, no estoy nervioso en absoluto, estoy acostumbrado a muchas cosas y tengo nervios de acero. Puenting, paracaidismo, escalada... ya lo he hecho todo.

“Lo hacen infinidad de turistas, no tienes de qué preocuparte”, intento tranquilizarla y le pongo la mano en la espalda.

“¿Se ha roto alguna vez la cuerda?”.

“Sí, varias veces, pero no tienes por qué preocuparte. Han sustituido la cuerda”.

Amelia me mira con cara tiznada. “Te estás cachondeando, ¿verdad?”.

“No, en absoluto, bastante gente se ha caído al cañón. Lo que pasa es que no te enteras porque nunca se recuperan. Mira qué profundo es”.

“Vale, me estás fastidiando de verdad”.

“Ahora me has descubierto”, bromeo secamente.

“¿No te da ningún miedo?”.

“Sabes que no. Nada me asusta”.

“Vale, ¿quién quiere ser el siguiente?”, pregunta el dependiente mientras la cola se dispersa un poco. Le doy un codazo a Amelia, que niega con la cabeza ansiosa al principio.

“Vamos, es la única manera de bajar. Hazlo de una vez, te encantará”.

“Está muy alto. Estoy a punto de mojar los pantalones”.

“Prueba cosas nuevas, ese es tu lema, cariño. Las mejores experiencias te esperan cuando te atreves a superar el miedo. Ya deberías saberlo”.

Amelia me mira e interioriza mis palabras. “Sí, tienes razón”.

“Vamos, deja que te ayude”.

Ayudo a la empleada y conecto todos los mosquetones al arnés de Amelia para que ahora esté sujeta a la gruesa cuerda, que se hace cada vez más fina por encima del desfiladero hasta que deja de ser visible. La pista que está a punto de tomar tiene 800 metros de largo.

“Nos vemos al otro lado”, le digo, antes de que el hombre cuente hasta tres y la empuje. Con un grito histérico, Amelia sale corriendo, pataleando mientras se hace cada vez más pequeña ante mis ojos. Aún puedo oír sus gritos convertidos en carcajadas extasiadas.

“¿Quieres seguir?”, me pregunta el empleado.

“Por supuesto”.

No necesito estos largos preliminares. Acabo de una vez.

Me enganchamos y no necesito que me empujen, sino dejarme caer solo y precipitarme en las profundidades mientras me sopla el aire caliente de la tarde. Ahora es un poco como un tiovivo

para mí. Sigue siendo divertido, pero ya no tengo la euforia de las primeras veces.



Llego al otro lado y me desabrocho sin ayuda. Allí me encuentro con Amelia, que está completamente emocionada y rebosante de alegría de vivir.

“Ha sido increíble, ¡tengo muchas ganas de repetir! ¿Por qué nadie dijo que hacía tanto calor?”.

Me río y me alegro por ella. “¿Ves? Menudo subidón de adrenalina, ¿verdad? Sabía que te animarías”.

“Fue como volar, ¡fue increíble! Sólo el cielo sobre mí, esta vista increíble debajo de mí y todo pasando tan rápido, ¡fue increíble! ¿Podemos repetirlo?”.

Me río. “Por supuesto, todavía estamos aquí por un tiempo. Ahora puedes ver por qué esto fue un éxito entre la gente, ¿verdad?”.

“Quiero venir aquí todos los días”.

“Ahora estás exagerando”.

Mientras Amelia se comunica, procesando lo que acaba de vivir casi con la euforia de un niño pequeño, me maravilla su rostro agraciado, iluminado con un suave resplandor anaranjado por el sol de la tarde. Cruzamos juntas el andén y bajamos las escaleras mientras la observo atentamente. Me fascina observarla.

“Gracias por dejarme vivir esta experiencia contigo”, me dice por encima del hombro mientras camino detrás de ella y le pongo la mano en la espalda.

“*Gracias* por estar aquí”, le respondo, sintiendo claramente cómo se agita mi vida interior. ¿Qué significa eso? ¿En serio le acabo de decir eso?

Al pasar, vemos a Gizelle, que también ha llegado por este lado, pero está charlando con sus amigas en la torre. Por la expresión de su cara, me doy cuenta de que este día no es tan importante para ella como para Amelia y para mí. Parece aburrida y le irrita que Amelia y yo nos lo estemos pasando tan bien.

Empiezo a analizar y evaluar mis sentimientos. La forma en que Gizelle reacciona ante mi encuentro con Amelia me produce cierta satisfacción, porque, al fin y al cabo, mi plan original era influir en ella para que me quisiera de vuelta al final del día. Ahora me doy cuenta de que esta satisfacción me basta y no quiero nada más. Me siento como si ya hubiera ganado, en más de un sentido. Estoy en compañía de una mujer cuya belleza natural se apodera de cada habitación en la que entra, y puedo decir por la mirada celosa de Gizelle que me quiere de vuelta.

Pero, ¿por qué quiere que vuelva? ¿Porque me quiere de verdad y quiere hacerme bien? ¿O tiene más que ver con su ego herido, con ganar? ¿Es todo un juego para ella, en el que yo no soy más que un trofeo?

Entonces tengo que preguntarme si también era un juego para *mí*. ¿Por qué la quería de vuelta en primer lugar? Todas las preguntas que me hago ahora sobre Gizelle me obligan cada vez más a una autorreflexión despiadada.

Tal vez es hora de dejar ir las cosas que no son buenas para mí. Tal vez es hora de una relación sana. Todo se siente tan bien con Amelia. Me hace más que bien al alma con su amabilidad y su naturaleza sincera y me siento seguro en su presencia. Tenemos más intereses en común de lo que pensaba al principio. Al mismo tiempo, cada vez se abre más a mí, lo que es una gran señal de confianza. También está corriendo un gran riesgo al estar aquí conmigo, el riesgo de que le hagan daño.

Lo que más me gusta es que soy testigo de su evolución, a la que parece que contribuyo. Se vuelve más valiente y segura de sí misma, supera sus miedos y se enfrenta a sus demonios, se reconcilia con su pasado. Se transforma.

Capítulo 21



Casey

Ya se ha puesto el sol y nuestra limusina ha llegado a la calle principal de Las Vegas, donde nos envuelven las coloridas luces parpadeantes de los numerosos casinos y clubes. El día ha sido largo y agitado. Amelia se durmió con la cabeza en mi regazo durante el viaje de vuelta.

Volvemos al casino y nos detenemos en la entrada principal. Amelia se despierta sola y se sienta para orientarse. “¿Ya hemos llegado?”.

“Acabamos de llegar”.

“Me he quedado dormida, lo siento”.

“No lo sientas. ¿Estás otra vez en forma o sigues cansada?”.

“Muy cansada”, contesta, bostezando y estirándose. “Creo que estoy agotada por el viaje. Para ser sincera, podría volver a dormirme. Apenas puedo abrir los ojos”.

Me bajo y ayudo a Amelia a salir de la limusina, donde unos paparazzi nos fotografían con sus molestos flashes. Ya ni siquiera nos fijamos en ellos, forma parte de la experiencia. Incluso Amelia ha aprendido con el tiempo a no prestarles siempre atención.

“¿Qué hay hoy?”, me pregunta bostezando y temblando un poco. Me quito la chaqueta y se la pongo.

“Hemos quedado en el bar, mañana es el gran día de Byron. Está muy emocionado y a veces habla mucho”.

“Lo he oído”, admite. “¿Se lo está pensando?”.

“Necesita un empujoncito, eso es todo. Pero necesita a alguien que sea capaz de darle esa patada”.

“¿Te enfadarás conmigo si subo y me acuesto? Estoy demasiado cansada”.

“No hay problema. Me reuniré contigo más tarde y me acostaré”.

“Si quieres, puedes despertarme entonces”. Es bueno saberlo.

“¿Por qué querría despertarte?”, pregunto juguetonamente mientras entramos en el vestíbulo por una de las muchas puertas giratorias de cristal dorado y nos recibe un conserje.

“No lo sé, pero tengo una corazonada”, responde.

“Esperemos a ver si tu corazonada es correcta”.

La idea de despertarla a una hora tardía y caer sobre su cuerpo desnudo antes de quedarme dormido con ella es muy tentadora y la anticipación me da fuerzas para asomarme a la zona de la piscina, porque en realidad estoy un poco atontado y preferiría diez veces estar en la cama que en el bar. Pero soy el padrino principal.



Cuando subimos en el ascensor, cada uno va por su lado. Amelia se despide de mí con un beso y camina con paso algo tambaleante y mirada somnolienta hacia la suite, mientras yo subo las escaleras hasta la planta superior, donde me recibe una atronadora música de discoteca.

Atravieso el restaurante y el bar, donde los clientes beben y ríen por doquier. Algunos juegan en

las máquinas tragaperras, que parpadean y emiten ruidosas melodías. Los camareros reparten cócteles y aperitivos, la gente baila y se divierte.

Miro a mi alrededor en busca de Byron y mis otros amigos. No los encuentro en la zona del bar, así que salgo a las piscinas, donde algunos huéspedes disfrutan de un baño en el cálido aire de la noche. Unas luces de colores centellean sobre el agua.

En el mostrador del chiringuito, descubro a Byron y Brent, cada uno con un vaso de whisky en la mano y sentados en unos taburetes. Parecen absortos en algún tipo de discusión. Me acerco y me uno a ellos.

“Tomaré lo mismo que los caballeros”, le digo al camarero antes de que me sirva un whisky y me deje el vaso.

“Aquí tienes”, dice Byron alegremente.

Brent levanta su copa y Byron y yo brindamos también por él. “Por el juego del amor”.

Chocamos las copas y bebemos un sorbo antes de preguntar con curiosidad, “¿qué clase de temas estáis mascando por aquí? Byron, pareces un viudo en un funeral”.

“Byron tiene un poco de miedo escénico, diría yo”, responde Brent por él. “Aunque ya se le pasará”.

“¿Dirías que merece la pena casarse?”, le pregunta Byron inseguro.

“Todas las experiencias merecen la pena de alguna manera”, ríe Brent.

Mi mirada vaga alrededor y veo a Gizelle flotando en colchonetas de aire en la piscina con algunos amigos, bebiendo cócteles. Nuestras miradas se cruzan un instante.

“¿Y qué hay de ti, Casey?”, me pregunta Brent, captando de nuevo mi mirada.

“¿Qué quieres decir?”.

“Tienes una nueva novia, Amelia. ¿No piensas casarte con ella en algún momento?”.

“Ya sabes lo que pienso del matrimonio. Pero respeto cuando la gente se casa. Y sigo abierto a hacer lo que me parezca correcto en ese momento”.

“Razonable”, murmura Byron y bebe otro sorbo de whisky. “Pero por la forma en que la miras, bien puedo imaginarte casándote con ella algún día”.

“¿Qué quieres decir?”, quiero saber.

“Nunca has mirado a una mujer como la miras a ella”.

“¿Es así?”.

“Sin duda. Me doy cuenta”.

“Entonces, ¿es raro para ti con Gizelle?”, pregunta Brent.

“¿Qué es raro?”.

“Bueno, ella está aquí, tú estás aquí con tu nueva chica. Debe ser una constelación extraña en conjunto, ¿no?”.

“Quizá un poco”, respondo mínima y reservadamente.

“¿Aparecen viejos sentimientos cuando la ves?”, quiere saber Brent. Hago una mueca y bebo un sorbo.

“No entiendo la pregunta. Es historia con Gizelle y estoy en nuevas manos, así que...”.

“Realmente debes sentir algo por tu pequeña”, me dice Byron. “Quiero decir, eres uno de los príncipes de Dallas y podrías tener a casi cualquier mujer que te apeteciera. Sin embargo, ahora te has comprometido y no lo ocultas, incluso tan pronto después de vuestra ruptura. Eso es definitivamente una declaración”.

“Si tú lo dices”, respondo y me acabo el vaso, luego lo dejo en la barra. No estoy seguro de que me gusten los temas de conversación de aquí. Tampoco necesito las miradas de Gizelle ahora mismo. Prefiero estar desnudo en la cama con Amelia, la mujer más hermosa que hay. “Escucha, me voy a la cama. Mañana va a ser un gran día. Te aconsejo que hoy tampoco te quedes

despierto hasta muy tarde. No querrás quedarte dormido mañana".

"Sasha te arrancaría la cabeza si se lo permitieras", bromea Brent, riendo a carcajadas mientras golpea a Byron en la parte superior del brazo.

"Lo hará tarde o temprano de todos modos", responde Byron antes de mirarme. "Pero tienes razón. Además, entiendo perfectamente por qué quieres ir a tu suite. Hay una tía muy buena esperándote".

"Una copa más, caballeros", insiste Brent. "Y luego nos vamos a la cama. Ya son las once y el despertador suena pronto".

"Me gusta más mi plan: nos vamos a la cama y mañana estaremos frescos", respondo.

"Vamos, Casey, nunca volveremos a estar juntos tan jóvenes". Brent se gira hacia el camarero. "Tres whiskys".

"Sólo porque sois vosotros. Una copa más".

El camarero es rápido y ágil y pone tres vasos nuevos delante de nosotros a una velocidad que parece la de la luz, llenándolos de una sola vez. Los tres cogemos un vaso y chocamos las copas.

"Por Byron y Sasha", me hago cargo del brindis esta vez, "y por un matrimonio duradero y fructífero".

"Brindo por eso", se une Brent. Byron tampoco tiene nada en contra, así que brindamos y bebemos. El fuerte whisky se me sube a la cabeza y me atruena el cráneo desde dentro. Debería dejar de beber a estas alturas, sobre todo porque no suelo beber tanto alcohol.

Dejo el vaso sobre la encimera. "Ya está, es suficiente por hoy".

"Todavía no te has terminado la copa, Casey", dice Brent, que empieza a ponerme de los nervios. Sólo quiero salir de aquí e irme a la cama con Amelia.

"Sírvete tú mismo", respondo. "Tengo una cita en mi suite a la que quiero acudir, por mucho que me gustaría seguir de fiesta contigo aquí".

“Qué niñato”, refunfuña Brent y se ríe.

“La presión de grupo nunca ha funcionado conmigo, Brent. Duerme bien esta noche. Te veré por la mañana”.

Me doy la vuelta y no llego muy lejos cuando me tropiezo con Gizelle subiendo las escaleras, envuelta en una toalla en otro bar y tomando un cóctel. Me mira con un ceño que podría ser hostil o malvado, algo difícil de distinguir en esta penumbra.

Le hago un gesto cortés con la cabeza y sigo adelante para entrar en el edificio. Atravieso la zona del bar y luego entro en el pasillo para bajar por las escaleras a la decimoséptima planta.

De repente Gizelle me corta el paso en la puerta y se planta delante de mí.

“Bueno, ¿ya te vas a la cama?”, me pregunta, y luego chupa su pajita mientras mueve las pestañas varias veces.

“Sí, deberíamos irnos ya todos a la cama. Mañana va a ser un día muy largo”.

“¿Cuándo te has vuelto tan estirado? ¿Es por tu nueva novia?”.

Puedo oír por su voz ligeramente arrastrada que ya está borracha.

“¿Qué quieres de mí, Gizelle?”, pregunto directamente y suspiro.

“Pues a ti. ¿Qué más, idiota?”.

Oír eso me produce una extraña sacudida. Después de todo, eso es lo que quería. De hecho, es la razón por la que traje a Amelia aquí en primer lugar. Y ahora mis sentimientos han cambiado de alguna manera.

“¿Bebes algo que puedas soportar?”, le pregunto.

“Siempre bebo lo mismo, ya sabes, Sex on the Beach. ¿Quieres probarlo?”.

“No, gracias”.

“¿Y qué hay del sexo en la playa?”.

“Aquí no hay playas”.

“Entonces sexo en la piscina. Sé que te gusta eso”.

“Estás borracha”.

“No lo estoy, ¿o estás intentando emborracharme?”, pregunta ella, que nunca pierde la oportunidad de coquetear.

“No, sólo me preguntaba si estás completamente lúcida”.

“De acuerdo, estoy un poco colocada. ¿Vas a aprovecharte de ello? Por favor, aprovéchalo”. Vale, sigue sin rendirse.

“Estás sufriendo de delirios. Puedo recomendarte algo de ayuda”.

“¡Eres un idiota, Casey! ¿Qué tiene ella que yo no tenga? Dímelo”.

La miro, hago una pausa y respondo con mirada estoica: “un corazón”.

“¿Un corazón?”.

“Busca qué es eso”.

“Lo dice la persona adecuada. Tú tampoco tienes corazón”.

“Buenas noches, Gizelle”.

Gizelle sigue sin rendirse. De repente se inclina hacia delante para besarme. “Sé que todavía me quieres. No puedo dejar de pensar en tu polla caliente”.

Pero yo la esquivo. “Diviértete con tus pensamientos”.

Me aparto de ella y me voy, buscando otra entrada al pasillo. Al pasar, veo que Heidi está de servicio y me ha visto. Lleva su uniforme de servicio y pasa junto a mí con una bandeja de bebidas. Cuando se da cuenta de que la he reconocido, aparta la mirada de mí y se mueve para apartarse de mi camino.

Me pregunto si Heidi habrá visto mi altercado con Gizelle.



Consigo entrar en el pasillo del hotel casino sin que Gizelle me siga. Estuvo cerca. Acabo de escapar por los pelos de un desastre total, porque me doy cuenta claramente de que todo ha cambiado dentro de mí, ya no siento nada por Gizelle.

En cambio, siento algo muy fuerte por Amelia, cada día más intenso. Cuanto más la tengo cerca, más a gusto me siento y no quiero volver a estar sin ella. El hecho de que pueda volver a sentirme así después de separarme de Gizelle me sorprende y me encanta al mismo tiempo. Hubiera pensado que tardaría años en recuperarme de esta relación.

Gracias a Dios que no besé a Gizelle y lo arruiné todo. Ir ahora a la suite y tener que confesarle a Amelia que había besado a Gizelle... no quiero ni imaginarme ese escenario.

Qué ironía. Originalmente, tenía un plan completamente diferente y Amelia era más o menos sólo un medio para un fin, si soy honesto conmigo mismo. Pero ahora mi plan ha cambiado.

Todo ha cambiado.

Creo que necesito hablar con Amelia. Cada día soy más cariñoso y tierno con ella, pero estoy seguro de que piensa que es parte de la farsa. Al menos eso es todo lo que le he dicho hasta ahora. Y si me he comportado como un verdadero compañero romántico con ella, entonces lo he dejado así sin comentarios.

Así que es hora de hablarle claro. No quiero que esto siga siendo una farsa. Quiero que sea real. Quiero a Amelia a mi lado, no quiero perderla de mi vida. La idea de marcharme después de la boda y llevármela de vuelta a este pueblo desierto olvidado de la mano de Dios me corroe por dentro.

También sugirió que tuviéramos esta pseudo-pelea mañana antes de la boda para que todo el mundo pensara que estábamos rompiendo ahora. Incluso trabajó constructivamente en mi plan.

¿Qué tan desinteresada puede ser una persona? Si siente algo por mí (y supongo que es así), sabe muy bien cómo dar un paso atrás, y eso tiene mucho mérito.

Camino lentamente hacia la Suite 177, pensativo. ¿Estará despierta cuando entre? ¿Estará ya dormida? ¿La dejo dormir? ¿O la despierto, como habíamos acordado? Ahora no tengo ganas de sexo, sino de claridad. Quiero acabar con esta farsa y convertirla en realidad, cuanto antes mejor.

Miro mi Rolex. Ya son las once y media y nos despertará el despertador a las seis de la mañana. Quizá no sea buena idea tener conversaciones serias esta noche. Tal vez baste con que la coja en brazos enseguida para dormirme con ella rápidamente. Podemos seguir hablando por la mañana.

Además, la cabeza aún me da vueltas gracias a los whiskys que he bebido. Prefiero tener esta conversación con Amelia cuando mi cabeza esté completamente despejada.

Hablaremos mañana.

Saco la tarjeta-llave y la aprieto contra el picaporte, que emite un suave chasquido. Entro en la suite y me descalzo en silencio. Cuelgo la chaqueta en el gancho y empiezo a desabrocharme la camisa mientras camino descalzo por la suite y llego a la cama de matrimonio, donde encuentro a una Amelia dormida.

Ha sido una decisión acertada posponer mi “conversación” con ella hasta mañana. También puede ser que, de todos modos, sea una conversación muy breve. En teoría, una frase es suficiente. Pero vamos a ver cómo se desarrolla. Conociendo a Amelia, tendrá mil preguntas. Después de todo, ella está aquí porque le estoy pagando para estar aquí. Y cree que aún quiero recuperar a Gizelle.

Me quito la camisa y la dejo caer al suelo antes de quitarme los pantalones y los calzoncillos para tumbarme desnudo en la cama con ella.

Me meto bajo el edredón de seda y tanteo con las manos hasta encontrar su cuerpo hirviente, igualmente desnudo, tumbado de lado. Me acurruco a su espalda y la rodeo con el brazo, a lo que ella responde con un gemido de satisfacción.

Su suave piel es tan agradable. Hundo la nariz en su mata de pelo y respiro profundamente su aroma. Aunque está dormida, me coge la mano y entrelazamos los dedos. Nos tumbamos en la posición de la cucharita sin que se nos vaya de las manos sexualmente. Estoy seguro de que a ella no le importaría, pero ahora solo quiero acurrucarme, aunque puedo sentir sus labios calientes justo en mi polla. Todo lo que tendría que hacer es mover un poco las caderas y mi erección no sólo estaría bombeada en cuestión de segundos, sino justo donde tiene que estar.

Ahora sería un juego de niños tener buen sexo con Amelia.

Puedo sentir que significa mucho más para mí que ser simplemente el objeto de mi deseo, que lo es. Amelia es más. Me fascina como persona y es buena para mi alma. Cuando pienso en ella, siento un nudo en el estómago. Soy lo suficientemente honesto como para admitirme a mí mismo que estoy enamorado de Amelia. No tengo dudas sobre lo que son estos sentimientos. Conozco esos sentimientos y no es la primera vez que los experimento. Lo que es diferente aquí es que siento más por Amelia de lo que he sentido nunca por todas las mujeres de mi vida juntas.

Quiero asegurarme lo antes posible de que me pertenece. La idea de que pueda aceptar mentalmente mi plan original de reconquistar a Gizelle me vuelve loco.

Acaricio su cuerpo y noto que de vez en cuando reacciona. Por un momento me acaricia la espinilla con el pie. Pero su respiración me dice que duerme demasiado profundamente para estar receptiva a lo que le digo. Así que decido cerrar los ojos, saborear el momento y dormirme con ella.

Nuevo día, nueva felicidad. Mañana todo se arreglará.

Capítulo 22



Amelia

Jueves, diez menos cuarto de la mañana. Menos mal que anoche me acosté pronto. Hoy estoy mucho más en forma que Casey, que parece un poco resacoso. No para de tocarse la frente y quejarse de que le duele la cabeza.

“En el futuro, mantén las manos alejadas del alcohol”, le digo. “Buena elección, muy inteligente”, comento sobre el coche de alquiler que tiene. Es un todoterreno nuevo con un interior que huele a cuero y rebosa lujo. “Gracias por hacer esto conmigo”.

“Por supuesto”, responde Casey desde detrás del volante y pone su mano sobre la mía.

Conducimos por las calles de Las Vegas y nos dirigimos a la oficina de correos local. Casey ha hecho algunos contactos y ha averiguado que el apartado de correos que buscamos está aquí mismo, en Las Vegas. Apenas nos hemos visto en lo que va de mañana, ya que los preparativos de la boda están en pleno apogeo, pero aprovechamos este pequeño margen de tiempo para conducir y abrir el buzón. Mañana nos costaría hacer este desvío antes de irnos, así que hoy lo incluiremos en el programa del día.

Le pregunto a Casey: “¿todo lo demás te parece bien?”, y le observo, porque hoy está de un humor diferente, más tranquilo, más pensativo, algo extraño.

Podría ser sólo mi percepción de las cosas, tal vez me estoy preocupando demasiado. Tal vez sea

yo la que está de un humor extraño hoy...

Me ha surgido una cosilla de la que todavía no tengo que hablar directamente con Casey (es demasiado pronto para eso), pero que sin duda debería llegar al fondo de mí misma. Desde que estoy aquí, tengo un hambre voraz y la sensación de no saciarme. Esa fue una de las razones por las que de repente quise hornear magdalenas, lo que en retrospectiva me parece cada vez más absurdo.

Hay más. Mis papilas gustativas parecen un poco fuera de tono. Las cosas me saben de otra manera y siento una extraña aversión al alcohol, que no puede deberse sólo a mi accidente en el club City Lights.

Para colmo, debería haberme venido la regla desde el lunes, pero no ha llegado.

Sumo todas estas pistas y llego a una conclusión que no sé qué pensar. Creo que estoy embarazada.

Antes de hablarlo con Casey, necesito estar segura. Puede que mi ciclo haya cambiado, que tenga hambre y no me apetezca emborracharme. Después de todo, he tenido un viaje agotador y últimamente no he dormido lo suficiente debido al programa. Así que quizá sea una falsa alarma.

Pero para estar segura de ello y alejarme de la pura especulación, hoy tengo que encontrar de algún modo una farmacia y hacerme una prueba de embarazo. Entonces tendré certeza. Y certeza es algo que necesito.

Precisamente por eso vamos a viajar el día de la boda para abrir este buzón: necesito certeza en todo. No más preguntas sin respuesta.

Hablando de certeza, quiero saber ahora si todo está bien con Casey. Está muy introvertido.

“Has estado muy callado toda la mañana, Casey”, le digo. “¿Tienes algo en mente de lo que quieras hablar?”.

Su mirada se desvía hacia mí. Luego vuelve a la carretera. “Tenemos que hablar”.

De acuerdo. En el blanco.

“Claro. ¿Sobre qué?”.

Casey se aclara la garganta y busca las palabras adecuadas antes de que oiga la voz del navegador y mire. “Casey, tenemos que entrar aquí a la derecha. Ahí está la oficina de correos”.

Entonces probablemente hablaremos justo después de haber hecho esto, pienso. Pero al menos ahora sé que Casey tiene algo en mente de lo que quiere hablar.

Entonces tengo curiosidad.



Nos desviamos y nos acercamos a una rotonda donde está la oficina de correos que buscamos. Casey pone el intermitente y busca una plaza de aparcamiento, lo que le lleva un momento. Entonces vemos salir por la puerta a un hombre con un paquete, que abre el coche y entra antes de que se enciendan sus luces de freno. Esperamos a que se haya marchado y ocupa la plaza de aparcamiento.

Entonces Casey mete el todoterreno en la plaza de aparcamiento y apaga el motor antes de mirarme. “Hablaremos en un minuto, ¿vale? No te preocupes, no has hecho nada malo ni nada por el estilo. Pero tengo un montón de pensamientos de los que quiero hablarte”.

“Vale, lo entiendo”.

“Pero una cosa a la vez. En primer lugar, entremos ahora y dejemos de una vez este asunto de Rory, ¿de acuerdo?”.

“Sí. Eso es lo que haremos”.

“¿Estás listo?”.

“Yo... creo que sí”.

“Bueno, vamos entonces”.

Ambos salimos y Casey cierra el coche antes de sacar la pequeña llave que sacamos del maletín. Entramos en la oficina de correos y nos recibe una brisa fresca que entra por el aire acondicionado. Junto a la zona de clientes hay una sala llena de buzones, en la que entramos directamente. Echamos un vistazo para encontrar el buzón 529, al menos ése es el número

grabado en la llave.

Cuando encontramos la caja, caminamos hacia ella y Casey introduce la llave en el agujero. Me mira de nuevo y obtiene mi bendición para girar también la llave. Le hago un gesto con la cabeza, se oye un fuerte clic y Casey abre la puerta de hierro.

Una avalancha de sobres cae al suelo. Todos van dirigidos a Rory Rochelle. Casey se agacha y los recoge todos, luego saca los sobres restantes que aún quedan en el buzón hasta dejarlo completamente vacío. Ni drogas, ni armas, ni partes de cuerpos, ni grandes sumas de dinero, ni objetos de valor robados. Al fin y al cabo. Sólo un montón de correo sin abrir.

“El hombre tenía otra dirección a la que mandaba todo este correo”, dice Casey, entregándome la gruesa pila de sobres, que hojeo.

“Supongo que no quería que yo supiera de todas estas cartas”.

“Y necesitaba una dirección fija aquí en Las Vegas donde pudieran llegar todas esas cartas”.

“Realmente llevaba una doble vida”, digo pensativa mientras leo los nombres de los remitentes. La mayoría son del mismo remitente: una empresa de aspiradoras. “¿Qué demonios hacía Rory con aspiradoras?”.

“Tal vez vendía aspiradoras”.

“Eso no le pega nada”, digo.

“¿Quieres abrirlos todos?”, pregunta Casey.

“Bueno, quiero enfrentarme al pasado y dejarlo atrás, ¿no?”.

Abro uno de los sobres, que parece contener algo parecido a una tarjeta, que noto al tocar el sobre. Dentro hay una tarjeta de identificación, pero no reconozco a la persona que aparece en ella.

“¿Quién es Jason Blacksmith, por favor?”.

Casey tiene una sospecha. “Abre el siguiente”.

“Parece que aquí también hay una tarjeta de identificación”.

Abro el siguiente sobre y tengo en la mano el DNI de un tal Terry Dunn. Al igual que Jason Blacksmith, se trata de alguien de quien no sé nada. Nunca había visto a esta persona, y mucho menos la conocía.

Casey me quita algunos sobres y los examina antes de abrir varios a la vez por el lateral y verter el contenido en su mano. Llueven carnés de identidad.

“¿Qué significa eso?”, pregunto, confusa.

Casey observa detenidamente los carnés y los levanta, les da la vuelta y los mira desde todos los ángulos. Luego parece saber más que yo y me mira. Le devuelvo la mirada interrogante.

“Creo que sé lo que es esto. Esta empresa de aspiradoras es en realidad una tapadera. Por lo que parece, tu difunto marido tenía un pequeño negocio paralelo aquí en Las Vegas, vendiendo carnés falsos a la gente que los necesitaba”.

Eso tiene sentido. Jesucristo. “Gente criminal, supongo”.

“Puedes estar segura de eso. ¿Quién más necesita algo así?”.

“Sólo me pregunto, por qué no llevaba un anillo de bodas aquí en la ciudad”.

“Tengo una corazonada, si me preguntas. Y es bastante obvia”, dice Casey mientras vuelve a cerrar el buzón y me entrega la llave.

“¿Como qué?”.

“Cualquiera que haga tratos así le va a pintar una gran diana en la espalda a alguien tarde o temprano. Personalmente, no llevaría anillo de casado si fuera yo. Podría poner a mi mujer en peligro si alguien que quiere hacerme daño sabe de su existencia”.

Hago una mueca. “¿Me estás diciendo que no llevaba alianza para protegerme? ¿Y no porque me traicionara?”.

“No conozco los hechos, por supuesto. Y tienes que asumir que nunca lo sabremos realmente, a

menos que salga a la luz más información. Pero si tuviera que apostar, lo haría en el hecho de que él quería mantenerte fuera de la línea de fuego. Si yo tuviera una esposa tan maravillosa en casa, tampoco querría que le pasara nada. Personalmente, sospecho que ése era su pensamiento, sin conocer al hombre, por supuesto".

Estas palabras me hacen estar especialmente agradecida a Casey. Porque cuando pone a mi difunto marido en semejante plano, aunque yo me temía lo peor, sé que Casey está actuando desinteresadamente.

Siento una profunda tristeza al pensar en ello, y siento que una lágrima abandona mi ojo y gotea sobre uno de los sobres. Casey me pone la mano en la espalda con delicadeza.

"¿Quieres hablar de ello?", me pregunta con delicadeza mientras me acaricia la espalda.

"Sólo estoy pensando, ¿cómo de desesperado debía de estar para pagar sus deudas si montó un negocio tan peligroso? Y tal y como lo dices, tiene sentido. Si se involucró con gente tan peligrosa, no habría querido que supieran de mí. Quería protegerme".

"Sí. Puedes suponerlo firmemente".

"Gracias, Casey".

"De nada".

"Me ayudaste a entender que Rory no era una mala persona. Sólo cometió errores y malas decisiones por desesperación. Y trató de hacerlo bien a su manera. Ahora no puedo creer nada de eso porque sigue muerto, pero le tenía mucho resentimiento. Lo acusé de las peores cosas, le hice pasar un infierno. Y ahora miro atrás y me odio por ello".

"No seas tan dura contigo misma. Quiero decir, ya era altamente ilegal lo que hizo. E incluso si trataba de protegerte de sus clientes, no puedes olvidar que te puso en peligro de otras maneras. Quiero decir, imagínate si hubierais tenido un hijo juntos en algún momento y él hubiera ido a la cárcel. ¿Me entiendes?".

Asiento con la cabeza. Tiene razón.

Entonces recuerdo que puede que tenga que hablar de este mismo tema con Casey. Pero antes necesito estar segura.

“Al menos ya no tienes que guardarle rencor, lo cual no es sano”, añade Casey mientras salimos de la oficina de correos y nos adentramos en el sol de la mañana.

Casey arranca el motor después de subirnos y abrocharnos el cinturón, antes de mirar su reloj de pulsera dorado y hacer unas cuentas mentalmente.

“Todavía tenemos un momento. Ya sé lo que vamos a hacer”.

“¿Qué?”.

“Relájate y déjate sorprender. Será lo correcto en este momento, confía en mí”.

Por alguna razón, confío ciegamente en Casey.



Mediodía. Estamos de pie en medio del desierto, lejos de la ciudad, rodeados de rocas rojizas para que no pase ninguna brisa. Sobre nosotros, el sol brilla como una antorcha en medio del cielo azul cristalino. Elegimos este lugar y tuvimos que caminar una corta distancia para llegar a él, ya que no se puede acceder en todoterreno. Aquí no hay nada más que arena y roca. Ni arbustos, ni hierba, ni madera. Nada que pueda prender fuego. Cava un agujero en la arena con sus propias manos, del tamaño de una taza de váter.

“Sólo podrás hacer las paces con el pasado si lo destruimos sin dejar rastro”, me dice. “Además, no querrás que estas pruebas sigan existiendo”.

Tira todos los carnés de identidad y los sobres correspondientes al agujero. También echa los documentos de venta de la maleta que traía, después de arrugarlo todo bien. Se queda con un sobre en la mano y lo arruga un poco antes de encenderlo con un Zippo y dejarlo caer en el agujero. Tarda un momento, pero debido al calor seco y sin viento, todo el contenido del agujero en el suelo se incendia.

Se levanta una pequeña nube de humo negro. Me quedo mirando las tarjetas de identificación, que arden una a una hasta que lo único que queda de todo es ceniza negra. De alguna manera parece una cremación. Este agujero en el desierto de Las Vegas parece una tumba en la que enterramos para siempre el pasado de Rory, miramos hacia delante y no volvemos a pensar en él.

Casey no mira al fuego, me mira a mí. “¿Cómo te sientes ahora?”, me pregunta con voz suave y

cariñosa.

“Creo que me siento preparada. Lista para seguir con mi vida”.

“En realidad es de eso de lo que quería hablarte”, responde.

Le miro expectante. Me pregunto qué vendrá después.

Capítulo 23



Casey

“¿Cómo te sientes ahora?”, le pregunto mientras el olor a papel quemado me hace cosquillas en los pelos de la nariz. Amelia parece serena, en cierto modo contenta. Y eso me hace muy feliz.

“Creo que me siento preparada”, responde con una claridad y una madurez que me hacen sentir orgulloso de ella. “Lista para seguir con mi vida”, añade.

Eso es lo que quería oír. Esa sería la transición. Y creo reconocer en su estado que aquí podemos hablar directamente de lo que siento por ella.

“De hecho, es de eso de lo que quería hablarte”, le digo, ante lo cual ella me mira expectante sin hacer ninguna pregunta. Así que continúo. “Necesito decirte lo que siento. Seguramente ya te habrás dado cuenta”.

“¿Cómo te sientes?”.

Pongo la llave del buzón en el agujero, me pongo en cuclillas y tiro del montón de tierra sobre el agujero con las manos desnudas, luego lo aplano con el pie. El agujero se cierra y todas las huellas del pasado de Rory Rochelle quedan final e irrevocablemente destruidas.

Me enderezo y me limpio las manos. Luego miro a Amelia y me recompongo, porque no suelo usar muchas palabras. Pero hoy no es diferente. “Sé por qué estamos aquí juntos. Mirando hacia

atrás, quiero agarrarme la cabeza y preguntarme en qué demonios estaba pensando. Lo mal que te debió sentar venir aquí pagada sólo para poner celosa a la furia de mi ex. Incluso acepté tu desinteresada sugerencia de fingir una puta pelea contigo para que Gizelle pudiera salir gratis, sin importarme cómo te hiciera quedar. La gente habría pensado que eras una chica de rebote, una relación tirita. No lo eres. Cuanto más pienso en todo esto, más ganas tengo de darme una patada en el culo".

Amelia se queda sorprendida por mis palabras. Nunca había sido tan sincero con nadie y es un claro paso fuera de mi zona de confort.

"Alguien me dijo no hace mucho que no debería ser tan duro conmigo mismo. Yo te diría lo mismo en este momento".

"Sabía que dirías eso. Es una prueba más de quién eres".

"¿Y quién soy yo?".

"Eres la mujer de mis sueños. Y yo estaba cegado, adicto a algo que no era bueno para mí. Lo supe todo el tiempo. Pero de alguna manera no pude evitarlo. Tú me ayudaste a aceptarlo".

Amelia sonríe y de repente se le ponen los ojos vidriosos. "Supongo que nos ayudamos mutuamente a superarlo".

"Sí. Y al igual que tú, yo también lo he superado. No quiero que Gizelle vuelva. Te quiero a ti. Y no tengo ni idea de cómo vas a reaccionar a esto ahora, me estoy desnudando delante de ti como nunca lo he hecho antes delante de otra persona. Sé que tu pasado es complicado. Pero también lo es el mío. Y sé que estás pasando por muchas cosas emocionalmente ahora mismo. Así que no tienes que responder, no tienes que responder a nada. Sólo quiero que sepas todo esto. Y que no voy a hacer el diablo y empezar una pelea contigo de inmediato. Sólo te quiero a mi lado. Porque entonces estaré completo".

Amelia me mira emocionada, incapaz de hablar. Veo que está procesando mis palabras y que tiene las manos ocupadas en este momento. Así que me acerco a ella y toco su hermoso rostro. Con el pulgar, le quito una lágrima que se le escapa.

Nos quedamos en silencio durante un rato, en medio de estas rocas rojas, cubiertas por un cielo azul claro. Ni un alma en kilómetros a la redonda, sólo nosotros dos. Le acaricio las mejillas, los brazos, el pelo. Ni una palabra.

En ese momento, pienso en que he puesto a Amelia en una situación muy difícil. Esta vida que llevo es completamente ajena a ella. Para decirlo sin rodeos, me he aprovechado del hecho de que está siendo chantajeada y necesita dinero urgentemente, aunque esa no fuera mi intención. La traje aquí por dinero para que interpretara este papel y ahora quiero más. Ella me dejó muy claro desde el principio que no buscaba una relación comprometida y que este rollo de una noche iba a ser algo puntual. Pero por dentro yo sabía, antes incluso de que llegáramos, que aquello no acabaría nunca en esta única vez. Así que en realidad no respeté los límites que ella me puso.

Ahora soy yo quien quiere más de ella. Quien quiere comprometerse firmemente con ella, lo que me sorprende, por cierto.

“Gracias por confiarme todo esto”, me dice con voz serena.

“Siento haberte hecho todo esto. Fue egoísta por mi parte”.

“Puede que lo fuera. Pero te seguí la corriente. No me forzaste ni me obligaste a nada, ni me violaste. Soy lo suficientemente grande como para hacer sólo las cosas que quiero. Así que no te culpes tanto ahora”.

“Habla muy bien de ti que siempre seas tan indulgente”, le respondo mientras la rodeo con mis brazos tentativa y cuidadosamente. Pero ella me mira con una expresión que me dice que no sólo quiere caer en mis brazos, sino que también tiene algunas cosas que decir.

“Yo también tengo muchas cosas en la cabeza. Y quiero responder a todo lo que me has dicho”.

“No tienes que hacerlo aquí y ahora”.

“Pero me gustaría hacerlo. ¿Cuándo si no?”.

“En eso también tienes razón”.

Amelia hace una pausa y se recompone antes de mirar pensativamente al espacio. “Ya te dije al principio que no busco una relación comprometida”.

“Lo sé”.

“También te dije que no quería acostarme contigo aquí en Las Vegas”.

“Eso también es verdad”.

“Eso es porque tengo miedo de dejarme caer con alguien nuevo. He estado lidiando con la incertidumbre y la desconfianza desde que Rory murió. Tenía tantas preguntas y nunca pensé que alguna vez obtendría las respuestas. Por eso me he mantenido cerrada y no quería dejar que ningún hombre se me acercara”.

“Es comprensible”, le respondo.

“Pero tú lo has cambiado todo. Por fin puedo dejar atrás el pasado. Ya no siento odio por Rory. También he aprendido que a veces puede haber una explicación para algo. Que lo peor no es siempre el caso. Me he dado cuenta de que yo también te quiero”.

En ese momento, me ilumino. “¿De verdad?”.

“Sí. Siento lo mismo por ti que tú por mí”, me responde, y en ese momento se me ponen los ojos vidriosos.

Miro su boca perfecta y besable. Ella mira la mía. Me acerco a ella y rozo suavemente sus labios con los míos para darle el beso más íntimo que he dado a otra persona en mi vida. Ella comienza a corresponder el beso y pone sus brazos sobre mis hombros mientras yo sujeto su cintura y la acaricio con ambas manos. No uso la lengua porque no quiero excitarla ni excitarme sexualmente con este beso. Este beso es amor.

Luego miro mi Rolex para ver. “Son las dos menos cuarto. Deberíamos volver, la boda empieza pronto y aún tenemos que cambiarnos, probablemente querrás peinarte y maquillarte”.

“¿Llegaremos a tiempo?”.

“Todavía tenemos tiempo de sobra antes de la ceremonia, pero no queremos apresurarnos para arreglarnos, queremos tomarnos nuestro tiempo, ¿verdad?”.

“Sí, eso estaría bien. No me gustan mucho las prisas”.

“A mí tampoco, creo que en eso estamos de acuerdo”.

Nos sonreímos.

La cojo de la mano y volvemos al todoterreno que nos espera. Subimos y nos vamos, de vuelta a Las Vegas.

Porque hoy hay boda.

Capítulo 24



Amelia

El viaje de vuelta a Las Vegas es casi sin palabras. Todo se dice entre nosotros. Nos cogemos de la mano y nos sonreímos de vez en cuando. Entonces Casey enciende la radio y gira el mando hasta encontrar una emisora en la que suena una canción romántica, ‘Madness’, del grupo Muse. La canción trata sobre si lo que está ocurriendo entre las dos personas implicadas es locura o amor verdadero.

Casey baja todas las ventanillas para que el cálido viento nos envuelva y baja el volumen de la canción. El momento es perfecto, casi demasiado surrealista para ser real.

El momento es real.

Mis dedos se entrelazan con los suyos mientras conducimos. Aprieto una vez, es mi forma de pellizcarme para asegurarme de que no es un sueño.



Llegamos al aparcamiento subterráneo del complejo y Casey aparca el todoterreno. Saca el móvil y mira la pantalla. “Mierda. Apenas tiene batería. Tengo que cargarlo”.

Entonces ve que ha recibido un mensaje que le interesa más y abre su historial para leerlo. Se

queda un momento en silencio sin salir. Me siento y le miro pacientemente. Puede ser que el mensaje no sea asunto mío. Y de alguna manera confío en Casey.

Vuelve a apagar el móvil y suspira mirando al vacío.

“¿Qué pasa?”, quiero saber.

“Byron se tambalea otra vez”.

“¿Se tambalea?”.

“Sí”.

“¿Qué quieres decir?”, sigo.

“Se está acobardando otra vez, está totalmente asustado, tiene dudas. Se supone que la ceremonia empieza esta noche a las siete. Todo esto le está desanimando”.

“Mierda. ¿Y qué vas a hacer ahora? ¿Puedes hacer algo?”.

“Somos compañeros, puedo animarle. Pero he estado haciendo eso todo el tiempo que hemos estado aquí. Y ahora tengo que volver a hacerlo, para eso están los padrinos, ¿no? A ver si eso ayuda”.

“Te las arreglarás”, le aseguro con cariño. “Se te da bien influir en la gente. Eres mucho más empático de lo que crees”.

“Gracias. Eso significa mucho para mí”.

Nos besamos antes de que él salga primero y luego lo haga yo. Vuelve a mirar el móvil y me dice: “ahora mismo están todos en el baño turco, intentando calmar a Byron. Se suponía que solo iba a ser un poco de bienestar antes del gran evento, y ahora quiere salir corriendo”.

“Oh, tío”, suspiro. “Eso es realmente triste. ¿Sasha nota algo de esto?”.

“No, por suerte no. Hoy no se verán hasta la ceremonia de boda, que tendrá lugar al atardecer, tal

y como querían los novios. Eso es todo lo que ella necesita saber. Nos aseguraremos de que sus arrebatos emocionales nunca sucedan".

"Si están en la sala de vapor, te aconsejo que lleves un bañador por si quieres refrescarte después".

"Gracias por el consejo, tienes razón", responde y me sonríe. "Iré a la suite, conectaré el móvil y me compraré un bañador. ¿Te parece bien estar sola un rato?".

En ese momento, me doy cuenta de que será mi momento perfecto para visitar una farmacia y responder a esa pregunta que me acecha. "Claro, no hay problema".

"Bien, yo diría que nos veamos en la suite dentro de una hora para arreglarnos. Si tardo más con Byron, pues no pasa nada, habrá que posponerlo todo un poco. Nadie se muere por eso, de todas formas hoy es final abierto. En ese caso, se nos ocurrirá una razón poco dramática. Pero en realidad hay tiempo suficiente hasta las siete".

"De acuerdo. Voy a dar un paseo o algo", le digo, ocultando mi verdadero plan: hacerme un test de embarazo. "Hasta luego".

"Dentro de una hora, ¿no?".

"De acuerdo".

Nos besamos, tras lo cual él se dirige al ascensor mientras yo subo por las escaleras hasta el vestíbulo. Allí busco los carteles y me doy cuenta de que hay una farmacia en el complejo. Claro que la hay. Aquí tienen de todo. En realidad no tienes que salir del edificio para nada cuando te has registrado aquí.

Así que voy a la farmacia del centro comercial y encuentro lo que buscaba. Por un momento me asalta la idea de que es una tontería hacerme un análisis sólo porque llevo unos días de más. Por un momento me parece totalmente exagerado. Casi lo dejo y salgo de la farmacia con las manos vacías. Porque me invaden brevemente pensamientos caóticos. Me digo a mí misma que es posible que mi ciclo sólo se haya retrasado un poco. Que lleve unos días de retraso no significa necesariamente que vaya a ser mamá.

Puedes estar segura. Lo veremos dentro de un momento. Necesito mi salvación, así que me ocuparé de eso ahora. Tener claridad y certeza es uno de los lemas de este viaje a Las Vegas. Me compro una prueba y salgo en busca de un baño público. Como Casey podría estar todavía en la

suite, le evito de momento porque tiene la cabeza en otra parte.



Encuentro un baño público y me encierro en un cubículo.

Unos minutos más tarde, me quedo sin habla cuando una carita sonriente me sonríe a través de la ventanilla de la prueba de embarazo. Casi parece una invitación a sonreír. Por precaución, miro el envoltorio y me aseguro de saber qué significa la carita feliz.

Muy bien, estoy embarazada.

Hoy he tenido demasiados sentimientos a la vez. Aún no sé cómo quiero reaccionar ante esta noticia. Por un lado, siento pura angustia existencial. ¿Cómo se supone que voy a gestionar esto yo sola? ¿Cómo reaccionará Casey? Después de todo, tiene que saberlo. No puedo ocultarle esta información. Por otro lado, una cálida y tranquilizadora sensación de confianza me envuelve y no me deja entrar en pánico. Una voz tranquila me susurra que todo irá bien.

Quiero creerlo.

Así que me levanto, tiro de la cadena y me arreglo la ropa antes de ir al lavabo y sostener la prueba de embarazo bajo el chorro de agua. Lo seco con unas toallitas de papel, lo envuelvo en una de ellas y lo meto en el bolso, que siempre llevo conmigo.

Vámonos. Voy a buscar a Casey y me acerco con cuidado. Ahora mismo tiene una boda que salvar, así que no quiero causarle más estrés. Esperaré hasta que termine y entonces tendré que decirle la verdad.



La zona de spa del centro, que huele a aceites esenciales, está muy concurrida y me pongo las chanclas para buscar rápidamente a Casey. Soy la única persona que va de paisano. Todos los demás llevan albornoces blancos, una simple toalla alrededor de las caderas... o nada en absoluto. Me quedo aquí fuera, pero saludo a todo el mundo amistosamente y les explico que se trata de un asunto urgente.

No encuentro a Casey por ninguna parte. ¿Dónde se habrá metido? ¿Han seguido adelante o se

han encontrado en otro sitio?

Tengo que encontrarle. Así que pregunto a algunos de los invitados si han visto a Casey Weston por aquí. Nadie puede ayudarme.

Entro en la zona de piscinas subterráneas, donde hay varias piscinas cubiertas. Me envuelve el olor a agua salada, que percibo con más intensidad de lo que lo habría hecho en otras circunstancias. Aquí también pasan muchas cosas. Me abro paso entre la multitud, a veces con los hombros por delante, sin perder de vista a Casey. Sin embargo, no le veo por ninguna parte y empiezo a encontrarlo extraño.

¿No me había dicho que se había ido a otro sitio? Bueno, hemos decidido vernos en la suite dentro de una hora. ¿Debería esperar y ver? Quién sabe qué lugar habrá elegido para hacer cambiar de opinión a Byron y motivarlo a casarse de nuevo...

¿Cómo reaccionará Casey cuando le diga que estoy embarazada de él? ¿Se alegrará? ¿Le estresará? ¿Acabaremos discutiendo antes de la boda, como habíamos planeado? La verdad es que no tengo ni idea y tengo que dejarme sorprender. Quiero saberlo cuanto antes, porque odio que me pongan en ascuas.

Continúo abriéndome paso entre la multitud y sigo mirando a mi alrededor en busca de Casey. En un momento dado, me tropiezo con Gizelle, que viene hacia mí con una toalla enrollada alrededor del estómago.

Antes de que pueda decirme nada que yo no quiera oír, le pregunto directamente: “Gizelle, ¿has visto a Casey en algún sitio?”.

“Le he encerrado en mi suite”.

“Es importante, no tengo tiempo para bromas”.

“Vale, vale, le he visto aquí antes con Byron y Brent, pero se han ido hace unos minutos”.

“¿Sabes dónde han ido?”.

“No lo sé, no les pregunté”.

“Bien, ¿por dónde se fueron?”.

Gizelle señala una de las salidas: “por ahí”.

“Gracias, Gizelle”.

“Siempre es un placer. Dale recuerdos”.

No respondo más, pero me pongo en marcha inmediatamente y me dirijo hacia la salida. Sigo esquivando a la gente y hago slalom entre los bancos y las tumbonas.

Llego a la salida y deambulo por el pasillo hasta entrar en la zona del casino. Aquí hay gente jugando a la ruleta, apostando en las máquinas tragaperras e incluso puedo ver las mesas de blackjack que Casey ya ha mencionado.

Aquí tampoco encuentro ningún rastro de Casey. ¿Dónde estará?

Me paro a pensar. Quizá debería subir en ascensor y buscar en la zona exterior de la azotea. En los últimos días, este paraíso al aire libre ha demostrado ser un lugar muy popular.

Sí, eso es lo que voy a hacer ahora. Me doy la vuelta y vuelvo hacia el pasillo por donde he venido. Allí están los ascensores. Entonces se me corta la respiración cuando veo delante de mí a dos personas que menos esperaba ver en este momento. Verlas no me alegra, sino todo lo contrario.

La empleada Heidi está allí de pie, pero vestida de paisano, y a su lado se encuentra nada menos que mi viejo adversario de Callis, Dexter McCallister, más conocido por el apodo de ‘Dex’.

Miro a ambos de un lado a otro, boquiabierta y conmocionada. ¿Qué hacen aquí juntos? ¿Cómo es que se conocen? ¿Qué está pasando aquí?

“Amelia, me alegro de verte”, me dice Dex con una sonrisa falsa.

No consigo emitir ningún sonido, pero me quedo paralizada.

“Me encantaría charlar contigo, continúa, pero no aquí. Por eso vas a ser buena y vas a venir con nosotros sin montar una escena. Porque si montas una escena, ya sabes lo que te espera, ¿no?”.

Asiento con la cabeza, los ojos muy abiertos y trago saliva. Sé exactamente a qué me enfrentaré

si a Dex no le gusta cómo me estoy comportando: me llevará al desierto de Nevada y me hará lo mismo que Casey y yo hicimos antes con las identificaciones falsas. Nadie me volvería a encontrar.

Así que mejor no hago una escena ahora. Heidi y Dex se acercan unos pasos hacia mí y me agarran de los brazos para llevarme con ellos. Salimos de la zona del casino en dirección a los ascensores, adonde yo iba de todos modos.

"¿Adónde vamos?", les pregunto a los dos. Pero no obtengo respuesta.

Mierda.

Capítulo 25



Casey

Ya son las tres y media de la tarde y la fecha de la boda está cada vez más cerca. Son las siete de la tarde, así que todo el mundo aún tiene tiempo suficiente para prepararse y yo debería tener tiempo suficiente para preparar al novio. Tengo que hacerlo lo antes posible, de lo contrario toda la boda se vendrá abajo y esta última semana no ha sido más que unas agradables vacaciones para todo el personal en retrospectiva.

Estoy sentado con Byron y Brent en el salón de sushi de la tercera planta del complejo. El camarero nos trae las bandejas, cubiertas con todas las coloridas variedades de maki, nigiri y sashimi. Un verdadero festín para los ojos hambrientos.

“Es mucho para tres hombres”, comenta el camarero mientras coloca los platos en nuestra mesa. “Vosotros tres nunca podréis con eso”.

Nos reímos a carcajadas y cogemos los palillos de la taza para empezar el festín.

“No te preocupes”, le aseguro al camarero, “no conoces a estos tipos. Nunca he visto hombres con tanto apetito. Todo esto desaparecerá. Si hay algo que saben hacer es comer”.

Brent se ríe a carcajadas y se mete un trozo de nigiri de salmón en la boca, mientras Byron se une lentamente. Prueba un poco de atún y le echa una cantidad anormal de wasabi.

“Alguien quiere sufrir”, comento.

“Evidentemente. Si no, no me casaría aquí”, responde Byron.

“Lo que no te puedas apañar, te lo puedo empaquetar para que te lo lleves”, dice el camarero y sigue su camino.

Byron observa el bañador que he traído y me mira interrogante. “¿A qué viene eso?”.

“Pensé que estaríamos empapados cuando saliéramos de la sala de vapor. De alguna manera vi que refrescarnos en la piscina era el siguiente paso lógico”.

“Y aquí estamos, atiborrándonos de sushi en su lugar”, bromea Brent, haciéndonos reír a todos. “Pero de todas formas quería volver a probar el sitio antes de que acabara la semana. Y el novio parece tan nervioso que una buena comida es probablemente la mejor medicina para él”.

“O todo es una excusa para que salgamos a cenar los tres juntos”, añado, ganándome otra carcajada. “Pero bromas aparte, realmente necesitamos controlar tus nervios, están empezando a ponerte generarte estrés. Casarse con Sasha es lo correcto”.

“Eso lo dices para que la boda siga adelante”, responde Byron con melancolía, comiéndose un rollito de maki.

“No, lo digo en serio. La quieres, ¿verdad?”.

“Sí, la quiero”.

“Entonces deberías darte cuenta de que tener nervios es relativamente normal a estas alturas. Si la quieres, eso es lo que cuenta”.

“¿Quién eres y qué has hecho con Casey Weston?”, se pregunta. Tiene razón. Mi consejo de hoy es diferente al de ayer. Supongo que estoy sufriendo una transformación.

El camarero vuelve y reparte tres pequeñas tazas de cerámica, en las que vierte sake.

“Este es el vino de arroz más caliente que jamás beberás”, dice Brent alegremente, cogiendo su copa. “Venga, brindemos por Byron y Sasha”.

Me doy cuenta de que ahora mismo no me apetece beber alcohol. “Tómate una copa, quiero tener la cabeza despejada”.

“Hablando de eso, Gizelle estaba bastante borracha anoche”, recuerda Brent. “Entonces, Casey, ¿qué más necesitamos saber?”.

“¿Qué quieres decir?”.

“¿Cometí un error, o ustedes dos se acercaron un poco de nuevo?”.

“Lo has entendido mal. Estoy con Amelia después de todo”.

“Y sin embargo vi un momento mágico entre tú y Gizelle. Parecía muy íntimo”.

“No empieces a difundir rumores. Intentó propasarse conmigo, pero la rechacé. Sólo tengo ojos para Amelia. Estuvimos juntos en el desierto hace un rato”.

“¿Qué estabais haciendo allí?”.

“Disfrutando de la paz y la tranquilidad, la distancia de todo. Y enterramos el pasado. Sí, Amelia es realmente algo especial”.

“Bueno, eso casi suena a que pronto podría ser la próxima en casarse”, dice Brent. “Ella realmente te ha dado vuelta la cabeza”.

“No me estoy precipitando, pero no descarto nada”.

“Eso no es lo que dijiste ayer”.

“Como dije, no descarto nada”.

En este momento, siento una alegre ligereza, porque los problemas entre Amelia y yo se han resuelto. Ahora estamos entrando en una relación seria y comprometida. Por supuesto, el tiempo dirá cómo se desarrolla todo el asunto, pero ahora que está dicho entre nosotros, todo sienta bien.

“Pero tengo que decir que me gustáis mucho como pareja”, me dice Byron. “En teoría podrías

sustituirnos más adelante".

"Sí, yo también me he dado cuenta", añade Brent. "Parece que no os cansáis el uno del otro. Es bonito de ver. Lo que es menos agradable es que siempre salís temprano y desaparecéis en vuestra suite para... hacer vuestras cosas. Los demás no te sacan tanto partido".

"Eso me recuerda que tengo que volver", digo. "Amelia y yo tenemos que hacer *lo* nuestro antes de vestirnos".

"¿Qué? Tenemos mucho que comer aquí, relájate", responde Brent, terminándose su sake. "¿Cuándo vamos a pasar tanto tiempo juntos? Vamos, el novio te pide que estés un poco más presente".

Suspiro. "Vale, le mando un mensaje diciendo que llego un poco tarde".

Saco el móvil y me doy cuenta de que está apagado. Intento encenderlo, pero se enciende la batería. El móvil está sin batería. Mierda. En realidad quería cargarlo en la suite, pero me lo he llevado.

"¿Puede alguno de vosotros dejarme usar su móvil? El mío está vacío".

"¿Dónde está el fuego?", pregunta Brent, sacando su móvil y pasándomelo.

"Sólo quiero mandarle un mensaje a Amelia. Ella no es de las que se enfadan o refunfuñan si la hacen esperar, pero sería lo más inteligente hacerle saber si sigo cautivo de ti. Y no quiero que se preocupe por mí".

"Oh, ustedes dos son tan lindos", dice Brent. "Me dan ganas de ver una serie sobre vosotros o algo así, no te reconozco en absoluto. Es tan diferente a tus anteriores novias, es tan pura y tan correcta que no te pega nada".

"Compruébalo, ella me horneó magdalenas aquí en la suite".

"Eso es exactamente de lo que estoy hablando. Es casi demasiado cursi para ser verdad".

"Y una mierda". Hago una pausa, con el móvil en la mano.

“¿Qué pasa?”, quiere saber Brent.

“¿Guardaste su número?”.

“¿Por qué iba a hacerlo?”.

Le devuelvo el móvil y suspiro. “No me sé su número de memoria. No puedo mandarle un mensaje”.

“Te preocupas demasiado por ella. Amelia ya es mayorcita, no le pasará nada si llegas un poco tarde. Explícaselo cuando vuelvas”.

“Sí. ¿Qué otra cosa voy a hacer?”.

“Creo que deberíamos agarrar a Byron aquí ahora y darle un verdadero lavado de cabeza para que pueda hacer el acto de inmediato. Quiero decir, para eso estamos aquí”.

“Así es. Así que, Byron, deja de ser débil. No es propio de ti. Hazlo y no te arrepentirás después”.

¿Verdad?

Bueno, eso es asunto suyo al final del día. Simplemente no queremos que el evento se convierta en un fiasco sólo porque Byron de repente tiene la idea de echarse atrás.

En realidad, la boda debería ser cancelada o al menos pospuesta. Porque si te sientes así, te sientes así. No puedes obligar a alguien a querer algo. La persona tiene que hacerlo por voluntad propia.

Así que vamos a pensar en esto como una especie de servicio de amistad.

Amelia sigue zumbando en el fondo de mi mente. Preferiría estar con ella ahora mismo. No me gusta la idea de hacerla esperarme sin poder informarla antes. Se dio cuenta de que mi batería estaba casi agotada, pero llegar tarde así apesta.

Capítulo 26



Amelia

¿Cómo se conocen Dex y Heidi? ¿Y qué quieren de mí ahora?

Salen del edificio principal conmigo y me llevan al aparcamiento de al lado, donde subimos en ascensor hasta la azotea, donde al parecer no hay cámaras de seguridad. No dicen ni una palabra en todo el trayecto. Por supuesto, hago todas las preguntas clásicas, pero no obtengo ninguna información, sólo las miradas más frías imaginables.

“Pronto se celebrará la boda para la que hemos venido”, les digo a mis dos captores. “Si falto, la gente se preocupará y sospechará. Casey vendrá a buscarme”.

“Deja de hablar”, me reprende bruscamente Dex, completamente indiferente.

Salimos del ascensor y entramos en el aparcamiento al aire libre. Veo la zona de piscinas del complejo de al lado, pero nadie me reconoce.

“¿Qué quieren de mí?”, vuelvo a preguntar.

“Aquí las preguntas las hacemos nosotros”, me reprende Dex.

“¿De qué os conocéis?”, vuelvo a preguntar. Quiero respuestas.

“Eres bastante persistente”, me advierte Dex y se ajusta el sombrero de vaquero. “Si quieres saberlo con tanta precisión, Heidi es amiga mía y compañera desde hace mucho tiempo. Como ya sabrás, tenía una pequeña relación comercial con tu difunto marido Rory, como he sabido desde entonces. Pero ella también tenía el trabajo de vigilarlo de cerca por mí. Quiero decir, el hombre me debía mucho dinero, como bien sabes”.

“Sí, lo pagaré. Recibirás el saldo completo al final de esta semana, como acordamos, para que no tenga que volver a verte”.

“Ella te dio la maleta que estaba cuidando, ¿verdad?”.

“Pregúntaselo tú mismo. Está a tu lado”.

“Te aconsejo que cooperes”.

Suspiro. “Sí, lo hizo. Como seguro que te dijo ella misma”.

“Sí, ya le he dado una paliza por eso”, responde Dex, mirando a Heidi, que luego mira al suelo con timidez.

“No quiero ofenderte, Dex, pero tengo la impresión de que tu novia Heidi es una oportunista ávida de dinero. Quiero decir, ella tomó dinero de ti *y* de él. En una película de espías, ella sería la doble agente, por así decirlo. ¿De verdad puedes confiar en tu amiga tan buena?”.

Dex se queda ligeramente sorprendido. Sabe que mis palabras son ciertas. En realidad temo mucho por mi vida, pero parece que soy capaz de ocultarlo bien. En lugar de suplicar por mi vida, me enfrento a Dex. Llevo varios años tratando con él, así que sé cómo enfrentarme un poco. No me va el rollo criminal, pero con el tiempo te metes en ello involuntariamente.

“Mi vida privada es asunto mío. ¿Qué hay en la maleta? ¿Algo de valor?”.

“Sólo una llave”, respondo con voz nerviosa mientras mis ojos recorren el lugar, buscando una vía de escape rápida para volver directamente con Casey.

“¿Una llave?”, se interesa Dex. “¿Qué era esa llave?”.

“¿Quieres saber toda la verdad?”.

“Espero que sí”.

“De acuerdo. La verdad es que me importa una mierda. No sé qué era esa llave y no iba a averiguarlo. Mi marido está muerto y no puedo cambiar eso, pero no necesito perder más tiempo de mi vida recordando todos sus errores. Realmente tengo mejores cosas que hacer. ¿Quieres saber qué era esa llave? Podría haber sido para algún candado de bicicleta, no lo sé, nunca lo sabremos. Porque la he tirado”.

“¿La tiraste?”.

“Sí”.

“¿Dónde?”.

“Olvídalo, Dex. Nunca encontrarás la llave. Lo único que debería importarte es el hecho de que voy a pagarte”.

Mi mirada se desvía hacia la puerta que da a la escalera. Si corro rápido y de forma explosiva, podría llegar.

Pero Dex también mira hacia la puerta. Luego vuelve a mí y esboza una sonrisa sardónica. “Bueno, estás planeando una fuga, ¿no?”.

“¿Ya quieres volver con tu multimillonario?”, añade Heidi, y hay un deje de envidia en su voz. “Quizá no deberías”.

“¿Qué quieres decir con que quizá no debería?”, pregunto, frunciendo el ceño. Porque esto no ha sonado como una amenaza, sino más bien como una recomendación para que me aleje de Casey.

“Parece que tienes un gusto escandalosamente malo para los hombres”, me dice Heidi. “Con Casey, acabas de elegir a otro perdedor”.

“De nada que lo veas así, Heidi, pero es cosa tuya. Lo que yo sienta por Casey no es asunto de nadie más”.

Heidi se ríe para sí misma y saca su teléfono móvil antes de desbloquearlo y buscar en su memoria de fotos hasta que encuentra una imagen. Me enseña la foto. Casey y Gizelle en la puerta de la piscina, en la azotea del casino, muy juntos y ella inclinándose para besarle.

Mi mundo se desmorona. Es como si estuviera en medio de un terremoto. Mi visión se vuelve borrosa, mi vida interior está patas arriba. ¿Me ha estado ocultando algo Casey? ¿Me ha sido infiel y me ha mentido?

No sé qué hacer. Normalmente, no debería molestarme que tuviera algo con Gizelle, porque al fin y al cabo era su plan. Pero después de nuestra conversación de hoy, se siente como una traición. Porque más o menos me ha declarado su amor y hemos decidido involucrarnos en una relación seria.

"Ya no estoy de humor para tus juegos", gruñe Dex con voz agresiva, empujándome cada vez más cerca del parapeto que se interpone entre yo y una profunda caída hacia el pavimento. Probablemente sean fácilmente treinta metros, similar a la tirolina. Sólo que aquí no me llevaría una cuerda, sino que caería libremente a las profundidades y estallaría sobre el hormigón si Dex me empujara por encima del parapeto.

"¿Qué quieres de mí, Dex?".

"Te lo acabo de decir. Quiero saber para qué sirve la llave. Nunca has sido una gran mentirosa, Amelia. Llevo tiempo tratando contigo. Creo que sabes exactamente para qué era la llave".

"¿Por qué te importa esa llave? Acabo de decirte que recibirás de mí el importe íntegro, ¿no te basta con eso?".

"Ya entendimos que enviabas a tu multimillonario para pagar tus deudas", murmura Heidi.

"Una cosa son las deudas", dice Dex, "y otra las nuevas minas de oro". Sin duda era la llave de una caja de seguridad, si quieres que adivine. ¿Qué hay dentro? ¿Oro? ¿Drogas? ¿Efectivo? Quiero todo lo que hay en esa caja".

"¿No es suficiente el dinero que te debo?".

"¿Hola? Soy un usurero, ningún dinero es suficiente para mí. Así que empieza a decir la verdad si no quieres pasar el resto de tu vida en caída libre".

Vacilo. No puedes engañar a Dex. La única pregunta es si me creerá que no había ningún tesoro valioso en esa caja.

"Vale. Era un apartado de correos, aquí en la oficina de correos de Las Vegas".

“¿Y qué había en la caja?”.

“Un montón de identificaciones falsas. Nada más. Y las destruí todas. Casey y yo quemamos todas las identificaciones esta mañana y las enterramos en el desierto con la llave. No quiero tener nada más que ver con el pasado de Rory. *Esa* es toda la verdad”.

“Tu verdad está cambiando a cada minuto. Veamos cómo se desarrolla tu historia”.

“¡Pero esa es realmente la verdad! Ve al compartimento 529, ábrelo. Está vacío. Pregúntale a Casey. Él confirmará lo que he dicho”.

“Qué testigo tan fiable e imparcial”, se ríe Dex. “Venga, vamos a dar una vuelta ahora”.

Dex me empuja al otro lado del aparcamiento, donde hay aparcado un todoterreno negro con los cristales tintados. No quiero entrar ahí. ¡Así nunca volveré!

Así que salgo corriendo y emprendo el vuelo.

“¡Eh!”, grita Heidi.

Irrumpo por la puerta hacia el hueco de la escalera y corro frenéticamente escaleras abajo, seguida por Dex y Heidi.

Capítulo 27



Amelia

Corro frenéticamente escaleras abajo y oigo las voces de Dex y Heidi gritando tras de mí. Nadie ha sacado aún una pistola y ha disparado, y no pienso arriesgarme.

Mientras corro escaleras abajo, veo cerrarse la puerta del ascensor por el que he pasado piso a piso. El ascensor está subiendo. Sólo pueden ser Dex y Heidi, que quieren sorprenderme abajo cuando llegue.

Así que salgo del hueco de la escalera y corro hacia el rellano. No tengo ni idea de qué planta es. Todavía estoy muy por encima de la planta baja.

Corro entre los coches, buscando algo, hasta que veo a un hombre barbudo a punto de subir a su Aston Martin. Es mi billete de salida. Corro hacia él.

De camino hacia él, pienso si debería pedirle que llame a la policía. Pero no sé si es buena idea. Si llamo a la policía por Dex, me imagino que nunca volveré a vivir con seguridad. El hombre está tan bien conectado que no quiero que sea mi enemigo. Sólo necesita sacarme su dinero lo más rápido posible y luego se rendirá. Si no lo hace, todavía tengo a Casey a mi lado para protegerme. Eso lo sé.

Así que decido no contarle al hombre mi enfrentamiento con Dex y Heidi, sino acercarme a él de una forma completamente distinta. “¿Disculpe?”.

“¿Sí, señora?”.

“¿Podría acompañarme el corto trayecto hasta la calle? Estoy embarazada y todas esas escaleras me están afectando”.

“¿Y el ascensor?”.

“Tengo claustrofobia en los ascensores desde que me quedé atrapada en uno una vez. Me bajaría justo a la salida del casino, ¿le parece bien?”.

“Por supuesto. Suba”.

Menos mal. Me subo en el lado del pasajero y el hombre arranca el motor. Su Aston Martin parece tener muchos caballos bajo el capó, porque el coche acelera por el aparcamiento y baja hasta la salida como un coche de carreras. Llegamos a la barrera, el hombre introduce un billete en la ranura y la barrera se abre. Lo hemos conseguido.

Por el retrovisor exterior, veo que el ascensor se abre y que Dex y Heidi salen para ponerse delante de las escaleras y esperarme. Van a esperar mucho tiempo.

El hombre me conduce hasta la entrada del casino y se detiene.

“Muchas gracias, acaba de salvarme la vida”.

“De nada. Cuide bien de su hijo. Que tenga un buen día”.

Salgo del coche y el Aston Martin se aleja con un fuerte rugido del tubo de escape.

Me quedo parada un momento, preguntándome qué debo hacer ahora. No he podido encontrar a Casey y si sigo buscándolo, no es imposible que Dex y Heidi vuelvan y me atrapen por segunda vez.

¿Dónde podría estar? ¿Hay algo que no haya considerado? Quizá debería buscar en todos los restaurantes, quizá se haya sentado a comer en algún sitio con sus amigos. ¿No mencionó

casualmente en algún momento que quería probar el bar de sushi, o estoy recordando algo mal?

Luego me atormenta el recuerdo de esa foto que me enseñó Heidi de Casey y su ex novia Gizelle con cara de estar a punto de besarse. No me dijo nada al respecto, y eso es lo que me parece extraño. Esta mañana podría haberme dicho que hubo un beso, o lo que fuera, y que eso le hizo darse cuenta de que sólo me quería a mí, si es que era verdad. Me pareció tan sincero y honesto, ¿por qué no me dijo algo así? Estoy embarazada de él y no puedo permitir que el padre de mi hijo no sea sincero conmigo. Así que no puedo juzgar cuánto de su declaración anterior era verdad. Cuánto era mentira.

Quizá necesite distanciarme de él para aclararme primero. Además, ya no soporto estar aquí en peligro de muerte porque alguien podría secuestrarme en cualquier momento.

Ya sé lo que voy a hacer. Es una decisión que tengo que tomar conscientemente, pero inmediatamente siento que quiero hacerlo ahora. No veo ninguna alternativa mejor en este momento: tengo que salir de aquí.

Me acerco a un botones que veo cerca. “¿Tiene un momento para mí?”, le pregunto.

“Por supuesto, señora. ¿En qué puedo ayudarla?”.

“Me gustaría hacer el check out y recoger mi equipaje a cambio, pero estoy recién embarazada y un poco débil de pies. ¿Me ayudaría a llevar mi maleta a un taxi?”.

La verdad es que ahora mismo temo por mi vida y no quiero deambular sola por el edificio durante los últimos minutos, pero sí con compañía masculina.

“Por supuesto. ¿Qué habitación?”.

“Suite 177”.

“Con mucho gusto. Sígame”.

El botones me conduce a los ascensores y pulsa el botón. Tomamos el ascensor y subimos a la suite 177, donde abro la puerta con mi tarjeta.

Por un momento me pregunto qué haría si me encontrara con Casey aquí. Por suerte para mí, me doy cuenta de que la suite sigue desierta. No hay rastro de Casey. Me aprovecho de ello.

Empiezo por el cuarto de baño y recojo mis cosas, luego voy a los armarios que hay junto a la cama de matrimonio y saco la maleta. Inmediatamente recojo toda mi ropa y la meto en la maleta. Una última vuelta para asegurarme de que no he olvidado nada y me dirijo a la puerta con el botones para abandonar la suite.

El botones carga con mi maleta y me lleva de vuelta al ascensor, donde me dirijo a la recepción y entrego mi tarjeta llave.

“Me gustaría dejar la suite 177 en el piso diecisiete”.

“Ah, la suite de Casey Weston”, dice la amable señorita. “¿Él también se va? ¿No es hoy la boda?”.

“No, todavía se queda. Pero tengo que irme por unos asuntos privados”.

“Ya veo. Entonces no necesita hacer nada más. Tomaré nota de que se ha marchado. Le deseo lo mejor”.

“Gracias”.

El botones me acompaña a la salida por una puerta giratoria de cristal y sigue llevando mi maleta. “¿Necesita un taxi?”.

“Sí, estaría bien”.

El botones silba una vez, y en cuestión de segundos un taxi amarillo se detiene delante de nosotros. El conductor se baja y abre el portón trasero para que el botones pueda subir mi maleta al maletero.

Le doy las gracias y subo al lado del pasajero. El conductor vuelve a ponerse al volante.

Entonces veo a un pequeño grupo de mujeres caminando por la rotonda y dirigiéndose a la entrada principal, todas en actitud festiva. Entre ellas está Gizelle, que me reconoce y parece confusa porque voy en taxi. Se separa del grupo y viene hacia mí. Hago como que no la veo.

“¿Adónde vamos, señorita?”.

“Al aeropuerto”.

“Entendido”.

Gizelle se acerca cada vez más y empieza a acelerar el paso. “¡Amelia! ¿Adónde vas? La boda está a punto de empezar”.

“Póngase en marcha, por favor”, le digo al conductor, dándome cuenta de que mi tono amistoso, que normalmente es algo así como una ley natural para mí, está decayendo.

El conductor pone el intermitente y arranca. Miro por el retrovisor y veo que el país de los sueños en el que he pasado la última semana se hace cada vez más pequeño. Dejo atrás estos recuerdos con lágrimas en los ojos, pero tengo que salir de aquí. Es hora de dejar atrás toda esta locura.



Durante el viaje, intento organizar mis pensamientos. Para controlar mis miedos. Me estoy cuestionando todo en este momento. ¿Por qué Casey fue deshonesto conmigo? ¿Por qué me oculta cosas? ¿Qué clase de juego está jugando? ¿Cuánto de lo que me ha dicho es verdad? ¿Realmente conoció al novio o era una mentira porque estaba viendo a Gizelle en secreto? Después de todo, no se le veía por ninguna parte en kilómetros a la redonda. Tal vez los dos se han retirado de la circulación para mantenerse a sí mismos.

Me doy cuenta de lo familiar que me resulta este patrón de engaño. ¿Me atrae mágicamente algo así? En su momento me casé con Rory y le di toda mi confianza, pero poco a poco me di cuenta de que me ocultaba cosas. ¿Se ha repetido el patrón ahora con Casey? Confié en él y ahora me siento tan estúpida, tan ingenua. Tal vez no fue tan buena idea después de todo arriesgarme tanto, probar tantas cosas nuevas.

Quizá estaba mucho mejor en mi zona de confort. Claro que tenía mis deudas (y no sé si puedo asumir que Casey cumplirá su parte del trato si me pierdo la boda), pero mi vida era predecible, regulada, frugal. Siempre sabía qué esperar. Podría decirse que era una vida aburrida. Pero al revés, también podía ser una buena vida.

Me subí a un jet privado y viajé a este mundo abstracto para probar una vida completamente diferente. Ahora vuelvo a casa, embarazada de un multimillonario en el que aparentemente no puedo confiar, y completamente sola.

¿Fue esa la forma inteligente de marcharme sin dejar al menos una nota? Tal vez debería al menos escribirle una nota para que no se preocupe innecesariamente. Tiene que haber tanta decencia.

Saco el móvil y abro el contacto de Casey para escribirle un mensaje:

AMELIA: “Me voy a casa. Se acabó. Tampoco tienes que darme el dinero”.

Envío el mensaje y veo que sólo tiene una marca, así que el teléfono de Casey sigue apagado.

Cierro el historial y pienso. Luego bloqueo el contacto de Casey para que no me devuelva cuentos de hadas.

Se me ponen los ojos vidriosos y repaso la semana pasada. ¿Miraré hacia atrás, hacia recuerdos dolorosos o hacia una época maravillosa que al menos pude vivir? ¿De la que también he aprendido un poco?

Atravesamos a toda velocidad las calles de Las Vegas y registro todo lo que veo a nuestro paso. Parece una despedida extraña. Me digo que éste es un mundo en el que no tenía nada que hacer. Acabé aquí porque, en un momento de espontaneidad, entré en una zona VIP en la que no tenía nada que hacer. Entonces hice algo que estaba completamente fuera de lugar y que no era típico de una mujer: le pedí a Casey Weston un rollo de una noche y lo conseguí. Ahora estoy embarazada de él.

Está por ver cómo volveré a encauzar mi vida. Aún no tengo una respuesta para todo. ¿Qué le digo a Dex si no puedo pagarle después de todo? ¿Vuelvo a este pago a plazos básicamente inútil? ¿Pido prestado dinero de otro sitio para pagarle y simplemente desplazo el problema?

Al fin y al cabo, tengo un horno nuevo y ahora puedo contar con mucha más producción. Quiero creer que todo irá bien. Puedo hacerlo todo yo sola.

Capítulo 28



Casey

Son las siete de la tarde y la ceremonia de la boda está lista. Brent y yo hemos conseguido que Byron vuelva a estar razonablemente bien. Está listo para casarse e incluso ahora está de bastante buen humor. Podemos darnos una palmadita en la espalda.

Los tres estuvimos tanto tiempo sentados en el bar de sushi que al final apenas nos quedó tiempo para arreglarnos como es debido y, sobre todo, en paz. Ese tiempo había que invertirlo en el novio, de lo contrario hoy no tendríamos boda que celebrar.

Llego solo al salón de baile situado en la azotea del complejo donde se celebrará la boda. Esta sala está conectada directamente con un restaurante, que se encuentra en un invernadero. Todo está decorado con rosas blancas, cuya dulce fragancia estimula mi olfato de forma relajante. La puesta de sol se puede ver a través de la gran cúpula de cristal que nos cubre. Es como una boda sacada de una película de Disney, no se ha escatimado en gastos. En otras circunstancias, habría traído conmigo sentimientos de alegría y tal vez me habría desbordado ante la idea de casarme yo mismo así algún día.

Amelia se ha ido. No sé muy bien por qué. Me envió un mensaje que leí muy tarde, cuando estaba cargando el móvil después de nuestro frenesí alimenticio en el bar de sushi. Lo que es peor, por alguna razón también me bloqueó. Algo habrá pasado. Ya no entiendo el mundo.

Intenté llamarla, pero no hubo manera. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué ha huido de repente?

Todo esto ha arruinado mi estado de ánimo. Sonrío, porque como padrino ahora tengo un trabajo: estar ahí para el novio.

Llevo puesto el smoking, que me he puesto a toda prisa. Brent se acerca a mí mientras todos toman asiento y me mira, moviendo la cabeza con ansiedad.

“¿Por qué has tardado tanto?”, bromea.

“Lo sabes muy bien”.

“Tu camisa no está bien metida dentro del pantalón y tu pajarita está un poco torcida”.

“Sí, una mierda. Échame una mano con esto. No tenía a nadie en la suite para echarle un ojo”.

“Tendré que mudarme contigo entonces”, se ríe Brent y me ajusta la ropa. “Listo, eso se ve mucho mejor”.

“La sincronización funcionó muy bien”, comento mientras miro a través de las enormes ventanas de cristal. El cielo brilla suavemente en un espectro entre dorado, naranja y rosa: será perfecto para las fotos. “Los dos locos querían casarse antes de una puesta de sol, eso debería funcionar bastante bien ahora”.

“Sí, y tengo que decir que esta tarde me preocupaba que todo se fuera al traste”.

“Yo también, para ser honesto”.

“Bueno, hemos hecho un buen trabajo. De todas formas, ¿dónde está Amelia?”.

No respondo, sino que me encojo de hombros y miro a Brent con cara de resignación. “No la has visto por aquí, ¿verdad?”, pregunto en lugar de responder.

“De momento, no”.

“Recibí un extraño mensaje de ella, bastante inesperado”.

“¿Qué decía?”.

“Que se había acabado. Que quería irse. No sé dónde está ahora, y no había nada de ella en la suite. Como si nunca hubiera estado allí”.

“Eso no suena bien. De hecho, suena muy mal. Lo siento, tío”.

“La imprevisibilidad de la vida”, respondo estoicamente. Pero ya no entiendo el mundo.

“¿Quieres que hablemos más tarde?”, pregunta Brent.

“Todavía no lo sé”.

“Bueno, si quieres, estoy aquí para ti”.

“Te lo agradezco mucho”.

“Bien, entonces vamos. Va a empezar aquí en cualquier momento. Quién sabe, tal vez aparezca”.

“No lo sé”.

Realmente no lo sé. Falta alguna pieza del rompecabezas. Algo debe haber pasado. No hay tiempo para preocuparse por eso ahora.



Brent y yo avanzamos hacia el altar y mis ojos escudriñan a los muchos invitados que hay por el camino, buscando a Amelia, buscando la última chispa de esperanza. Quizá esté aquí después de todo y haya cambiado de opinión.

Por desgracia, no hay rastro de ella. Suspiro y siento una profunda tristeza.

Entonces me encuentro con Gizelle, que es una de las damas de honor y va vestida como corresponde. Me mira con una mirada ligeramente seductora. “Estás de rechupete”, susurra, a lo que no necesito responder. “Eh, y estás aquí solo, ¿cómo es eso?”.

“Quizás puedas explicármelo. ¿Qué has hecho?”.

“No he hecho nada, no seas tan paranoico. Lo único que veo es que tu oh-tan-genial novia no quería estar en este gran evento. En vez de eso, se subió a un taxi y salió corriendo, dejándote solo. Incluso intenté detenerla, pero me ignoró. Tal vez no es tan genial como pensabas”.

“¿La viste subir a un taxi?”, le pregunto claramente.

“Sí, esta tarde. Con bolsa y equipaje. A lo mejor tiene a otra persona. ¿Lo has pensado alguna vez?”.

“Ella no quiere a nadie más que a mí, Gizelle. Esa es mi magia”.

Aunque sé cómo defenderme de las palabras de Gizelle, me siento muy vulnerable en este momento. Porque apenas le he entregado mi corazón a una mujer, ella se aleja de repente y ni siquiera me da una razón. Me hubiera gustado hablar con ella personalmente y averiguar qué la llevó a hacerlo. Me gustaría dar la espalda a esta boda e ir a buscarla inmediatamente. Cada célula de mi cuerpo pide a gritos ponerse en marcha de inmediato. Sin embargo, mi posición como padrino en este día, que es el más importante de la vida de otras personas, exige toda mi atención.

Eso me molesta.

¿Qué sentido tiene? Ese momento en el desierto fue tan mágico. Fuimos tan genuinos el uno con el otro y realmente se sintió como el comienzo de algo grande. Por supuesto, me doy cuenta de que generalmente la pongo en una posición difícil, pero sentí que sus palabras en el desierto eran sinceras.

Quizá Amelia no esté tan preparada para una relación después de todo.

Mientras estos pensamientos zumban en mi cabeza, Gizelle sigue hablando, pero yo no la escucho. Por la mirada mendaz y petulante que pone, me doy cuenta de que está intentando utilizar la situación en su beneficio.

Entonces vuelvo a oír la voz de Gizelle y me pregunta: “¿quieres tomar algo conmigo después de la ceremonia y hablar de ello? Nadie puede mirar esa expresión triste en tu cara, Casey, te pone de mal humor”.

“Gizelle, no creo que sea una buena idea”.

“Oh, vamos. ¿Qué tan estúpida crees que soy? Soy una mujer, ¿recuerdas? Te conozco al dedillo. Sólo la trajiste aquí para que me pusiera celosa y volviera arrastrándome hacia ti, todos los niños se han dado cuenta de eso. Entonces apuesto a que te enamoraste de ella porque es tan dulce y agradable y no una bruja como yo, y ahora ha huido porque todo se ha vuelto demasiado para ella. Sí, yo era la bruja mala, pero al menos te incité a ser más. Necesitas una mujer que encienda un fuego bajo tu culo. Si me preguntas, todo hombre necesita una mujer así”.

“No tienes ni idea de lo que necesitan los hombres. Ese es tu problema”.

“Oh, sí, lo sé. Casey, las cosas no han sido perfectas entre nosotros y lo sé, no estoy completamente fuera de mis cabales. Pero tienes que admitir que éramos la pareja perfecta”.

“Yo no lo veo así”.

“Siempre vi en ti más de lo que eras en ese momento. Y siempre quise que pensaras en grande, que desarrollaras todo tu potencial. Eso no apesta, ¿verdad?”.

“Gizelle... hablemos de amor un segundo, porque no tienes ni idea de eso. Amas a la persona. Amas lo que la persona ya es. No lo que la persona podría ser. Nunca me amaste, sólo amaste mi reputación y en algún momento sólo un potencial que me atribuiste. Porque eso es lo que hacen las mujeres como tú. Admiran a un hombre al principio y luego intentan moldearlo para que sea lo que ellas quieren que sea. Seguro que encuentras algún pobre desgraciado con el que desahogarte”.

“Vaya, ¿de dónde viene toda esta sabiduría de repente? ¿Amelia te ha abierto los ojos?”, se burla Gizelle cínicamente.

“Amelia me quiere por lo que soy”.

“¿Y dónde está ahora?”, replica Gizelle con una ceja levantada y una mirada de suficiencia.

“Siempre es un placer hablar contigo”.

Quiero seguir, pero ella levanta la voz para que algunos de los invitados puedan oír lo que dice: “¿hablas en serio? No puedes estar diciéndome en serio que estás de luto por esa don nadie de... cómo se llama el pueblo... ¡Callis! ¡La tía debe vivir en una caravana! ¡Eres demasiado bueno para ella! ¡Conoce tu valor!”.

También tiene razón: Amelia vive en una caravana. Y no me importa.

“No es el tipo de casa que alguien tiene, es el tipo de corazón que tiene, Gizelle”.

La organizadora de bodas se nos acerca y nos reprende en voz baja: “¿qué está pasando aquí, amigos? La ceremonia está a punto de empezar y vosotros más que nadie no deberíais empezar a discutir”.

“Escucha a la mujer”, le digo a Gizelle y me dirijo al altar para ocupar mi lugar. Entonces veo acercarse a Byron. Lleva un traje blanco y parece preparado para la ceremonia.

Mientras todo se calma poco a poco porque la ceremonia está a punto de empezar, no dejo de preguntarme por qué Amelia ha salido corriendo. ¿Gizelle tiene algo que ver? ¿Alguien sabe algo que yo no sepa? Aquí pasa algo y no puedo dejar de preguntármelo.

Tendrá que esperar. Y es pura tortura.

El órgano empieza a sonar. Suena la clásica melodía de ‘Aquí Viene la Novia’ y todas las cabezas se giran hacia atrás en alegre expectación cuando se abre la puerta y Sasha aparece de pie con un suntuoso vestido de novia, acompañada de su padre. Ambos comienzan a caminar por el pasillo central entre las numerosas filas de sillas y se acercan cada vez más al altar.

Byron está de pie, con las manos juntas, mirando enamorado a su novia. Luego me mira a mí y me agradece con una sonrisa que le haya dado el valor para seguir adelante. Y sólo puedo esperar que no se arrepienta algún día. Sasha parece ser buena.

Mis pensamientos siguen divagando y no estoy concentrado. Sigo pensando en Amelia, que es pura tortura interior. No puedo dejarlo todo e ir en su busca. Tengo que esperar a que termine la ceremonia y cada segundo parece una hora.

Mi mirada se pasea por las damas de honor, que están de pie mirando a la novia con lágrimas de alegría. Sólo Gizelle tiene los ojos tan secos como el desierto de las afueras de la ciudad. Y su mirada se desvía hacia mí.

¿En qué estaba pensando al querer recuperar a esta mujer? ¿Habré perdido el juicio?

Me pregunto si no tendré que tratar con ella después de la ceremonia para obtener información. Aquí falta una pieza del rompecabezas y no consigo entenderlo.

¿Cómo se supone que voy a aguantar esto? La caminata de Sasha por el pasillo sola se siente como media eternidad. Tengo que mantenerme fuerte.

Capítulo 29



Amelia

Echando la vista atrás, qué sueño más extraño ha sido esta última semana. A ver cómo quedará en mi memoria a largo plazo. Toda la historia es tan exagerada que me imagino perfectamente que mis amigos no me creerían si se los contara.

Después de todo, tengo a Tiffany. Ella sabe que todo esto ocurrió de verdad, y tampoco es demasiado inocente al respecto.

Es viernes y son las ocho de la mañana. Ayer tuve que matar el tiempo en el aeropuerto de Las Vegas antes de coger un vuelo improvisado de vuelta a Dallas. El vuelo de vuelta fue muy diferente al de ida. En el de ida, viajaba en un jet privado que olía a cuero con sólo Casey y su personal, que cumplieron todos mis deseos. Esta noche estaba en un avión comercial abarrotado donde el aire estaba cargado. Luego tuve que coger el autobús de Dallas a Callis, donde por suerte hay una estación de transbordo no muy lejos de la calle principal donde tengo mi panadería.

Llegué a Callis completamente agotada y exhausta, después de haber viajado más o menos toda la noche. Tengo los ojos rojos y el pelo revuelto. Tengo que recorrer a pie el último tramo desde la estación hasta la panadería Rainbow. Y tengo que llevar mi maleta yo sola: ningún caballero soñador que me la quite de las manos. Ningún botones. Nadie. Al menos la maleta tiene ruedas y se puede desplazar, pero no será tan fácil en estas aceras irregulares cubiertas de arena y guijarros.

Tiffany debe estar a punto de abrir la panadería al público. Creo que iré a ver cómo está y me tomaré un café, después de lo cual será mejor que me retire a mi caravana y duerma un poco. No he dormido mucho en la última semana, ni durante el vuelo ni durante el viaje en autobús. Supongo que no puedo dormir en el transporte público. Además, tenía la cabeza demasiado llena.

Tiffany no me estará esperando y se sorprenderá al verme. Seguro que también tendrá muchas preguntas para mí. Vamos a ver, tal vez se quede con la versión corta por ahora. No quiero enzarzarme en una larga conversación enseguida, primero necesito un poco de paz y tranquilidad. Entonces podré refrescarme y volver a mi antigua vida.



Camino pensativa y agotada por esta ciudad fantasma dejada de la mano de Dios y miro las casas y las tiendas a mi paso. Nada que ver con el magnífico telón de fondo de Las Vegas. Con el tiempo, mis heridas sanarán. Esta aventura en Las Vegas se desvanecerá en un mero recuerdo, sea cual sea. El espectáculo debe continuar.

Llego a la panadería y me detengo conmocionada. La visión que se me presenta me estremece hasta la médula: los dos escaparates están destrozados y parecen enormes telas de araña, como si alguien hubiera lanzado un ladrillo contra ellos.

¡Joder!

Entro corriendo en la panadería y encuentro a Tiffany sentada en el suelo delante del mostrador, llorando.

“¡Tiff! ¿Qué ha pasado?”.

Me mira sorprendida.

“¿Qué haces aquí?”.

“No importa, ¿qué ha pasado aquí, Tiff?”.

“Acabo de llegar para mi turno y encontré el lugar así. Soy idiota. Dejé anoche la recaudación en la caja y ya no está”.

“¿Has llamado a la policía?”.

“Todavía no”.

“¿Por qué no?”.

“No quería ponerte en más peligro. Alguien está cabreado, Amelia. Sólo puede ser ese tipo Dex que sigue queriendo dinero de ti”.

“Estoy bastante segura de que lo es”, respondo. “El tipo incluso vino a Las Vegas para hacérmelo pasar mal. Empiezo a pensar que lo está disfrutando”.

“Entonces, ¿qué quieres hacer ahora?”.

Empiezo a pensar en algo que tenía en mente durante el vuelo. Nunca fue una opción antes, pero ahora no me importa. Sólo quiero paz y tranquilidad. Quiero una vida poco excitante, modesta y predecible. Eso es todo lo que quiero.

Así que me sinceré: “creo que le cederé la panadería a Dex”.

“¿Qué?”.

“No podré pagarle. Y me he quedado sin energía para esta mierda. En algún momento he tenido suficiente, es un pozo sin fondo. Sólo quiero dejarlo todo atrás y no tener nada más que ver con él. Si le doy la panadería, tendrá su dinero, que aún quiere, y por fin me lo quitaré de encima. Eso no es vida, Tiff. Esto es una mierda. Siempre teniendo que temblar y esperar que Dex no aparezca donde estoy para darme el infierno, y por errores que yo no cometí. Creo que ahora estoy lista para sacrificar esta panadería. El precio de conservarla sería demasiado alto”.

“¿Pero qué pasará contigo? ¿Qué pasará conmigo?”.

“Ambas podríamos seguir trabajando aquí en teoría, pero ¿quieres a Dex como jefe? Creo que no. Incluso podría imaginármelo dándole vueltas para que me retenga el sueldo. No, gracias. Tienes que decidir por ti misma si quieres seguir trabajando aquí, pero no te lo aconsejo. Prefiero cortar por lo sano y seguir adelante. Las dos podemos ver lo que podemos hacer juntas. Quizá deberíamos pensar en irnos de esta ciudad y abrir una panadería en otro sitio”.

“¿Y si nos encuentra allí y no nos deja en paz nunca más?”.

“Sólo le cedería la panadería si me asegura por escrito que estaremos en paz”.

“Eres muy dulce, Amelia. ¿En serio crees que alguien como Dex firma contratos y los cumple? Seguirá apretando mientras haya algo que conseguir”.

“Tengo que intentarlo, Tiff. ¿Qué me queda? Esto tiene que parar”.

Con esta frase, hago el silencio. Sé que ella tiene razón en alguna parte. Pero esto no puede seguir así. Esto nunca acabará si yo no le pongo fin.

Así que saco el móvil y marco el número de Heidi que conseguí en Las Vegas. Tardo unos segundos en contestar.

“Pásame a Dex”, le digo sin pensármelo dos veces.

“Tienes mucho valor para llamarme así. ¿Adónde te has escapado?”.

“A mi panadería. Ya sabes dónde está. Y sé que Dex envió a sus chicos esta noche. Quiero hablar con él, no contigo. ¿Me lo pasas, por favor?”.

Oigo suspirar a Heidi, luego la oigo decir en voz baja algo que no consigo descifrar. Espero un momento...

“Amelia. ¿Has vuelto a tu panadería?”.

“Sí. Y quiero que salgas de mi vida para siempre. Lo nuestro no está bien, tengo una idea diferente de una relación de negocios”, digo secamente. De alguna manera debo haber aprendido este tipo de humor de Casey y sus amigos. Tiffany me mira como si hubiera perdido el juicio.

Dex se ríe a carcajadas. “Puedes ser muy divertida cuando quieres”.

“No tienes ni idea”.

Dex se ríe aún más fuerte. “Vale, ve al grano. ¿Qué quieres?”.

“Te lo acabo de decir. Quiero librarme de ti. Para siempre”.

“¿Y cómo piensas hacerlo?”.

“En primer lugar, espero que me creas cuando te digo algo. Te conté la verdad sobre ese buzón: al parecer, Rory montó un pequeño negocio paralelo en Las Vegas y encargó a gente que hiciera carnés falsos. La caja estaba llena de sobres de una empresa de aspiradoras, y dentro estaban estas identificaciones. Casey y yo los quemamos en el desierto y dejamos la llave del buzón con ellos. No quiero saber nada más sobre el pasado de Rory, no hay nada que pueda hacer al respecto de todos modos y quiero un cierre. Si crees que hay algo más y sigues con el asunto, estás perdiendo el tiempo. Y nunca oirás nada más de mí, porque esa es la verdad”.

Se hace un breve silencio. Después de una larga pausa, Dex responde: “dijiste que querías ser sincera conmigo. ¿Cómo vas a hacerlo? Supongo que no me ofrecerás una pila de carnés falsos como moneda de cambio, ¿verdad?”.

“No, claro que no”.

“¿Entonces qué?”, quiere saber Dex.

“Mi panadería”.

“¿Así que quieres renunciar a tu panadería después de todo?”, se interesa.

“No quiero, pero ahora mismo no tengo nada más que ofrecer. Y si hay algo que quiero es no tener que volver a verte”.

“Gracias por las flores. ¿Qué hay de tu amigo rico, el hermano Weston? Al principio dijiste que le darías la cantidad completa para el fin de semana. Puedo sumar dos y dos, él iba a pagar eso por ti, ¿no?”.

“Sólo estuve con él bajo falsos pretextos y luego esperé más, me lié con él”, respondo con despiadada honestidad, “pero eso ya se acabó. No conseguirás nada de él, créeme. Mi relación con Casey ha terminado. Y sí, tenías razón, me habría dado el dinero”.

“¿Pero no te lo dio? Me dijo que me daría hasta el último céntimo, esas fueron sus palabras”.

“Lo sé. Pero las cosas salieron de otra manera. Pensé que hoy volvería con el dinero, pero resulta que no. Así que tengo que resolver mi problema de otra manera”.

No he hablado ni una palabra con Casey desde que me fui y, por supuesto, existe la posibilidad de que siga queriendo transferirme el dinero. No quiero su dinero. No quiero tener que darle las gracias. No quiero depender de Casey Weston. Ya será bastante emocionante con el niño. El tiempo que pasamos juntos en Las Vegas se había vuelto cada vez más importante para mí, y en algún momento ya no se trataba de dinero. Había desarrollado sentimientos por Casey. Ahora me parece mal, por donde se mire, aceptar un cheque de Casey. Lo que viví con Casey en algún momento fue más que una farsa pagada.

"Me estás ocultando algo", insiste Dex. "Todo lo que me cuentas no me cuadra, y ya me has dicho tonterías antes".

"Sólo te he contado historias que eran ciertas. Tuve que ganar tiempo porque no tenía tu dinero. No es tan fácil llegar a fin de mes hoy en día, y menos aquí en Callis. Si tuvieras un poco más de sensibilidad humana, sumarías dos y dos cuando se trata de cosas así".

Tiffany casi pierde la fe. ¿Qué me pasa? Parece que he aprendido a plantar cara a la gente cuando es apropiado. Tal vez sea en parte porque estoy cansada. Sólo quiero un poco de paz y tranquilidad.

"Tienes muchas pelotas desde que empezaste a tratar con ese Casey Weston".

"Y tú eres un cobarde, Dex. Vienes aquí con tus matones o los mandas sin ensuciarte las manos sólo para conseguir dinero. Hay mucho más en la vida que el dinero. Casi siento pena por ti".

"Amelia, realmente estás intentando que mis chicos caven un agujero en el desierto para ti".

"Y no haces más que confirmar lo que acabo de decirte. Empieza a no importarme lo que me hagan tus chicos. Te lo repito, lo único que tengo que ofrecer ahora mismo es mi panadería. Eso fue incluso una sugerencia que hiciste la semana pasada. Así que la panadería es tuya. Tómala para ti. Yo me largo. Ah, y debes saber que los escaparates están destrozados. Tendrás que reponerlos".

Tiffany sacude la cabeza y resopla. "¿Quién eres y qué has hecho con mi amiga Amelia?".

Dex guarda silencio durante lo que parece un minuto hasta que finalmente tengo que preguntar: "¿sigues ahí?".

"Sí, sigo ahí. Y aceptaré tu oferta. Pero sobre todo porque estoy celebrando esta extraña rapidez mental que has desarrollado últimamente".

“Bien por ti. ¿Tenemos un trato?”.

“Sí, tenemos un trato”, suspira, “aunque me hubiera gustado de otra manera. No disfruto quitándote el sustento, deberías saberlo. Hubiera preferido diez veces más una suma redonda de dinero”.

“Ahórrate tu falsa empatía, Dex, harás el ridículo y será el fin de tu imagen intimidatoria”.

“De acuerdo. Mi mujer Daytona vendrá por la mañana y se encargará de todo”.

Cuelgo sin despedirme. Tiffany me mira, sin habla. Antes de que pueda decir nada, me derrumbo.

“Eh, tómatelo con calma”, dice Tiffany con voz compasiva e inmediatamente viene a abrazarme. Me derrumbo hasta quedar sentada en el suelo llorando amargamente. Todo ha sido demasiado para mí. Tiffany ni siquiera sabe que estoy embarazada de Casey, para colmo. “Está bien, adelante, llora a gusto”.

No puedo articular palabra, sólo araño desesperadamente la parte superior de sus brazos. Ni siquiera me doy cuenta de que estoy arrodillada sobre fragmentos de cristal esparcidos por el suelo. Tiffany sí.

“Vamos, levántate, te sentaremos bien atrás, todo irá bien”.

“Nada estará... nada estará…”.

“Sí, todo estará bien, Amelia”.

Es inútil. Hoy no me consuela nada. Los esfuerzos de Tiffany, que por supuesto agradezco enormemente, son desgraciadamente en vano.

He tocado fondo: embarazada, sola y completamente desamparada. No puedo hacer nada más.

Capítulo 30



Amelia

Es sábado. En la fachada, el cartel de la puerta de cristal ha dado la vuelta y pone “cerrado”, lo que en realidad es una mera formalidad, porque el estado de la panadería habla por sí solo. Hoy no se vende nada.

Anoche no pegué ojo. No volví a mi caravana y tampoco me refresqué. Desde ayer, me siento en el mostrador del fondo de la panadería y dejo colgar las piernas. Sigo mirando el barrio desorientada y me despido interiormente de esta panadería que levanté con mis propias manos para ganarme la vida. Nunca he ido por caminos ilegales, sino que siempre me he centrado en el trabajo honrado.

Ahora estoy aquí sentada y lo he perdido todo.

Cada minuto pasa a paso de tortuga, es una tortura. Tengo los nervios a flor de piel. Mientras me preocupo por mi sustento, al mismo tiempo se celebra una fastuosa boda en algún lugar. El mundo a veces puede ser un lugar injusto.

Tiffany no se ha separado de mí ni un segundo. Sin embargo, está tumbada en el suelo durmiendo. Yo, en cambio, llevo toda la noche en vela reflexionando sobre todo lo que me ha pasado en tan poco tiempo. En retrospectiva, parece una película de locos. ¿Cómo pude ser tan estúpida como para enamorarme de Casey Weston?

No importa. Es lo que es ahora. Necesito cerrarlo y seguir adelante, algo que quiero creer que aprendí durante mi tiempo con Casey después de todo. Así que tal vez todo fue bueno para algo después de todo. Puedo seguir adelante con Rory, y estoy agradecida a Casey por eso, pero nunca pensé que me encontraría en una posición en la que tendría que seguir adelante dejando de pensar en Casey tan de repente.



Suena el timbre y levanto la vista con apatía. El sonido despierta a Tiffany.

"¿Hola?", se oye una voz masculina. "¿Qué ha pasado aquí?".

No parece nadie que haya enviado Dex. Tiffany se quita el sueño de los ojos y se levanta. "Quédate aquí, yo lo limpiaré".

Adormilada, Tiffany avanza tambaleándose hacia la zona de ventas y la oigo ahuyentar a un cliente: "¿no sabes leer, amigo? Hay un cartel delante, ¿ves lo que pone? Dice que hemos cerrado".

"Lo sé, pero pensé que podría tener algunos bollos para mí...". Oigo tartamudear a la voz masculina antes de que Tiffany le interrumpa bruscamente.

"¡Sal de aquí!".

"Vale, vale, ya me he ido. Hay una forma más amistosa".

"¿Más amistosa? ¿Las ventanas están destrozadas, hay un cartel en la puerta y entras de todos modos porque quieres panecillos? Entonces te lo diré de la forma más amistosa que pueda: ¡lárgate y aprende a leer en algún sitio!".

"Indignante...".

Tiffany vuelve a la panadería. Alguien se ha inspirado en mi rápido ingenio. "Bueno, algunas personas son tan estúpidas que no podrían ni ponerse un zapato, aunque las instrucciones estuvieran escritas en la suela".

Hago una mueca. "¿De qué estás hablando?".

“No importa”.

Entonces oímos sonar de nuevo el timbre, seguido del sonido de unos pasos que hacen crujir los cristales rotos del suelo. Tiffany y yo nos miramos sin decir palabra. Esto se parece más a la visita que esperábamos, pero que no deseábamos en absoluto.

Una sombra se forma en el marco de la puerta y se hace cada vez más visible. Un penetrante aroma a perfume se cuela en la cocina de la panadería y en cuestión de segundos ahoga el olor orgánico de los ingredientes de repostería que solemos disfrutar aquí.

Una mujer demasiado arreglada entra en nuestra cocina, con un abrigo de piel a pesar de las altas temperaturas y un pequeño chihuahua en brazos, al que acaricia constantemente con sus largas uñas. Debe tener unos cuarenta años e intenta ocultar su edad con mucho botox y maquillaje. La acompaña un hombre alto vestido de negro que le lleva el bolso. Esta mujer es sin duda Daytona, la mujer de Dex. Y qué puedo decir: le sienta como un guante. Incluso me la imagino haciéndole la vida imposible.

“¿Cuál de vosotras es Amelia?”, pregunta con voz ahumada y grave. Levanto la mano.

“Bien. Hagámoslo entonces”.



Daytona se pasea por la tienda, tocándolo todo con desvergüenza, comentándolo todo y haciendo que su compinche anote todo lo que dice, como si fuera la Primera Dama o algo así.

“Vamos a revisar la gama, nos vamos a alejar de todo este rollo infantil y vamos a ofrecer gourmet”.

“Lo gourmet no se venderá aquí, en mi opinión”, se me escapa, mientras Tiffany y yo seguimos todos sus movimientos y tenemos que escuchar todas las desgracias que ha planeado para mi querida panadería.

Daytona se da la vuelta sorprendida. Parece que no está acostumbrada a que le digan lo que tiene que pensar. “¿Qué has dicho?”.

“Estamos aquí, en el desierto de Texas, a la gente le gusta”.

“Si quiero tu opinión, cariño, te la pediré, ¿vale?”.

Me callo de nuevo y la dejo hacer. Su compinche me mira, sacudiendo la cabeza, como si yo debiera conocer alguna ley de la naturaleza sobre no interrumpir el pensamiento de Daytona.

“Vamos a redecorar este lugar por completo”, dice Daytona, mirando las paredes y estanterías de la zona de ventas. Luego se acerca a una pared y arranca el papel pintado con su larga uña hasta que encuentra un trozo que arranca de la pared. “Quitaremos esto bien. Las paredes recibirán una mano de pintura higiénica, quizá antracita. Deberían tener la sensación de que aquí se puede comer sin coger sarna”.

Antracita, ¿hablas en serio? No estamos en una morgue, queremos que a la gente se le abra el apetito. Siempre me he centrado en un ambiente familiar y ella quiere convertir mi panadería en una máquina de imprimir dinero sin corazón que ni siquiera funcionará aquí como ella imagina. Porque conozco a los clientes. Ella no.

No tiene que importarme que esta persona repugnante quiera desfigurar esta panadería. Ella no conoce a la clientela local y se sorprenderá. Estoy firmemente convencida de que llevará la tienda a la ruina. Ese será su problema, que tendrá que resolver con su marido. Me voy.

“Me gustaría firmar los papeles y luego marcharme”, le digo a Daytona. “¿O me necesitas aquí para otra cosa?”.

“Todavía se están preparando los documentos. Podemos firmar el lunes”.

No importa. Salgo de la panadería, seguida por Tiffany. Mis ojos se ponen vidriosos mientras desaparezco rodeando el edificio y me detengo en la salida lateral. Tiffany se queda a mi lado en señal de solidaridad. Veo en sus ojos que siente mi dolor.

“No puedo verlo, Tiff”.

“Lo sé”.

“No puedo ver cómo esa asquerosa pone patas arriba mi tienda y la profana por completo. Me duele ver eso. Quiero decir, tú y yo hemos empapelado la zona de ventas. Y la vieja se pasea por allí con su estúpido perro y arranca el papel pintado con sus uñas postizas. Ya no soporto a la gente que no tiene corazón en el pecho”.

“Ven y siéntate un momento”.

Aquí hay un pequeño banco, así que me siento. Después de todo, estamos a la sombra. Pienso y miro a Tiffany.

“Fue un verdadero viaje el que experimenté en Las Vegas”.

“Supongo que sólo experimenté la punta del iceberg, ¿verdad?”.

“Sí. Lo hiciste. Lo peor fue ver esa foto de Casey al final, a punto de besar a esa Gizelle. Ese fue el aguijón final”.

“Pero tú estabas allí para que volviera con ella, ¿no?”.

“Sí, lo sé”.

“Pero te enamoraste de él, ¿me equivoco?”.

“Apenas se nota, ¿verdad?”.

“Vaya, cariño”, me dice acariciándome la espalda.

“Debería haber sabido que esto pasaría, eso es lo que más me jode. Quiero decir, ese era el trato. Le estoy ayudando a recuperar a su ex. Así que no debería quejarme. Fue un error dormir con él tan a menudo. Y ahora... estoy embarazada de él y este tipo ni siquiera lo sabe. Genial”.

“¿Que estás qué?”. Tiffany deja de acariciarme y hace contacto visual. “¿En serio estás embarazada de Casey Weston?”.

“Sí”.

“¿Segura que es el padre?”.

“Cállate”, sonrío. “¿Qué se supone que tengo que hacer ahora? Quiero decir, no hay nada más mierda que esto, ¿verdad?”.

“Bueno, no es agradable, pero siempre puede ser un poco más mierda, cariño”.

“Eso no me consuela ahora mismo”. Empiezo a pensar en nuestra conversación en el desierto cuando quemamos las tarjetas de identificación. “Me dijo cosas al final... ahí fue cuando pensé que realmente podríamos tener una oportunidad. Más o menos me dijo que se había enamorado de mí y que no quería nada más de Gizelle. Dijo que quería una relación conmigo. Eso debe haber sido una mentira. Pero me pareció tan honesto. Eso me mata”.

Tiffany escucha atentamente y empieza a pensar por sí misma en lo que acabo de contarle. Luego me mira y tiene una mirada escéptica.

“Siempre has sabido juzgar bien a las personas. Quizá lo que te dijo no era mentira”.

“Ajá, vale, y luego va y se lía con su ex, ¿qué sentido tiene eso?”.

“A eso quería llegar. Acabas de decir que estaba a punto de besarla en la foto. En realidad no se estaban besando, ¿verdad?”.

“No, pero estaba a punto, se nota”, respondo con firmeza.

“Vale, ¿quién tomó la iniciativa, él o ella?”.

“¿Qué clase de preguntas estás haciendo? No tiene ninguna importancia”.

“¡No, no importa! El diablo está en los detalles. Quizá la situación era completamente distinta y malinterpretaste la foto. También me pregunto quién te enseñó la foto en primer lugar. Quién la tomó y por qué”.

¿Podría haber algo en su argumento? Pero lo bloqueo: “Tiff, no tengo energía para escudriñarlo todo. A veces la explicación más obvia es la correcta”.

“Sí, y a veces no lo es”.

“Ya he pasado por esta mierda con Rory, apostó a mis espaldas e hizo tratos ilegales. Estoy cansada de involucrarme con un hombre sólo para salir lastimada al final del día. ¿Por qué correr ese riesgo?”.

Tiffany niega con la cabeza. “Deberías oírte hablar, Amelia. ¿Por qué no te revuelcas en la tumba? La vida es dolor, la vida es riesgo. ¡Tienes que arriesgarte, tía! No dejes que tu pasado lo arruine todo. ¿Y si todavía tienes una buena oportunidad con Casey? ¿Y si ni siquiera estaba cerca de besarla? ¡Piénsalo! ¿Y si has malinterpretado completamente todo el asunto? Sé lo que se siente cuando de repente tienes visión de túnel y ves lo que quieres ver. Es normal cuando hay emociones de por medio. Te vuelves completamente loca y ya no ves las cosas con claridad, pero a menudo también puede ser tu propia imaginación la que proyectas en las cosas. Por eso los hechos no carecen totalmente de importancia”.

Sonrío. No puedo negar nada de lo que me dice Tiffany. Y nunca deja de sorprenderme lo competente psiquiatra que puede llegar a ser entre tanta torpeza.

En este momento, no puedo evitar pensar en que Casey siempre me ha dicho que es importante arriesgarse en la vida. Y, efectivamente, tuve la sensación de estar aprendiendo esta misma lección una y otra vez en su presencia. Valió la pena una y otra vez.

Ahora estoy sentada aquí poseyendo literalmente nada porque he decidido tomar la ruta segura e ir por una vida predecible.

“Que Rory no fuera completamente sincero contigo no significa que todas las personas te mientan, Amelia”, dice Tiffany, empezando a acariciarme la espalda de nuevo.

En ese momento, no sólo recuerdo que hace poco he descubierto algunas cosas sobre Rory que me han ayudado a aceptarlo todo y a dejar de odiarlo, sino también que Casey me ayudó a hacerlo.

Tal vez yo tenga la culpa de mi situación ahora mismo, tal vez todo sea obra mía. Tal vez soy demasiado terca y estoy haciendo mal a Casey.

“Tienes razón”, le digo pensativa a Tiffany. “Tengo que darle a Casey la oportunidad de explicarse. Yo no lo hice. Vi la foto y simplemente me fui”.

“Porque a veces eres una tonta”, se ríe Tiffany.

“¿Pero y si no quiere hablar conmigo en absoluto?”, me pregunto.

“Eso nos lleva de nuevo al mismo tema. Tienes que arriesgarte. Tienes que arriesgarte a que no quiera saber nada más de ti. Pero si me preguntas a mí, no creo eso. Creo que eres *tú* quien tiene que *explicarle* algo. Te fuiste y te perdiste la boda y seguro que él ya no entendía el mundo. Si

me preguntas a mí".

Cuanto más lo pienso, más se me ocurre que podría tener razón. Joder, ¿de verdad soy tan estúpida? ¿Y si Gizelle sólo se estaba lanzando a Casey y él la rechazó? ¿He exagerado?

Saco el móvil y me lo pienso un momento, luego miro a Tiffany con impotencia. "¿Estás diciendo que debería llamarle ahora?".

"Estoy diciendo que estás mal de la cabeza. Sí, llámale, ¡bromista!".

"Vale, vale, ¿qué le digo?".

"Limítate a la verdad. Explícale lo que pasó. Por qué huiste. Y luego déjale hablar".

"Bien, eso es lo que haré...".

"Ah, y también podrías pensar en decirle que va a ser padre. Sólo lo digo".

"Sí. Eso también. De acuerdo. Puedo hacerlo. Puedo hacerlo".

He bloqueado a Casey en mi teléfono móvil. Cancelo esta acción ahora y respiro hondo. Insegura, marco su número y me acerco el móvil a la oreja mientras suena Casey. Mientras espero, Tiffany y yo nos miramos. Mis ojos le preguntan qué debo hacer si las cosas van mal. Sus ojos responden sin palabras que no saldrá mal.

"¿Amelia?", oigo que responde Casey. E inmediatamente un escalofrío recorre todo mi cuerpo y me hace temblar de nerviosismo. Tiffany se da cuenta y sonríe. Entiende lo que significa que una persona tenga tal efecto en otra.

"Eh... hola, Casey. Yo... necesito hablar contigo, ¿tienes un minuto?".

"¿Es una conversación telefónica o es algo que se habla en persona?".

"Um… ahora que preguntas... es más una conversación cara a cara, pero yo sólo... me fui".

"Sí, me di cuenta de eso".

“Así que supongo que tendremos que discutirlo por teléfono, por desgracia”.

“O podemos hablarlo en persona”, oigo ahora su voz dos veces: en el móvil y a la vuelta de la esquina. Levanto la vista, desconcertada, y Tiffany me sigue con la mirada. “¿Dónde estás ahora mismo?”, pregunta.

“Estoy... en mi panadería”.

“Yo también. ¿Qué ha pasado aquí, por favor? ¿Y quién es esa señora con el perro?”.

Me doy cuenta de cómo me invade una alegría casi infantil por el hecho de que Casey haya venido aquí. Tiffany me sonríe como si supiera que iba a venir.

“Ven a la vuelta de la esquina, estoy sentada en la entrada lateral”, le respondo a Casey con voz temblorosa y cuelgo. Oigo pasos cada vez más fuertes. Se ve una sombra en la acera, que muestra la silueta perfecta del hombre más hermoso del mundo.

Casey dobla la esquina y me ve aquí sentada. Y Dios mío, qué buen aspecto tiene. Cada vez que no lo veo por un tiempo y luego se para frente a mí, me deja boquiabierta como si recién lo conociera.

“Amelia…”.

“Casey...”.

Somos bastante cursis: nos miramos sin pronunciar palabra y ninguno de los dos es capaz de decir nada.

“Yo... me sentaré en otro banco, unas casas más allá, para que tengáis intimidad”, dice Tiffany antes de levantarse y alejarse de nosotras. Durante un largo momento, se hace el silencio entre nosotros. Nuestros ojos se dicen mucho sin necesidad de palabras.

Capítulo 31



Amelia

Casey y yo estamos solos. Estoy sentada en el banco junto a la entrada lateral de mi panadería, que está siendo destripada por una diablesa, y el hombre de mis sueños está de pie justo delante de mí. Los dos estamos en silencio.

"Ahí estás", dice torpemente. Nunca le había visto tan nervioso.

"Sí, aquí estoy", respondo, aún más torpe que él. Qué tragedia. Pero ciertamente bonito desde un punto de vista más objetivo.

Casey va directo al grano: "te fuiste. ¿Qué ha pasado?".

"Yo... tenía algo que decirte y no te encontraba por ninguna parte. Así que pensé que estarías ocupado con Gizelle".

"¿Ocupado con Gizelle? ¿De qué tonterías estás hablando?".

Me doy cuenta de que no puedo jugar a un juego grandilocuente como si estuviéramos en un triángulo amoroso tóxico, así que me atengo a la verdad y lo abordo directamente. "Alguien me enseñó una foto tuya con Gizelle. Estaba arriba, en la entrada del pasillo del hotel, junto a la zona del bar".

“¿Qué foto?”.

“Sólo una foto de vosotros dos, muy juntos”.

“¿Quién te la enseñó?”.

“No importa”.

“¿Y qué había en la foto?”, me pregunta escéptico. Sigo sin ver nada en su comportamiento que le haga parecer sorprendido.

“Estáis a punto de besaros. Al menos eso es lo que parecía”.

“Imposible”.

“Había empezado a confiar en ti, Casey. Las cosas que me habías dicho en el desierto me habían parecido tan reales”.

“Lo decía en serio, Amelia”.

“¿Y luego besaste a Gizelle?”.

“No besé a Gizelle”.

“Entonces, ¿qué pasó entre tú y ella? Y sólo pregunto porque me hablaste así en el desierto. Sé que normalmente no tengo derecho a hacerlo porque la querías de vuelta”.

“Pero también te dije en el desierto que no la quería de vuelta, y esa es la verdad. No me explico por qué hay una foto de algo así. Y me pregunto quién sacaría una foto así y te la enseñaría”.

“¿Quizá alguien que quiere abrirme los ojos?”, respondo.

“O alguien que quiere hacer daño. Pero esa es otra historia. Sí, puedo recordar el momento en que debió hacerse esta foto. Ella se lanzaba sobre mí, seguía borracha. No me interesaba lo más mínimo y la rechacé, así fue”.

“¿En serio?”.

“Sí, claro. Ya te he dicho cómo son las cosas conmigo. ¿Y cuándo digo algo que no pienso?”.

“Bueno, es que siempre la quisiste de vuelta”.

“Y te dije que había reconsiderado mi plan”.

“Tu plan parece haber funcionado. Ella estaba definitivamente interesada en ti”.

“Eso no me sorprende. Sabía que el plan funcionaría, pero eso no viene al caso ahora. Finalmente obtuve algo de claridad durante esa semana en Las Vegas. Así que el plan no era tan malo. El hecho es: no besé ni toqué a Gizelle, la rechacé”.

“¿Así que todo fue... sólo un malentendido?”.

“Si así quieres llamarlo, entonces sí. Sin duda habría tenido más sentido enfrentarte a mí en el acto en lugar de recoger tus cosas, pero sucedió”.

“No te encontraba por ninguna parte. Estuve en el baño turco, en el spa, en la azotea, en todas partes”.

“Estaba en el bar de sushi con Byron y Brent”.

“Ya veo”.

“No miraste lo suficiente, Amelia”.

“Supongo que tienes razón”.

De repente me siento quince kilos más ligera y ni siquiera sé cómo ordenar mis pensamientos. Todo lo que ha pasado desde mi huida del aparcamiento ha sido para nada, incluido el hecho de haberle regalado mi panadería a Dex y a su horrible esposa Daytona.

“Sólo tenía que escapar, Casey”, me explico. “Todo me golpeó tan fuerte que me entró el pánico. Estaba herida. Mi mente huía de mí. No te encontraba y me imaginaba todo tipo de cosas: que te

habías escapado a algún sitio con Gizelle o algo así".

Casey sacude la cabeza, sonriendo con cariño. "Amelia, Amelia. Entonces no me hiciste caso en el desierto. Allí fui bastante claro. ¿Verdad?".

"Sí, lo fuiste. Todo el asunto era algo más que un espectáculo para mí en algún momento. Me había metido de lleno en ello".

"A mí también. Por eso saqué el tema. Y cualquiera que me conozca sabe que nunca tengo conversaciones así".

"Es... bueno oírlo".

Entonces recuerdo que aún tengo algo suyo. Rebusco en mi bolso y saco su tarjeta de crédito, que le tiendo. "Tengo otra cosa tuya, acabo de acordarme. No la he usado desde que me fui del complejo. Pagué mi propio vuelo".

Casey mira la tarjeta de crédito y luego a mí. "Te queda bien, ¿verdad?".

"Pero es tuya".

"Y no quiero que esto acabe así".

"¿Qué quieres?", pregunto, intentando ocultar lo ansiosa que estoy por oír su respuesta. Mi corazón se acelera y mi estómago es ahora mismo una batidora llena de mariposas.

"Después de la boda, estaba tumbado en mi cama de matrimonio y apenas podía dormir. No podía dejar de pensar en ti. No podía comunicarme contigo porque me bloqueaste. Era una tortura para mí. Me parecía mal que no estuvieras a mi lado. Echaba de menos tenerte en mis brazos, acariciarte".

Me derrito ante sus palabras. No quiero que deje de hablar.

Da unos pasos hacia mí y continúa: "no sé qué hice para merecer encontrarme contigo a la salida del club de mi hermano aquella noche".

"Me profanaste con mis magdalenas".

“Sí”, se ríe secamente. “Eso desde luego no merece el premio al encuentro del año. Pero para mí, fue el encuentro de mi vida. Me cambiaste completamente para mejor, hiciste mi mundo más bello y más feliz. Gracias a ti, me siento un hombre completamente nuevo. Te quiero en mi vida. Quiero que siempre estés bien, quiero que no te falte de nada. Quiero que tengas todo lo que necesitas y mucho más. Quiero que todo lo que me pertenece te pertenezca a ti. Y puedes quedarte con esta estúpida tarjeta de crédito hasta que te consigamos una propia”.

Estoy boquiabierta por su sermón. ¿De verdad todas esas palabras salieron de la boca de Casey Weston en ese orden, de pie en este pueblo dejado de la mano de Dios porque me estaba buscando?

“¿De qué estás hablando, Casey?”.

Se toma un momento antes de casi hacer estallar mi corazón, que ya está acelerado, al arrodillarse de repente.

“¡Mierda!”. Oigo la voz de Tiffany desde algún sitio, aunque no puedo verla. “No lo rechaces ahora o te mato”.

Tengo que reírme un segundo, lo que hace que se me salten algunas lágrimas. ¿En serio se me está declarando ahora?

“Nunca he querido casarme con una mujer, Amelia. Pero cuando estaba en ese salón de baile y veía a Byron y Sasha darse el 'sí, quiero', no dejaba de imaginar que éramos nosotros dos. Y deseé que así fuera. De repente todo estaba tan claro para mí. Nunca antes había mirado a un novio y deseado estar en su lugar. Nunca pensé que un día estaría listo para decir sí a una mujer. Para poner un anillo en su dedo. Y qué puedo decir, eso es lo que quiero contigo. Quiero estar frente a ti en el altar, mirar tus ojos azules. Te quiero firmemente en mi vida, Amelia. Quiero que me hornees magdalenas, que duermas hasta tarde, que te acuestes en mis brazos. Y por eso quiero preguntarte... si tú también quieres todo esto. ¿Quieres casarte conmigo?”.

Estoy demasiado abrumada para hablar. Mis hormonas se están volviendo completamente locas. Casey se arrodilla frente a mí y espera pacientemente una respuesta. Por la expresión de mi cara, adivina cuál será la respuesta.

“Sí”, balbuceo con voz ronca antes de aclararme la garganta y no poder contener las lágrimas. La felicidad me invade por dentro y por fuera.

Casey me coge de las manos y tira de mí para que nos quedemos el uno frente al otro. Me acerca y me rodea con sus brazos, besándome apasionadamente.

“Te prometo que lo próximo que voy a hacer es conseguirte un anillo digno de ti”.

Volvemos a besarnos. Mi preocupación por cómo reaccionará ante la noticia de que estoy embarazada se convierte poco a poco en confianza.

Pero antes de que pueda decírselo, me coge de la mano y me lleva a la calle. “Bueno, enseguida iremos a buscarte un anillo, pero antes desayunaremos. Luego se lo diré a mis hermanos y...”.

Casey se detiene y mira los escaparates rotos. Había algo más.

“No me has dicho lo que pasaba. ¿Quién es esa horrible mujer que está ahí metiéndose con tu papel pintado? ¿Tiene algo que ver con que te hayan roto los escaparates?”.

Decido no hablarle de mi embarazo por el momento. Serían demasiados temas a la vez. Todo a su tiempo. Es ahora cuando me doy cuenta de que estoy bastante segura de que no tendré que entregar esta panadería a Dex y Daytona después de todo. Así que todavía tenemos algo que hacer aquí.

“Esta es una mujer que quiere desfigurar completamente mi tienda. Entregué la panadería al usurero para pagar mi deuda... bueno, la deuda de Rory, para ser exactos”.

“¿Ya has firmado algo?”.

“Todavía no. Los papeles estarán listos el lunes”.

“Bien, antes de ir a desayunar, saquémoslos de ahí primero. ¿Qué me dices?”.

Sonrío ampliamente porque sé que Casey habla en serio. Ahora la situación es completamente diferente. Echar a Daytona de mi tienda con su secuaz y su chihuahua sería justo la satisfacción que necesito después de toda la humillación.

“Me parece una idea estupenda”, le digo a Casey, radiante de alegría.

“Bien, vamos entonces”.

Caminamos hasta la puerta principal de la tienda y entramos. Los cristales rotos crujen bajo nuestros pies y enseguida llamamos la atención de Daytona y su compinche.

“¿Qué hacéis aquí otra vez?”, pregunta Daytona, antes de que sus ojos se desvíen hacia Casey. Tarda un momento en reconocerlo y guarda silencio.

Me doy cuenta de que esto va a ser divertido. Y con Casey a mi lado, ni siquiera me importa la incertidumbre de la situación. Me siento protegida en su presencia y tengo una confianza básica en él. Esto va a salir a mi favor.

Capítulo 32



Casey

Amelia y yo caminamos hasta la puerta principal de la tienda y entramos. Hay cristales rotos por todo el suelo, que crujen bajo nuestros zapatos. La mujer engalanada, cuyo olor a perfume rancio casi me provoca arcadas, y su acompañante de negro nos miran.

"¿Qué hacéis aquí otra vez?", pregunta la mujer a mi prometida. Así es como me gusta mirarla a partir de ahora. Desencadena el instinto protector que necesito para afrontar esta situación. A estas personas molestas ya las estoy ahuyentando.

Antes de que pueda decir nada, Amelia se muestra sorprendentemente segura de sí misma. "Oye, ¿te importaría quitar tus bolígrafos de mi papel pintado?".

"¿Qué has dicho?".

"Me has oído perfectamente. Recoge a tu medio mono y a ese murciélago y lárgate de mi panadería".

Eso fue sexy. No la reconozco.

"Esta ya no es tu panadería, cariño", responde la sobrepintada.

“Sí que lo es. He cambiado de idea”.

“Pero...”.

“Lo demás lo arreglaré con su marido. Por favor, abandone mi tienda inmediatamente, de lo contrario podría hacer lo que no quise hacer ayer: llamar a la policía”.

Tengo que morderme la lengua. Amelia se ha salido con la suya sin mi ayuda y con una labia que sólo puede haber aprendido de mí. Nunca había visto a una persona tan desconcertada. Es una imagen para los dioses.

La mujer del abrigo de piel pasa a nuestro lado, seguida de su gigante de negro. Ambos suben al Rover negro aparcado junto a la carretera y se marchan a toda velocidad. Nos quedamos atrás.

“Me he sentido bien”, dice Amelia con alegría. Veo claramente su satisfacción. Cierra la puerta y se apoya en ella, aliviada. “Ha estado cerca. Habría firmado el lunes y todo esto habría desaparecido”.

“¿Tienes el número de este Dex?”.

“Tengo el número de Heidi, su cómplice”, respondo.

“¿Qué, esa empleada del casino es cómplice de Dex?”.

“Sí, también fue la que te hizo la foto”.

Ahora recuerdo haberla visto después de aquel encuentro con Gizelle. Ahora todo tiene sentido.

“¿Y le creíste que besé a Gizelle?”, pregunto, sacudiendo la cabeza con cariño, con lo que Amelia mira al suelo un momento, avergonzada. “Dame su número”.

“Espera...”.

Amelia saca su teléfono y me envía un contacto, al que llamo directamente. Tardo un momento en conseguir hablar con alguien.

“¿Hola?”.

“Heidi, soy Casey Weston. Pásale el teléfono a tu jefe Dexter”.

“¿Quién... eres?”.

“Casey Weston. Estoy esperando”.

Puedo decir por su voz que está sorprendida. Tardo un momento, pero entonces oigo la ronca voz masculina del tal Dex al otro lado de la línea. “Señor Weston. Es un honor hablar con usted...”.

Interrumpo. “No estás hablando, estás escuchando. Te pagaré la deuda de Amelia, pero lo deduciré de mis impuestos. No lo recibirás de mí en efectivo, sino como transferencia bancaria. Así que envíame tus datos bancarios a este número y envíame una factura por los honorarios de consultoría, obtendrás más detalles de mi contable que se pondrá en contacto contigo en este número, así que mantente en contacto. Después de eso serás un fantasma para Amelia Rochelle y ni se te ocurra acercarte a ella, ni tú, ni tu mujer, ni tus monos. ¿Nos entendemos?”.

Dex parece enmudecer al otro lado. Sólo oigo silencio.

Echo un vistazo a la tienda y se me ocurre otra cosa: “Ah, sí, he tomado nota de tus actos vandálicos aquí en la panadería. Voy a ayudar a Amelia a reponer los escaparates rotos. Por supuesto, descontaremos de la suma los gastos en que incurramos por este acto, no hace falta decirlo”.

“¿Quién te crees que eres?”.

“Soy Casey Weston, búscame en Google”. Dex permanece en silencio. “Todo lo que acabo de decirte no es ni una sugerencia ni una petición. Así es como va a ser, y no es negociable. Y créeme, no quieres ponerme a prueba. Esto es un acto de gracia por mi parte. Da igual que chasquee los dedos y tú y tus aspirantes a medio pelo desaparezcáis de la corteza terrestre sin dejar rastro. Así que: intercambiamos los datos pertinentes y tú recibes tu dinero. Después de eso, hemos terminado. ¿Tienes alguna pregunta?”.

Tras una larga, larga pausa, Dex responde con una sola palabra: “no”.

“Bien”.

Cuelgo bruscamente y guardo el móvil. Amelia me mira con gran admiración, rayana en la excitación sexual. “Hace mucho calor cuando estás así”.

Sonrío. “Después de desayunar, mediremos tus escaparates y te encargaré un cristalero. Pero antes tengo que comer, viajar me ha dado un hambre voraz. Vamos.

“Sí...”.

Abro la puerta de la panadería y salgo al sol, seguido por Amelia. Me giro hacia ella y veo que algo le preocupa.

“Quiero contarle a mi familia lo de nuestro compromiso lo antes posible. Pero antes necesitamos tu anillo”, le digo y me dirijo al Porsche en el que vine y aparqué junto a la carretera.

Amelia se detiene. Yo también.

“¿Qué pasa? Parece que tienes algo en la cabeza”.

“Sí, yo también...”.

“¿De qué se trata?”.

“Creo que deberías averiguarlo antes de que mucha gente se entere de nuestro compromiso”.

Oh, vaya. ¿Qué viene ahora? “No puedo leer la mente, tendrás que decírmelo”.

“Estoy embarazada”, suelta y al principio no me doy cuenta de las palabras que salen de su boca. Tardo un momento en darme cuenta. Y entonces me invade una avalancha de alegría.

“¡Es genial!”, exclamo y agarro a Amelia con las dos manos para atraerla hacia mí. La beso y la abrazo con fuerza. Hoy es el día más feliz de mi vida.

Entonces me quedo muy callado y por primera vez en mi vida siento la necesidad de decir: “te quiero, Amelia”.

“Yo también te quiero, Casey”.

“Y siempre amaré a nuestro hijo”.

Capítulo 33



Amelia

Estamos a mediados de junio. Han pasado dos meses desde que Casey me llevó a Las Vegas y luego me propuso matrimonio delante de mi panadería en Callis. Mientras tanto, la Rainbow Bakery ha sido renovada y reformada, pero según mis especificaciones y no las de una alarmista avara y desalmada como Daytona McCallister. Casey ha invertido una suma considerable para dar a la panadería un toque acogedor.

La tienda está en marcha. Ahora atraemos a muchos más clientes y la panadería se ha convertido en un auténtico punto de atracción local. La gente no sólo compra pasteles y se va, sino que nos hemos convertido en un auténtico punto de encuentro. La gente toma café aquí y a veces se sienta fuera durante horas, donde Tiffany sirve pasteles como una auténtica camarera.

Me paro en la panadería y saco una nueva tanda de magdalenas del horno que, a diferencia de su defectuoso predecesor, hace un trabajo excelente y trata todo lo que meto para que se hornee a la temperatura perfecta. Dejo la bandeja en el suelo para aplicar el glaseado. Mientras lo hago, brilla mi magnífico anillo de compromiso, adornado con un impresionante diamante.

Preparo el glaseado de colores y tengo encendida la pequeña televisión. Hay un reportaje sobre un nuevo club que Connor Weston inaugura esta noche. “El distrito de ocio de Dallas sigue siendo un lugar de moda para los inversores locales. La apertura esta noche del nuevo club de Connor Weston atraerá sin duda a grandes multitudes. Varias celebridades de todo el país asistirán”, informa el presentador de las noticias mientras se muestran imágenes del nuevo club.

Qué curioso. Esta situación me suena familiar: Así es como empezó todo. Así conocí a Casey.

Tiffany irrumpe emocionada, trayendo un montón de correo y un paquete. “Lo he hecho todo y he vaciado nuestros buzones. Aquí tienes un paquete, Amelia”.

Tiffany deja el paquete sobre la encimera.

“Gracias, enseguida le echo un vistazo”, le digo y unto las magdalenas con el glaseado.

“¿Casey va a estar en la inauguración del club esta noche?”.

“No, Casey y yo tenemos nuestros propios planes esta noche”.

En ese momento, entra en la pastelería nada menos que el mismísimo Casey.

“Hablando del diablo”, bromea Tiffany, saludándole.

“Hola, Tiff. ¿Todo bien?”.

“Siempre”.

“Me alegra oírlo”. Casey se gira hacia mí. “Nuestra cita de picnic en el rancho de mi familia está fijada, tengo todo listo. ¿Cómo de ocupada estás ahora mismo?”.

“Estoy bien. Estoy seguro de que Tiff puede hacerse cargo, ¿por qué?”.

“Porque creo que he encontrado el lugar perfecto para nuestra boda al aire libre. Creo que el paisaje sería perfecto allí. Si quieres, puedo enseñarte el sitio”.

“Me parece bien”, respondo, antes de mirar el paquete que hay sobre la encimera y señalarlo con un gesto de la mano.

“¿Qué hay ahí?”.

“¿Por qué no echas un vistazo?”, responde Casey y me guiña un ojo. “Yo no tengo ojos de rayos

X”.

Curiosa, me acerco al paquete y lo abro. Dentro encuentro un montón de tarjetas de invitación. Son las invitaciones de boda que habíamos mandado imprimir. Estoy que reviento de alegría: ¡las tarjetas son preciosas!

Cojo una tarjeta y la miro. La foto de Casey y mía que aparece en el anverso no podía estar mejor elegida. Este es Casey Weston, el hombre de mis sueños, el que pronto será el padre de mi hijo. El hombre con el que me voy a casar.

Todo porque superé mis miedos varias veces esa noche.

Vale la pena correr riesgos. Vale la pena intentar cosas nuevas.

Capítulo 34



Casey

Han pasado otros dos meses y estamos a mediados de septiembre. Un refrescante cielo azul brilla sobre nosotros y las copas de los árboles empiezan a formar un amplio espectro de colores que van del verde al dorado pasando por el rojo. Todo parece un cuadro. Estamos en un enorme campo rodeado de bosque. En medio del campo se alza un gran roble que debe tener al menos varios cientos de años. Bajo él se ha erigido nuestro altar nupcial, decorado con telas blancas. Las filas de sillas se han colocado delante del altar. Al otro lado del árbol se ha instalado una carpa en la que pueden sentarse tanto dentro como fuera. Más tarde habrá un bufé.

Byron me da una palmada en el hombro. “Enhorabuena, cabrón con suerte. Si te acobardaste entre medias, lo disimulaste muy bien. La ceremonia fue perfecta”.

Miro a través del exuberante espacio verde y veo a Amelia de pie bajo el roble con su precioso vestido de novia blanco, charlando con las damas de honor y algunos invitados a la boda. Toda su aura, sus expresiones faciales, esa sonrisa alegre, todo me golpea como un tónico y desencadena en mí emociones que no puedo controlar.

“No tenía ninguna duda, Byron”, le respondo. “Ni siquiera por un segundo. No he sentido más que emoción cuanto más se acercaba este día. Desde la proposición, no podía esperar”.

“Eso suena tan conmovedor que dan ganas de abrazarte, y abrazarte fuerte”.

“No me toques”, bromeo secamente y ambos reímos.

Mi mirada recorre a todos los invitados y veo a todos mis hermanos de pie ante el altar. No falta nadie. Sonrío. “Me alivia que Connor lo haya conseguido”.

“Sí, ya he visto las noticias”, dice Byron. “Se está apoderando poco a poco de la vida nocturna de Dallas, según he oído”.

“Sí, se podría decir eso. Pero también estaba de vacaciones y hubo un retraso en los vuelos. Estaba en el extranjero y tuvo que coger un vuelo comercial de vuelta a Estados Unidos. Así que estuvo allí hasta altas horas de la noche. Encontró una forma interesante de hacer el vuelo un poco más emocionante e interesante”.

“Ya veo, ¿y cómo?”.

“Se ha unido al 'Mile High Club'”.

“Bueno, ya era hora. Me encantaría tener sexo en un avión, pero a mi mujer no le gustan esas cosas. Aún quiero más detalles, tienes que contármelo todo”.

“Rápido, tenemos que cambiar de tema”, le digo alarmado cuando Amelia se une a nosotros.

“Bueno, caballeros, ¿en qué están tan enfrascados? ¿Puedo suponer que habéis estado hablando de cosas de cerdos de las que no deberíais hablar?”.

Byron y yo nos reímos tímidamente y beso a Amelia. “No sé de qué estás hablando”.

“No eres bueno mintiendo, cariño, puedo leerte bien. ¿Te acuerdas?”.

Byron se ríe. “Esa chica te tiene muy en la palma de la mano, hijo”.

Me repito, pero esta vez en dirección a Byron: “no sé de qué me estás hablando”.

“La organizadora de la boda quiere que lleguemos pronto a la mesa grande, que viene el postre”.

“¿Vas a empezar a cortar la tarta?”, pregunta Byron, acariciándose el estómago con hambre.

“¿Qué tarta?”, le pregunto, confundida. “Vamos a comer magdalenas”.

“¿Magdalenas? ¿Os casáis con un presupuesto ilimitado y no hay tarta nupcial?”.

“Amelia hizo el postre ella misma”, le explico. “Y no lo haríamos de otra manera: ella misma horneó todas las magdalenas. Hay una selección enorme y colorida, y créeme, te encantará”.

“Entonces estoy deseando que llegue”.



Amelia y yo estamos de pie junto a la mesa, rodeados de los numerosos invitados a la boda que nos miran con caras radiantes. Amelia tiene un cuchillo en la mano y ahora sería el momento de cortar la tarta. Pero no es una tarta, son magdalenas. Así que coge una y la corta. Los fotógrafos lo captan con una ráfaga de flashes.

Cojo una bandeja llena de magdalenas y hago como si estuviera a punto de perder el equilibrio, derramándolas accidentalmente sobre mi estómago. Luego me detengo. Amelia entiende la referencia a nuestro primer encuentro y se echa a reír.

“Por aquel entonces también llevabas un vestido blanco”, recuerdo. “Estabas impresionante. Pero hoy estás aún más guapa porque llevas un vestido blanco para mí”.

“También estás como para comerte, cariño”, dice y empieza a repartir magdalenas entre los invitados a la boda.

“¿Sabías que me imaginé este sitio la noche que nos conocimos?”.

“No lo dices en serio”, se pregunta ella.

“Sí. Te vi de pie con un vestido blanco en un campo verde en un perfecto día de otoño bajo un cielo azul. Igual que hoy. Tus ojos siempre me han recordado a un cielo otoñal perfecto”.

Amelia está pegada a mis labios, mis palabras parecen acariciar su alma. “Deberías ser algo así como poeta”.

“De ninguna manera. Lo que te digo es sólo para ti”.

“Entonces eres mi poeta personal”.

“De acuerdo. Está bien”.

“Vaya, estas magdalenas están deliciosas”, oigo entusiasmado a Byron con la boca llena. “Tan cremosas y llenas de sabor”.

“Y este glaseado es la guinda absoluta del pastel”, dice Connor, después de haber devorado completamente su primera magdalena en pocos segundos. “Fabulosamente delicioso”.

Todos los invitados se abalanzan sobre las magdalenas, que se venden como rosquillas. Sólo podemos ver cómo las bandejas se vacían a una velocidad asombrosa. No es exactamente la típica tarta de boda, pero ¿quién necesita lo típico?

Miro a Amelia y bajo la voz: “parece que estas cosas son un éxito. Ha sido una buena tu idea”.

“Sólo tengo buenas ideas”.

“Quizás quieras pensar en poner esta idea en el mercado: magdalenas de boda como alternativa a la clásica tarta. Es sólo una idea”.

“No es tan mala idea”.

“Ya se ha tomado nota”, comenta Tiffany, que está a nuestro lado y, como todo el mundo, se llena la boca con una magdalena.

Amelia se acaricia la barriga. “Estoy deseando que nazca nuestro bebé. Ya falta poco. Ya estamos a mitad de camino”.

Yo siento lo mismo. Estoy rebosante de ilusión por nuestro hijo, que nos convertirá en una familia. Amelia y yo estaremos conectados para siempre a través de nuestro bebé. Nos hemos construido una gran villa en las afueras de Callis, con un enorme jardín, un estanque con fuente y un gran campo donde tenemos varios animales. Un pequeño paraíso en la tierra, fuera de la ciudad, lejos de todo el ruido y el ajetreo. Aquí no estamos lejos del rancho de la familia Weston, pero tenemos nuestra intimidad, nuestro propio retiro.

Me he convertido en una persona completamente nueva desde que Amelia entró en mi vida. Apenas me reconozco, porque he evolucionado positivamente en casi todos los aspectos. Sólo puedo esperar a ver qué más me depara la vida. Pero lo estoy deseando, porque confío en que todo irá bien mientras tenga a mi familia a mi alrededor.

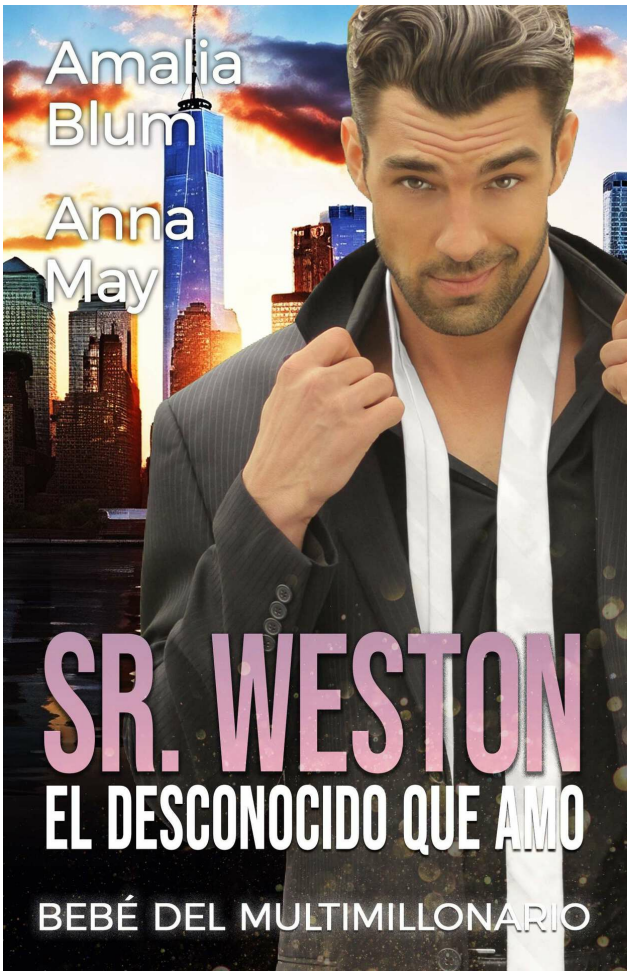
Una vez oí en alguna parte un dicho en el que siempre tengo que pensar cuando las cosas salen completamente distintas de lo esperado: “la vida es lo que te pasa mientras haces planes completamente distintos”. No recuerdo exactamente de dónde viene el dicho, pero es bueno. A lo largo de mi vida, siempre me he esforzado por tener el control de la situación. Eso no está mal en principio, por ejemplo cuando se trata con personas difíciles. Pero la vida es demasiado imprevisible para ser domada y controlada. Lo mejor que puedes hacer es ayudar a moldear tu vida, dirigirla en la dirección correcta y sacar lo mejor de todo. Pero lo que me pasó a mí sólo puede haberlo determinado una mano superior. Porque yo mismo no siempre sé qué es lo mejor para mí. Hay una gran diferencia entre lo que quiero y lo que necesito. Sólo puedo decir que estoy agradecido con la vida por su extraña voluntad propia. He aprendido a dejarme llevar un poco y a confiar en lo imprevisible de la vida. Porque al final todo irá bien. Y si todavía no está bien, entonces no es el final.

La vida puede llegar. Estoy preparado.

Fin

Leer más...

Sr. Weston, el Desconocido que Amo: Bebé del Multimillonario (Corazones en llamas nº 4)



Este es el resumen:

Una noche con un ardiente y misterioso desconocido cambió mi vida para siempre.
No tenía ni idea de que era uno de los «Príncipes de Dallas»... y ahora estoy esperando un hijo suyo.
¡Oh, Dios mío!

El desconocido que duerme en el piso de enfrente dice ser sobrino de mi casero. Mis instintos me advierten, pero es irresistible y encantador, y cuando entre nosotros se enciende una fogosa pasión, no puedo resistirme a su atracción. Mi cama es lo bastante grande para dos, y él es justo la distracción que necesito para olvidarme de todas las cosas que van mal en mi vida.

A la mañana siguiente se ha ido...

Unas semanas más tarde me doy cuenta: el desconocido no es quien dijo ser y estoy embarazada de él.

Es Carter Weston, conocido en Dallas como el Príncipe por su obscena riqueza. El príncipe me hace una propuesta que no puedo rechazar: Quiere que pretenda ser su esposa y evitar así un escándalo.

Como he dicho, no puedo negarme. Así que acepto y me veo arrastrada a una vida que no tiene absolutamente nada que ver con mi vida anterior. Puro lujo y opulencia por donde se mire. Y lo mejor de todo es que mi príncipe me trata como a una princesa y me mira como si fuera la mujer más bella del mundo.

¿Es algo más que una farsa? ¿Me quiere de verdad?
Cuando nuestra farsa queda al descubierto, las cosas se complican y nos separamos.
No espero que Carter luche por mí y por nuestro bebé. Sé que estoy tratando con un hombre acostumbrado a conseguir exactamente lo que quiere. Es prácticamente un rey y yo no soy más que una profesora luchadora, sin dinero y embarazada. No es posible que me quiera de verdad... ¿o sí?

Cada novela romántica de esta serie es independiente. Sin embargo, están unidas por personajes recurrentes. Una lectura obligada para los amantes de las novelas románticas de jefes, directores ejecutivos, millonarios, multimillonarios, bebés, embarazos y papás sorpresa.
https://www.amazon.es/dp/B0DNFL3MGP

Haga clic aquí para ver la serie completa: https://www.amazon.es/gp/product/B0D3TYR9QB

Sígueme en mi página de autora de Amazon y no te pierdasninguna de mis novedades y promociones.

https://www.amazon.es/stores/Amalia-Blum/author/B0CX5G1PJN

Capítulo 1

Ellie

Por fin. Este miércoles por la tarde debería ser un alivio muy esperado, al menos para los agricultores. Aquí en Texas solemos tener largas sequías y el verano ha sido duro de soportar.

Dallas apenas se reconoce: Todo está húmedo y brillante. Una vista poco habitual.

El autobús se detiene y me bajo en el tranquilo barrio de Oak Lawn. Ese olor a tierra mojada que tanto he echado de menos golpea mi nariz. Tras los primeros metros a pie, ya estoy empapada. Precisamente hoy no me he puesto sujetador debido al calor sofocante. La camiseta de tirantes empapada y los vaqueros recortados se me pegan a la piel y son casi invisibles. Mis pezones, en cambio, son claramente visibles.

Aumenta el estruendo de un trueno, seguido de varios destellos. Tengo que salir rápidamente de la línea de fuego y correr a fondo. Por suerte, no estoy lejos de la parada del autobús que lleva al complejo de apartamentos Cedar Springs.

Mi teléfono móvil vibra en el bolso, lo saco y miro la pantalla. Hay muchas cosas en él: un recordatorio para corregir los exámenes de noveno curso como muy tarde pasado mañana; tres mensajes en el grupo de profesores sobre la evolución de los alumnos problemáticos, con mil preguntas para mí, claro, que soy la orientadora; y, por último, un mensaje de mi madre.

Vuelvo a guardar el móvil en el bolso y saco el manojo de llaves, he llegado a la entrada de los apartamentos y me apresuro a entrar. En el hueco de la escalera, me sacudo el agua del pelo y la ropa, casi como mi perro Hazel. En ese momento, me pregunto si tengo paraguas.

Miro en el buzón. Sólo anuncios y facturas. Vuelvo a cerrar el buzón y subo las escaleras. Al hacerlo, las gotas que resbalan por mi cuerpo hacen un repiqueteo sordo en los escalones. Como siempre, huele a moqueta vieja y rancia. Quiero hablar con la administración del edificio en los próximos días y sugerir que cambien estas deprimentes bombillas amarillas por otras más brillantes para que entrar en mi propio piso no me recuerde a una película de terror.

***

Agotada y sin aliento, llego a la puerta de mi casa. Los relámpagos son aún más fuertes que antes. La película de terror me envía saludos. Parece que la tormenta se acerca. En este instante, no puedo pensar en otra cosa que no sea un baño caliente a la luz de las velas.

No, eso tendrá que esperar. Ya se oye a Hazel a través de la puerta, reaccionando con euforia a mi llegada. Y sé exactamente lo que quiere. Tal vez pueda sobornarla con una golosina para que espere un poco más a nuestro tradicional paseo vespertino hasta que amaine el temporal que se percibe en el exterior.

Entonces, algo en el lado opuesto del pasillo me llama la atención. Es extraño. Hay luz en el pasillo por debajo de la puerta del piso. Seguro que los albañiles no siguen trabajando a estas horas.

Acerco la oreja a la puerta. Normalmente, oiría la radio y el ruido de las herramientas. Pero no hay ruido. Puede que alguien haya dejado la luz encendida.

¿Lo compruebo? Mi casera, Dotty Lavigne, que estará quince días de vacaciones, me ha pedido que vigile todo e incluso me ha dado la llave del piso. Cuando la cocina esté lista, quiere que le envíe fotos.

Seguro que alguien se ha olvidado de apagar la luz de obra. Me doy la vuelta de nuevo para entrar en mi piso, pero entonces oigo un chirrido procedente del piso vacío. Me detengo inmediatamente. Mi conciencia no me deja en paz, tengo que comprobarlo. No me preocupan los ladrones, al fin y al cabo no hay nada que robar. Aparte de eso, apenas hay delitos en esta parte de Dallas.

Por si acaso, llamo a mi guardaespaldas. En las circunstancias adecuadas, puede resultar intimidante, aunque sea la criatura más dulce de la tierra. Abro la puerta de mi piso, enciendo la luz y saludo a mi pastor alemán con el pelaje blanco y marrón más esponjoso de la historia. Salta sobre mí y me lame el agua de la lluvia de la cara, ladrando histéricamente.

"Hazel, cariño, ¿estás contenta de que tu madre haya vuelto a casa?". Hazel responde con un ladrido que sólo puede significar "sí". "Venga, vamos a dar un paseo un poco diferente hoy, fuera es el fin del mundo".

Me quito los zapatos y los calcetines empapados y me pongo mis mullidas zapatillas. Me recojo el pelo empapado en un moño.

"Vamos, Hazel".

Vuelvo al pasillo, seguida de cerca por una jadeante Hazel, busco la llave del piso y abro la puerta. Ni siquiera intento no hacer ruido, “pon cara de mala leche", bromeo con Hazel antes de llamar al piso: "¿Hola? ¿Hay alguien ahí?".

No hay respuesta. Abro más la puerta y me asomo al piso, que es una versión invertida del mío. El papel pintado del salón está casi terminado y hay una luz encendida en la cocina. Hazel y yo damos unos pasos hacia dentro. Huele a pasta y el aire caliente es opresivamente húmedo. Hay herramientas, cubos, una escalera y una mesa para empapelar.

Hazel husmea sola por el piso, así que no parece percibir ningún peligro.

Doy pasos silenciosos hacia la cocina para apagar la luz. Un montón de cajas de cartón rotas utilizadas para embalar la nueva cocina amueblada yace en el suelo delante de la puerta, al igual que un montón de muebles destrozados: los viejos armarios de la cocina han sido arrancados y destrozados.

Empujo la puerta con cuidado y entro lentamente en la cocina. Pero antes de que pueda alcanzar el interruptor de la luz, me sobresalto: un hombre está de pie en la esquina opuesta. Lleva vaqueros y una camiseta elegante, así que está claro que no es un obrero de la construcción.

"Lo siento". “Soy la vecina de enfrente y me han pedido que venga de vez en cuando a comprobar que todo va bien”.

"Hola, vecina", responde con una voz encantadora y grave que casi me hace perder el sentido.

La escasa luz de la pequeña lámpara de la cocina me dificulta la visión. Empiezo a reconocer lentamente a quien tengo delante. La visión de este misterioso desconocido es como el aire caliente de un secador de pelo: este hombre es tan atractivo que cada vez me deja más sin aliento. Perfectamente bronceado, cuerpo tonificado y musculoso, ojos azules cristalinos, rasgos faciales angulosos y barba de tres días. Podría ser fácilmente un modelo. Parece un poco agotado, por la razón que sea, pero eso sólo lo hace más atractivo.

Me olvido por completo de mí misma, lo que hace que el momento empiece a volverse raro: Ninguno de los dos dice una palabra. Sin embargo, el silencio se interrumpe de repente cuando Hazel entra en la cocina y divisa al apuesto hombre en la esquina, con lo que empieza a gruñir y ladrar, dispuesta a pelear.

"Shh, Hazel, deja de ladrar, todo va bien", la tranquilizo dándole una palmadita y luego vuelvo a centrarme en el misterioso hombre guapo. ¿Cómo le pregunto qué hace aquí? No tengo ni idea de quién es ni de qué hace en este piso a estas horas de la noche.

"Tienes un perro muy bonito", dice, antes de dar unos pasos hacia Hazel y hacia mí, lo que hace que mi corazón se acelere notablemente. El hombre se inclina hacia Hazel y me mira con sus ojos azules cristalinos. "¿Me permite?".

Asiento sin decir palabra y el apuesto hombre le ofrece la mano a Hazel para que la huela. Mi mirada se pasea por sus brazos bien tonificados, admirando en silencio sus pronunciados músculos. Su forma es visible en detalle a través de la piel tensa y las venas que recorren sus antebrazos en particular hacen que mi región inferior sienta un cosquilleo hambriento. Por un momento, no me reconozco y, avergonzada, me quito de la cabeza los pensamientos que empiezan a asaltarme.

"¿Sabe Dotty que estás aquí? ¿Le ha dado permiso?", pregunto con cautela mientras acaricia a Hazel.

Sus ojos vuelven a encontrarse con los míos y su mirada me atraviesa literalmente. “Ni siquiera me he presentado todavía: Soy el sobrino de Dotty”. "Me llamo Wes".

Se levanta y me ofrece la mano, que cojo tímidamente. Su piel es suave como la mantequilla, probablemente se hace la manicura con regularidad. Estoy hipnotizada y apenas puedo hablar.

"Soy Ellie", balbuceo.

"Hola, Ellie, encantado de conocerte".

"Y tú eres el sobrino de Dotty, ¿verdad?", balbuceo nerviosa, intentando entablar conversación.

"Exacto".

"Ni siquiera me dijo que tenía un sobrino". No puedo evitar murmurar después en voz baja: "Además es tan guapo". No debe haber oído eso.

Pero lo oyó. "Nunca me dijo que tenía una inquilina tan guapa", me guiña un ojo antes de que sus ojos recorran mi cuerpo empapado. En este estado, mi top revela más de lo que oculta. Me siento completamente desnuda. Mis mejillas empiezan a brillar y me hundo en la vergüenza. "Supongo que eso rompe el hielo".

"Dotty y yo no tenemos contacto muy a menudo. Estoy ocupado y viajo mucho", explica Wes. "¿Cómo está su gata Tiffy?".

Vale, parece que este sobrino de ojos azules como el hielo no está al día. "Tiffy falleció, desgraciadamente, hace dos años".

"Siento oír eso". Mira a Hazel y luego a mí. "Pero no fue ella, ¿verdad?".

Me río brevemente. "No, no fue Hazel, fue una furgoneta".

"Ella quería al gato más que a nada", dice pensativo.

"Sí, de verdad". “Además, está envejeciendo y lo del alquiler le pone de los nervios”.

"Lo sé".

"También se está volviendo cada vez más olvidadiza", suspiro. "No ha tenido una mascota desde que murió Tiffy. Quizá sea lo mejor".

"No se puede sustituir a una mascota así como así", responde, apoyándose en la encimera de la cocina. "Lloras la pérdida de un miembro de la familia".

"Lo has dicho muy bien", digo entusiasmada. "Si Hazel muriera, para mí sería como perder a un hijo. Bueno, no soy madre, al menos no todavía, así que por supuesto no sé lo que se siente al tener un hijo, pero imagino que sería parecido".

Joder, sigo hablando hasta caer en el estupor. Con cada palabra que digo, mi cara se pone cada vez más roja.

"Sé lo que quieres decir", responde.

Vuelve a haber un extraño silencio entre nosotros. Sigo sin entender qué hace aquí. Su ropa delata que no tiene intención de ensuciarse las manos en la obra. Se queda de pie, despreocupado, con los brazos cruzados y sin dejar de mirarme, lo que me pone cada vez más nerviosa. ¿Está esperando a que me vaya?

Hazel empieza a husmear en la cocina y pasa junto a Wes, que sigue mirándome. Hazel ve algo en un rincón y lo comprueba con su curiosa nariz. Miro hacia atrás y veo un colchón inflable y un saco de dormir en el suelo de la cocina, detrás de Wes. Arrugo la frente.

"¿Estás durmiendo aquí?", le pregunto a Wes, perpleja.

Mientras hablamos, Hazel se sube al colchón inflable y éste empieza a silbar. Wes la sigue con la mirada.

"Oh, no", respondo horrorizada. "¡Hazel! ¡Bájate de ahí! Deja eso!".

Avergonzada, corro hacia Hazel, que intenta acomodarse en el colchón cada vez más pequeño. Ha hecho un agujero en el borde con la pata y se le escapa el aire. Miro a Wes con expresión desesperada. "Por favor, no me digas que querías dormir en él".

"Sí, ese era el plan".

"Pero... ¿por qué estás durmiendo aquí?".

De nuevo, esos ojos azules hacen que me derrita. Pero no responde a mi pregunta, sino que formula una contrapregunta: "¿Por qué te importa?".

¿Cómo debo responder? Vuelvo a mirar el agujero. Se puede meter el dedo por él.

"No tienes almohada ni manta".

"No los necesito".

"Mierda, me siento muy mal. Te pagaré los daños, por supuesto".

"Es sólo un colchón. Además, pertenece a los constructores, yo no lo traje".

"Hay un hotel a dos manzanas, quizá aún tengan una habitación libre. Si quieres, puedo reservarte una habitación. Por supuesto que la pagaré".

"Es muy considerado de tu parte, pero me quedaré esta noche. Es un asunto familiar. De todos modos, no necesitas ocuparte de las cosas aquí esta noche, me ocuparé yo de eso a partir de este momento".

"Dotty mencionó algo acerca de que este lugar estaba siendo manipulado", recuerdo. Tal vez su

visita tenga algo que ver.

"Lo sé. Para ser sincero, quiero documentar el estado sin que los constructores se den cuenta".

"Ah, ya veo", respondo. "Pero no puedes dormir en el suelo duro. No podría conciliar eso con mi conciencia".

"Sobreviviré", responde secamente. ¿Por qué todo lo que dice o hace es tan excitante? De alguna manera me lo imagino teniendo sexo y me gusta mucho la idea.

Se me ocurre una idea, pero sigo luchando conmigo misma. Después de todo, no conozco a este hombre. Es parte de la familia de Dotty y mi perro acaba de destruir su cama.

"Escucha, espero que esto no te parezca raro porque no nos conocemos", digo, cohibida, "pero no puedo volver allí y dejarte durmiendo en un colchón roto. Bueno, puedes quedarte en mi casa si quieres".

"¿Es una invitación?".

"Es una oferta".

"Gracias por la oferta", contesta, sonriendo mínimamente.

"Yo... tengo un sofá. Se puede desplegar y es genial para dormir. Desde luego es mejor que dormir aquí en el suelo". ¿Por qué se queda callado todo el tiempo? "Er... y si vas a estar aquí mucho tiempo, puedo conseguirte un colchón nuevo". Sigue callado, así que empiezo a trastabillar. "¿Fue de alguna manera inapropiado por mi parte? No pretendía parecer rara ni nada de eso. Sólo quiero decir... que me siento culpable. O puedes coger mi cama y yo dormiré en el sofá, puedes cerrar la puerta y tendrás tu intimidad. Así que, si necesitas intimidad...".

Wes me observa divertido y guarda silencio. Tierra tragame. Lo único que sale de mi boca es confusión antes de volver a callarme por completo y quedarme allí de pie como un pasmarote. ¿Por qué no dice nada? En lugar de eso, se acerca a la ventana y mira hacia la calle. ¿Qué pasa por la cabeza de este hombre misterioso?

Después de un largo rato, se vuelve hacia mí y da unos pasos. "Acepto con gratitud tu invitación", dice, antes de corregirme: “Perdona, tu oferta”.

Capítulo 2

Carter

Así que esto es lo que se siente al estar huyendo y no poder resolver el problema con dinero. Debería estar a salvo en este complejo de apartamentos, aquí no me buscarán. Nadie me ha seguido hasta aquí y este piso vacío tiene un colchón inflable. No es el estándar al que estoy acostumbrado, pero sobreviviré a la noche.

Dotty siempre ha sido una empleada leal conmigo y estoy seguro de que no le importará mi visita espontánea, pero mi plan es no ser visto por nadie. No responder a ninguna pregunta. No llamar la atención. Nunca he estado aquí.

Dejo la botella de vino y los bocadillos que he traído. Aquí no necesito buscar vasos ni cubiertos. Y puedo olvidarme de la ducha.

Se oyen pasos en el pasillo. Alarmado, me detengo y escucho atentamente. Aprieto los puños automáticamente y la adrenalina me recorre la espalda. Escucho aún más atentamente. No parecen zapatos de hombre. Pero nunca se sabe a quién ha tendido una trampa el cabrón de Rodríguez.

Pego la oreja a la pared aún húmeda y recién empapelada y oigo que se abre una puerta en el lado opuesto del pasillo. Es algún vecino. Respiro aliviado.

Mis puños vuelven a aflojarse y meto la mano en el bolsillo del pantalón para sacar el móvil. Sólo son las siete de la tarde, esta noche va a pasar muy despacio.

Compruebo por última vez que realmente he activado el modo avión. Esta noche no quiero que contacten conmigo ni que me encuentren hasta que todo se haya calmado.

Vuelvo al colchón inflable y lo inspecciono. Quizá debería apagar esta lamparita.

Y de nuevo pasos. Vuelvo a congelarme y escucho.

La puerta del piso en el que estoy empieza a chasquear. Mierda. Alguien está entrando. Qué bien. No hay posibilidad de escapar y no puedo apagar la lámpara en este momento.

"¿Hola? ¿Hay alguien ahí?", una voz femenina llama al piso. Vale, es solo una mujer. Puedo ocuparme de ella.

Y aquí viene. No es una amenaza, pero me explica que es la vecina de enfrente y que de vez en cuando viene a echar un vistazo. Su cuerpo perfectamente moldeado está completamente mojado y su camiseta de tirantes oculta sus pechos con la misma eficacia que un pañuelo mojado. Sus vaqueros son tan cortos que probablemente ni siquiera tendría que quitárselos si cayera encima de ella. Tiene un atractivo sexual natural del que ella misma no parece darse cuenta. A pesar de mi tensión, mis pantalones empiezan a hincharse ligeramente.

No le cuesta creer que soy el sobrino de su casera. No parece conocerme, lo que facilita mucho la situación. En realidad, en Dallas me conoce todo el mundo. Ella se presenta como Ellie y yo le digo el primer nombre que se me ocurre: Wes, una abreviatura de mi apellido.

Cuando su perro rompe el colchón en el que quería dormir, Ellie me ofrece un sitio para dormir en su piso. Quizá sea la mejor manera de pasar la noche escondido. Y sin duda la forma más emocionante.

Me acerco a la ventana y vuelvo a mirar. El Lincoln negro con los cristales tintados en el que circulan Raúl Rodríguez y sus secuaces no tiene las luces encendidas. Está demasiado oscuro para distinguir la carretera, así que espero a que el siguiente relámpago lo ilumine todo durante un fugaz instante y me revele que no hay ni un coche, ni un alma en la tormenta, a lo lejos y a lo ancho. Muy bien.

¿Puedo aceptar su oferta y arriesgarme a arrastrarla a esto?

Mi confianza en que no me encontrarán esta noche se impone. Vuelvo junto a Ellie, que me mira expectante, y acepto su oferta.

Un golpe sordo hace que Ellie se sobresalte y todas las luces se apagan bruscamente. Apenas puedo verme la mano delante de la cara.

"Mierda, ¿qué ha sido eso?", pregunta sobresaltada, mientras su perro empieza a ladrar. "Shh, Hazel, todo está bien, cálmate".

"Parece un corte de luz", respondo y tanteo a mi alrededor. Mi mano roza accidentalmente el

pecho de Ellie en la oscuridad.

"Lo siento", se disculpa en vez de hacerlo yo. Qué mona.

Mi mirada se desvía hacia la ventana: fuera no hay ni una sola luz encendida. Ni farolas, ni luz en la casa vecina. "Parece que hay un corte de luz importante por la tormenta. ¿Este edificio tiene algo parecido a un generador con energía de reserva?".

"Lamentablemente no, el edificio es bastante antiguo", responde mientras saco el móvil para encender la linterna. "Pero tengo muchas velas en mi piso. Quizá la tormenta acabe pronto".

"No, durará toda la noche", le respondo con conocimiento de causa. "Tampoco puedo llegar a ningún sitio aquí en la oscuridad, así que tendré que posponer mi inspección".

"Entonces... yo diría que vayamos... a mi casa", tartamudea, insegura y tímida, seguida de una pausa. "Yo también soy muy agradable, no muerdo".

"Pero podría morder", respondo secamente, lo que la despista visiblemente.

Me aseguraré de que no entre en Internet esta noche. No quiero que se entere de que uno de los príncipes de Dallas se aloja con ella. Eso sólo plantearía preguntas y expondría mi mentira piadosa sobre ser el sobrino de Dotty. "Utiliza el móvil sólo para lo imprescindible. Quién sabe cuándo podrás volver a cargarlo".

"Tengo un powerbank", responde ella, enfatizando esto como si fuera una buena noticia.

"Los powerbanks se cargan de la red", le respondo.

"Sí, pero está lleno. Así que no te preocupes, pasaremos la noche".

Entonces probablemente tendré que distraerla de su móvil toda la noche. ¿Cómo voy a hacerlo? La idea me hace sonreír.

Deambulamos por el piso oscuro y seguimos el haz brillante y frío de mi linterna. Ella saca su móvil, mira la pantalla y maldice: "No hay cobertura. Mierda. No puedo comunicarme con nadie".

Me gusta más así. Me gusta estar desconectado toda la noche.

***

Ellie también enciende la linterna de su móvil. Entramos en su piso e ilumina la zona mientras su perra Hazel se retira a su cesta de dormir. Ellie prueba el interruptor de la luz, pero nada funciona.

El aroma especiado de las barritas de incienso inunda mi nariz. Miro a mi alrededor e inspecciono el modesto pero ordenado piso de Ellie, amueblado con cariño. Sólo hay lo esencial, los muebles parecen un poco desgastados, nada de decadencia, muchas plantas en macetas. Esta mujer parece llevar una vida minimalista y frugal, y sola: sin marido ni hijos. Me doy cuenta por los zapatos, que están ordenadamente alineados junto a la puerta de entrada: Todos son zapatos de mujer.

"Me mudé a este piso hace unos años y nunca he tenido invitados. Normalmente sólo estamos Hazel y yo. Por desgracia, no tengo habitación de invitados", se disculpa y abre el cajón de una cómoda para sacar unas velas.

"Entonces es un honor ser tu primer invitado".

No puedo dejar de mirar su cuerpo grácil y esbelto e imaginarme enloqueciendo con ella. Me pregunto cómo sonará cuando gime.

"Entonces... ¿quieres ir directamente a dormir o...?".

"Quiero que me hagas compañía un rato", le digo secamente.

Ellie vacila nerviosa. "Sí, claro. Por supuesto".

Ellie enciende unas velas, que iluminan escasamente su piso y crean un ambiente acogedor.

"¿No tienes familia?", pregunto con curiosidad.

"No, la verdad es que no. Patético, ¿no?".

"Yo no he dicho eso".

"Pero lo es. Yo misma lo sé. Hazel es mi única familia. Bueno, la única que vive conmigo. Quiero traer a mis padres a Texas, pero eso va a llevar algún tiempo".

"¿Dónde viven?", pregunto, mirándole los muslos. Imagino cómo me sentiría entre ellos.

"En Oregón. Demasiado lejos".

"Ya veo".

"¿Y tú, si no te importa que pregunte?", me pregunta insegura y cautelosa. Está claro que no sabe lo que puede y lo que no puede preguntarme. "¿Tienes realmente una... familia?".

"Tres hermanos pequeños y una hermana pequeña". Eso no es mentira.

"Vaya, eso es mucho", se maravilla.

"Mis padres estaban ocupados".

Ellie suelta una breve risita y abre un armario de madera para sacar un edredón doblado y una almohada. Ambos están ya cubiertos. "Me parece estupendo que ayudes a tu tía", dice.

Mi mente está en otra parte: le miro el culo y me imagino cogiéndoselo con las dos manos. Tardo un poco en responder: "Hago cualquier cosa por mi familia".

"Eso está muy bien", responde ella, “pero no pareces alguien que trabaje normalmente en obras”. Mierda, me he olvidado una sábana". Vuelve al armario y parece despistada, nerviosa, inquieta.

"¿Qué quieres decir?", pregunto bromeando.

"No tienes... manos de obrero", responde insegura. Buen ojo. Luego mira avergonzada al suelo y añade: "Y tienes demasiado buen aspecto para ser un obrero de la construcción. Tienes estilo y todo eso".

"¿Los obreros de la construcción no suelen tener estilo?".

“Sinceramente, no lo sé”.

"¿A qué te dedicas en realidad?", quiero saber de ella sin revelar nada sobre mí.

"Soy profesora".

"Hm. Eres demasiado guapa para ser profesora", contraataco con encanto y la desnudo con la mirada. A estas alturas ya se está imaginando sexo conmigo.

"No lo dices en serio. Todo el mundo es guapo en la oscuridad".

"¿Por qué tienes tan poca confianza en ti misma?".

"Yo... no sé, soy así". Apuesto a que si la luz estuviera encendida, podría verla sonrojarse.

Me da la manta y la almohada y le doy las gracias con una sonrisa. Luego se acerca al sofá del salón y lo abre. "No quiero parecer rara ni nada, pero... es un poco extraño que Dotty nunca me dijera que tiene cuatro sobrinos y una sobrina. Un sobrino sí me sorprendió".

"Dotty no habla mucho de su familia", respondo con seguridad mientras tiendo la manta y el cojín en el sofá. "Lleva mucho tiempo sin hacer reformas en este piso y el alquiler no se ha materializado. Necesita apoyo".

"Eso es... muy decente por tu parte", me admira. Perfecto. Se lo ha tragado.

Ellie se agacha para extender una sábana en el sofá. Aparta la manta y la almohada. No puedo evitar fijarme en sus piernas desnudas, perfectamente torneadas, en las que aún se ven gotas de agua. Y su culo también está perfectamente formado, como un melocotón: es delicioso.

"¿No tienes hermanos?", le pregunto.

"Soy hija única", explica, quitando algunas pelusas de la sábana con la palma de la mano y colocando luego la manta y la almohada.

"¿Ya has comido?", le pregunto con curiosidad.

“No, ya que lo dices, todavía no. La cena está por preparar. Pero, caramba, apenas tengo nada fresco que ofrecerte. Y no hay electricidad, ni siquiera puedo calentarte”. ″¿Tienes hambre?".

"Traeré algo del piso de al lado", digo y me dirijo hacia la puerta principal. Todavía tengo allí mi caja de bocadillos y la botella de vino.

Como entré antes con una tarjeta de crédito caducada, no tengo llave del piso. Debido a la oscuridad, ella no puede ver exactamente lo que estoy haciendo. Así que cojo discretamente su llave de la cómoda, en cuya etiqueta aparece el número del piso de enfrente. Estoy a punto de devolver la llave.

De repente, suena el móvil de Ellie y contesta: "¿Hola?".

Parece ser su madre y habla de un médico. Cojo una de las velas encendidas, salgo a hurtadillas del piso y uso la llave para abrir la puerta del piso de enfrente.

Aquí recojo mi botella de vino y la caja de bocadillos y me llevo ambas cosas. Me detengo y miro fuera: aún está completamente oscuro. Aparte de la lluvia torrencial, tampoco se oye nada.

Me levanto y salgo del piso para volver con mi atractiva anfitriona y retomar la espontánea velada, que podría resultar más divertida de lo que pensaba.

***

En todo el edificio se oye el repiqueteo de la lluvia en el tejado desde arriba. Hay algo tranquilizador en ello.

Vuelvo a cerrar el piso vacío y llevo la vela, el vino y los bocadillos al piso de enfrente, cuya puerta sólo está entreabierta. La cierro con un clic. Dejo discretamente la llave "prestada" en la cómoda de Ellie al pasar.

Dos platos están listos. Me siento con Ellie a la mesa del comedor, que tiene una vela, y abro la caja de bocadillos que le tiendo. Ella saca un bocadillo y yo me sirvo.

"Hoy el menú es limitado", digo secamente y saco los bocadillos, “pero el ambiente es estupendo”.

"Sí, cenar a la luz de las velas, ¿qué más se puede pedir?", dice contenta.

"¿Una copa de vino?", respondo y levanto la botella de vino.

"Oh, creo que mejor paso".

"¿No te gusta el vino?".

"Sí, me gusta, me gusta un buen vino de vez en cuando, por ejemplo en ocasiones especiales o cuando me siento muy bien... o muy mal. Pero tengo una pequeña regla. Nada de vino entre semana por la noche. Entonces tengo la cabeza espesa al día siguiente".

"Ya veo. ¿Y este apagón no te hace sentir lo suficientemente mal como para tomar vino?".

Se ríe antes de empezar a comer. La observo a la luz de las velas y estudio cada uno de sus movimientos. La atracción que ejerce sobre mí es notable. Estoy constantemente rodeado de mujeres hermosas, pero esta mujer tiene una belleza natural con la que la mayoría de las modelos no pueden competir.

"Qué rico", dice mientras mastica. "Mis felicitaciones al chef".

"Se lo diré", respondo, y me doy cuenta de que está algo enfadada. "¿Así que quieres traer a tus padres aquí, dices?".

"Sí. La salud de mi padre no es muy buena", me dice. "De hecho necesita ayuda las veinticuatro horas del día, mi madre apenas puede estar a solas con él. Pero viven muy lejos".

"¿Qué le pasa?", pregunto.

"Alzheimer en fase inicial. Hoy le han hecho una revisión médica, por eso me ha llamado mi madre".

"Ya veo".

"Sí. Es todo muy estresante para mí. Ellos me criaron y no puedo quitarme la sensación de que los estoy defraudando. Después de todo, les debo todo".

"¿Has buscado trabajo como profesora en su barrio?".

"Sí, lo he hecho. Pero no es tan fácil. Y tengo un vínculo bastante estrecho con mis alumnos aquí en la escuela. Dejarlos también sería difícil para mí".

"¿Más difícil que no estar con tus padres?".

"Eso no. Pero me resulta más fácil traer a mis padres a vivir conmigo que mudarme allí y empezar de nuevo. Sin ingresos, tampoco soy de ayuda".

"Sí, eso tiene sentido. ¿Adónde se van a mudar tus padres cuando lleguen? En este piso no, seguro".

"Tengo un plan. Va a ser un rancho".

"¿Un rancho? ¿Dónde?".

"Fuera de la ciudad, quiero montar un internado y mudarme allí con mis padres. Una antigua compañera y su marido poseen un pintoresco rancho a las afueras de la ciudad, es sólo un sueño". ¿De verdad te interesa todo esto?".

"Sí".

"El rancho tiene incluso una granja desocupada y algunas casas de vacaciones para invitados. Durante un periodo más largo, Frank y Maude, que así se llaman, han puesto la propiedad a disposición de un programa de campamentos de verano. Así puedo cuidar de mis alumnos y de mis padres al mismo tiempo".

"Me parece un plan sólido", respondo.

"Sí, me hace mucha ilusión. Aunque aún queda mucho trabajo por hacer".

"¿Vas a comprar el rancho?".

"No, me lo alquilan".

"Ya veo".

De repente llaman a la puerta. Hazel, la perra de Ellie, salta inmediatamente de su cesta de dormir y entra corriendo ladrando.

"Tranquila, Hazel, no pasa nada", dice Ellie, mirando irritada hacia la puerta. "¿Quién puede ser?".

Mi nivel de adrenalina vuelve a subir, al igual que mis ganas de luchar. Si se trata de alguien que ha enviado Raúl Rodríguez, será la última vez que llame a una puerta. Estoy dispuesto a hacer papilla al enemigo con mis propias manos.

Ellie se asoma por la mirilla. "No veo nada", me susurra. "Está demasiado oscuro. ¿Quién viene a visitarme en una tormenta como ésta, y además en medio de un apagón, me pregunto?".

Permanezco en silencio. Porque tengo la ligera sospecha de que la persona que está detrás de la puerta no ha venido a verla a ella, sino que me busca a mí. Pero, ¿cómo podrían haberme encontrado?

"¿Quién está ahí?", llama Ellie a través de la puerta. Escucho y no me muevo.

https://www.amazon.es/dp/B0DNFL3MGP

Gracias…



... ¡por comprar y leer mi libro!

Si te ha gustado, ¡me encantaría que dejaras una reseña en Amazon!

Y para estar al día de nuevos lanzamientos y promociones, sígueme en mi página de autor de Amazon.

https://www.amazon.es/stores/Amalia-Blum/author/B0CX5G1PJN

Con todo mi amor desde el fondo de mi corazón,

tu Amalia